



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

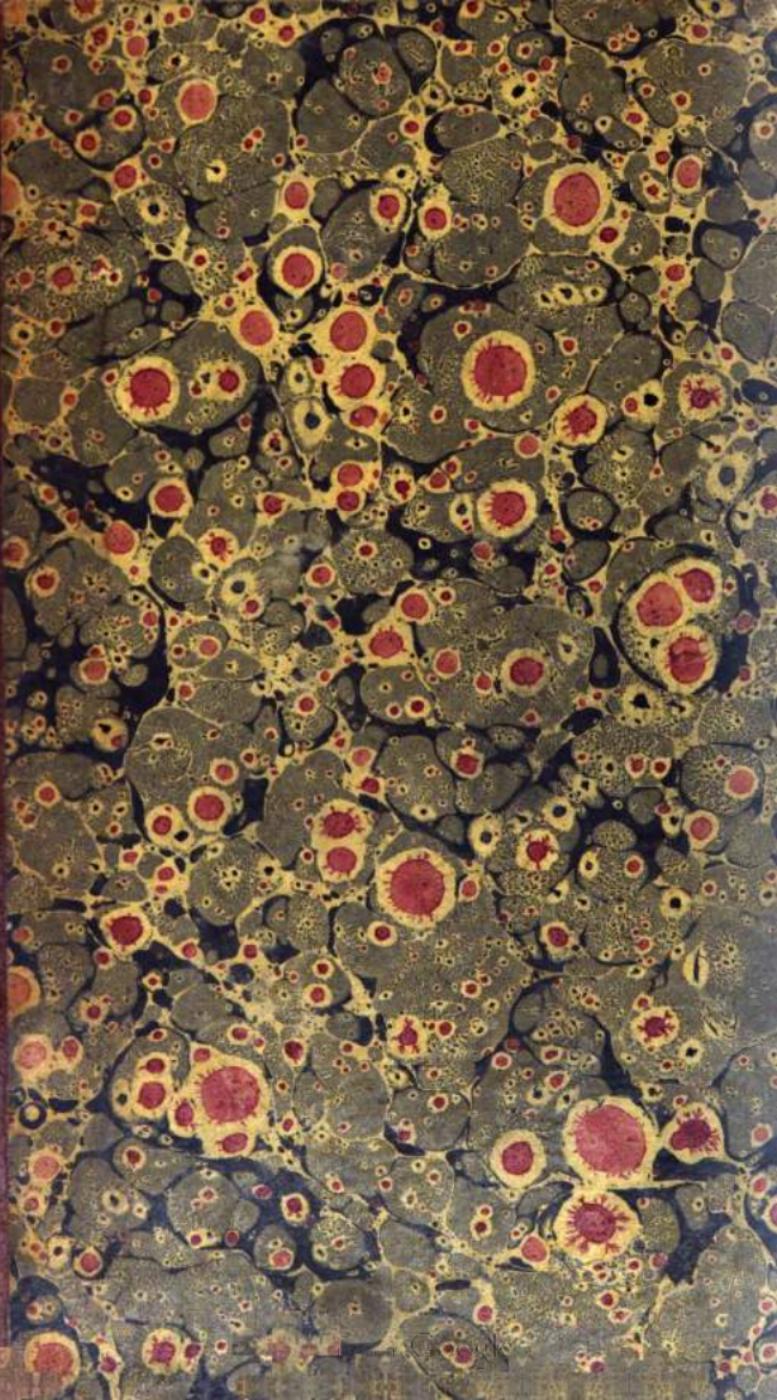
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

A
903

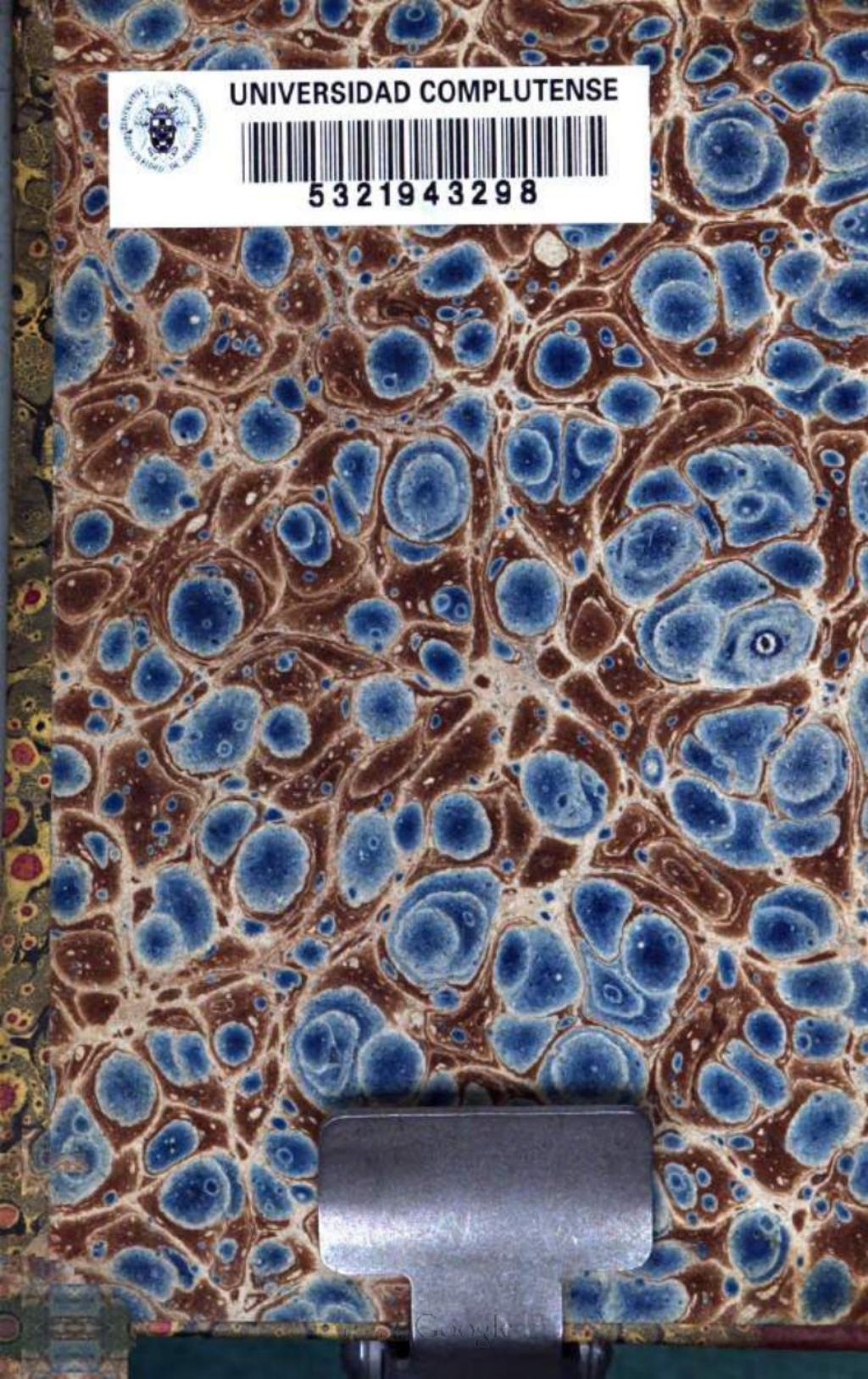


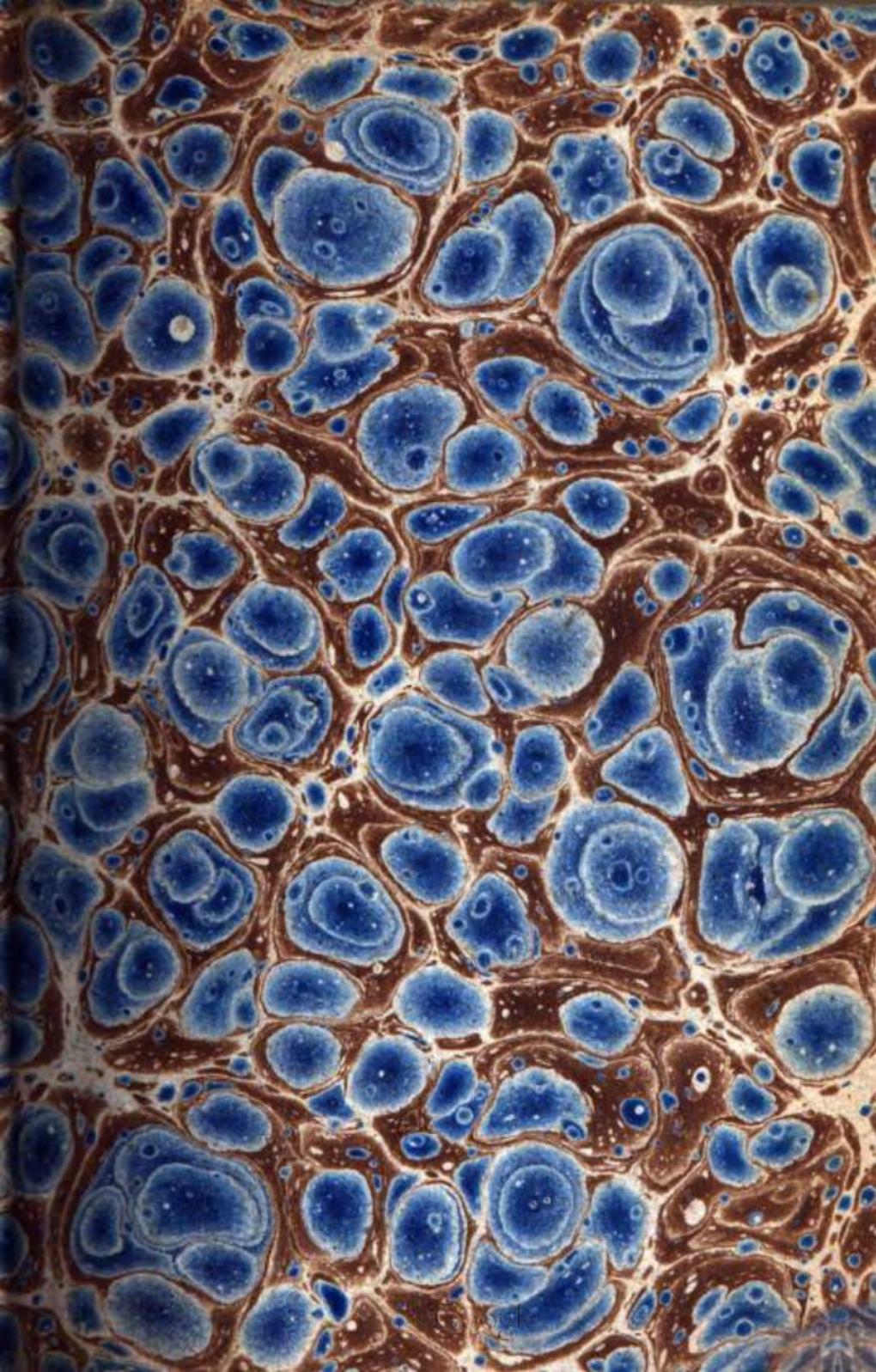


UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5321943298





Digitized by Google

A

19-6-13

R. 244 899

FA

2903

LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.

EL

MAESTRO DE ARMAS.

84
D 892
-3

EL

MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALÉJANDRO DUMAS.

TOMO I.



MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.

Calle de las Huertas, núm. 14.

1850.

1870-1871
1871-1872
1872-1873
1873-1874

1874-1875

1875-1876
1876-1877
1877-1878
1878-1879

1879-1880
1880-1881
1881-1882
1882-1883

1883-1884
1884-1885
1885-1886
1886-1887

1887-1888
1888-1889
1889-1890
1890-1891

1891-1892
1892-1893
1893-1894
1894-1895

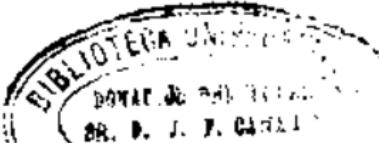
1895-1896
1896-1897
1897-1898
1898-1899

1899-1900
1900-1901
1901-1902
1902-1903

1903-1904
1904-1905
1905-1906
1906-1907

1907-1908
1908-1909
1909-1910
1910-1911

EL MAESTRO DE ARMAS.



INTRODUCCION.

— ¡Oh! ¡Qué milagro es este! me dijo Grisier, viéndome aparecer en la puerta de la sala de armas, donde se había quedado solo.

Y, en efecto, yo no había vuelto á poner los pies en el arrabal de Montmartre desde el dia en que Alfredo de Nerval nos contó la historia de Paulina.

— Yo deseo, continuó nuestro digno profesor con el paternal interés que se tomaba por sus discípulos, que no os traiga aquí ningún asunto desgraciado.

— No, mi querido maestro; y si vengo á pediros un favor, no es del género de los que me habeis hecho algunas veces.

— Ya sabeis que, sea lo que fuere, estoy siempre dispuesto á serviros; por lo tanto, podeis hablar.

— Pues bien; es preciso que me saqueis de un apuro.

- Si está en mi mano , dadlo por hecho.
- Nunca he dudado de vos.
- Yá os escucho.
- Figuraos que tengo un compromiso con mi librero , y no tengo ningun trabajo que enviarle.
- ¡Oh !
- Y me ha ocurrido acudir á vos para que me deis cualquier cosa.
- ¿A mí ?
- Sí; me habeis contado cincuenta veces vuestro viaje á Rusia.
- ¡Si , pues es verdad !
- ¿En qué época os hallasteis allí ?
- Durante los años 1824, 1825 y 1826.
- Precisamente en los años mas interesantes : el fin del reinado del emperador Alejandro , y el advenimiento al trono del emperador Nicolás.
- He visto enterrar al uno y coronar al otro.
Pero me ocurre una idea... Esperad...
- ¡Bien lo sabía yo !
- Sí , una historia maravillosa .
- Es precisamente lo que necesito.
- Figuraos... Pero no gastemos tiempo ; ¡sois hombre de paciencia ?
- Lo preguntáis á un hombre que pasa su vida escribiendo !...
- Pues entonces , esperad un momento.
- Y dicho ésto , se dirigió á un armario , del que sacó un enorme legajo de papeles :
- Aquí tenéis , prosiguió , lo que os conviene.

— ¡Un manuscrito! ¡Alabado sea Dios!

— Son apuntaciones de uno de mis camaradas, que se hallaba en San Petersburgo al mismo tiempo que yo, que ha sido testigo de todo, y en quien podeis tener tanta confianza como en mí mismo.

— ¿Y me regalais este manuscrito?

— Con todos los derechos de propiedad.

— ¿Pero sabéis que esto es un tesoro?

— Donde hay mas cobre que plata, y mas plata que oro. En fin, tal como es, ahí le teneis, y sacad de él todo el partido que podáis.

— Mi querido Grisier, hoy mismo voy á poner manos á la obra, y en dos meses...

— ¡En dos meses!

— Vuestro amigo se levantará el mejor dia completamente dado á luz.

— ¿De veras?

— Tenedlo por hecho.

— Oh! Estoy seguro de que le agradará mucho.

— Y á propósito, falta una cosa á vuestro manuscrito.

— ¿Qué cosa?

— El título.

— Y qué, ¿es preciso que os dé tambien un título?

— Ya que estais en favorecerme, no bagais las cosas á medias.

— Pero permitid que os diga que no habeis mirado bien; ahí teneis el título.

— ¿Dónde?

—En esta página. Leed. *El Maestro de armas ó
dios y éste muere en San Petersburgo.*

—Pues de lo conservaré. —Y tomó el libro.

—Tal como está? —Y él se quedó callado.

—Adoptado; lo adopto —dijo con voz ronca.

Gracias á este preámbulo, el público podrá darse por enterado de que nada de lo que va á leer es obra mia, ni aun el título.

—Además, de que es mi amigo Crisler quien habla. Imita y canta mi libro, pero no te lo pido ni te lo imp

ongo. —Y el libro quedó en la mesa, y el lector
se sentó y comenzó a cantar su canción, y sus ojos
se clavaron en el lector.

—¿Qué es esto? —dijo el lector. —¿Qué es esto?
—Es un libro —dijo el lector.

—¿Un libro? —dijo el lector. —¿Un libro? —dijo
el lector. —¿Un libro?

—Sí, es un libro —dijo el lector. —Sí, es un libro —dijo
el lector.

—¿Un libro? —dijo el lector. —¿Un libro? —dijo
el lector.

—Sí, es un libro —dijo el lector. —Sí, es un libro —dijo
el lector.

—¿Un libro? —dijo el lector. —¿Un libro? —dijo
el lector.

—Sí, es un libro —dijo el lector. —Sí, es un libro —dijo
el lector.

—Sí, es un libro —dijo el lector. —Sí, es un libro —dijo
el lector.

—Sí, es un libro —dijo el lector. —Sí, es un libro —dijo
el lector.

I.

Estaba yo aun en la edad de las ilusiones; poseía la suma de cuatro mil francos; que me parecía un tesoro inagotable, y había oido hablar de la Rusia como de un verdadero Eldorado para todo artista que se hiciese notar algo en sus trabajos: así, pues, como yo temía alguna confianza en mí mismo, me decidí a marchar á San Petersburgo.

Tomada que fue esta resolución, la puse en planta al momento: yo era jóven, y nada dejaba tras de mí, ni aun deudas; de manera que me ocupé únicamente en pedir algunas cartas de recomendación, y mi pasaporte, lo que no tardé en conseguir; y ocho días después de formado el proyecto me hallaba en el camino de Bruselas.

Había preferido ir por tierra, primero porque pensaba anunciar algunos asaltos en las ciudades

por donde debia pasar, sacando asi el coste del viaje, y en segundo lugar porque, siendo entusiasta de nuestra gloria nacional, deseaba visitar algunos de los campos de batalla en que yo creia que, como en la tumba de Virgilio, los laureles brotaban por si mismos.

Dos dias me detuve en la capital de Bélgica: en el primero de ellos di un asalto, y en el segundo tuve un desafio. Como sali bien de uno y de otro, me hicieron ventajosas proposiciones para que me quedase en aquella ciudad, pero no las admiti: habia una fuerza que me impulsaba hacia adelante.

Con todo, me detuve un dia en Lieja; vivia allí un antiguo discípulo mio, que se hallaba empleado en el ayuntamiento, á quien deseaba hacer una visita. Vivia en la calle de Pierreuse: desde la azotea de su casa, y haciendo conocimiento con el vino del Rhin, pude contemplar la ciudad que se estendia bajo mis pies, desde el pueblecillo de Herstall, donde nacio Pepin, hasta el castillo de Ranioule, desde donde Godofredo marchó á la Tierra Santa. Este examen no tuvo lugar sin que mi discípulo me refiriese cinco ó seis tradiciones sobre aquellos antiguos edificios, á cual mas curiosas; una de las mas trágicas de entre ellas fue sin contradiccion la que tiene por titulo *El Banquete de Varfuséo*, y por argumento el asesinato del burgomaestre Sebastian Laruelle, cuyo nombre se conserva aun en una de las calles de la ciudad.

Habia yo anunciado á mi discípulo, al subir en la

diligencia de Aix-la-Chapelle, mi proyecto de detenerme en las ciudades célebres y de visitar los campos de batalla memorables; pero se echó á reír de mi candidez, y me dijo que en Prusia no puede uno detenerse donde quiera, sino donde quiere el conductor; y que una vez metido en la diligencia, se entrega uno enteramente á su disposicion. Y en efecto, desde Colonia á Dresde, donde yo había pensado detenerme tres dias, no nos sacaron de nuestra jaula sino á la hora de comer, y únicamente el tiempo preciso para tomar el alimento estrictamente necesario á nuestra existencia. Al cabo de tres dias de prision, de la cual nadie se quejó, sin duda por ser cosa corriente en los estados de S. M. Federico Guillermo, llegamos á Dresde.

En aquella ciudad fue donde Napoleon, en el momento de entrar en Rusia, hizo aquella gran parada de 1812; á la que convocó un emperador, tres reyes y un virey; en cuanto á los príncipes soberanos, se agolpaban de tal modo á las puertas de la tienda imperial, que se hallaban confundidos, con los ayudantes de campo y los demás oficiales; el rey de Prusia hizo allí una antesala de tres días.

Todo estaba dispuesto para devolver al Asia sus invasiones de hunos y de tartaros. Desde la orilla del Guadalquivir y del mar de Calabria, seiscientos diez y siete mil hombres gritando ¡viva Napoleon! en ocho distintos idiomas son impulsados por la mano del gigante hasta las orillas del Vistula; llevan consigo mil trescientas setenta y dos piezas de artillería, seis

equipajes de puente y uno de sitio: delante de ellos marchan cuatro mil carruajes con víveres, tres mil cajas de municiones, mil quinientos carruajes de bagajes y mil doscientos rebaños, y por donde quiera que pasan les acompaña la admiración de la Europa.

El 29 de mayo, Napoleon sale de Dresden, y sin detenerse en Possen mas que para dirigir algunas palabras de amistad á los polacos, desprecia á Varsovia, se aloja en Thorn el tiempo estrictamente necesario para visitar las fortificaciones y los almacenes, desciende el Vistula, deja á su derecha á Friedlaed de gloriosos recuerdos, y llega en fin á Königsberg, desde donde, dirigiéndose á Gumbinnen, pasa revista á cuatro ó cinco de sus ejércitos. Trasmitese la órden de marchar: todo el espacio que se estiende desde el Vistula al Niemen se cubre de soldados, de carros y de caetones; el Pregel, que corre desde un río al otro como una anastomosis (1), se esconde bajo las embarcaciones cargadas de víveres. Finalmente, el 23 de junio, antes de amanecer, llega Napoleon á la entrada de la selva de Pilwiski; una cadena de montañas se estiende delante de su vista, y al otro lado de ellas corre el río ruso. El emperador, que había ido hasta allí en carroza, monta á caballo á las dos de la madrugada; llega hasta los puestos avanzados situados cerca de Kowno; toma la gorra y el capote de un soldado polaco de

(1) Unión de los vasos en el cuerpo humano.

la caballería ligera ; y sale á galope con el general Haxo y algunos soldados de escolta para reconocer el río por sí mismo ; al llegar á la orilla, su caballo cae sobre la arena.

—Este es un mal agüero, dijo Napoleon levantándose ; un romano retrocedería.

Se hace el reconocimiento : el ejército debe conservar sus posiciones durante el día, oculto á los ojos del enemigo, y llegada la noche : pasar el río por tres puentes.

En cuanto vino la noche, Napoleon se acerca al Niemen : algunos zapadores atraviesan el río en una pequeña embarcación, y el emperador les sigue con la vista en medio de la oscuridad en que al fin desaparecen : abordan y desembarcan en la ribera rusa : el ejército enemigo, que se hallaba allí el día antes, parecía haberse evaporado al cabo de un momento de silencio y de soledad ; un oficial de cosacos se presenta solo, y parece admirarse al ver á aquellas horas á unos extranjeros en la ribera.

—¿Quiénes sois ? pregunta.

—Franceses, responden los zapadores.

—¿Y qué queréis ?

—Pasar el Niemen.

—¿Qué venís á hacer á Rusia ?

—La guerra.

Oída esta bética declaración del heraldo subalterno, el cosaco, sin contestar, pica espuelas á su caballo en dirección á Vilna, y desaparece como un fantasma. Le disparan tres tiros, sin que le alcance

ninguno. Napoleon se estremece al oír el ruido: la campaña estaba abierta.

El emperador da orden para que atraviesen el río trescientos cazadores, encargados de proteger el establecimiento de los puentes: en el mismo momento se mandan ayudantes en todas direcciones. Aquellas masas inmensas de hombres se mueven en la oscuridad, y se adelantan, ocultos por los bosques y por los centenos: la oscuridad es tal, que las cabezas de las columnas llegan á doscientos pasos de Napoleon, sin que este pueda distinguirlas: Napoleon oye únicamente un ruido sordo parecido al del huracán que se aproxima: se lanza hacia aquel ruido, y la palabra *alto!* comunicada en voz baja, se estiende por toda la linea: no se ve luz ninguna; se manda guardar el mas profundo silencio, y acostarse cada soldado en su puesto y con el fusil al lado. A las dos de la mañana estaban echados los tres puentes.

Llega el dia: la orilla izquierda del río está cubierta de hombres, de caballos y de carruajes: la derecha está desierta y triste: el terreno mismo, al hacerse ruso, parece cambiar de aspecto. Todo lo que no es bosque sombrío es una llanura árida y arenosa.

El emperador sale de su tienda, colocada en la cima de la colina mas elevada y en medio de aquella multitud de soldados; danse al momento las disposiciones necesarias, y envianse ayudantes de campo á los puntos designados, divergentes como los rayos de una estrella. Casi en el mismo instante aque-

llas masas confusas se commueven, se reunen en cuerpos de ejército, se estienden en columnas, y encorvándose segun las sinuosidades del terreno, parecen otros tantos ríos que desembocan en el Niemen.

En el momento en que las tres vanguardias ponían los pies en el territorio ruso, el emperador Alejandro aceptaba un convite de baile que daban en Vilna, y bailaba con Mad. Barclay de Tolly esposa del general en jefe de su ejército. Había salido á las doce de la noche, por conducto del oficial de cosacos que había visto á nuestros zapadores, la llegada al Niemen del ejército francés; pero no quiso interrumpir la fiesta.

Apenas la vanguardia llegó á la orilla derecha del Niemen, Napoleon se lanzó, seguido de su estado mayor, al puente del medio, que atravesó á su vez. Llegado que hubo á la otra orilla, se alarma, y se admira: aquel enemigo que huía era mas amenazador con su fuga de lo que lo hubiera parecido estando allí: de pronto se detiene, y cree oír el ruido del cañón; pero es el del trueno: levántase una tempestad; el cielo se cubre, y se pone sombrío, como si fuese la hora del crepúsculo. Napoleon no puede dominar su impaciencia, y, acompañado de unos cuantos hombres, se lanza á través de aquella atmósfera pardusca, y á rienda suelta desaparece con su caballo en una selva. El cielo continúa oscureciéndose: al cabo de media hora se ve volver al emperador á la luz de un relámpago: ha andado mas de dos le-

guas sin hallar alma viviente. En el mismo instante estalla la tempestad, y Napoleon se guarece en un convento.

A eso de las cinco de la tarde, en tanto que el ejército continuaba atravesando el Niemen, Napoleon, que se hallaba muy inquieto por aquella deserción del enemigo, se adelanta hacia el Wilia, que encuen-tra á un cuarto de legua mas arriba del sitio por donde desemboca en el Niemen: los rusos, al retirarse, habian quemado el puente, y era operación muy larga construir otro nuevo: la caballería ligera polaca encontraria algun vado.

Por orden de Napoleon se arroja al río un escuadrón de caballería: al principio el escuadrón sigue formado, lo cual da alguna esperanza; pero á poco hombres y caballos se van bandiendo, y muy luego, á pesar de sus esfuerzos, se desbandan. Al llegar á la mitad del río los arrastra la violencia de la corriente: desaparecen algunos caballos, y asustados los demás, relinchan en señal de apuro: los hombres luchan y hacen esfuerzos; pero la fuerza del río es tal, que los arrebata. Apenas llegan algunos á la opuesta orilla, los demás se hunden, y desaparecen á los gritos de *viva el emperador!* y lo que quedaba del ejército sobre el Niemen vió llegar cadáveres flotantes de hombres y caballos, que le traían noticias de su vanguardia.

Tres días enteros necesitó el ejército francés para pasar el río.

En dos días ganó Napoleon los desfiladeros que protegen á Vilna, y pensó que el emperador Alejandro le aguardaría en aquella hermosa posición para defender la capital de la Lituania; pero los desfiladeros estaban desiertos, cosa que apenas podía creer: las vanguardias los habían atravesado sin obstáculo; enfurecose, acusa y amenaza: el enemigo, no solo es invictable, sino invisible. Aquel era un plan convenido, una retirada premeditada, porque él conocía á los rusos por haber peleado con ellos; y cuando estos recibian orden de combatir, eran murallas vivas que podían ser derribadas, pero que no retrocedían.

Sin embargo, cualquiera que fuese el peligro que allí hubiese, era preciso aprovechar la retirada del enemigo. Napoleon se puso en medio de los polacos, é hizo con ellos su entrada en Vilna. Los lituanios, al ver á los que miraban como á compatriotas, y á aquel á quien esperaban como á un salvador, acudieron con gritos de júbilo y entusiasmo; pero Napoleon, inquieto, cruza á Vilna sin ver ni oír nada, y corre á los puestos avanzados, que habían pasado ya la ciudad: allí, por fin, tiene noticias de los rusos: el octavo de húsares, que, imprudentemente y sin apoyo ninguno, se había internado en un bosque, había sido destrozado. Napoleon respiró, pues ya no tenía que habérselas con un ejército de fantasmas: el enemigo se había retirado en dirección de Drissa: Napoleon envia en persecución suya á Murat con su caballería, y vuelve á Vilna á tomar po-

sesion del palacio que Alejandro habia abandonado el dia antes.

Napoleon se detiene allí para poner al corriente los asuntos atrasados. En cuanto á su ejército, continuaria avanzando á las órdenes de sus capitanes, pues existiendo el ejército ruso, ya lo alcanzaria. Verdad es que no habian llegado aun los convoys, los hospitales de campaña, ni los surgoñes; pero no importa: lo esencial ante todo era una batalla, porque la batalla seria una victoria, y Napoleon hizo avanzar cuatrocientos mil hombres en un pais que no pudo proveer de alimento á Carlos XII ni á sus veinte mil suecos.

Asi era que de todas partes le llegaban las noticias mas desastrosas: el ejército, que carecia de viveres, solo podia subsistir del saqueo, y aun eso no le bastaba: aun cuando á veces en un pais amigo se amenaza, se atropella y se incendia, esto sucede accidentalmente; pero allí poblaciones enteras eran victimas de esos accidentes, y, á pesar de todo, el ejército padecia y principiaba á entrar en él el desaliento: hablábase ya de jóvenes conscritos menos acostumbrados á las privaciones que sus veteranos camaradas, los cuales, viendo delante de si largos días de sufrimientos semejantes á los que acababan de pasar, habian apoyado su frente sobre la boca de su fusil y saltádose la tapa de los sesos en medio de los caminos. Por ultimo, decian qué á cada paso se encontraban en el camino cajas abandonadas, surgoñes abiertos y saqueados, como si hubiesen sido

cogidas por el enemigo, porque habian muerto mas de diez mil caballos á consecuencia de haber comido centeno verde.

Napoleón escuchaba todo aquello aparentando no darle crédito. A cualquier hora que entraban en su cuarto le hallaban recostado sobre mapas inmensos, en los que trataba de adivinar el camino que podía seguir el ejército ruso: á falta de noticias positivas, su genio le ilumina, y cree haber penetrado el plan de Alejandro. La paciencia del czar proviene de que los franceses no habian pisado aun el suelo de la antigua Rusia y marchaban solo en pos de conquistas modernas; pero indudablemente reunirá todos sus esfuerzos para defender la Moscova. Esta no principia sino ochenta leguas mas allá de Vilna, y sus límites están trazados por dos grandes ríos; es uno el Borystene, el otro el Dvina; el primero que nace mas arriba de Viasma, y el otro cerca de Tóropetz: ambos á dos corren sobre un espacio de unas sesenta leguas de Este á Oeste en una linea paralela á los dos lados de una gran cadena de montañas cuyas faldas bañan por uno y otro lado, y que, estendiéndose de los montes Krapacs á los Uralios, forman la espina dorsal de la Rusia. De repente en Polotsk y en Orkha se apartan bruscamente el uno á la derecha y el otro á la izquierda; el Dvina para desembocar en Riga, en el Báltico, y el Borystene para arrojarse por el Cherson, en el mar Negro. Pero antes de separarse así vuelven á estrecharse por última vez, encerrando entre ambos á Smolensko y

Vitespk , Raves de San Petersburgo y Moscow.

No habia que dudarlo: allí era donde Alejandro aguardaria á Napoleon.

Todo quedaba ya esplicado para el emperador: Barclay de Tolly se retiraba por Drissa sobre Vitespk , y Bragation por Borissoff sobre Smolensko , y allí iban á reunirse para cerrar á la Francia la entrada de la Rusia.

Danse al punto las órdenes consiguientes: Davoust debia apoderarse del Borystene, y con el rey de Westfalia, que acababa de ser puesto á sus órdenes, adelantarse á Bragation, llegando á Minsk antes que él. Murat, Oudinot y Ney debian perseguir á Barclay de Tolly , y Napoleon, con sus tropas escogidas, el ejército de Italia , el ejército bávaro, la guardia imperial y los polacos, en todo ciento cincuenta mil hombres, debia pasar por entre ambos cuerpos, en disposicion de reunirse á Davoust ó á Murat, ya necesitasen auxilio para no ser vencidos ó para acabar de vencer.

Una disputa de presidencia entre Davoust y el rey de Westfalia proporcionó una escapatoria á Bragation: no por eso dejó Davoust de alcanzarle en Mohilof; pero lo que debió ser una batalla fue solo una escaramuza, bien que en parte se consiguió el objeto, pues Bragation tuvo que dar un gran rodeo para llegar á Smolensko .

En el ala izquierda sucede lo mismo: Murat llega al fin á alcanzar á Barclay de Tolly , y todos los días ocurren choques entre la retaguardia rusa y la

vanguardia francesa: Subervie y su caballería ligera acuchillan á los rusos sobre Vilna haciendoles doscientos prisioneros; Montbrun y su artillería ametrallan la division del general Korf, que trata en vano de cortar un puente; Sebastiani, en fin, llega á Vidzi, de donde el emperador había salido el dia antes.

Barclay de Tolly resuelve entonces aguardar á los franceses en el campamento atrincherado de Drissa, en donde espera se le reuna Bragation; pero á los tres ó cuatro dias sabe el descalabro del principe ruso y la maniobra que hacia Napoleon. Si no se da prisa, los franceses llegarían antes que él á Vitespk, y en su consecuencia manda que el ejército ruso, despues de aquel corto descanso, se ponga de nuevo en camino.

En cuanto á Napoleon, el 16 salió de Vilna, el 17 estaba en Swentroni, y el 18 en Khepokoe. Allí supo que Barclay había abandonado su campamento de Drissa, y lo supuso en camino de Vitespk: acaso tendría tiempo para llegar antes que él, y en su consecuencia se dirige á Kamen. Seis días transcurren en marchas forzadas, sin encontrar un solo enemigo, y el ejército avanza con el oido alerta, á fin de encaminarse adonde le llame el ruido. Al fin el 24 se oye tronar el cañón hacia Bezenkowiczi, donde Eugenio peleaba sobre el Duina con la retaguardia de Barclay. Napoleon se precipita hacia el lugar del fuego; pero este cesa antes de que pudiera reunirse á los combatientes, y cuando llega, encuentra á Eugenio ocupado en reconstruir el

puente que Doctcroff había quemado al retirarse. Lo cruza así que llega á estar practicable, no porque deseá apoderarse de aquel río, su nueva conquista, sino á fin de ver por si mismo por dónde va el ejército ruso. Por la dirección de la retaguardia enemiga, y por las respuestas de algunos prisioneros, juzga que Barclay debía hallarse á aquellas horas en Vitespk. Indudablemente allí le esperaría Barclay.

Napoleón llegó al punto donde citó á sus tropas hacia un mes. Al volverse vió aparecer por tres puntos opuestos tres columnas que habían salido del Niemen en épocas y por caminos diferentes. Todos aquellos cuerpos, á cien leguas de distancia, llegan al punto de la cita, no solo en el dia señalado, sino casi á la misma hora. Era aquello un milagro de estrategia.

Todos aquellos cuerpos llegan á la vez á Bezen-kowiczi y á las inmediaciones; infantería, caballería y artillería se cruzan y se revuelven tumultuosamente. Los unos buscan víveres, otros forraje, otros alojamientos: las calles se ven llenas de ordenanzas y ayudantes, que no pueden correr entre la multitud de soldados: basta tal punto principiaba ya á desaparecer la diferencia de clases, que aquella marcha avanzada se asemejaba casi á una retirada. Por espacio de seis horas doscientos mil hombres tuvieron la pretensión de alojarse en una aldea de quinientas casas.

Por fin, á eso de las diez de la noche Napoleón

envia órdenes á los jefes perdidos entre aquella multitud, de la que los dos terceras partes no habia comido ni bebido hacia doce horas; y que parecia próxima á venir á las manos. Los jefes montan á caballo, y hablan en nombre del emperador. En pocos momentos, y como por magia, todas estas masas confundidas se separan; cada uno vuelve á su arma, y se coloca alrededor de su bandera: establecen largas filas, que salen de cada masa como arroyos que saliesen de un lago, y se adelantan con las músicas á su cabeza. Aquellas oleadas se dirigen hacia Ostrowno, y al mas espantoso tumulto sucede en Bezenkowiczi el mas profundo silencio. Esto fue, que todos, atendido el modo con que fueron dadas las órdenes y la rapidez con que fueron trasmitidas, se convencieron de que al dia siguiente se daria una batalla, y semejante conviccion despierta siempre en un ejército singulares preocupaciones.

Al amanecer, el ejército se halla escalonado sobre un espacioso camino bordeado de abedules. Murat marcha en la vanguardia con la caballeria. Lleva bajo sus órdenes á Dumont, Coetlosquet y Cariognan; el 8.^o de húsares va en descubierta, creyéndose este regimiento á su vez precedido en sus dos flancos por dos regimientos de la division á que pertenece y que se adelanta muy confiada hacia Ostrowno, sin saber que las dificultades del terreno han detenido la marcha de los regimientos, que en lugar de precederles iban detrás de ellos. De repente la cabeza de la columna francesa, subiendo

una colina, divisa en su cima una linea de caballeria en órden de batalla y la equivoca con los dos regimientos que creia en descubierta. El general Piré recibe órden de atacar; pero no puede convencerse que lo que vela delante de él fuese el enemigo. y envia un oficial para que reconociese aquella tropa continuando su marcha. El oficial sale á galope; pero apenas llega á la cima, cuando fue cercado por todas partes y hecho prisionero. Al mismo tiempo seis piezas de artilleria hacen fuego á un mismo tiempo, y destrozan filas enteras: no es tiempo ya de user de estrategias, y el grito de *adelante!* resuena en todas partes: el 8.^º de húsares y el 16.^º de cazadores se adelantan rápidamente, y se arrojan sobre los cañones antes de que tuviesen tiempo de volver á cargar, derrotan el regimiento que les impide el paso, y rompen la linea pasando al otro lado. No viendo ya nada delante de sí, se vuelven, y ven al regimiento enemigo que han dejado á la derecha asustado de aquella temeridad. Arrojanse sobre él en el momento que este ejecuta un cuarto de conversion, y le destrozan completamente: hacen un segundo movimiento, y ven el regimiento de la izquierda que emprende una retirada; le persiguen, le alcanzan, le dispersan y le hacen huir á los bosques que ciñen como un cinturon á la ciudad de Ostrowno. Entre tanto Murat aparece sobre la colina con todas las fuerzas que puede reunir; une este refuerzo á la vanguardia, y se interna en los bosques, porque

creo hallar únicamente la vanguardia del enemigo; pero entonces empieza la resistencia. Segun todas las probabilidades, el ejército ruso está en Ostrowno. Murat hecha una ojeada sobre la posicion, y reconoce que con efecto es escelente; se halla ya demasiado comprometido; pero Murat es uno de esos hombres que no retroceden; manda á las dos cabezas de columna compuestas de las divisiones Bruyere y San German que se sostengán en el campo de batalla que han conquistado, y tomada esta medida, se pone al frente de la caballería ligera y espera al enemigo, que desemboca al poco tiempo; todo lo que aparece fuera del bosque es atacado encarnizadamente, y los rusos que vienan á atacar se ven obligados á defenderse. La caballería es acribillada por las largas lanzas de los polacos; la infantería acuchillada por los húsares y los cazadores. Pero aquellos bosques eran para los rusos lo que es la tierra para Anteo; apenas entran en ellos, cuando vuelven á salir mas numerosos que antes. A fuerza de herir, las lanzas se rompen y los sables se embotan: la infantería ha hecho tanto fuego, que ya no tiene cartuchos. En aquel momento aparece sobre la colina la division Delzons, que llega al paso de carga impaciente por combatir á su vez. Murat, que lo ve, acelera su llegada, y le dirige contra la derecha del enemigo. A la vista de este refuerzo, el enemigo se alarma: Murat manda cargar por última vez, y ya nada resiste, y los rusos se ponen en retirada: el ejército francés se apodera de los bosques, que ya

han cesado de arrojar fuego; los atraviesa, y llegando á la llanura, divisa la retaguardia rusa, que desaparece por otra parte de la selva.

En aquel momento, Eugenio llega con un nuevo refuerzo; pero ya es demasiado tarde para aventurarse por medio de aqueilos desfiladeros desconocidos; la noche se aproxima, y es preciso esperar al dia siguiente. Murat y Eugenio señalan á cada uno la posicion que debe ocupar; disponen sobre una altura toda la artillería de que pueden disponer, y vuelven á acostarse vestidos bajo una misma tienda.

Se levantan al amanecer. Los rusos han tomado tambien por su parte las posiciones mas ventajosas, y Murat y Eugenio tienen que habérselas, no ya con una vanguardia, sino con un cuerpo de ejército completo: Palhen y Konownitzin se han reunido á Ostermann. ¡No importa! ¿No son ellos tambien la vanguardia del gran ejército y no deben ser auxiliados por Napoleón?

A las cinco de la mañana todos los soldados franceses se hallaban de pie: Murat dispone el ataque, y ya el ala izquierda marcha contra los rusos, en tanto que la derecha recibe sus instrucciones. De pronto oye Murat una espantosa gritería: es el *hurra* de diez mil rusos que no esperan el ataque, y que, saliendo de los bosques, rechazan por dos veces á nuestra caballería y á nuestra infantería; era ya demasiado retroceder para aquellos valientes; reciben órden de avanzar, y lo hacen así:

Murat les ve adelantarse hacia la artillería francesa

que empieza á inquietarse de que hacia fuego inútilmente, y de que las brechas que hacia en aquellas espesas columnas se cerraban al momento. El 84.^o regimiento y un batallón de croatas se sostienen aun delante de aquellas masas, y no retroceden sino paso á paso; pero, á medida que retroceden, se ve en aquél espacio, cada vez mas estrecho, que dejan amontonarse sus muertos, en tanto que detrás de sí se cruzan los heridos que conducen y algunos fugitivos; de manera que van á ser atacados y destrozados, ó van á desbandarse y dejar sus cañones sin otra protección que los artilleros. Al ver esto, el ala derecha se asusta, y se notan señales de confusión; no hay momento que perder, porque en aquellos estrechos desfiladeros cualquier retirada sería una derrota.

Murat da sus órdenes con la prontitud y energía que exige semejante situación. El ala derecha, en lugar de esperar el ataque, debe atacar. El general Pire es el encargado de este movimiento.

El general d'Anthonard corrió hacia sus artilleros, que debe mantener en su posición; su deber es el hacerse acuchillar, si es preciso, sobre los cañones.

El general Girardin rebará el 106.^o regimiento de línea, que se halla en completa dispersion, y le hará marchar contra el ala derecha de los rusos, que continuaba avanzando, en tanto que Murat la mandará atacar por el flanco por un regimiento de lanceros polacos.

Cada cual se dirige á su puesto con la rapidez del

rayo; Murat se pone al frente de los polacos para arreglarlos; el regimiento, que cree que el rey se pone á su cabeza en medio de las aclamaciones, baja sus lanzas y se precipita; Murat no ha querido mas que arreglarlos; pero es preciso que los guie; las lanzas se van á los alcances; no puede ni detenerse ni tiene tiempo para echarse á un lado; toma al fin su partido como valiente, desenvaina el sable, grita: ¡adelante! carga el primero como un simple capitán, y desaparece con su regimiento en las filas enemigas, que atraviesa de parte á parte, y en las cuales difunde el desorden este violento choque.

Al otro lado encuentra á Girardin con su regimiento; desde lo alto de la colina distingue los disparos de su artillería, en tanto que un nutrido fuego de fusilería que se oye en el ala derecha le anuncia que el general Piré sostiene su buena reputación.

Entonces se vuelve á restablecer la lucha, que dura, sin desventaja de una parte ni de otra, por espacio de dos horas. Despues los rusos, replegándose, empiezan á perder terreno, pero paso á paso y como hombres que obeden á órdenes superiores, mas bien que como vencidos que se retiran: por fin, se interinan en los bosques, desaparecen, y los franceses se detienen en la llanura. Murat y Eugenio vacilan antes de decidirse á perseguirlos en medio de aquellas espesas selvas; pero en aquel momento aparece el emperador, pone al galope su caballo, llega á la colina que domina el campo de batalla, y allí, en medio de la artillería, se detiene inmóvil, semejante á una

estatua ecuestre. Murat y Eugenio acuden al momento á su lado, le refieren lo que había pasado y el motivo que los ha detenido.

—Atravesad esos bosques, dijo Napoleon; eso no es mas que una cortina tras de la cual no se sostendrán los rusos.

Dejose oír entonces la música de los regimientos que llegan. Seguros de poder ser socorridos, Murat y Eugenio se vuelven á poner á la cabeza de sus tropas, y penetran resueltamente en el bosque, que hallan desierto y sombrío, como la selva encantada del Tasso.

Al cabo de una hora un ayudante de campo anuncia á Napoleon que la vanguardia ha atravesado la selva, y que desde la posición que ocupa se divisa Vitespk.

—Allí es donde nos esperan, dijo Napoleon. No me había equivocado.

Entonces da órden de que le siga todo el ejército; despues, poniendo al galope su caballo, atravesia á su vez el bosque, y se reúne á Murat y á Eugenio. Sus tenientes habían dicho la verdad; Vitespk se halla delante de sus ojos, elevándose en anfiteatro sobre su doble colina.

Pero el dia se halla ya muy adelantado para intentar nada; se hace preciso algun tiempo para reconocer y estudiar el pais y para formar un plan de campaña: por otra parte, el resto del ejército está aun en los desfiladeros de que el mismo Napoleon había salido aun no hacia tres horas. Manda

que pongan su tienda sobre una altura á la izquierda del camino real, hace desplegar sus cartas geográficas, y se duerme sobre ellas.

Llega la noche; enciéndense hogueras; ya no queda duda alguna, el ejército ruso está á la vista, y espera.

De hora en hora, Napoleon se despierta, y pregunta si los rusos continúan en sus posiciones, y le contestan que sí. En aquella noche hizo llamar á su lado siete veces á Berthier; la última vez le acompaña hasta la puerta de su tienda; se asegura por si mismo de que no le han engañado, y se duerme, en fin, algo mas tranquilo, dando órden de que le despierten al amanecer.

Pero esta órden es inútil, y él mismo á las tres de la madrugada llama á sus ayudantes de campo, y pide un caballo. Como había siempre uno dispuesto, se lo traen al momento. Salta sobre él, y acompañado de algunos oficiales únicamente, corre toda la linea. Rusos y franceses siguen en sus puestos, y cuando llega el dia, Napoleon ve lleno de júbilo á todo el ejército enemigo sobre los terraplenes que dominan las avenidas de Vitespk. A trescientos pies, y por bajo de él, corre el Luczissa, río que, á manera de torrente, desciende de la montaña, y va á perderse en el Douina. Delante del ejército, y á modo de puestos avanzados, se escalonan diez mil hombres de caballería, apoyando su derecha en el Douina, y su izquierda en un bosque guarnecido de infantería y erizado de cañones.

Todo indica una firme resolucion de combatir.

Napoleon abarca de una ojeada toda la linea enemiga, y su inquietud desaparece. Si los rusos no se hallan dispuestos á atacarnos, parecen al menos decididos á defenderse. En aquel momento el virey se reune á Napoleon, que le da sus órdenes, y ocupa un montecillo aislado á la izquierda del camino real, desde donde, colocado al lado del campo de batalla, podrá dominar á ambos ejércitos.

En un momento son trasmítidas las órdenes. La division Broussier, seguida del 18.^º regimiento de infanteria ligera y de la brigada de caballeria del general Piré, vuelve hacia la derecha, atravesando el camino, y se dispone á reparar un pequeño puente que el enemigo ha destruido, y que le franqueará el paso para el otro lado de un barranco que se estiende por delante de nuestro frente, como el Luczissa por delante de los rusos. Al cabo de una hora el puente queda compuesto, sin que el enemigo haya intentado oponerse.

Los primeros que pasan el barranco son doscientos cazadores del 9.^º regimiento de linea, mandados por los capitanes Gayard y Savary: al momento se colocan en el lado izquierdo, donde deben formar la extremidad de nuestra ala, que estará apoyada, como la de los rusos, en el Douina. Tras ellos pasa el 46.^º de cazadores de á caballo, conducido por Murat, detrás del cual marchan algunas piezas de artilleria ligera. La division Delzons se adelanta á su vanguardia y empieza á pasar, cuando de repente,

bien sea que se dejase arrastrar por su ardor habitual, ó sea que interpretase mal una orden recibida, Murat se pone á la cabeza del 16.^o de cazadores, y se arroja sobre los cuerpos de caballería rusa que hasta entonces los habían visto desfilar inmóviles y como si se tratase de una parada.

Entonces se vió, con una admiración mezclada de terror, adelantarse seiscientos hombres para atacar á diez mil; pero antes de que hubiesen podido llegar, los inconvenientes del terreno, socavado por las lluvias del invierno, han roto sus líneas, de manera que al primer movimiento de los lanceros rusos, conociendo que era imposible toda resistencia, vuelven la espalda y huyen; pero los barrancos, que se han opuesto al ataque, se oponen aun mas á la retirada: peregrinados muy de cerca los cazadores, son alcanzados, y destrezzados en la parte mas baja, y no se reúnen sino protegidos por el fuego del 53.^o regimiento. Murat solamente, con unos sesenta oficiales y soldados de á caballo, se ha mantenido, sable en mano, dejando pasar á los enemigos, con los que se ha mezclado, de modo que mas bien parecía que él iba en su persecución. Por dos veces en aquella escaramuza su picador le ha salvado la vida: una de ellas, matando de un pistoletazo á un soldado que iba á atravesarle con su lanza, y otra cortando la mano á un soldado de caballería que tenía el sable levantado sobre él.

En aquel momento, los lanceros rusos ven al emperador sobre la colina en que se había colocado,

y acompañado únicamente por algunos cazadores de la guardia; se hallan á algunos centenares de pasos de él; todo el ejército se sobresalta; los doscientos cazadores vuelven al paso de carga, Murat y sus valientes los adelantan con la rapidez del rayo, y se colocan al pie del montecillo; los cazadores echan pie á tierra, y con la carabina el brazo rodean á Napoleón; el mismo Murat se apodera de un fusil y hace fuego. Esta resistencia, que no se esperaban los lanceros, les detiene; redobla el fuego de fusilería; la división Delsona llega á paso de carga, y á la vez los mil quinientos ó mil ochocientos lanceros se ven en un terrible apuro; vuelven pies atrás, y huyen á galope; pero en mitad de su camino encuentran á los doscientos cazadores franceses que se habían entonces solos entre los dos ejércitos.

Por un momento se creyó perdidos á aquellos doscientos valientes, cuando de repente, en el centro del círculo que les rodeaba y que los ocultaba á la vista, se oye un fuego muy nutrido, que hizo un gran destrozo en los enemigos: aquel puñado de valientes aislado no había aun desesperado de salvarse. Por medio de una rápida maniobra, sus dos capitanes los forman en un cuadro, cuyos cuatro frentes vomitan fuego: los lanceros se enfrentan contra ellos, pero el cuadro retrocede sin dejar de combatir y ocupa un terreno cortado por barrancas y malezas. Los lanceros los siguen asediando; pero todo el camino que han recorrido se halla cubierto de muertos y heridos, y mas de doscientos

caballos sin gineteles corren por la llanura. Los rusos se ciegan; detenidos por las malezas los unos, caen los otros en los barrancos; el fuego continúa sin descanso y con una regularidad que indica que el batallón en cuadro permanece intacto; en fin; los lanceros se fatigan de aquella lucha en que todos los peligros están de su parte; vuelven grupos, y se reúnen á los demás regimientos, que han permanecido, como los franceses, inmóviles espectadores de aquel singular torneo: una última descarga los persigue, y nuestro ejército entero da un grito de alegría al ver aquel puñado de hombres salvado por su propio valor, de un modo tan milagroso.

Napoleón, que ha olvidado su peligro momentáneo, se había aproximado para tomar parte en el espectáculo, y envía un ayudante de campo para que se informe á qué cuerpo pertenecen aquellos doscientos valientes. El ayudante vuelve con esta respuesta:

—Al 9.^o, señor, y todos son hijos de París.
—Vuelve á decirles que son unos valientes, que todos merecen la cruz de honor, y que se les dará diez condecoraciones para que se las repartan entre sí;

Este mensaje fue acogido con los gritos de *viva el emperador!*

Pero todo cuanto había pasado hasta entonces no había sido más que un juego, y la verdadera batalla empezaba entonces; la division Broussier se formó en cuadros dobles por regimientos, y protegida

por su artillería, marcha derecha hacia el enemigo, entre tanto que el ejército de Italia, las tres divisiones del conde Loban y la caballería de Murat, atan el camino real y los bosques en que los rusos apoyan su ala izquierda. En el espacio de dos horas, todos los puestos avanzados son ocupados por las tropas francesas; y el enemigo se retira detrás del Luczissa: todos han seguido el ejemplo de los doscientos cazadores, y han hecho cuanto han podido: Murat, sobre todo, teniendo que reparar un mal paso, ha hecho prodigios de valor.

Eran las doce del dia, y quedaba aun tiempo para volver á la carga contra el enemigo; pero sin duda Napoleon había previsto que los rusos, asustados de aquél primer encuentro, los engañaban con una retaguardia, entre tanto que hacían su retirada, y hace como que vacila, para ser menos temido. Así es que manda cesar el fuego, recorre toda la linea, encarga que se preparen para el dia siguiente, y se dirige, para almorzar, á una pequeña altura en medio de los tiradores, donde una bala hiere á un soldado á tres pasos de él.

Durante todo el dia van llegando y reuniéndose los diferentes cuerpos del ejército.

Por la tarde Napoleon se despide de Murat, diciéndole:

—Hasta mañana, á las cinco de la mañana.

Murat meneó la cabeza en señal de duda, y marchó á establecer su tienda á orillas del Luczissa, y á medio tiro de fusil de las avanzadas enemigas.

Napoleón no se había equivocado : Barclay de Tolly tenía intención de ocupar y defender la entrada de Smolensko, en cuyo punto había citado á Bragation, y donde debía reunirse de un momento á otro; pero á las once de la noche el general ruso tiene noticia de que Bragation ha sido derrotado en Mohilow y rechazado tras el Borysthenea, de modo que tenía cortadas todas las comunicaciones, y se ve obligado á entrar en Smolensko, donde debe esperar órdenes del general en jefe.

A las doce Barclay de Tolly dispone su retirada, que se hace con tal orden y silencio, que el mismo Murat no nota el movimiento ; y como los fuegos encendidos durante la noche siguen en el mismo estado, el ejército se cree en presencia de los rusos. Al amanecer, Napoleón se despierta y se asoma á la puerta de su tienda : todo se hallaba silencioso y desierto en aquel campo, ocupado la víspera por setenta mil hombres : los rusos se le han ido de las manos por segunda vez.

Napoleón no podía creer en aquella retirada. ¡Tanto era el afán con que había deseado su presencia ! Manda que el ejército no se adelante sino precedido de una numerosa vanguardia , pues se recela mucho una sorpresa ; pero bien pronto tiene que rendirse ante la realidad. Ocupa el mismo campo de Barclay , y un soldado que se sorprende durmiendo bajo un matorral es lo único que queda del ejército ruso.

Dos horas después entran en Vitespk : Vitespk

está desierta, y, á excepcion de algunos judios, todos sus habitantes la han abandonado. Napoleon, que no puede creer en aquella incesante retirada, mandó armar su tienda de campaña en el patio del castillo, para indicar que solo hace un alto.

Mándanse hacer dos reconocimientos, uno siguiendo el Douina corriente arriba, y el otro por el camino de Smolensko; pero no hallan mas que algunos cosacos dispersos, que se retiraron al momento. De los setenta mil hombres que tenian á la vista el dia anterior no quedaba huella alguna, y se habian desvanecido como fantasmas.

Napoleon recibe en Vitespk noticias muy desagradables. Segun un parte de Berthier, una sexta parte del ejército se halla atacada de disentería; Belliard, que fue preguntado, responde que con seis dias mas de semejante marcha no le quedaría un soldado de caballería. Entonces Napoleon, desde las ventanas del castillo, dirige su vista para reconocer la posición de la ciudad, que ve tan admirablemente defendida por la naturaleza, que el arte no puede mejorarla. Sucédense las ideas en su mente con una extraordinaria rapidez; se halla á seiscientas leguas de Francia; la Lituania está conquistada, y se hace preciso organizarla; hallase vencedor, si no de hombres, de sitios al menos; así, pues, puede detenerse, y esperar allí el invierno precoz y terrible de Rusia. Vitespk será una excelente posición: la corriente del Douina y del Boristenes señalarán la línea francesa; la artillería de sitio marchará sobre

Riga, y el ala izquierda del ejército se apoyará en esta última posición: Vitespk, á quien la naturaleza había dado bosques, y á la que Napoleon daba murallas, servía de campo atrincherado en el centro; el ala derecha se estenderá hasta Bo-Bruisk, de que era preciso apoderarse.

Acampado de este modo, nada podía faltar al ejército. Ademas de los almacenes de Dantzik, de Vilna y de Minsk, pondrán á contribucion la Curlanda y la Samogitia, se construirán treinta y seis grandes hornos, que podrán dar en cada hornada treinta mil libras de pan.

Todo esto en cuanto á las primeras necesidades.

Las yerbas crecen en la plaza del palacio; se limpiará esta plaza: la ciudad está desierta; pero se harán invitaciones á los mas ricos habitantes y á las mas elegantes señoritas de Vilna y de Varsovia para que vayan á ella á pasar el invierno. Se edificará un teatro, y para inaugurarle, Talma y la señorita Mars irán á Vitepsk, como habían ido á Dresden.

Esto en cuanto al lujo.

Este plan había sido madurado en media hora, y adoptado que fue, Napoleon se descolgó su espada, la arrojó sobre una mesa, y dijo al rey de Nápoles, que acababa de entrar en su habitación:

—Murat; hemos terminado la primera campaña de Rusia: plantemos aquí nuestras águilas, pues quiero concentrarme en este punto: dos grandes ríos marcan nuestra posición: formemos un cuadro con casones en los ángulos, y en el interior, y que

se cruzan los fuegos por todas partes : 1813 nos verá en Moscou , 1814 en San Peteraburgo : la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

Era el buen genio de Napoleon el que hablaba así en aquel momento; pero el demonio de la guerra no debía tardar en recobrar su imperio: á los quince días se hallaban desvanecidos todos aquellos grandes proyectos, y como un atleta fatigado que cobra nuevo aliento, quince días después continuaba su marcha. El 18 de agosto caía Smolensko en su poder: el 16 de setiembre estaba ardiendo Moscou, y el 13 de diciembre Napoleon volvía á pasar de noche y fugitivo el Niemen, solo y perseguido por el espectro del grande ejército.

Peregrino piadoso de nuestra gloria como de nuestros reveses, desde Vilna había seguido yo á caballo el mismo camino que Napoleon había hecho doce años antes, recogiendo todas las tradiciones que los buenos lituanios habían conservado de su paso. Bien hubiera deseado ver á Smolensko y á Moscou, esta nueva Pultawa ; pero ese viaje me obligaba á andar doscientas leguas mas, y eso me era imposible. Despues de permanecer un dia en Vitespk y de haber visitado el castillo donde Napoleon había morado quince días, me hice traer caballos y uno de esos pequeños carruajes de que se sirven los correos rusos, y que se llaman *perekadnoi*, porque se mudan en cada parada. Arrojé en él mi maleta, y ne tardé en dejar tras de mí á Vitespk, llevado por mis tres caballos, de los cuales el de enmedio trotaba

con la cabeza levantada, mientras que los de derecha e izquierda galopaban relinchando y con la cabeza baja, como si quisieran devorar la tierra.

Por lo demás, yo no hacia mas que cambiar un recuerdo por otro. Esta vez seguia el camino que tomó Catalina en su viaje por Tauride.

II.

Al salir de Vitespk encontré la aduana rusa; pero como yo no llevaba mas que una maleta, á pesar de la intencion visible que tenía el administrador de hacer durar el registro, solo se emplearon en él dos horas y veinte minutos, cosa inaudita en los anales de la aduana moscovita. Practicado aquel registro, ya podía ir tranquilo hasta San Petersburgo.

Por la noche Hegué á Veliki-Luki, cuyo nombre significa *arco grande*, y que debe su denominación pintoresca á las sinuosidades del río Lova, que pasa por sus murallas. Construida esta ciudad en el siglo XII, fue devastada en el XIII por los lituanos; despues, conquistada por el rey de Polonia, Balloric Inigo, devuelta á Ivan Vasilievith, y por ultimo, quemada por el falso Demetrio. Habiendo perma-

recido por espacio de nueve años, fue poblada de nuevo por los cosacos del Don, del Jaik, de quienes desciende casi toda la población actual. Tiene tres iglesias, dos de ellas situadas en la calle Mayor, al pasar por delante de las cuales mi postillon no dejó de hacer la señal de la cruz.

A pesar de lo incómodo del carroaje, no suspendido, que había yo adoptado, y del mal estado de los caminos, estaba resuelto á no detenerme, porque, segun me habian dicho, podia caminar las ciento setenta y dos leguas que separan á Vitespk de San Petersburgo en cuarenta y ocho horas. No me detuve, pues, en la parada sino el tiempo necesario para mudar caballos, y continué mi viaje. Escuso decir que no dormí una hora en todo el camino, pues fui bailando en mi carroaje como una avellana en su cáscara: procuré agarrarme al banco de madera, sobre el cual habian estendido una especie de almohada de cuero del grueso de un cuadernillo de papel; pero al cabo de diez minutos tenia los brazos dislocados, y me vi precisado á abandonarme de nuevo á aquel terrible zarandeo, compadeciendo de todo corazon á los infelices correos rusos, que caminan á veces un millar de leguas en semejante carroaje.

Haciase ya sensible la diferencia de las noches moscovitas y las de Francia. En cualquiera otro carroaje hubiera podido leer, y confieso que, satisgado de mi insomnio, traté de hacerlo; pero á la cuarta linea, un nuevo vuelco me hizo soltar el libro

de las manos, y al bajar me para cogerlo, otro vuelco me hizo saltar á mi vez del asiento. Pasé una buena media hora en revolcarme en el suelo de mi cajón antes de ponerme sobre mis pies, y quedé curado del deseo de continuar mi lectura.

Al amanecer me encontré en Bejanitzi, pequeña aldea sin importancia, y á las cuatro de la tarde en Porkhov, antigua ciudad situada sobre el Chelonia, que lleva su lino y su trigo sobre el lago Ilmen, de donde por el río que une los dos lagos entre si ganan esos artículos el de Ladoga: hallábase á la mitad del camino. Confieso que tuve una tentación bien fuerte de detenerme una noche; pero tan terrible me pareció el desasero de la posada, que me sumergí en mi carroaje. Verdad es que la seguridad que me dió el postillon de que el camino que me quedaba era mejor que el que llevaba ya andado, entró por mucho en aquella heroica resolución. En su consecuencia, mi perekladui partió al galope, y yo continué zarandeándome en el interior de mi cajón, mientras que el postillon cantaba sobre su asiento una canción melancólica, cuya letra no entendía, pero cuyo aire me parecía en extremo acomodado á mi dolorosa situación. Si dijera que me dormí, nadie me creería, ni yo mismo lo hubiera creído, á no haberme despertado con una terrible contusión en la frente. El carroaje había dado tal vuelco, que el postillon había sido lanzado de su asiento. En cuanto á mí, fui detenido por el techo del carroaje, y la contusión que me despertó provino del contacto

to de mi frente con la armadura. Ocurriente entonces la idea de colocar al postillon dentro del carruaje y ponerme yo en el pescante; pero por mas ofertas que le hice, no quiso aceptar, ya fuese porque no comprendiera lo que yo le decia, ya porque creyese que faltaba á su deber aceptando. En su consecuencia, nos volvimos á poner en camino; el postillon emprendió de nuevo su cancion, y yo mi baile. A eso de las cinco de la mañana llegamos á Selogoretz, en donde nos detuvimos para desayunarnos. A Dios gracias, no nos quedaban ya mas que unas cincuenta leguas de camino.

Volví suspirando á mi jaula, y me encaramé sobre mi palo. Entonces fue cuando se me ocurrió preguntar si podria quitarse la cubierta al carruaje, á lo que me contestaron que no habia cosa mas fácil. Mandé que procedieran inmediatamente á la operacion, y solo la parte inferior de mi persona fue la que quedó desde entonces comprometida.

En Luga tuve otra idea no menos feliz que la anterior, que fue quitar la banqueta, echar paja en el suelo del carruaje, y acostarme encima, haciendo servir de almohada á mi maleta. De esta suerte, de mejora en mejora, mi estado llegó al fin á hacerse casi soportable.

Mi postillon me hizo detener sucesivamente delante del castillo de Garchina, donde estuvo relegado Pablo I durante el reinado de Catalina, y delante del palacio de Tzarkoselo, residencia de verano del emperador Alejandro; pero estaba tan cansa-

do, que me contenté con levantar la cabeza para mirar aquellas dos maravillas, haciendo propósito de volver á verlas mas tarde en un carrozón mas cómodo.

Al salir del Tzarkoselo se rompió súbitamente el eje de un droschki que corría delante de mi, y el carrozón, sin caer al suelo, se inclinó á un lado. Como me hallaba á unos cien pasos detrás del droschki, tuve tiempo, antes de alcanzarlo, de ver salir de él á un caballero alto y delgado que llevaba en una mano un clac y en la otra uno de esos violines pequeños que se llaman de bolsillo. Llevaba una casaca negra, como las que se usaban en París en 1812; unos calzones negros, medias de seda negras, y zapatos con hebillas: apenas se vió en el suelo empezó por sacudir su pierna derecha, luego la izquierda, luego á hacer trenzados con las dos piernas, y por último á dar tres vueltas sobre sí mismo, para asegurarse sin duda de que nada se había fracturado. La inquietud que aquel caballero mostraba por su conservación me hizo creer que no debía pasar á su lado sin detenerme y preguntarle si le había sucedido algun fracaso.

—Ninguno, caballero; ninguno, me respondió, si no el de que voy á faltar á mi lección, una lección que me vale un lujo, y á la persona mas linda de San Petersburgo, á la señorita Ulodek, que representa pasado mañana á Filadelfia, una de las hijas de lord Varton, en el cuadro de Antonio Vandick, en la fiesta que la corte da á la duquesa hereditaria de Velmar.

—Caballero, le dije: no comprendo bien lo que me dices; pero no importa: si puedo seros útil en algo...

—¿Cómo que si podeis serme útil? Me podeis salvar la vida. Figuraos que acabo de dar una lección de baile á la princesa Lubomirska, cuya casa de campo está á dos pasos de aqui. Una lección de dos luises, caballero; no las doy á menos precio; estoy en moda, y me aprovecho de esta circunstancia; pero nada tiene de extraño, porque yo soy el único maestro de baile francés que hay en San Petersburgo. Pues bien; sabreis que ese tuno me da un carruaje que se rompe y que por poco me estropea. Afortunadamente las piernas están ileses. Ya tendré presente el número de tu carruaje: lárgate, bribón.

—Si no me equivoco, caballero, le dije yo, el servicio que puedo prestaros es el ofreceros un sitio en mi carruaje.

—Justamente, caballero; lo habeis adivinado, y seria un señalado servicio; pero no me atrevo...

—¿Cómo que no! Entre compatriotas...

—¿Sois francés?

—Y entre artistas...

—Pues qué, ¿sois tambien artista? ¡Ah caballero! San Petersburgo es una ingrata ciudad para los artistas. El baile, sobre todo, ¡oh! ¡Es cosa perdida! ¿Sois por ventura maestro de baile?

—Decís que el baile es cosa perdida? Y con todo, os pagan un luis por cada lección: no me parece que deberíais estar descontento.

—Eso es sin duda á causa de las circunstancias del momento; pero ya no es aquella antigua Rusia; los franceses lo han agitado todo. Vos no sois maestro de baile, ¿no es cierto?

—Pues me habian hablado de San Petersburgo como de una ciudad en que eran muy bien acogidas todas las notabilidades.

—¡Oh! ¡Sí! Con efecto; en otros tiempos así sucedía, hasta el punto de haber habido un miserable piquero que ganaba seiscientos rublos diarios, mientras que apenas gano yo ochenta. Pero, decidme, vos no sois maestro de baile.

—No, no, mi querido compatriota, le respondí al fin, condolido de su inquietud, y podeis subir á mi carruaje sin temor de hallaros al lado de un rival.

—¡Caballero, acepto vuestra oferta con sumo placer! exclamó el maestro colocándose á mi lado; y, gracias á vos, me hallaré en San Petersburgo á tiempo de dar mi lección.

El cochero marchó al galope; tres horas despues; es decir, entrada ya la noche, entramos en San Petersburgo por la puerta de Moscow, y, con arreglo á los informes dados por mi compañero de viaje, que se había mostrado muy complaciente conmigo desde que supo que yo no era maestro de baile, me apeé en la fonda de Lóndres, plaza del Almirantazgo.

Allí nos separamos: él subió á un carruaje, y yo á la fonda.

Escusado es decir que, por deseos que tuviese de

visitar la ciudad de Pedro I, lo dejé para el dia siguiente; me hallaba tan rendido, que las piernas se negaban á sostenerme, y me costó sumo trabajo el subir á mi habitacion, en donde afortunadamente encontré una buena cama, mueble de que no habia disfrutado desde Vilna.

Me desperté al siguiente dia á las doce de la mañana: la primera cosa que hice fue asomarme á la ventana. Tenia delante de mis ojos el palacio del Almirantazgo, con su larga aguja de oro, terminada en un barco y con sus hermosos árboles; á mi izquierda el palacio del senado; á mi derecha el palacio de invierno y la ermita, y en los intervalos de estos magníficos monumentos divisábase el Neva, que aparecia desde aquel punto de vista con las dimensiones del mar.

Almorcé en tanto que me vestia, y apenas hubo concluido, me dirigi al muelle del palacio, subiendo hasta el puente Troitskoi, puente que tiene mil ochocientos pies de largo: me habian dicho que eligiese aquel punto para ver la ciudad, y debo confesar que esto fue el mejor consejo que he recibido en mi vida.

En efecto, no sé si habrá en todo el mundo un panorama semejante al que se estendia delante de mi vista, cuando de espaldas al barrio de Viborg dejaba perderse á mis miradas hasta las islas de Velnei y el golfo Fintandia.

En primer término, y á mi derecha, amarrada como un navío, con dos ligeros puentes, á la isla de

Aptekarskoi, se elevaba la fortaleza, cuna primitiva de San Petersburgo, tras de cuyas murallas se elevaba el chapitel dorado de la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde están enterrados los caesares y el techo verde de la casa de la moneda. Enfrente de la fortaleza, y sobre la otra orilla, veia á mi izquierda el palacio de Mármol, cuyo gran defecto es el de que el arquitecto parece haberse olvidado de ponerle una fachada; la ermita, asilo delicioso contra la etiqueta, edificado por Catalina II; el palacio imperial de invierno, mas notable por su masa que por su forma, por sus dimensiones que por su arquitectura; el Almirantazgo, con sus dos pabellones y sus escaleras de granito; el Almirantazgo, centro gigantesco, al que abocan las tres calles principales de San Petersburgo; la perspectiva de Niceski, la calle de Pois y la calle de la Resurrección; por último, mas allá del Almirantazgo, el muelle inglés y sus magnificas casas, que terminan en el nuevo Almirantazgo.

Despues de haber dejado á mi vista perderse en aquella estensa linea de majestuosos monumentos, la dirigi hacia enfrente de mi: en la punta que forma la isla de Vasiliefskoi se elevaba la Bolsa, monumento moderno, edificado, no se sabe por qué, entre dos columnas rostrales, y cuyas escaleras semicirculares esconden bajo el agua sus últimos escalones; detras de la Bolsa, sobre la ribera que corresponde al muelle inglés, hay una linea, compuesta de doce colegios, la academia de ciencias, la de

bellas artes, y al fin de esta grandiosa perspectiva la escuela de minas, situada en el extremo de la curva descrita por el río.

Al otro lado de la isla, que debe su nombre á un teniente de Pedro I, llamado Bazile, á quien este príncipe había encargado el mando, en tanto que él, ocupado en edificar la fortaleza, habitaba su pequeña cabaña de la isla de San Petersburgo, corre hacia las islas de Volnoi el brazo de un río llamado el pequeño Neva. Allí es donde están situadas las mas hermosas casas de campo de ricos señores de San Petersburgo, en medio de jardines deliciosos, cerradas con verjas doradas y enteramente tapizadas durante los tres meses de verano de flores y arbustos importados del África y de Italia, y que durante los otros nueve meses hallan en las estufas la temperatura de su país natal. Una de estas islas pertenece esclusivamente á la emperatriz que ha hecho edificar en ella un lindo palacio, rodeado de jardines y de paseos.

Volviendo la espalda á la fortaleza, y subiendo la corriente del río, la perspectiva cambia de carácter, á pesar de que sigue grandiosa. En efecto, al fin del puente veía en una orilla la iglesia de la Trinidad, y sobre la otra el jardín de verano; despues, á mi izquierda, la pequeña casa de madera que ocupaba Pedro I en tanto que hacia construir la fortaleza; al lado de esta cabaña se ve aquí un árbol, en el que, á la altura de unos diez pies, está colgada una Virgen. Cuando el fundador de San Petersburgo preguntó á

qué altura subía el río en las grandes avenidas, le señalaron aquella Virgen, y entonces estuvo á punto de abandonar su gigantesca impresa. El árbol santo y la cabaña memorable están rodeados de un edificio formando arcos destinado á protegerlos contra las injurias del tiempo; aquella cabaña se componía de tres habitaciones: un comedor, una sala y una alcoba. Pedro fundaba una ciudad, y no se había tomado el trabajo de edificarse una casa.

Mas lejos, y siempre sobre la izquierda, se divisa el antiguo Petersburgo, el hospital militar, la academia de medicina, y por último, el pueblo de Okla y sus alrededores; enfrente de estos edificios el palacio de Tauride con sus techos de esmeralda, el cuartel de artillería, la casa de la Caridad y el antiguo monasterio de Smolna.

No puedo decir cuánto tiempo permanecí estudiando ante aquel doble panorama. A la segunda ojeada todos aquellos palacios se me presentaban como una decoración del teatro de la Ópera, y todas aquellas columnas, que de lejos parecían de mármol, no eran tal vez mas que humildes ladrillos; pero el primer golpe de vista es una cosa maravillosa, de que no es fácil formarse idea.

Eran ya las cuatro, y me habían dicho que la comida se servía á las cuatro y media; así es que tomé, no sin sentimiento, el camino de la fonda, pasando por delante del Almirantazgo, para ver de cerca la estatua colossal de Pedro I, que había descubierto desde mi ventana.

Al volver, únicamente fue cuando fijé mi atención en la población; pues hasta entonces había estado ocupada con aquellas masas inmensas: esta población, por su carácter especial, merece ser notada. En San Petersburgo no hay mas que esclavos y grandes señores; no hay clase media.

A primera vista el hijo del pueblo no presenta nada de particular: en invierno, unas pieles de carnero; en verano, camisas rayadas, que, en vez de ir cubiertas por el pantalón, flotan sobre sus rodillas; cabello recortado, y una barba tan abundante como le plugo dársela á la naturaleza: esto en cuanto á los hombres. Las mujeres llevan una especie de ropón, forrado de piel; largas camisas, que bajan hasta la mitad de la falda del vestido, y enormes botas, en las que ocultan sus formas el pie y la pierna.

Pero en ningún país del mundo se nota mayor serenidad en las fisionomías. En París, de cada diez semblantes que pertenezcan á la última clase de la sociedad, cinco ó seis, cuando menos, espresan el sufrimiento, la miseria ó el temor. En San Petersburgo no hay nada de eso. El esclavo, tranquilo sobre su porvenir, se halla generalmente contento con lo presente, sin inquietarse por su alojamiento, por sus vestidos ni por su alimento, cuidados que su amo se ve obligado á tener por él; marcha por el camino de la vida sin mas disgusto que el de recibir algunos latigazos, á los que sus espaldas se han acostumbrado desde la niñez, y estos latigazos los

olvida muy pronto, gracias al abominable aguardiente, de que hace su bebida ordinaria, y que en vez de irritarle, como el vino de nuestro país, le da el mas profundo respeto hacia sus superiores, una amistad mas tierna hacia sus iguales, y ademas una benevolencia de las mas cómicas.

Otra particularidad que me había llamado también la atención es la libre circulación de las cañadas, ventaja que la ciudad debe á los tres grandes canales que la rodean, y por los que se conducen los esccombros, se hacen las mudanzas, llegan los géneros y se acarrean las maderas. De este modo no se ven esa multitud de carretas que obligan á emplear tres horas yendo en carroaje en un camino que se puede andar á pie en tres minutos. Lejos de eso, hay local espacioso para todo; las piedras, para los droschki, los kibick, los briska y las carretelas, que se cruzan en todos sentidos con una increíble rapidez, la cual no impide que se oiga á cada momento: *Pascará, pascará*; esto es, *mas aprisa*; las aceras, para las gentes de á pie, que no son nunca atropelladas, y los cocheros rusos tienen tal destreza para contener su carroaje en medio de su mas logosa carrera, que es preciso ser mas diestro que el cochero para que pueda suceder alguna desgracia.

Olvidaba ademas una precaución de la policía, para indicar á los transeúntes de á pie que deben ir por las aceras, y es que, á menos de hacerse herir como los caballos, es imposible andar por aque-

Nos guijarros. Así es que se dice de San Petersburgo que es una gran señora, suntuosamente vestida, pero pésimamente calzada.

Entre las joyas que le han regalado sus caesares, una de las mejores es seguramente la estatua de Pedro I, que debe á la munificencia de Catalina II. El czar está colocado sobre un brioso caballo levantado de manos, imagen de la nobleza moscovita, tan difícil de dominar, y sentado sobre una piel de oso, que representa el estado de barbarie en que halló á su pueblo. Despues, para que fuese completa la alegoría, así que el artista hubo concluido su estatua, hicieron rodar hasta San Petersburgo, para que le sirviese de pedestal, una roca informe, emblema de las dificultades que el civilizador del Norte había tenido que vencer. Sobre el granito se lee esta inscripción latina, traducida en ruso en el lado opuesto:

PETRO PRIMO CATHARINA SECUNDA 1782.

Daban las cuatro y media, cuando daba yo por tercera vez la vuelta alrededor de la verja que encierra este monumento: me vi, pues, obligado á abandonar la obra maestra de nuestro compatriota Falconet, sin lo cual hubiera corrido mucho peligro de no hallar sitio en la mesa de la fonda.

San Petersburgo es la mayor de las aldeas que he conocido en toda mi vida: la noticia de mí llegada se había ya esparcido por toda ella; gracias á mi

compañero de viaje. Y como no había este pedido decir de mí otra cosa, sino que viajaba en posta, y que no era maestro de baile, aquella noticia había alarmado á la tropa de industriales franceses, que tomó el título de colonia, porque cada uno de los que la componían experimentó, respecto á mí, el mismo temor que tan ingenuamente me había manifestado el bailarin, y recelaba encontrar en mí un concurrente ó un rival.

Así es que mi entrada en el comedor ocasionó un murmullo universal entre los dignos asistentes á la mesa de la fonda, que casi todos pertenecían á la colonia, y cada uno procuró leer en mi fisonomía y en mis maneras la clase á que pertenecía.

Esto era bastante difícil, y hubiérase neoesitado una gran perspicacia, porque me contenté con hacer un saludo y sentarme.

Durante el primer plato, gracias al buen apetito y á los miramientos de una primera entrevista, fue respetado mi incégnito. Pero después del asado de vaca, la curiosidad, comprimida por tanto tiempo, estalló, empezando por mi vecino de la derecha.

—¿Sois extranjero en San Petersburgo, caballero? me dijo aproximándose su vaso é inclinándose:

—He llegado ayer por la tarde, le contesté, poniéndole de beber, é inclinándome á mi vez.

—¿Sois un compatriota? repuso entonces mi vecino de la izquierda, con un tono de falsa fraternidad.

—No sé, caballero; soy de París.

—Y yo de Tours, jardín de Francia, y la provincia en que, como sabeis, se habla el idioma con mas pureza: así es que he venido á San Petersburgo para ser *outchitel*.

—Sin pasar por indiscreto, caballero, dije al de mi derecha: ¿podré preguntaros qué cosa es *outchitel*?

—Un comerciante en participios, me contestó este con un tono de desprecio.

—Este caballero no vendrá, creo, con el mismo objeto que yo, prosiguió el maestro de francés; y si así fuese, le daria como amigo el consejo de volverse á Francia sin perder tiempo.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque la última feria de profesores de Moscou ha sido muy mala.

—¡La última feria de profesores! exclamé yo estupefacto.

—Sí, señor. ¿Ignorais que el pobre Mr. Le Duc ha perdido una mitad en su mercancía?

—Caballero, dije dirigiéndome á mi vecino de la derecha: ¿tendreis á bien decirme quién es ese Mr. Le Duc?

—Es un apreciable fondista, que tiene tienda de profesores; los hospeda y los tasa segun sus méritos, y cuando llega la Pascua y la Navidad, que son las grandes fiestas de los rusos, y en las que tienen por costumbre ir á la capital, abre sus almacenes, y ademas del reembolso de los gastos adelantados al

profesor que coloca, cobra un tanto por la comision. Pues bien : este año le ha quedado una tercera parte de su hacienda , y le han devuelto una sexta de los que habia enviado á las provincias ; de modo que el pobre hombre está á punto de hacer quiebra.

—¡Cosa mas rara!

—Así es, caballero, repuso el outchitel, que si venis para ser preceptor , habeis elegido mala co-yuntura , porque aun las personas nacidas en Turena , esto es , en la provincia en que se habla mejor el francés , tienen mucho que hacer para poderse colocar.

—Podeis estar tranquilo, le contesté , pues ejerzo una industria muy diferente de la vuestra.

—Caballero , me dijo uno que se hallaba colocado frente á mi, con un acento que trascendia á Burdeos desde una legua ; debo advertiros que si comerciais en vinos, no tendreis mucha ganancia aquí, que no se bebe mas que agua.

—Pero qué, caballero, ¿los rusos se han aficionado á la cerveza , ó han plantado viñas en el Khanat-chatka?

—¡Oh! ¡Si no fuese mas que eso! Pero los señores rusos compran y no pagan.

—Os doy gracias por el aviso, aunque estoy seguro de no hacer bancarrota con mis mercancias. Yo no comercio en vinos.

—De todos modos , me dijo con un acento lyonés un individuo vestido con una gran levita, muy forrada, aunque estábamos en medio del verano ; de

todos modos, os aconsejo, si sois comerciante en paños, que empleis vuestros géneros en vos mismo, en atencion á que no pareceis de una complexion muy robusta; y aquí, como debéis saber, los que son delicados del pecho lo pasan muy mal. En el ultimo invierno hemos perdido cincuenta franceses.

—Ya pensare en ello; y como espero ser vuestro parroquiano, me tendreis alguna consideracion.

—¡Todo quanto gusteis! caballero. Yo soy de la ciudad de Lyon, segunda capital de Francia, y ya sabeis que nosotros los lyoneses tenemos fama de gente concienzuda: en fin, puesto que no sois comerciante de paños...

—¿No veis que nuestro querido compatriota no quiere decirnos cuál es su profesion? dijo otro concurrente, cuyo pelo rizado á fuego exhalaba un insopportable olor á pomada de jazmín, y que procuraba inútilmente hallar las coyunturas de un ave.

—Si yo tuviese el honor de tener vuestro porte y de exhalar un olor tan deliciosamente aromatizado, no tendriais que tomaros tanto trabajo en adivinar lo que soy.

—¿Qué quereis decir, caballero! exclamó el joven de rizado pelo.

—Quiero decir que sois peluquero.

—Lo decís con intencion de insultarme?

—Si es un insulto el nombre de vuestra profesion...

—Caballero! dijo el susceptible peluquero al-

zando la voz y sacando una tarjeta de su bolsillo:
¡ahí tenéis las señas de mi habitación!

—Dejaos de nisterias, y trinchad ese pollo.

—Es decir que os negáis á batirnos?

—¿Quereis saber mi profesión? Pues bien, mi profesión me impide el batirme.

—Según eso tenéis la profesión de cobarde.

—No; pero soy maestro de esgrima.

—Ah! dijo el joven volviéndose á sentar.

Hubo un momento de silencio, durante el cual mi interlocutor intentó, con menos resultado que antes, arrancar un alon del pollo; en fin, cansado de sus vanos esfuerzos, lo pasó á su recinto.

—¡Ah! ¿Conque sois maestro de esgrima? me dijo al cabo de algunos segundos mi vecino el bordelés; ¡bonita profesión! yo he manejado un poco las armas en mi juventud.

—Es una industria poco cultivada en este país, y que no puede menos de ser provechosa, sobre todo en manos de este caballero, dijo el profesor.

—Indudablemente, repuso á su vez el lyonés; pero aconsejo á este caballero que lleve chalecos de franela cuando dé sus lecciones, y se haga una capa de pieles para envolverse después que haya manejado el florete.

—A su mío; querido compatriota, dijo el joven del pelo rizado, que había recobrado en ese tiempo su aplomo, sirviéndose un trozo de pollo que no habría podido cortar, y que su vecino cortó por él; á su

mia, querido compatriota, porque sois de Paris, ¿no es cierto?...

—Sí, señor.

—Yo tambien... Creo que habeis hecho una especulacion escelente, porque aquí tenemos una especie de maestro ramplon, un antiguo figurante del teatro de la Gaité, que ha llegado á bacerse nombrar maestro de armas de la guardia, arreglando combates en el escenario. Ya le vereis alii en la Perspectiva enseñando á sus alumnos las cuatro estocadas. Le mandé llamar para continuar con él; pero á los primeros botes conoci que yo era el maestro y él el discipulo; de suerte que le despedí como á un modrego, pagándole su lección en la mitad de lo que cobro por peinar á otro, y todavía quedó muy contento el pobre diablo.

—Caballero, le dije, conozco á la persona de que hablais, y como extranjero y como francés no debiais decir lo que habeis dicho: porque como extranjero debiais respetar la elección del emperador; y como francés no debeis denigrar á un compatriota. Esta es una lección que os doy yo á mi vez, y que no os la hago pagar ni aun á mitad de precio: ya veis qué soy generoso.

A estas palabras me levanté de la mesa, porque estaba ya harto de la colonia francesa, y tenía deseos de dejarla. Al mismo tiempo que yo se levantó tambien y salió un jóven que no había hablado una palabra durante la comida.

—Parece, caballero, me dijo sonriendose, que no

habeis necesitado una sesion demasiado larga para juzgar á nuestros compatriotas.

—No por cierto, y debo confesaros que el juicio no les es muy favorable.

—Pues bien, me replicó encogiéndose de hombros: esa es la muestra por la cual nos juzgan en San Petersburgo. Las demás naciones envian al extranjero lo mejor que tienen; pero nosotros enviamos generalmente lo peor, y sin embargo, todavía contrapesamos en todas partes su influencia. Esto es muy honroso para Francia; pero muy triste para los franceses.

—¿Y vos vivis en San Petersburgo, caballero? le pregunté.

—Hace un año; pero marchó de él esta tarde.

—¿Pues cómo?

—Voy á disponer mi carruaje, caballero; tengo el honor...

—Vuestra humildísimo servidor, caballero.

—¡Pardiez! dije subiendo la escalera, mientras que mi interlocutor se dirigía á la puerta: fuerte desgracia es la mía: encuentro por casualidad un hombre razonable, y se marcha el mismo dia en que yo llego.

Hallé en mi cuarto al mozo ocupado en arreglar mi cama para la siesta. En San Petersburgo, como en Madrid, se duerme por lo regular despues de comer. Hay dos meses en que hace mas calor en Rusia que en España.

—Aquel descanso me venia de molde, á mi, que es-

taba molido todavía de las dos últimas jornadas de camino que acababa de hacer, y que deseaba gozar de una de esas hermosas noches del Neva que tanto me habían ponderado. Pregunté, pues, al mozo cómo me había de componer para proporcionármel una góndola; y me respondió que nada había mas fácil; que no tenía mas que encargarla, y que, mediante diez rublos, inclusa la comisión, él cuidaría de todo. Yo había ya convertido algun dinero en papel, y le di un billete encarnado, encargándole viniera á despertarme á las nueve.

El billete encarnado surtió efecto, pues á las nueve llamó el mozo á mi puerta y me anunció que el gondolero me aguardaba abajo.

La noche no era mas que un crepúsculo dulce y transparente, con el cual podía leerse sin dificultad, y que permitía ver á una distancia considerable los objetos perdidos en una atmósfera deliciosa, y revestidos de tintes ignorados hasta bajo el cielo de Nápoles. El calor abrasador del dia se había convertido en una agradable brisa, que al pasar por las islas arrastraba consigo un ligero perfume de rosas y azahar. Toda la ciudad, abandonada y desierta por el dia, se había vuelto á poblar, y se apiñaba en su paseo marítimo, donde afuera por todos los brazos del Neva. Todas las góndolas iban á situarse alrededor de un inmenso barco amarrado enfrente de la ciudadela, y en el que había mas de sesenta músicos. De repente se elevó del río una armonía maravillosa de que yo no tenía idea alguna, y subió majes-

tuosamente hacia el cielo: mandé á mis dos remeros me condujeseen lo mas cerca posible de aquel órgano gigantesco y viviente, del que cada músico forma, por decirlo así, un tubo, porque reconoci aquella música de trompetas de que tanto me habían hablado, y en la que cada instrumentista no da mas que una sola nota á una señal, prolongándola todo el tiempo que el director de la orquesta tiene su bastón dirigido hacia él. Aquella instrumentación, tan nueva para mí, me parecía un milagro; nunca hubiera creído que se pudiese tocar un hombre como la tecla de un piano, y no sabía qué admirar mas; si la paciencia del director, ó la docilidad de la orquesta. Verdad es que cuando mas adelante llegué á conocer el carácter del pueblo ruso, y vi su extraordinaria aptitud para todas las artes mecánicas, no me admiré mas de sus conciertos de clarines que de sus casas construidas con hachas. Pero confieso que por entonces me sentí como estasiado, y ya había concluido la primera parte del concierto, cuando todavía continuaba yo escuchando.

Aquel concierto duró una parte de la noche. Hasta las dos de la madrugada me mantuve en disposición de oír y de ver, en vez de ir, como todo el mundo, de un sitio á otro: parecíame que aquel concierto lo daban solo para mí, y que semejantes prodigios de armonía no podrían renovarse todas las noches. Tuve, pues, el tiempo suficiente para examinar los instrumentos de que se servían los músicos: eran unos tubos encervados solo por la embocadura, y

que iban ensanchando hasta su extremidad, por donde salia el sonido. Aquellas especies de clarines varián en longitud, desde dos pies hasta treinta; solo que para tocar estos últimos se reunen tres personas: dos que sostienen el instrumento, y otra que sopla.

Regresé al despuntar el dia, maravillado de aquella noche que acababa de pasar bajo el cielo bizantino, en medio de aquella armonia septentrional, sobre aquel rio tan ancho que parece un lago, y tan puro que refleja como un espejo todas las estrellas del cielo y todas las luces de la tierra. Confieso que en aquel momento me pareció San Petersburgo superior á cuanto me habian dicho de él, y se me figuró que si no era el paraíso, se le acercaba mucho.

No pude dormir, pues tanto era lo que me perseguia aquella música eólica. Así fue que aunque me acosté á las tres, á las seis de la mañana estaba ya en pie. Puse en orden algunas cartas de recomendacion que me habian dado y no pensaba entregar sino despues de haber dado un asalto en público, á fin de no tener que encargarme yo de hacer por mi mismo mi recomendacion, y solo me eché en el bolsillo una que un amigo mio me encargó entregar en propias manos. Esa carta era, hablando francamente, de su querida, una simple oficiala de modista del barrio latino, y estaba dirigida á su hermana, modista tambien; pero no es culpa mia si los sucesos confunden las clases todas, y si la marea de las revoluciones pone en nuestros dias al pueblo

con tanta frecuencia frente á frente con el trono.

El sobre de la carta decia:

«A la señorita Luisa Dupuy, en casa de la señora Javier, modista, perspectiva de Niuski, junto á la iglesia armenia, enfrente del bazar.»

Todo ello escrito con esa letra y ortografía que es fácil presumir.

No dejaba yo de tener un placer en entregar esa carta por mi mismo. A ochocientas leguas de Francia gusta siempre ver á una joven y linda compatriota, y yo sabia que Luisa era joven y linda. Ademas, ella, que conocia á San Petersburgo, puesto que vivia en él hacia cuatro años, me daria consejos sobre el modo de conducirme.

Sin embargo, como no podia presentarme decentemente en su casa á las siete de la mañana, resolví dar una vuelta por la ciudad y no volver á la perspectiva de Niuski hasta las cinco.

Llamé al mozo, y esta vez fue un criado de plaza el que se presentó en lugar de aquel. Los criados de plaza son al mismo tiempo criados y cicerones: limpian las botas y enseñan los palacios. Le detuve por lo que hace á la primera ocupacion; pero, en cuanto á la segunda, habia yo estudiado de antemano á San Petersburgo lo bastante para saber sobre el particular tanto como él.

III.

No había yo cuidado de buscar un carruaje, como cuidé el dia antes de procurarme una góndola, porque, aunque no había corrido muchas calles en San Petersburgo, vi en cada encrucijada kibiseks y droschkis de alquiler. Así fue que apenas crucé la plaza del Almirantazgo para dirigirme á la columna de Alejandro, á la primera señal que hice me hallé rodeado de ivoschiks, que me hicieron á porfia las proposiciones más seductoras. Como no había tarifa, quise ver hasta dónde llegaba la rebaja : esta llegó á cinco rublos. Por cinco rublos ajusté con el conductor un droschki por todo el dia, y le indiqué al punto el palacio de Tauride.

Aquellos ivoschiks ó cocheros son por lo regular siervos, que, mediante una retribucion llamada *abrock*, compran de sus amos el permiso de ir á

buscar fortuna por su cuenta á San Petersburgo. El utensilio de que se valen para correr en pos de aquella diosa es una especie de carricoche de cuatro ruedas , en el que la banqueta , en vez de estar atravesada , está á lo largo ; de suerte que no va uno sentado en ella como en nuestros tiluris, sino á caballo, como en los velocípedos que usan los niños en los Campos-Eliseos. Esa máquina va tirada de un caballo , no menos salvaje que su amo , y que, como él , ha dejado sus campos natales para ir á medir en todas direcciones las calles de San Petersburgo. El cochero profesa á su caballo un cariño de padre , y en vez de pegarle , como hacen nuestros cocheros , le habla mas afectuosamente que el carretero español á su mulá delantera. Es su padre , su tío , su pichon , y le improvisa canciones cuyo aire y letra inventa , y en las que le promete para la otra vida , en cambio de las penalidades que sufre en esta , mil felicidades , que podrian contemplar muy bien al hombre mas exigente. Así es que el pobre animal , sensible á la lisonja , ó confiado en la promesa , va siempre al trote largo , sin separarse casi nunca del carruaje , y deteniéndose para comer en pesebres dispuestos al efecto en todas las calles; esto en cuanto al droschki y al caballo.

Por lo que hace al droschki, tiene un punto de semejanza con el lazzaroni italiano , y es que no necesita uno tener conocimiento de su lengua para hacerse entender de él: hasta tal punto su fina inteligencia penetra el pensamiento del que le habla; va

sentado en un pequeño pescante entre la persona á quien conduce y su caballo, con su número de ordenanza colgado al cuello por la espalda, á fin de que el viajero, que tiene siempre aquel número á la vista, pueda cogerlo si está descontento de su cochero: en este caso se manda el número á la policía, y á una queja del viajero, casi siempre sale castigado el cochero. Esta precaucion, aunque rara vez es necesaria, no siempre es inútil, como se verá ahora, pues todavía se recordaba en San Petersburgo una aventura ocurrida en Moscow en el invierno de 1823.

Una francesa, llamada Mad. L... se halló fuera de su casa y de visita á hora bastante avanzada de la noche. No queriendo volverse á pie, aunque las personas en cuya casa estaba le ofrecieron un criado para que le acompañase, envió á buscar un carro; por desgracia no había en la plaza mas que droschkis; pero se le trajo uno de estos, subió en él, dió la dirección, y marchó.

A mas de una cadena de oro y unos pendientes de diamantes que el cochero había visto brillar, había notado este que Mad. L... iba envuelta en una magnifica capa de pieles. Aprovechándose, pues, de la oscuridad de la noche, de la soledad de las calles y de la distraccion de Mad. L..., que con la cabeza envuelta en su capa, por miedo al frio, se dejaba llevar sin cuidarse del camino que tomaba su conductor, se apartó este de la direccion trazada, y había ya pasado el barrio mas desierto de la ciudad, cuan-

do Mad. L..., apartando el velo que le cubría los ojos, notó que estaba en el campo. Al punto llama, grita; pero viendo que el conductor, en vez de parar, redobla la celeridad de su caballo, le coge por la chapa donde estaba el número, amenazándole, si no la conducía á su casa, con presentarle al dia siguiente á la policía. Sea que el cochero hubiese llegado al punto donde tenía proyectado cometer el crimen, sea que creyese que la resistencia de madama L... no le permitiese aguardar mas, ello fue que se echó abajo de su asiento, y acudió á uno de los lados del droschki. Por fortuna Mad. L... poseída de la chapa denunciadora, saltó por el otro, y empujando la puerta de una verja entornada que halló delante de sí, se entró en un cercado que, por las cruces de madera y de hierro que en él había, reconoció ser un cementerio.

Pero tras ella entró el cochero, y la persiguió con nuevo ardor: ya no trataba aquel de robarle sus pieles y sus diamantes, sino de salvar su vida; afortunadamente Mad. L... se le adelanta algunos pasos, y la noche es tan oscura, que no se ve á corta distancia. De repente falta el suelo bajo los pies de la fugitiva, y cae en una sepultura abierta, que debe cerrarse al dia siguiente sobre un cadáver; pero madama L... conoció que este era un asilo que podía ocultarla á las persecuciones del asesino; así es que ni siquiera dió un grito: el cochero la vió desaparecer como una sombra, y pasó al lado de la fosa en su seguimiento, Mad. L... se había salvado.

Durante un largo espacio de tiempo el cochero recorrió el cementerio esperando aún encontrarla. Amenazas, súplicas, juramentos, todo fue en vano: la dijo que si le devolvía solamente la chapa, la conduciría á su casa sin hacerle daño ninguno; pero Mad. L... no se dejó intimidar ni seducir, y permaneció oculta en el fondo de la excavación, inmóvil como el cadáver cuyo puesto ocupaba.

Por último, como la noche adelantaba, forzoso fue al cochero abandonar el cementerio, y huir. Mad. L... permaneció en su escondite hasta que llegó el dia; dos horas después de haber salido de él, la denuncia y la chapa estaban en poder de la policia. Por espacio de tres días las selvas que rodean á Moscow sirvieron de asilo al asesino; pero, vencido al fin por el hambre y el frío, fue á buscar un asilo á una aldea, y como se habían enviado sus señas y su número á todos los puntos, fue reconocido, preso y enviado á los trabajos forzados.

Sin embargo, estos ejemplos son raros: el pueblo ruso es instintivamente bueno, y tal vez no hay una capital en que los asesinatos por robar ó por venganzas sean menos frecuentes que en San Petersburgo. Hay mas; aunque inclinado al robo el hijo del pueblo, tiene horror á la fractura, y se puede confiar sin temor una carta sellada, llena de billetes de banco, aunque sepá el portador lo que contiene, á cualquier mozo ó cochero, mientras que sería una imprudencia encargar á aquel hombre de unas pocas monedas.

Yo no sé si mi conductor era ladrón; pero él seguramente temía que le robasen; porque al llegar á la verja del palacio de Touride me dijo que, como el palacio tenía dos salidas, era preciso que le pasasq uno de los cinco rublos á cuenta del camino andado. En París hubiera respondido de otro modo al insolente; pero en San Petersburgo me eché á reír, pues esto sucedía á personas de mas suposición que yo, quienes no lo tomaban á mal.

Con efecto, dos meses antes, el emperador Alejandro, paseando á pie, como tenía de costumbre, y viendo que el tiempo amenazaba lluvia, tomó un coche, y se hizo conducir al palacio imperial; en cuanto llegó registró su bolsillo, y se encontró con que no llevaba dinero. Entonces, bajando del coche:

—Espera, dijo al cochero; te enviaré el dinero.

—¡Oh! dijo el cochero. ¡Adios, ¡dinero!

—¿Qué me dices? preguntó admirado el emperador.

—Bien sé lo que me digo.

—Y bien; ¿qué es lo que dices?

—Que cuantas personas conduzco á una casa que tenga dos puertas, y que bajan sin pagarme, son otros tantos deudores que no vuelvo á ver.

—¿Cómo? ¿Aun delante del palacio del emperador?

—Mas que en cualquiera otra parte. Los grandes señores tienen muy poca memoria.

—¿Y por qué no te has quejado haciendo pren-

der al ladron? dijo Alejandro; á quien entretenia aquella conversacion.

—¡Prender á un noble! Vuestra escelencia sabe que seria una cosa inútil el intentarlo: si fuera á alguno de nosotros, seria la cosa mas sencilla del mundo, añadió el cochero señalando á su barba, porque ya saben por dónde cogernos; pero vosotros los grandes señores, que tenéis afeitada la barba, es otra cosa muy distinta. Así, pues, tenga á bien vuestra escelencia registrar sus bolsillos; y estoy seguro que hallará con qué pagarme.

—Escucha, dijo el emperador: ahí tienes mi capa: bien vale lo queuesta la carrera; ¡no es cierto! Pues bien; quedate con ella; y la entregarás al que te lleve el dinero.

—Está bien; veo que sois una persona razonable.

Un instante despues, el cochero recibió en cambio de la capa un billete de cien rublos. El emperador le pagaba por sí y por los que habian dejado de pagarle antes.

Come yo no podia demostrar la misma liberalidad, me contenté con dar á mi cochero los cinco rublos, deseando probarle que tenía yo en él mas confianza de la que él tenía en mí. Verdad es que yo sabia su número y él no sabia mi nombre.

El palacio de Tauride es un regalo hecho por el favorito Potemkin á su grande y poderosa soberana, Catalina II, para celebrar la conquista del pais, cuyo nombre llevaba; pero lo que es estranjo no es

la munificencia del dador, sino la religiosidad con que fue guardado el secreto. Habiase construido una maravilla en su capital, y Catalina no sabia nada, hasta que una noche, cuando el ministro invitó á la emperatriz á una fiesta nocturna, en vez de las húmedas praderas que ella conocia, halló un palacio resplandeciente de luz, de armonia, y esmaltado de hermosas flores, palacio que hubiera podido creerse habia sido construido por mano de las hadas.

Potemkin era el modelo de los principes adyendizos, como Catalina II fue el ejemplo de las reinas improvisadas: el uno era un oficial, la otra una insignificante princesa de Alemania.

Y á pesar de eso, cuando se les compara con todos los principes y reyes hereditarios de aquella época, se ve que fueron grandes entre los grandes.

Una estraña casualidad, ó mejor dicho un cálculo providencial, los había reunido.

Catalina tenia treinta años; era hermosa, amada por sus buenas obras y respetada por su piedad, cuando supo que Pedro III la queria repudiar para casarse con la condesa de Voronoff; y para buscar un pretesto, contaba con hacer declarar ilegítimo al nacimiento de Pablo Petrowitz.

Entonces Catalina conoció que no habia un instante que perder; sale á las once de la noche del palacio de Peterhoff; sube en un carro de un aldeano que ignora que conduce á la futura emperatriz; llega á Petersburgo al amanecer; repone á los amigos con quienes creia poder contar; se pone á su cabe-

xa, y marcha con ellos á buscar á los regimientos que se hallaban de guarnicion en San Peteraburgo, y que habian sido convocados sin saber con qué objeto. Habiendo llegado al frente de la linea Catalina, los interpela, invoca su generosidad como hombres y su fidelidad como soldados; despues, aprovechándose de la impresion producida por su discurso, saca una espada, cuya vaina arroja, y pide una correa para atarla á su brazo; un jóven subteniente de diez y ocho años sale de las filas, se aproxima á ella, y le ofrece la suya. Catalina acepta con una de esas dulces sonrisas que tienen los que pretenden un reino. El jóven oficial quiere alejarse y volver á sus filas; pero el caballo que montaba, acostumbrado á la formacion, rehusa obedecer, se encabrita, da un bote, y se obstina en permanecer al lado del caballo de la emperatriz. Entonces la emperatriz fija su vista en el jóven que se aproxima á ella; sus esfuerzos infructuosos para alejarse del jóven le parecen una voz de la Providencia que le designa un defensor; le da en el mismo instante el grado de teniente, y ocho dias despues, cuando Pedro III., preso sin hacer resistencia, ha abdicado en Catalina la corona que queria arrebatarle, y siendo ya soberana, se acuerda de Potemkin, y le hace gentil-hombre de cámara en su palacio.

A contar desde este dia, la fortuna del favorito fue en aumento, aunque atacada por muchos que se estrellaban contra ella. Uno solo creyó haber triunfado: era un jóven servio, llamado Zoristch.

Protegido por el mismo Potemkin, colocado por él al lado de Catalina; se aprovechó de su ausencia para perderle y calumniarle. Entonces Potemkin, prevenido, llega, baja á su antigua habitación del palacio, y sabe que su desgracia es completa, y que se halla desterrado. Potemkin; al oír estas palabras, y sin quitar el polvo á su vestido de viaje, se dirige á la habitación de la emperatriz. A la puerta de esta, un jóven teniente, apostado, quiere detenerle: Potemkin le coge por la cintura, le levanta en alto, le arroja al otro extremo de la habitación, y entra en la de la emperatriz: un cuarto de hora después sale, llevando en la mano un papel.

—Tomad, caballero, dijo al jóven teniente; aquí tenéis un despacho de capitán, que acabo de obtener para vos de S. M.

Al dia siguiente, Zoristch se hallaba desterrado en la ciudad de Schiklow, que su generoso rival hizo erigir para él en soberanía.

En cuanto a él, pensó sucesivamente en el duquedo de Courlanda y el trono de Polonia; después, no queriendo ninguna de estas dos cosas, se contentó con dar fiestas á los reyes en los palacios de las reinas.

Por otra parte, ¿una corona le hubiera dado mas poder y prestigio que el que tenía? ¿Los cortesanos no le adoraban como á un emperador? ¿No tenía en su mano izquierda (porque la derecha la conservaba desnuda para manejar su sable) tantos diamantes como la corona imperial?

Tan pronto ángel como demonio, creaba ó destruia sin cesar, y cuando no hacia ni lo uno ni lo otro, lo enredaba todo, pero vivificándolo al mismo tiempo. Nada había bueno sino que él se hallase presente, y cuánto se presentaba, todo quedaba reducido á la nada á su lado. El príncipe de Ligne decía que había en él algo de gigantesco, de romancesco y de agreste, y el príncipe tenía razón.

Su muerte fue tan extraña como su vida, y su fin inesperado, como lo había sido su principio. Acababa de pasar un año en San Petersburgo, en medio de las fiestas y las orgías, creyendo haber hecho ya bastante por su gloria y por la de Catalina, ensancheando los límites de la Rusia hasta más allá del Cáucaso, cuando de repente sabe que el anciano Reptnín, aprovechándose de su ausencia para derrotar á los turcos y obligarles á pedir la paz, había hecho más en dos meses que él en tres años.

Entonces se alarma; está enfermo, pero nada le detiene; es preciso que marche; ya luchará con la enfermedad, y la vencerá. Llegó á Jassy, su capital, y sale para Otschakow, su conquista. Al cabo de pocas toses, el aire de su carruaje le ahoga; estiende su capa sobre la tierra, baja, se acuesta sobre ella, y espira á la orilla del camino.

Faltó poco para que Catalina muriese de dolor: la vida parecía ser común entre aquellos dos grandes corazones: se desmayó, le lloró mucho tiempo, y le echó siempre de menos.

El palacio de Tauride, ocupado en el momento

en que yo le visitaba por el gran duque Miguel, había servido de habitación por una temporada á la reina Luisa, la moderna amazona, que tuvo esperanzas por un momento de vencer á su vencedor, porque Napoleon la había dicho, viéndola por la vez primera: — Señora, sabia que vos érais la mas hermosa de las reinas; pero ignoraba que fuésis la mas hermosa de las mujeres. Desgraciadamente las galanterías del corso no fueron de mucha duración. Un dia la reina jugaba con una rosa.

— Dadme esa rosa, dijo Napoleon.

— Dadme á Magdebourg, respondió la reina.

— ¡Oh! No, á fe mia; eso seria demasiado caro.

La reina arrojó despechada la rosa que tenía en la mano; pero se quedó sin Magdebourg.

Saliendo del palacio de Tauride, continué mi excusión, cruzando el puente de Troitskoi para visitar la choza de Pedro I, esta tosca alhaja imperial de que yo no había visto la vispera sino el exterior.

La religiosidad nacional ha conservado este monumento en toda su pureza primitiva: el comedor, la sala y la alcoba, parecían aun esperar la vuelta del czar.

En el patio se veía el pequeño barco construido por el carpintero de Saardam, del cual se servía para ir por el Neva á los diferentes puntos de la ciudad naciente, donde su presencia era necesaria.

Al lado de esta habitación de un dia se hallaba su eterna morada; su cuerpo, como los de sus sucesores, descansa en la iglesia de San Pedro y San Pa-

blo, situada en medio de la fortaleza. Esta iglesia, cuyo dorado chapitel da una muy elevada idea de ella, es pequeña, irregular, y de mal gusto; su único valor consiste en el siniestro tesoro que encierra. La tumba del czar está cerca de la puerta lateral derecha; de la bóveda penden mas de setecientas banderas, cogidas á los turcos, á los suecos, y á los persas.

Atravesé el puente Tioatchkoff de la isla de Vassilieffkoi. Las principales curiosidades de este barrio son la bolsa y las academias. Me contenté con ver por fuera estos monumentos, y tomando el puente de Isaac y la calle de la Resurrección, me halle muy pronto en el canal de la Fontalka, desde donde seguí avanzando hasta la iglesia católica; allí me detuve, y quise ver la tumba de Moreau. Consiste ésta en una sencilla losa colocada enfrente del altar, en medio del coro.

Y ya, dedicado á las iglesias, quise ver la de Kazan, que está en Nuestra Señora de San Petersburgo. Entré en ella por su doble columnata, construida por el modelo de la de San Pedro de Roma. En ella, por el contrario, el prospecto era muy inferior á la obra. En la parte esterior todo era yeso y ladrillo; el interior todo de bronce, mármol y granito. Las puertas eran de bronce y de plata maciza, el suelo de jaspe, y las paredes de mármol.

Habia visto ya demasiados monumentos en un solo dia, y me hice conducir á casa de la ilustre madama Javier, para entregar á mi bella compatriota,

la carta de que me había encargado; pero hacia seis meses que no vivía en la casa; y su antigua ama me dijo, con un tonto remilgado, que se había establecido por su cuenta entre el canal de la Moika y el almacén de Orgelot; era muy fácil el encontrarla. Orgelet es el Suisse de San Petersburgo.

Diez minutos después me hallaba delante de la casa. Como había pensado comer en casa del fondista que estaba enfrente, a quien reconocí por un compatriota, despedí mi carroaje, y entré en el salón en preguntando por la señorita Luisa Dupuy.

Una de las muchachas del almacén se informó si yo iba a comprar géneros ó a algún asunto particular, y la respondí que era para negocios particulares.

Levantose al momento, y me condujo á una habitacion.

and which I am compelled to acknowledge as
one of the greatest difficulties in our way, as
it is a circumstance of deep interest to all, and
will affect the whole of the population equally.
Every person is now compelled to go into the public
square or to a place of assembly, and there to be
subjected to a strict examination by a police
officer, who is to decide whether he is fit to be
admitted or not.

As a result, especially in the first few years after the war, there was a great deal of interest in the development of other areas. The most outstanding achievements of this period were the opening of the Trans-Siberian Railway and the building of the Trans-Siberian Canal.

—¡Ay! —exclamó la muchacha—. ¡Qué hermoso es el amor! —y se acercó a él, y le dio un beso en la mejilla.

—¡Ay! —exclamó el muchacho—. ¡Qué hermosa es la amistad!

IV.

Al día siguiente, el muchacho se presentó de nuevo en la casa del hermano de la muchacha, y al verla se quedó maravillado. La muchacha, al verlo, se quedó también maravillada.

Me introdujeron en un pequeño gabinete lleno de telas del Asia, donde hallé á mi hermosa compatriota, medio ressentida y leyendo una novela. Al verme se levantó, y á la primer palabras que salió de mi boca exclamó:

—¡Ah! ¡Vos sois francés!

Me ocupé de presentarme á la hermana de la señora; pero, habiendo llegado poco hacia, me era disculpable ignorar los usos de la ciudad en que me hallaba; en seguida le presenté la carta.

—¡Es una carta de mi hermano! ¡Oh! ¡La buena Rosal! ¡Cuánto me alegro de tener noticias de él! ¡Vos la conocéis? ¡Conque la conocéis! ¡Sigue tan alegre y tan bella!

—Linda. Puedo responder de ello: en cuanto á alegre, espero que lo esté. No la he visto mas que

una sola vez: esta carta me la entrego uno de mis amigos.

—Mr. Augusto; ¿no es verdad?

—Justamente.

—¡Pobre hermana mia! A estas horas debe estar muy contenta: acabo de enviarle dos ricas telas y algunas otras frioleras. Le habia escrito que viniese á reunirse conmigo; pero...

—¡Qué?

—Pero le era preciso abandonar á Mr. Augusto, y no ha querido aceptar. Pero, ¿no os sentais?

—Quise tomar una silla; pero ella me hizo señas de que me sentase á su lado, y obedecí al momento.

En seguida se puso á leer la carta que yo le había entregado, y tuve tiempo de mirarla.

Las mujeres tienen una facultad maravillosa, que les es peculiar, y es la de transformarse, si así puede decirse. Tenía yo á mi vista una pobre griseta de la calle de la Harpe; hace cuatro años iría sin duda todos los domingos á bailar al Prado y á la Chambiere; pero le había sido suficiente á aquella mujer ser trasplantada para florecer en medio del lojo y de la elegancia, como si se hallase en su terreno; y yo tan familiarizado con los modales y usos de esta apreciable clase de la sociedad de que ella formaba parte, no hallaba nada en que recordase la vulgaridad de su nacimiento y el descuido de su educación.

El cambio era tan completo, que mirando á aquella hermosa criatura, con sus largos cabellos á la

inglesa, su sencillo peinador de maselina blanca y sus pequeñas chinelas turcas, medio recostada en la mas graciosas postura en que hubiera podido colocarla un pintor para hacer su retrato, me hubiera podido creer introducida en el gabinete de alguna elegante y aristocrática inquilina del barrio de San German, y no me hallaba sin embargo mas que en la trastienda de un almacén de modas.

—Y bien, ¿qué es lo que haceis? me dijo Luisa que hacia algunos instantes había concluido de leer su carta, y que empezaba á hallarse mal á causa del modo con que la miraba.

—Os miro y pienso.

—¿Qué pensais?

—Pienso en que si Rosa hubiese venido, en lugar de ser tan heroicamente fiel á Mr. Augusto, si hubiese sido transportada por algun poder mágico á este delicioso gabinete, si se hubiese hallado en vuestra presencia, como yo lo estoy en este momento, en lugar de arrojarse en brazos de su hermana, hubiera caido de rodillas creyendo ver una reina.

—El elogio es un poco exagerado, me dijo Luisa sonriendo; y, sin embargo, hay en él algo de verdad. Si, prosiguió dando un suspiro; tenéis razón; estoy muy cambiada.

—Señora, dijo una joven entrando: la Gossudaria deseaba un sombrero igual al que enviasteis ayer a la princesa Dolgoreuki.

—Viene ella misma? preguntó Luisa.

—En persona.

—Hacía pasar á la sala; voy al momento.

La joven desapareció.

—Hé aquí lo que habiese recordado á Rosa, continuó Luisa, que no soy mas que una humilde almacenista de modas; pero si queréis ver un cambio aun mas grande que el mio, continuó, levantad esa cortina y mirad por esta puerta.

Y dichas estas palabras, pasó á la sala, dejándome solo. Yo me aproveché del permiso dado, y levantando las cortinas, miré por entre los cristales.

La que había preguntado por Luisa, y que había sido anunciada bajo el nombre de la Gessudarina, era una hermosa joven de unos veinte y dos á veinte y cuatro años, de fisonomía asiática, y con el pelo, orejas y manos estaban cubiertos de diamantes y sortijas. Había entrado apoyada en una esclava, y como si habiese sido un gran trabajo el andar sobre la blanda alfombra que cubría el suelo, se había detenido sobre el diván mas próximo á la puerta, en tanto que la esclava abanicaba con un abanico de plumas. Apenas divisó á Luisa, cuando con un ligero movimiento de cabeza le hizo señas de que se acercase, y en muy mal francés le dijo que la enseñase los mejores sombreros que tuviese, y sobre todo los mas caros. Luisa se apresuró á presentarle los mejores que había en su casa, y la Gessudarina se los fue probando uno tras otro, sin encontrar ninguno que le conviniera, pues no había ninguno igual al de la princesa Dolgorouki. De manera que Luisa tuvo que prometer hacerle uno sobre el mis-

mo modelo. Desgraciadamente la hermosa antojadiza le quería para aquel mismo día, y esto no podía ser; pero exigía perentoriamente que se lo mandaran al dia siguiente por la mañana, lo cual en rigor no era cosa imposible, trabajando por la noche. Tranquilizada con esta promesa, á la que sabía que no habría de saltar Luisa, la Gossudarina se levantó, y salió muy despacio, apoyada siempre en la esclava, y encargando á Luisa que le cumpliese la palabra si no quería hacerla morir de pena. Luisa la acompañó hasta la puerta, y vino á buscarme en seguida.

—Y bien, ¿qué decis de esa mujer? me preguntó.

—Que es muy linda.

—No es eso lo que os pregunto, sino qué pensais de su rango y de sus modales.

—Si la vieres en París, por sus maneras exageradas, y por su aspecto de gran señora improvisada, diría que era alguna bailarina retirada del teatro y cortejada por algún lord.

—Vaya, no lo haceis mal, para ser un principiante, y casi habeis dado con la verdad. Esa hermosa joven, cuyos delicados pies se resienten de pisar las alfombras de Persia, es simplemente una antigua esclava de raza georgiana que Mr. Narawithcheff, ministro favorito del emperador, ha elevado al rango de querida. Hará unos cuatro años, sobre poco mas ó menos, que se operó ese cambio, y ya la pobre Machiukha ha olvidado su antigua po-

sicion, ó mejor dicho, se acuerda tanto de ella, que fuera de las horas que dedica á su tocador, el resto del tiempo lo emplea en hacer sufrir á sus antiguos compañeros, teniéndolos aterrorizados. Los esclaves, no atreviéndose á llamarla por su antiguo nombre de Machinka, la llaman la Gossudarina, que quiere decir la señora, y ya habeis oido que se ha anunciado bajo este nombre. Os contaré un ejemplo de la crujedad de esa mujer: no hace mucho tiempo que un dia, desnudándose, y no hallando á mano un acerico donde clavar un alfiler, le hincó en el pecho de la pobre esclava que le servia de doncella. Pero esta vez la ocurrencia hizo tanto ruido, que llegó á oídos del emperador.

—Y qué hizo el emperador?

—Dió libertad á la esclava, la casó con uno de su pais, y envió á decir á su ministro que á la menor queja de este género que tuviese la enviaría á la Siberia.

—Y se ha contenido desde entonces?

—Si. Hace ya mucho tiempo que no se cuenta nada de ella. Pero, en fin, no nos ocupemos de los demás, y hablaremos de vos. ¿Me permitireis, en calidad de compatriota, que os pregunte qué es lo que venis á hacer á San Petersburgo? Yo, que conozco la ciudad hace tres años, podré seros tal vez útil, al menos con mis consejos.

—Mucho lo dudo. Pero no importa, y ya que quereis tomaros interés por mí, os diré que ha ve-

nido á establecerme como profesor de esgrima. ¿Son duelistas en San Petersburgo?

—No; porque aquí los duelos son siempre á muerte; como al batirse saben los adversarios y los testigos que les espera la Siberia, nadie se hate sino por algun gran motivo y con la intencion decidida de matarse. Mas, sin embargo, no os faltarán discípulos; pero me permitireis los de un consejero.

—¿Cuál es el mejor modo de conseguirlo?

—El de procurar obtener del emperador que os nombre maestro de armas de algun regimiento, lo cual os proporcionaría un grado militar, porque, como debéis saber, aquí el uniforme es el todo.

—El consejo es acertado; solamente que es mas fácil de dar que de seguir.

—Por qué?

—¿Cómo me presento yo al emperador? No teniendo aquí ningún protector.

—Ya pensare en eso.

—¿Cómo, vos?

—Y ego os admirar me dijo Luisa sonriendo.

—No; nada me admira en vos, i y sois bastante hermosa para tener todo cuanto deseais. Pero yo nada he hecho para merecer ese interes.

—¿No habeis hecho nada? ¿Pero no sois compatriota? ¿No me habeis traído una carta de mi buena Rosa? ¿No me habeis proporcionado las mas dichosas horas hablando de mi París? ¿Os volveré á ter, no es cierto?

—Si lo consentis... y el resultado de tu expedicion

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo, si gustais.

—A la misma hora; es la hora en que estoy mas desocupada.

—Corriente, vendré á la misma hora.

Me separé de Luisa, encantado de ella, y no creyéndome ya solo en San Petersburgo. Era un apoyobien prepario, es cierto, el de una pobre muchacha aislada, como parecía estarlo; pero en la amistad de una mujer hay siempre un consuelo, y el primer sentimiento que hace nacer es la esperanza.

Comí en silencio del almocaz de Luisa, en casa de un feminista francés, llamado Talon; pero sin entrar en gomas de tratar conversación con ninguno de mis compatriotas que allí habían tenido ademas bastante en qué ocuparme con mis propios pensamientos para oceparme de los demás.

Alquilé como el dia anterior una góndola con dos remeros, y pasé la noche, recostado sobre mi espalda, encantado con la dulce armonia y tentando las estrellas del cielo.

A las dos de la madrugada volví á mi habitacion, y me desperté á las siete. Como quería acabar de ver pronto las curiosidades de San Petersburgo, para ocuparme exclusivamente de mis negocios, mandé que me fueran á buscar un carrojé, y recorri todo cuanto me quedaba que ver desde el convento de San Alejandro Newski, con su sepulcro de plata, sobre el que se ven dos figuras del tamaño natural haciendo oracion, hasta la Academia de ciencias, con

en colección de minerales y su mamout, contemporáneo del diluvio, fósil hallado sobre los hielos del mar Blanco por el viajero Miguel Adams.

Todas aquellas cosas ofrecían mucho interés; pero, sin embargo, no pasaban diez minutos sin que consultase mi reloj para saber el tiempo que faltaba hasta llegar la hora de ir á casa de Luisa.

Finalmente, á eso de las cuatro me fue imposible seguir en mis investigaciones. Me hice conducir á las cercanías de su casa para pasearme hasta las cinco; pero al llegar al canal de Catalina me fue imposible pasar con el carruaje por la mucha gente que allí se había reunido. Esto es una cosa tan rara en San Petersburgo, que, como había llegado casi al término de mi viaje, pagué al cochero, y me confundi con la gente. Trataba de un caballero de industria que acababa de ser sorprendido por el jefe de la policía en persona, Mr. de Gorgoli; las circunstancias del robo explicaban la curiosidad de la concurrencia.

Aunque Mr. de Gorgoli era uno de los hombres de mejor presencia de la capital, y uno de los más valientes generales del ejército, la casualidad había hecho que uno de los mas atrevidos rateros de San Petersburgo se le pareciese de un modo singular. El ratero resolvió aprovecharse de esta semejanza, y para completarla se procuró un uniforme de general y un carruaje semejante al que usaba Mr. de Gorgoli. Conducido por un cochero vestido exactamente como el del general, se detuvo delante de la

puerta de un rico comerciante de la calle de la Grande-Million; y entró en su tienda.

—Caballero, dijo al dueño de ella: supongo que me conocereis; soy el general Gorgoli, jefe de la policía.

—Conozco á V. E.

—Pues bien; necesito ahora mismo una suma de veinte y cinco mil rublos; estoy muy lejos del ministerio para irlos á buscar, y no tengo tiempo para ello. Dadme esa cantidad, y mañana ireis á mi casa á recogerla.

El comerciante, muy contento por la preferencia que hacia de él, le dijo:

—V. E. debe saber que deseo complacerlo: ¿necesitais mas dinero?

—Dadme treinta mil.

—Aquí los tenéis, monseñor.

—Gracias; hasta mañana á las nueve, dijo el fingido general.

Y volviendo á subir á su carruaje, partió á galope hacia el jardín de verano.

El dia siguiente á las nueve, el comerciante se presentó en casa de Mr. Gorgoli, quien le recibió con su afabilidad acostumbrada, preguntándole qué es lo que se le ofrecía.

Aquella pregunta alarmó al comerciante, quien, mirando al general mas de cerca, creyó haber notado alguna diferencia entre él y el individuo que se presentó la víspera bajo su nombre.

—Escalencia! exclamó al punto; ¡me han robado!

Y refirió en seguida la astucia increíble de que había sido víctima.

El Sr. de Gorgoli le escuchó sin interrumpirle, y luego que concluyó se hizo traer su capa gris, y mandó poner el caballo alazán al droschki; en seguida se hizo repetir el suceso con todas sus circunstancias, é invitó al comerciante á que le aguardara en su casa, en tanto que él iba en busca del ladrón.

El Sr. de Gorgoli se hace conducir á la gran Milione; sale de la tienda del comerciante; sigue el mismo camino que había seguido el ladrón, y pregunta al *boutchnik* (1):

—Ayer pasé por delante de tí á las tres de la tarde; ¿me viste?

—Sí, escelencia.

—A dónde iba?

—Hacia el puente de Troitskoï.

—Está bien.

Y el general se dirigió hacia el puente. A la entrada de este encontró otro centinela.

—Ayer, á las tres y minutos de la tarde, pasé por delante de tí: ¿me viste?

—Sí, escelencia.

—¿Qué camino tomé?

(1) Los *boutchnik* son una especie de centinelas establecidos en las esquinas de las calles principales, en barracas llamadas *boutchka*, y que corresponden á los agentes municipales. Uno de ellos está siempre á la puerta de su barraca con una alabarda en la mano, de donde les viene el nombre de *boutchnik* ó garietos.

—El del puente.

—Bien.

El general pasó el puente, y se detuvo delante de la casita de Pedro I: el boutchnik que estaba dentro se asomó.

—Ayer á las tres y media pasé por delante de tí, le dijo el general.

—Así es, escuelencia.

—¿A dónde viste que me dirigía?

—Al barrio de Viborg.

—Bien.

El Sr. de Gorgoli continuó su camino, resuelto a seguir sus pesquisas hasta el fin. En la esquina del hospital de tropas de tierra halló otro boutchnik, y le interroga. Aquella voz había tomado la dirección de las fábricas de aguardiente. El general fue allá. Desde dichas fábricas cruzó el puente Voskresenskoí: desde aquí se fue en linea recta al fin de la Gran Perspectiva; de aquí á las últimas tiendas del lado del Banco. El Sr. de Gorgoli preguntó por última vez al centinela:

—Ayer á las cuatro y media pasé por delante de tí?

—Sí, escuelencia.

—¿A dónde iba?

—Al número 19, en la esquina del canal Catalina.

—Entré allí?

—Sí.

—Y me viste salir?

—No.

—Muy bien: házte relevar por un camarada tuyo, y acude á buscar dos soldados al primer puesto de guardia.

—Bien, escelencia.

El centinela volvió á los diez minutos con los dos soldados pedidos.

El general se presenta con ellos en el número 19, hace cerrar las puertas de la casa, examina al portero, sabe que su hombre vive en el piso segundo, sube, echa abajo la puerta de una patada, y se encuentra cara á cara con su otro él, que asustado de aquella visita, cuyo objeto adivina, confiesa todo, y restituye los treinta mil rublos.

La civilizacion de San Petersburgo no ha quedado en zaga, segun se ve, á la de París.

Esta aventura, cuyo desénlace presencié, me había hecho perder, ó mas bien ganar, unos veinte minutos: al cabo de otros veinte seria la hora en que Luisa me había permitido presentarme en su casa. Dirigíme á ella: conforme me iba acercando me latía el corazon con mas fuerza, y cuando pregunté si estaba visible, temblaba mi voz de tal modo, que para que me comprendiesen tuve que repetir dos veces mi pregunta.

Luisa me aguardaba en el gabinete.

the first time, and the author's name is given in the title page. The book is a collection of 120 short poems, mostly in blank verse, dealing with various topics such as nature, love, death, and the afterlife. The poems are written in a simple, direct style, often using colloquial language and imagery. The author's name is given as "John Greenleaf Whittier" on the title page.

—¡Oh! —dijo el maestro de armas, —que sorpresa me ha hecho veros en mi despacho; pero no os quería molestar, porque vos no teníais que venir a mí, sino yo a vos. —Y al decir esto, se puso de pie, y se acercó a la puerta para dejarlos salir.

—Cuando me vió entrar, me saludó con la cabeza, con esa graciosa familiaridad que es peculiar de nuestras francesas; y en seguida, alargándome la mano, me hizo sentar, como la vispera, á tu lado.

—Ya me he ocupado de vuestro asunto, —me dijo.

—¡Oh! le respondí con una expresión que le hizo sonreir; no hablemos de mí, sino de vos.

—¿Cómo de mí? ¿Se trata acaso de mí en todo esto? ¿Soy yo quien solicito la plaza de maestro de armas en algún regimiento de S. M.? ¿Qué tenéis que decir de mí?

—Tengo que deciros que desde ayer me habeis hecho el mas feliz de los hombres; que desde ayer no pienso mas que en vos ni veo mas que á vos; que

no he dormido un momento, y que he creido que nunca llegaría la hora de volveros á ver.

—¡Hola! Esa es una declaracion en regla.

—Tomadla como querais; pero he dicho, no solo lo que pienso, sino lo que siento.

—Sin duda os chaceasis.

—Por mi honor que no.

—¿Hablais con formalidad?

—Con toda la formalidad del mundo.

—Vaya, pues como á todo tirar podria eso ser cierto, dijo Luisa, y la declaracion, aunque prematura, puede ser sincera, es deber mio no dejaros ir mas lejos.

—¿Cómo mas lejos?

—Querido compatriota, no puede mediar absolutamente entre los dos mas que una buena, franca y pura amistad.

—¿Y por qué?

—Porque tengo un amante, y ya sabeis por mi hermana que la fidelidad es un vicio en nuestra familia.

—¿Qué desgraciado soy!

—No hay tal. Si yo hubiese permitido que el sentimiento que decis experimentais por mi hubiese echado mas hondas raices, en vez de arrancarlo de vuestra cabeza antes de que penetrase en vuestra corazon, entonces podríais haberlo sido; pero, á Dios gracias, añadió Luisa sonriéndose, no creo que se haya perdido tiempo, y espero que el mal haya sido arrebatado antes de hacer grandes progresos.

—Está bien: no hablaremos más del asunto.

—Antes al contrario, porque como encontrareis aquí á la persona á quien amo, importa que sepa cómo la he amado.

—Os doy las gracias por tanta confianza.

—Os habeis picado, y haceis mal: vamos, dadme la mano como á una buena amiga.

Tomé la mano que Luisa me estiraba, y como en rigor no tenía derecho alguno para guardarle rencor:

—Sois leal, le dije.

—Así me gusta.

—Y sin duda, pregunté, será algún príncipe?

—No; yo soy tan exigente: es simplemente un conde.

—Ay, Rosa, Rosal esclamó: no vengais á San Petersburgo, porque olvidaríais á Mr. Augusto.

—Me acusais antes de haberme oido, y haceis mal en eso, me respondió Luisa: por eso os lo quería decir todo; pero no seriais francesa si no juzgáseis así.

—Afortunadamente vuestra predilección por los rusos me hace creer que sereis un poco injusta con vuestros compatriotas.

—Yo soy justa con todos, y no hago mas que establecer comparaciones. Cada pueblo tiene sus defectos, que no hecha de ver, porque son inherentes á su naturaleza, pero que saltan á la vista de los demás pueblos.. Nuestro principal defecto es la volubilidad. Un ruso que recibe una visita de uno de

nuestros compatriotas, no dice nunca á otro ruso: «Acaba de salir un francés,» sino: «Ha estado aquí un loco,» y no tienen que decir de qué país es el loco.

—¿Y los rusos, no tienen defectos?

—Sí que los tienen; pero no son los que vienen á pedirles hospitalidad los que deben repararlos.

—Gracias por la lección.

—No creais que es una lección, sino un consejo; habeis venido con intención de estableceros aquí: hacedos amigos y no enemigos.

—Teneis razón, como siempre.

—¿No he hecho yo lo mismo? ¿No había yo jurado tambien que ninguno de esos grandes señores, tan sumisos delante del czár, tan insolentes con sus inferiores, no serian nunca de mi devoción? Pues bien; he saltado á mi juramento; vos no lo hagais, si no quereis faltar á él.

—Y, segun lo que puedo colegir de vuestro carácter, aunque no os he visto mas que dos días, creo que la lucha habrá sido larga.

—Sí, muy larga, y por poco llegó á ser trágica.

—Sin duda esperais que la curiosidad escitará mis celos.

—Yo no espero nada: os digo sencillamente la verdad, y hé aquí todo.

—Hablad: ya os escucho.

—Yo estaba, como sabreis por el sobre de la carta de Rosa, en casa de Mad. Javier, la almacenista.

de modas de mas fama que hay en San Petersburgo, y donde acude toda la nobleza de la capital. Gracias á mis pocos años, á lo que llaman mi hermosura, y sobre todo á mi cualidad de francesa, no me faltaron, como debereis suponer, requiebros y declaraciones. Con todo, os lo juro: aunque estas declaraciones y estas galanterías fuesen á veces acompañadas de las mas brillantes promesas, ninguna me llamó la atención; y todas las declaraciones fueron arrojadas al fuego. De esta manera pasaron diez y ocho meses.

Hará cosa de dos años, un carro tirado de cuatro caballos, se detuvo delante del almacén: dos muchachas, un joven oficial y una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años bajaron de él. El joven era teniente de guardias, y por lo tanto habitaba en San Petersburgo; pero su madre y su hermana vivían en Moscow: venían á pasar los tres meses de verano con su hijo y su hermano, y su primera visita al llegar fue para Mad. Javier, la gran reguladora del gusto: una mujer elegante, no podía, con efecto, presentarse en el gran mundo sino bajo sus auspicios. Las dos jóvenes eran encantadoras: en cuanto al militar, apenas reparé en él, aunque parecía durante su corta visita ocuparse mucho de mí: hechas las compras, la madre dejó las señas de su casa: «La condesa Waninkoff, sobre el canal de Fontalko.»

Al dia siguiente el joven vino solo: deseaba saber si nos habíamos ocupado de los encargos de su ma-

dre y de sus hermanas, y se dirigió á mi para que hiciese cambiar un lazo.

Por la tarde recibí una carta firmada por Alejo Waninkoff: esta era, como todas las cartas de su género, una declaración de amor; con todo, me hizo impresion su delicadeza: no me hacia en ella promesa alguna: me hablaba de obtener mi corazón pero no de comprarlo.

Hay ciertas posiciones en que no puede una, sin ser ridícula, mostrar una virtud demasiado rígida; si hubiese sido una joven del gran tono, hubiera enviado al conde su carta sin leerla; pero era una pobre griseta, y la quemé sin haberla leido.

Al dia siguiente volvió el conde: sus hermanas y su madre deseaban unos sombreros que dejaban á su elección; como entró con un pretexto para pasar á la habitación de Mad. Javier, yo no volví al almacén hasta que hubo salido.

Por la tarde recibí una segunda carta; el que me la escribía tenía, segun dijo, una esperanza, y es la de que no habría recibido la primera: esta segunda carta, lo mismo que la anterior, quedó sin respuesta:

Al dia siguiente recibí la tercera: el tono de esta era tan diferente del de la otras, que me afectó: desde la primera hasta la última línea se notaba una expresión de melancolía que se parecía, no como hubiera debido esperar, á la cólera de un niño á quien niegan un juguete, sino al abatimiento de un hombre que pierde su última esperanza. Estaba decidido, si no contestaba á su carta, á pedir una licencia

temporal al emperador y á irse á pasar cuatro meses á Moscow con su madre y sus hermanas: mi silencio le dejó en libertad de hacer lo que mas le agradase.

Seis semanas despues recibí una carta, fechada en Moscow, que contenía estas pocas palabras:

«Estoy á punto de contraer un compromiso insensato que pone mi vida en peligro. Escrividme que tal vez llegareis á amarme algun dia, para que un rayo de esperanza me una á la vida.»

Creí que esta carta había sido escrita con el único objeto de asustarme, y la dejé tambien sin contestacion.

Al cabo de cuatro meses recibí un nuevo billete, que decía así:

«Acabo de llegar en este momento. El primer pensamiento á mi vuelta le consagto á vos; os amo aun, y tal vez mas que cuando parti: ahora ya no está en vuestra mano salvarme la vida; pero podeis hacérmele amar al menos.»

Esta tenacidad; el misterio que se encerraba en sus dos últimos billetes; el tono de tristeza que reinaba en ellos, me determinaron á contestarle, no una carta, como él lo habría deseado, sino algunas palabras de consuelo, y á pesar de eso concluía diciéndole que no le amaba y que no le amaría nunca.

Esto es parecerá extraño, continuó Luisa, pues veo que os sonreís; tanta virtud os parece ridícula en una pobre muchacha; pero esto no era únicamente virtud, sino mas bien un resultado de la educación; mi pobre madre, viuda de un oficial, habiendo quedado sin bienes, nos había educado en esas ideas á Rosa y á mí. A los diez y seis años la perdimos, y con ella la corta pension que nos daba medios para vivir; mi hermana se dedicó á florista, y yo entré en un almacén de modas. Mi hermana se enamoró de vuestro amigo; cedió á sus ruegos, y no la acrimino por eso: yo hallo muy sencillo el que una mujer no niegue nada al que ha entregado su corazón. Pero no había yo encontrado aun al que debía amar, y era recatada, sin que esto fuera un mérito en mí.

Así llegó el dia de año nuevo; este dia es para los rusos, como vereis muy pronto, una gran fiesta; en este dia, el gran señor y el hijo del pueblo, la princesa y la modista, el general y el soldado, se hacen hermanos; el czar recibe á su pueblo; veinte y cinco mil esquelas de convite son arrojadas, por decirlo así, á la casualidad en las calles de San Petersburgo; á las nueve de la noche, el palacio de invierno abre sus puertas, y los veinte y cinco mil invitados llenan los salones de la morada imperial, que no se abre el resto del año sino para la aristocracia. Los hombres llegan cubiertos de dominós ó vestidos á la veneciana, y las mujeres con su traje usual.

Mad. Javier nos había dado esquelas, de modo

que habíamos resuelto ir todas juntas al palacio. La cosa era tanto mas fácil, cuanto que en aquella numerosa reunion nunca había escándalo ninguno, ni desorden, ni robo, y á pesar de eso, no se veía un soldado en aquellos salones. El respeto que inspiraba el emperador se estendia á todo el mundo, y la joven mas casta estaba allí tan segura como en la alcoba de su madre.

Nosotras llegamos al cabo de media hora, y nos encontramos tan apretadas en el salon blanco, que habríamos creido que no cabría una persona mas; cuando, de repente, la orquesta de todos los salones dió la señal de la Polonesa. Al mismo tiempo los gritos de *¡el emperador! ¡el emperador!* se oyeron por todas partes. S. M. apareció en la puerta, dirigiendo el baile con la embajadora de Inglaterra, y seguido de toda la corte: cada cual se estrechó un poco: la muchedumbre se separó, y se abrió un espacio de diez pies: la turba de bailarines se precipitó en él; pasó como un torrente de diamantes, de plumas y de perfumes; tras el bullicioso cortejo, cada cual se arroja y se aprieta. Separada de mis dos amigas, intenté inútilmente reunirme á ellas: las vi por un momento arrastradas por el torbellino, y las perdi de vista en el momento: quise ir tras ellas; pero no pude salvar la muralla humana que me separaba, y heme aquí sola enmedio de veinte y cinco mil personas.

En aquel momento, aturdida, me hallaba dispuesta á pedir auxilio al primero que encontrara:

ra: acercosé á mi un dominó, y reconoci á Alejo.

—¿Cómo es que estais sola? me dijo.

—¡Ah! ¡Sois vos, señor conde! exclamé yo, agarrándome de su brazo: tan asustada me hallaba yo de mi aislamiento en medio de la multitud. Sacadme de aquí, os lo suplico, y tened la bondad de proporcionarme un carruaje para irme á mi casa.

—Permitidme que os acompañe, y tendré que agradecer á la casualidad mas que á todas mis instancias.

—Mil gracias... lo que únicamente deseo es un carruaje de alquiler...

—¡Un carruaje de alquiler! No es posible hallarlo á estas horas en que todos vienen y nadie se marcha. Esperaos aquí siquiera una hora.

—No; quiero marcharme.

—Entonces aceptad mi trineo; traodaré á mi cochero que os lleve á vuestra casa, y ya que no querreis estar á mi lado, no me volveréis á ver.

—¡Oh! ¡Dios mio! Mejor quisiera...

—Bien veis que no hay mas que dos partidos que tomar; ó quedarnos aquí, ó aceptar mi trineo, porque presumo que no querreis volveros á pie, sola y con el frio que hace.

—Pues bien, señor conde; acompañadme hasta vuestro carruaje.

Alejo obedeció al momento; pero había tanta gente, que empleamos mas de una hora en llegar á la puerta que da á la plaza del Almirantazgo. El conde llamó á su lacayo, y un instante despues un elegan-

se trineo, especie de cupé herméticamente cerrado, se aproximó á la puerta. Subí á él dando las señas de la casa de Mad. Javier; el conde tomó mi mano, y la besó: cerró la portezuela; dijo algunas palabras en ruso, y el carruaje partió con la rapidez del rayo.

Al poco tiempo los caballos parecía que iban con mas rapidez aun, y se me figuró que el cochero hacia esfuerzos inútiles para contenerlos; me sobresalté, y empecé á gritar; pero mis gritos se perdieron con el ruido del carruaje y las voces del cochero. Quise abrir la portezuela; pero detrás del cristal había una especie de persiana, cuyo resorte no pude hallar. Despues de hacer inútiles y desesperadas tentativas, caí sin sentido en el fondo del carruaje, convencida de que los caballos iban desbocados y que se estrellaría el carroje contra el primer esquinazo que se presentase. Pero, por fin, al cabo de un cuarto de hora se detuvieron; la portezuela se abrió, y yo me arrojé fuera del carruaje; pero las fuerzas me abandonaron, y creí desmayarme. En el mismo momento me cubrieron los ojos con un pañuelo y me cogieron en brazos: poco despues me dejaron sobre un divan. Yo hice un esfuerzo para quitar el pañuelo que cubría mis ojos, y me hallé en una habitacion desconocida. El conde Alejo estaba arrodillado á mis pies.

—¡Ah! exclamé yo: me habeis engañado; eso es una infamia, señor conde.

—¡Oh! perdonadme; si hubiese perdido esta oca-

sión, ¡la hubiera vuelto á tener nunca? Al menos podré deciros una vez en mi vida...

—No me direis una sola palabra, señor conde, esclamé yo levantándome, y en este mismo momento vais á dar órden para que me conduzcan á mi casa.

—En nombre del cielo, concededme una hora solamente; ¡que pueda yo siquiera hablaros! ¡Que pueda contemplaros! ¡Hace tanto tiempo que no os he visto!

—Ni un momento; y ahora mismo me permitiréis que me marche.

—De modo que ni mi respeto, ni mi amor, ni mis súplicas...

—Nada, señor conde; nada.

—Pues bien, me dijo; escuchad. Vos no me amais, no me amareis nunca. Vuestra carta me había dado alguna esperanza; pero veo que me he equivocado: está bien; me condenais, y yo acepto la sentencia. Os pido únicamente cinco minutos; dentro de cinco minutos, si persistís en marcharos, no os detendré.

—¡Y me juráis que dentro de cinco minutos me podré marchar?

—Os lo juro.

—Hablad pues.

—Yo soy rico, Luisa; yo soy noble; tengo una madre que me adora, y dos hermanas que me aman; desde mi infancia me he visto rodeado de criados dispuestos á obedecer todos mis caprichos, y sin embargo, á pesar de todo esto, estoy atacado de esa

enfermedad que padecen la mayor parte de mis compatriotas, y soy viejo á los veinte años, por haber sido hombre demasiado pronto. Todo me cansa, todo me fastidia.

Esta enfermedad me ha perseguido toda la vida. Ni bailes, ni esperanzas, ni placeres han podido apartar ese opaco velo que se interpone entre el mundo y yo. La guerra tal vez, con sus peligros y sus fatigas, hubiera distraído mi imaginación; pero la Europa entera duerme en la paz mas profunda, y no hay ya un Napoleon que lo trastorne todo.

Me hallaba aburrido de todo, y cuando os vi había resuelto dedicarme á viajar; lo que al principio sentí por vos, debo confesarlo, no fue mas que un capricho; os escribí creyendo que en cuanto os escribiera cederiais; pero, lejos de eso, vos no me contestasteis siquiera; insistí, porque vuestra resistencia hirió mi amor propio; creí no tener hacia vos otro sentimiento que el de un capricho pasajero, y me convencí de que había llegado á ser un amor verdadero y profundo; no intenté combatirlo, porque toda lucha conmigo mismo me fatiga y me abate: os escribí que me marchaba, y así lo hice.

En Moscow hallé á mis antiguos amigos, que me encontraron sombrío e inquieto, y esto fue causa de que se equivocaran respecto á mis sentimientos. Me creyeron impaciente por el yugo que pesa sobre nosotros, y tomaron mis distracciones por filantrópicas meditaciones; estudiaron por mucho tiempo mis palabras y mi silencio, y despues, creyendo no-

tar algo oculto en el fondo de mi tristeza, sospecharon que provenia de mi amor á la libertad, y me propusieron entrar en una conspiracion contra el emperador.

—¡Gran Dios! exclamé asustada; y vos os negarais á ello, ¿no es cierto?

—Os escribi; mi resolucion dependia de esta ultima tentativa; si me amabais, la vida no me pertenecia, y no tenia por lo tanto derecho para disponer de ella; pero si no me contestabais, lo cual queria decir que no me amabais, poco me importaba lo que pudiera sucederme. Una conspiracion era una distraccion como cualquiera otra. El patibulo nos esperaba en caso de ser descubiertos; pero como mas de una vez la idea del suicidio se habia presentado á mi imaginacion, crei que siempre seria mejor ahorrarme el trabajo de darme yo mismo la muerte.

—Dios mio! ¡Es posible que pensareis de ese modo!

—Os digo la verdad, Luisa, y he aqui una prueba. Tomad, añadio levantandose, y sacando del cajon de una mesa un paquete sellado. Yo no podia adivinar que os habia de encontrar hoy; no esperaba volveros á ver; leed este papel.

—Vuestro testamento!

—Hecho en Moscú al dia siguiente de entrar en la conspiracion.

—¡Oh! ¡Y me dejais á mi treinta mil rublos de renta!

—Si no me habíais amado durante mi vida, deseaba al menos que os quedara algún recuerdo mío después de mi muerte.

—Pero habréis renunciado á esos proyectos, á esa muerte, á ese suicidio: ¿no es verdad que habeis renunciado?

—Luisa, podeis marcharos si gustais; los cinco minutos han pasado ya; vos sois mi última esperanza, el único lazo que me une á la vida; como estoy seguro de que una vez fuera de aquí no volveréis nunca, os doy mi palabra de honor de que aun no se habrá cerrado tras de vos la puerta de la calle, cuando me habré levantado la tapa de los saquitos.

—¡Estais loco!

—Loco no; fastidiado.

—No hareis semejante cosa.

—Probad.

—Señor conde, en nombre del cielo!...

—Escuchadme, Luisa. Yo he luchado hasta el fin.

Ayer estaba resuelto á concluir de una vez: hoy, os he vuelto á ver: he querido aventurar una última tentativa, esperando aun ganar la partida. Jugaba mi vida contra la felicidad; he perdido, y pagaré.

Si Alejo me hubiese dicho todo esto en medio del delirio de la fiebre, no le hubiera creído; pero me hablaba con su acento acostumbrado, y con su tranquilidad habitual. Sus palabras expresaban más bien la alegría que la tristeza. En fin, se notaba en todo lo que me había dicho tal sello de verdad, que yo no me atrevía á marcharme: contemplaba á aquel

joven lleno de vida, y no dependia mas que de mi el colmarle de felicidad. Me acordé en aquel momento de su madre, que parecia amarle tanto; de sus dos hermanas : le vi en mi imaginacion sangriento y desfigurado, á ellas desesperadas y llorosas, y me preguntaba á mi misma qué derecho tenia yo para herir de muerte á aquellas doradas existencias y á aquellas elevadas esperanzas. Ademas, preciso es confesarlo; tanta constancia empezaba á producir su fruto. Yo tambien, en el silencio de mis noches y en la soledad de mi corazon, habia pensado en aquel hombre, que tanto pensaba en mi. En el momento de alejarme de él para siempre lei con mas claridad en mi alma: conocí que le amaba, y me quedé.

Alejo me habia dicho la verdad. Lo que faltaba á su vida era el amor. En los dos años que hace que me ama le veo feliz, ó al menos parece serlo. Renunció á aquella insensata conspiracion en que no habia entrado sino á causa de su disgusto hacia la vida. Cansado de los inconvenientes que acarreaba mi posicion en casa de Mad. Javier, alquiló sin decirme una palabra una tienda para que me estableciera por mi cuenta. Hace diez y ocho meses que mi vida ha cambiado enteramente, enmedio de los conocimientos que han faltado á mi juventud, y que él tendrá necesidad de encontrar en la mujer que ame, cuanto tal vez ya no la ame. De aquí proviene el cambio que habeis notado en mí, comparando mi posicion con mi persona. Bien veis que he hecho bien en deteneros; solo una coqueta hubiera obra-

do de otro modo, pues yo no puedo amaros, porque le amo á él.

—Sí, y ahora conozco la mano de que quereis valeros para protegerme.

—Ya le he hablado.

—Mil gracias; pero yo no aceptaré nada.

—¿Estais loco?

—Es muy posible; pero cada uno tiene sus ideas.

—¿Quereis que nos incomodemos y que no nos volvamos á ver?

—Seria una crueldad; yo á nadie conozco aquí sino á vos.

—Pues entonces miradme como á una hermana, y dejadme obrar.

—Lo quereis así?

—Lo exijo.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala, y apareció en ella el conde Alejo Waninkoff. Era este un joven de veinte y cinco á veinte y seis años, rabio y esbelto, medio tártaro y medio turco, que tenía, como ya hemos dicho, el empleo de teniente de guardias. Este cuerpo privilegiado había estado mucho tiempo bajo el mando inmediato de Constantino, hermano del emperador Alejandro, y en aquella época virey de Polonia. Segun costumbre de los rusos, que no dejan nunca el uniforme, Alejo llevaba el suyo. Lucía en su cuerpo la cruz de San Uladimir y de Alejandro Niuski, y al cuello la de Estanislao.

Augusto, de tercera clase; Luisa, al verle, se levantó sonriendo.

—Seais muy bien venido, monseñor; en este momento nos ocupábamos de vos. Aquí teneis al compatriota de que os he hablado, y para él, cual reclamo vuestra poderosa protección.

Yo me incliné; el conde me contestó con un agradable saludo, y después, con una pureza de lenguaje, en que se notaba, sin embargo, algo de afectación:

—¡Ay, querida Luisa! dijo besándole la mano: mi protección no vale mucho; pero puedo dar á este caballero algunos consejos que le serán útiles; mis viajes me han dado á conocer lo malo y lo bueno de mis compatriotas, y pondré en buen camino á vuestro protegido. Desde luego puedo inaugurar la clientela de este caballero con dos discípulos: mi hermano y yo.

—Algo es eso, pero no basta; ¿no habiais hablado de una plaza de profesor de esgrima en un regimiento?

—Sí, pero me he informado después: en San Petersburgo hay ya dos maestros de esgrima, uno francés y otro ruso. Vuestro compatriota, caballero, prosiguió Waninkoff dirigiéndose á mí, es un tal Valville; no hablaré de su mérito: ha sabido agrandar al emperador, quien le ha dado el grado de mayor y le ha condecorado con muchas órdenes: es el profesor de toda la guardia imperial. Mi compatriota es un excelente hombre, que no tiene más de-

fecto que el ser ruso; pero como este no es defecto á los ojos del emperador, S. M., á quien ha dado lección por algun tiempo, le ha hecho coronel y le ha condecorado con la cruz de San Uladimir de tercera clase. Sin duda no querreis empezar por enemistaros con uno y otro, ¿no es verdad?

—Seguramente que no, le contesté.

—Pues bien; entonces es preciso que no deis á entender que quereis entrar en competencia con ellos: anunciad un asalto, y mostrad en él vuestras disposiciones: despues, cuando la noticia de vuestra superioridad se haya esparcido, os daré una recomendacion para el virey Constantino, que precisamente se halla en su palacio de Strelna desde antes de ayer, y yo espero que á ruego mio se dignará apoyar vuestra peticion á S. M.

—Perfectamente: eso marcha á las mil maravillas, dijo Luisa, agradecida al interes que se tomaba el conde por mi; bien veis que no os he engañado.

—No, y el señor conde es el mejor de los protectores, así como vos sois la mas buena de las mujeres; y para probarle el caso que hago de su consejo, esta misma noche redactaré mi programa.

—Hareis muy bien, dijo el conde.

—Ahora, señor conde, necesito buscar un local. Yo no daré este asalto para ganar dinero, sino para darme á conocer. ¿Deberé enviar esquelas de convite, ó haré pagar una entrada como para cualquier espectáculo público?

—¡Oh! Vended vuestros billetes, sin lo cual no
Tomo 1.

asistiria una sola persona; vendedlos á diez rublos, y enviadme ciento, que yo me encargaré de acomodar.

Era imposible hacer mas: así es que desapareció mi resentimiento injusto hacia el conde.

Al dia siguiente se pusieron los carteles, y ocho dias despues se verificó el asalto, en el que no tomaron parte ni Valvilli ni Siverbruk, sino solo algunos aficionados polacos, rusos y franceses.

No me detendré aquí en la detallada relacion de las proezas ni de los botonazos dados ó recibidos. Diré únicamente que en aquel mismo dia, nuestro embajador, el conde de La Ferronnays, me encargó diese lecciones á su hijo, y que por la noche y al dia siguiente recibí las mas honoríficas demostraciones, entre otras la de Mr. Wurtemberg, que me envió por discipulos á sus hijos, y la del conde Brinski, que me hizo el honor de llamarne para ser su maestro.

De manera que cuando vi al conde Wasinkoff...

—Perfectamente, me dijo; todo va á las mil maravillas. Ya teneis hecha vuestra reputacion, y es menester que la consolide el mismo emperador. Ahi teneis una carta para un ayudante de campo del czarowich, quien ya tendrá noticias de vos; presentaos á él con vuestra peticion para el emperador, y halagándole su amor propio belicoso, haced que os la apoye.

—Pero, señor conde, ¿creeis que me recibirá bien?

— ¿A qué llamas recibiros bien?

— Quiero decir que si creéis que querré ocuparme de mí.

— Mi querido maestro, me dijo el conde riendo; nos haceis demasiado favor. Nos tratas como ágentes civilizadas, cuando somos aun medio salvajes. Ahí tenéis la carta; yo os abro la puerta, pero no respondo de nada, y todo dependerá del bueno ó del mal humor del príncipe. A vos os toca elegir el momento: sois francés, y por lo tanto valiente. Esta entrevista es un combate que tenéis que sostener y una victoria que procurareis ganar.

— Sí, pero es un combate de antesala, una victoria de cortesano, y os confieso que preferiría un duelo en toda regla.

— Juan Bart no estaba mas familiarizado que vos con los regios artesonados ni con las costumbres palaciegas. ¿Cómo salió de su negocio cuando fue á Versalles?

— ¿Cómo? A puñetazos.

— Pues bien; haced lo que él hizo. Y á propósito, Nariskin, el primo del emperador, el conde Zernitchef y el coronel Mouraviess me han encargado os diga que desean les deis lecciones de esgrima.

— Pero, señor conde, me confundís...

— No me tenéis nada que agradecer: cumplo con los encargos que me hacen, y nada más.

— Se me figura que la cosa no se presenta del todo mal, dijo Luisa.

— Gracias á vos, Luisa. En fin, seguiré el conse-

jo del señor conde, y mañana mismo me aventuraré
á esa entrevista.

—Id con Dios, y buen ánimo.

Y bien necesitaba de todo el que yo poseía. Conocía de oídas al hombre ante quien tenía que presentarme, y debo confesar que hubiera preferido ir á atacar á un oso de Ucrania en su madriguera á tener que pedir una gracia al gran duque Constantino, conjunto singular de buenas cualidades, de violentas pasiones y de locos arrebatos.

VI.

El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro y del gran duque Nicolás, no poseía ni la afectuosa afabilidad del primero ni la severa y tranquila dignidad del segundo: parecía que había heredado el carácter de su padre, con todas sus cualidades y rarezas, mientras que sus dos hermanos se asemejaban á Catalina; Alejandro en cuanto al corazón, Nicolás por su cabeza, y ambos por esa grandeza imperial de que su abuelo dió al mundo tan memorable ejemplo.

Catalina, viendo crecer á su lado aquella noble y numerosa descendencia, había puesto los ojos, sobre todo, en los dos mayores, y aun por el nombre de bautismo, es decir, llamando Alejandro al uno y Constantino al otro, parecía haber repartido entre ellos el mundo. Esta era ademas su idea, hasta tal

punto, que, siendo niños, los había mandado retratar, al uno cortando el nudo gerdiano, y al otro llevando el lábaro: su misma educación no fue otra cosa que la aplicación de estas grandiosas ideas. Así es que Constantino tuvo nodrizas griegas y maestros griegos, como destinado al imperio de Oriente, mientras que Alejandro, destinado al de Occidente, estuvo siempre rodeado de ingleses. En cuanto á su preceptor común, fue un suizo llamado Laharpe, primo del valiente general Laharpe, que sirvió en Italia á las órdenes de Bonaparte. Las lecciones de este digno maestro no fueron recibidas con igual fruto por ambos hermanos, y la semilla, siendo igual, produjo frutos muy distintos, porque una parte caía en una tierra preparada y fértil, mientras la otra sobre un suelo inculto y salvaje. En tanto que Alejandro, á los doce años, respondía á Graft, su profesor de física experimental, que le decía que la luz era una emanación continua del sol:—«*Esos no puede ser, porque el sol sería cada día más pequeño.*» Constantino respondía á Saken, su ayo particular, que le aconsejaba aprendiese á leer:—«*No quiero aprender á leer, porque veo que vos leéis mucho y que cada día sois más necio.*»

El carácter y las inclinaciones de ambos niños se pintaban en estas respuestas.

En cambio, Constantino, que tanta aversión tenía á los estudios científicos, era apasionadísimo por los ejercicios militares. Manejar las armas, montar á caballo, hacer maniobrar un ejército, le parecían

conocimientos mucho mas útiles para un príncipe que el dibujo, la botánica y la astronomía. Esta era una nueva prueba de su semejanza con Pablo, y tal afición tenía por las maniobras militares, que la noche de su boda se levantó á las cinco de la mañana para hacer maniobrar á un peloton de soldados que se hallaba de guardia junto á su habitación.

El rompimiento de la Rusia con Francia colmó los deseos de Constantino. Enviado á Italia á las órdenes de Souvarow, que iba encargado de completar su instrucción militar, presenció sus victorias sobre el Mincio y su derrota en los Alpes. Semejante maestro, tan célebre por sus singularidades como por su valor, no era el mas á propósito para reformar el carácter, singular ya de por si, de Constantino. De aquí resultó que sus extravagancias, en vez de desaparecer, se aumentaron de tal modo, que mas de una vez se creyó que el joven gran duque llevaba su semejanza con su padre hasta el estremo de estar, como él, algo atacado de locura.

Después de la campaña de Francia y del tratado de Viena, Constantino fue nombrado virey de Polonia. Colocado á la cabeza de un pueblo guerrero, cobraron nueva energía sus gustos militares, y á falta de las batallas sangrientas y verdaderas á que había asistido, formaban su distracción las paradas y revistas, como simulacros de la guerra. Fuese invierno ó verano; ya habitara el palacio de Brühl, junto al jardín de Sajonia, ó residiese en el palacio del Belvedere, á las tres de la mañana estaba ya le-

vantado y vestido con su uniforme de general: jamás le había ayudado á vestir ningun ayuda de cámara. Sentado entonces á una mesa cubierta de cuadros de regimientos y de órdenes militares en su despacho, en cada uno de cuyos lienzos había pintado un figurin de uno de los regimientos del ejército, leia los informes traídos el dia anterior por el coronel Axamilowski ó por el prefecto de policia Lubowidzki, y los aprobaba ó desaprobaba, pero poniendo siempre alguna adicion. Ese le tenía ocupado hasta las nueve de la mañana: á esta hora hacia á la ligera un desayuno de soldado, terminado el cual bajaba á la plaza de Sajonia, donde le aguardaban por lo regular dos regimientos de infantería y un escuadron de caballeria, cuya música , así que le divisaba , saludaba su presencia ejecutando la marcha compuesta por Kurpinski sobre el tema ;*Oh Dios, salvead al rey!* Inmediatamente principiaba la revista. Los pelotones desfilaban á igual distancia y con una precision matemática delante del czarwich , quien los miraba pasar á pie, vestido ordinariamente con el uniforme verde de los cazadores y con un sombrero guarnecido de plumas de gallo, que se colocaba de modo que una de sus puntas tocase su charretera izquierda, mientras que la otra miraba al cielo. Bajo su frente estrecha y surcada de arrugas profundas, que denotaban grandes y continuos cuidados , dos largas y pobladas cejas, contraídas siempre por su habitual fruncimiento , ocultaban casi enteramente sus ojos

azules. La singular vivacidad de sus miradas, unida á su pequeña nariz y su labio inferior prolongado, prestaba una expresion huraña á su cabeza, que, sostenida sobre un cuello corto en extremo y naturalmente inclinado hacia adelante, parecia descansar sobre las charreteras. Al sonido de aquella musica, á la vista de aquellos hombres que él habia formado, y al ruido acompañado de sus pasos, susria el czarwich una completa transformacion, y se apoderaba de él una especie de fiebre que le hacia subir el fuego al rostro. Sus brazos se apoyaban, rigidamente contraidos, á lo largo de su cuerpo, y los puños, inmóviles y cerrados con violencia, se apartaban nerviosamente, mientras que sus pies, en una agitacion continua, llevaban el compás, y su voz gutural dejaba oír de vez en cuando entre gritos de mando sonidos roncos y destacadose que nada de humano tenian, y que expresaban alternativamente ó su satisfaccion, si todo salia á su gusto, ó su cólera, si se faltaba en algo á la disciplina. En este ultimo caso los castigos eran casi siempre terribles, porque la menor falta era castigada en el soldado con encierro y en el oficial con la perdida de su grado. Y esa severidad no se limitaba á los hombres, sino que se estendia á todo, hasta á los animales. Un dia hizo ahorcar en su jaula á un mono porque hacia mucho ruido: un caballo que dió un paso en falso porque le abandonó por un momento la brida recibió mil palos, y por ultimo, mandó fusilar á un perro que le había despertado por la noche.

Su buen humor no era menos salvaje que su cólera. Cuando le acometía, se encorvaba riendo á carcajadas, se restregaba alegremente las manos, y daba patadas en el suelo, alternativamente con los dos pies. En aquel momento se acercaba al primer chico que encontraba, le volvía y le revolvía á todos lados, se hacia abrazar por él, le pellizcaba las mejillas y la nariz, y concluia por despedirlo, poniéndole una moneda de oro en la mano. Ademas tenia otras horas que no eran de alegría ni de cólera, sino de postracion completa y de profunda melancolia. Entonces, débil como una mujer, prorumpia en gemidos y se revolvía sobre sus divanes ó por el suelo. Nadie se atrevía á acercarse á él en aquellos momentos. Lo que hacian únicamente era abrir su puerta y sus ventanas, y pasaba entonces como una aparición una mujer rubia y pálida, de aventajada estatura, vestida por lo regular con un traje blanco ceñido por un cinturon azul. A aquella vista, que ejercia en el czarwich una influencia mágica, se exaltaba su sensibilidad nerviosa, sus suspiros se convertian en sollozos, y vertia abundantes lágrimas. Entonces pasaba la crisis: la mujer venia á sentarse á su lado, colocaba él su cabeza sobre sus rodillas, se dormia, y despertaba curado. Aquella mujer era Juanita Grudzenska, el ángel de la guarda de la Polonia.

Un dia que estaba orando, cuando niña, en la iglesia metropolitana, delante de una imagen de la Virgen, cayó sobre su cabeza una corona de siem-

previvas que había bajo el cuadro, y un anciano cosaco de la Ucrania que pasaba por profeta, á quien consultó el padre de la niña sobre aquel suceso, le predijo que la corona santa que le había caido del cielo era un presagio de la que le estaba destinada sobre la tierra. Padre é hija habían olvidado ya aquella predicción, ó mas bien no la recordaban sino como un sueño, cuando la casualidad puso á Juanita y á Constantino frente á frente.

Entonces aquel hombre semi-salvaje, de pasiones ardientes y absolutas, se volvió timido como un niño; y él mismo, á quien nada resistía y que con una palabra disponía de la vida de los padres y del honor de las hijas, fue timidamente á pedir al anciano la mano de Juanita, suplicándole no le negase un bien sin el cual no había ya dicha para él en el mundo. El anciano recordó entonces la predicción del cosaco; vió en la petición de Constantino el cumplimiento de los decretos de la Providencia, y no se creyó con derecho para oponerse á ellos. De consiguiente el gran duque obtuvo su consentimiento y el de su hija; solo quedaba el del emperador.

Este lo compró con una abdicación.

Si; aquel hombre extraño, aquel hombre indescifrable, que, semejante á Júpiter Olímpico, hacia temblar á todo un pueblo con solo fruncir el ceño, dió por el corazón de una jóven su doble corona de Oriente y Occidente; esto es, un reino que ocupa la séptima parte de la tierra, con sus cincuenta y tres

millones de habitantes, y los seis mares que bañan sus costas.

En cambio Juanita Grudzenska recibió del emperador Alejandro el título de princesa de Lovicz.

Tal era el hombre al cual iba yo á ser presentado: decíase con misterio que había venido á San Petersburgo, porque había descubierto en Varsovia los hilos de una vasta conspiración que tenía ramificaciones en toda Rusia; pero esos hilos se habían roto en sus manos por el silencio obstinado de los dos conspiradores á quienes había hecho prender. La ocasión, como se ve, era poco favorable para hacerle una petición tan frívola como la mia.

No por eso desistí de arrostrar las eventualidades de un recibimiento que no podía menos de ser extraño. Tomé un droschki, y marché á la mañana siguiente para Strelna, provisto de mi carta para el general Rodna, ayudante del czarwich, y de mi memorial para el emperador Alejandro. Despues de dos horas de marcha por un camino magnífico, á cuya izquierda se veía una serie no interrumpida de casas de campo, y á su derecha llanuras que se estienden hasta el golfo de Finlandia, llegamos al convento de San Sergio, el santo mas venerado despues de San Alejandro Nieuksi, y diez minutos despues estábamos en la aldea. A la mitad de la calle Mayor, y frente á la casa de correos, torcimos á la derecha, y á los pocos segundos me encontré delante del castillo. El centinela quiso detenerme; pero le en-

señé mi carta para el general Rodna, y me dejó pasar.

Subí la escalinata, y me presenté en la antecámara. El caballero Rodna estaba ocupado con el czarwich, y me hicieron aguardar en un salón que daba á unos jardines magníficos cruzados por un canal que desemboca directamente en el mar, mientras que un oficial hacia pasar mi carta á su destino: un momento despues volvió el mismo oficial, y me dijo que entrara.

El czarwich estaba de pie, recostado contra la chimenea, pues aunque era apenas á fines de setiembre, principiaba ya á hacer frio, y acababa de dictar un despacho al general Rodna, que estaba sentado. Yo ignoraba que me iban á introducir tan rápidamente, de suerte que me paré en el umbral admirado de hallarme tan pronto en presencia del príncipe. Apenas cerraron la puerta, cuando encarándose aquel á mi, sin hacer ningun otro movimiento con el cuerpo, y clavándose sus dos ojos penetrantes.

—¿De qué pais eres? me dijo.

—De Francia, alteza.

—¿Tu edad?

—Veinte y seis años.

—¿Tu nombre?

—G....

—¿Y quieres obtener el nombramiento de maestro de armas en uno de los regimientos de S. M. I. mi hermano?

- Ese es el objeto de toda mi ambicion.
- ¿Y dices que eres sobresaliente en el arte?
- Perdone V. A. I.: yo no digo eso, porque no me corresponde á mi decirlo.
- No; pero lo crees así.
- V. A. I. sabe que el orgullo es el pecado dominante de la pobre raza humana: ademas, he dado un asalto, y V. A. puede informarse.
- Sé ya lo que ha ocurrido en él; pero solo has tenido que habértelas con aficionados.
- Por eso no he hecho mas que defenderme.
- ¡Ah! ¿No has hecho mas que defenderte? Y si los hubieses atacado, ¿qué habria sucedido?
- Los habria tocado diez veces contra dos.
- ¡Oh, oh! ¿De modo que á mí me tocarías diez veces contra dos?
- Eso es segun.
- ¿Qué es eso de segun?
- Segun como deseara V. A. I. que le tratase. Si exigia que le tratase como á principe, entonces V. A. me tocaria diez veces, y yo no le tocaria mas que dos. Si me permitia tratarle como á todo el mundo, entonces probablemente no seria yo tocado mas que dos veces y V. A. diez.
- ¡Lubenski! gritó el czarwich restregándose las manos; ¡Lubenski, mis floretes! Ahora veremos, señor fansarron.
- ¿Qué! ¿Permites V. A....?
- Mi alteza no permite, sino que quiere que lo

toques diez veces; ¿te volverías quizá otras de lo dicho?

—Cuando he venido al castillo de Strelna ha sido para ponerte á la disposición de V. A. Ordene, pues, lo que quiera.

—Pues bien; toma ese florete y esa careta, y manos á la obra.

—¿Me obliga á ello V. A.?

—He dicho que sí, que sí, y que sí.

—Pues ya estoy dispuesto.

—Que quiero las diez estocadas, ¿entiendes? dijo el czarwich principiando á atacarme; las diez estocadas, y no te perdonó ni una. ¡Ah, ah!

A pesar de la invitación del czarwich, me contentaba con parar los golpes, y me abstenia de atacar.

—¡Hola! exclamó enardeciéndose: creo que no haces más que defenderte... pues aguarda... ¡ah! ¡ah!

Y á través de su careta veía subirse la sangre al rostro é inyectarse sus ojos de sangre.

—Vaya, ¿dónde están esas diez estocadas?

—Alteza, el respeto...

—Vete al diablo con tu respeto, y ¡tiral! ¡tiral!

Usé al pronto del permiso, y le toqué tres veces de seguida.

—¡Bien, bien! gritó: ¡ahora me toca á mí!... ¡Toma...! ¡Ah!... ¡Tocado! ¡Tocado!

Así era la verdad.

—Creo que V. A. me trata sin miramiento, y que necesito batirme en toda regla.

—Pues hazlo... ¡Ah! ¡Ah!
Toquele cuatro veces; y él á su vez me dió otra estocada.

—¡Tocadol! ¡Tocadol! gritó saltando de gozo. Rodona, ya has visto que le he tocado dos veces contra siete.

—Contra diez, monseñor, respondí acosándole á mi vez. Ocho... nueve... diez... Está cumplido el trato.

—¡Bien, bien! grito el czarwich. Bien; pero no es bastante enseñar á estoquear: ¡de qué sirve eso á mis ginete? Lo que necesitan es el manejo del sable. ¿Sabes tirar el sable?

—Lo mismo, poco mas ó menos, que la espada.

—Segun eso, te defenderías á pie contra un hombre á caballo armado de una lanza.

—Creo que si, alteza.

—¡Ah! ¡Lo crees nada mas?... ¡Conque es decir que no estas seguro?

—Sí que lo estoy, alteza.

—¡Ah! ¡Estás seguro de que te defenderías?

—Sí, alteza.

—¿Y pararias un lanzazo?

—Lo pararia..

—Contra un hombre á caballo?

—Contra un hombre á caballo.

—¡Lubenski! ¡Lubenski! gritó de nuevo el czarwich; mandad que me ensillen un caballo, y que me traigan una lanza.

—Pero monseñor!...

—¡Qué! ¡Ya te vuelves atrás! ¡Oh!

—No me vuelvo atrás, y contra cualquiera otro que no fuiese V. A. esos ensayos serían un juego.

—¿Pero qué diferencia hay por ser contra mí?

—Contra V. A. no sé si debo temer el ganar o perder, porque tal vez olvidaréis que sois vos quien...

—Yo no olvido nunca nada; además, ahí tienes á Rodna, delante del cual te he mandado y te mando de nuevo que me trates del mismo modo que á él le tratarías.

—Debo hacer observar á V. A. que ese no me libra del compromiso, puesto que á su excelencia no podría menos de tratarlo con el mayor respeto.

—Adulador! ¿Crees de esa manera hacerte un protector? Pues ten entendido que nadie tiene influencia sobre mí, y que yo no juzgo mas que por mí propio; ¿lo oyes? Has salido bien de una prueba; veremos si te sucede lo mismo en la segunda.

En aquel momento se divisó desde las ventanas al oficial que conducía un caballo, y que llevaba una lanza en la mano.

—Perfectamente, continuó Constantino echándose fuera de la habitación. Sigueme; y tú, Lubenski, dale un sable, un buen sable de mis guardias de caballería. Cuidado contigo, maestro de esgrima, ó te atravesio de parte á parte.

Y diciendo estas palabras, saltó Constantino sobre su caballo, soberbio hijo del imperio, cuyas crínes y cuya cola barrian el suelo: hizole ejecutar en
TOMO I.

tanto que evolucionaba con la lanza las mas difíciles maniobras, y durante este tiempo me trajeron tres ó cuatro sables, invitándome á que eligiese uno: tardé poco en la elección, pues no hice mas que alargar la mano y coger uno á la ventura.

—Vamos, ¿estás ya preparado?

—Sí, alteza.

Entonces Constantino puso su caballo al galope, y se dirigió al extremo opuesto de la calle de árboles.

—¿Pero esto no es sin duda mas que una chanza? preguntó á Mr. de Rodna.

—Nada de eso, me contestó; y tan seria es, que os va en ello la vida ó vuestra colocación; defendeos como lo haríais en un combate.

La cosa se iba poniendo mas seria de lo que yo creí en un principio: si no se hubiera tratado mas que de defenderme y de devolver golpe por golpe, me hubiera hallado mas tranquilo; pero esa muy diferente mi posición: con mi sable afilado, y su aguzada lanza, la chanza podía llegar á ser muy pesada; pero, ¿qué remedio? ya no era tiempo de retroceder; apelé en mi ayuda á toda mi sangre fría y toda mi destreza, y me puse frente al príncipe.

Había este llegado ya al extremo de la calle, y acababa de volver su caballo. A pesar de lo que me había dicho Mr. de Rodna, yo creía que aquello no sería mas que un juego, cuando gritándome por última vez:—«Estás ya preparado?» le vi poner su lanza en ristre y su caballo á galope. Entonces sue-

cuando me convencí de que no tenía otro arbitrio que el de defender mi vida, y me puse en guardia.

El caballo devoraba el camino y el czarwich iba echado sobre él, de manera que se ocultaba entre sus cisnes que flotaban al viento: yo no veía mas que la parte superior de su cabeza por entre las orejas del caballo. Así que hubo llegado adonde yo estaba, dirigió su lanza á mi pecho; pero yo separé el arma con un quite en tercera, y dando un salto hacia un lado, dejé pasar al caballo y al caballero arrastrados por la violencia de la carrera. Cuando vió que había errado el golpe, el czarwich detuvo su caballo con una maravillosa destreza.

—¡Muy bien, muy bien! dijo. Volvamos á empezar.

Y sin darme tiempo para hacer la mas ligera observación, volvió su caballo sobre el cuarto traseño, y tomó campo, como la vez primera. Me preguntó del mismo modo que si me hallaba dispuesto, y se precipitó hacia mí con mas encarnizamiento que antes; pero yo tenía la vista fija en la suya, y no perdía ninguno de sus movimientos: así es que aprovechando el momento, paré el golpe en cuarta, me retire á la derecha, y el caballo pasó á mi lado segunda vez.

El czarwich exhaló una especie de rugido. Habiase aficionado á aquel torneo como á un verdadero combate, y quería terminarlo honrosamente para él: de modo que cuando yo creí haber concluido, le vi prepararse para un nuevo encuentro. Pero como la

chanza se prolongaba demasiado, me decidi á que fuese el último.

En efecto, en el momento en que le vi á mi alcance; en vez de contentarme con un simple quite, reuní todas mis fuerzas, y corté de un tajo la lanza, quedando el principe desarmado; entonces, arrojándome sobre las bridas del caballo, le detuve con tal violencia, que se dobló sobre el cuarto trasero, y al mismo tiempo dirigí la punta de mi sable al pecho del czarwich. El general Rodua dió un grito creyendo que iba á matar á S. A. Constantino debió creerlo así tambien, pues le vi palidecer. Pero en el mismo instante di un paso atras, e inclinando-me ante el gran duque:

—Ahi tenéis, monseñor, una maniobra que pude enseñar á los soldados de V. A. si me juzgais digno de ser su profesor.

— ¡Si, con mil diablos, si! y tendrás un regimiento, ó perderé el nombre que tengo... ¡Lubenski, Lubenski! continuó bajándose de un salto de su caballo; lleva á Pulk á la cuadra, y tú ven para que yo apoye tu petición.

Segui al gran duque hasta el salon, y asi que hubo llegado, Constantino tomó una pluma, y escribió al pie de mi memorial:

«Recomiendo humildemente al que firma á su majestad imperial, creyéndole muy digno de obtener la gracia que solicita.»

Y ahora, me dijo, toma este memorial, y presén-

taselo al emperador en persona. Tal vez al dirigirte á él aventuras tu libertad; pero, á fe mia, quien no se aventura no pasa la mar. Adios, y si alguna vez pasas por Varsovia, no dejes de venir á verme.

Hice una profunda reverencia, muy contento de haber salido tan airosamente de mi entrevista, y volviendo á subir en mi droschki, tomé el camino de San Petersburgo, llevando connigo aquella poderosa recomendacion.

Por la noche fui á dar las gracias al conde Alejo por el consejo que me habia dado, aunque aquel consejo pudo costarme caro: le referí lo que habia pasado, relacion que asustó mucha á Luisa, y al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, me dirigi á Czarko-Selo, residencia del emperador, decidido á pasearme por los jardines del palacio hasta encontrarle, arrostrando el peligro de una prision, peligro á que se espone toda persona que le presenta un memorial.

VII.

La residencia imperial de Ossarke-Sote.

Se halla situada á tres ó cuatro leguas de San Petersburgo, y, sin embargo, el camino presenta un aspecto enteramente distinto del que había yo seguido la víspera para ir á Strelna. Ya no son los magníficos caseríos y las inmensas perspectivas sobre el golfo de Finlandia, sino ricas llanuras y elevadas mieses, verdes prados conquistados hacía pocos años por la agricultura.

En menos de una hora de camino me hallé, después de haber atravesado la colonia alemana, en medio de una pequeña cadena de colinas, de la cima de una de las cuales empecé á divisar los árboles, los obeliscos y las cinco cúpulas doradas de la capilla, que indican la residencia del soberano.

El palacio de Czarko-Selo está situado sobre el terreno de una cabaña que perteneció á una anciana holandesa, llamada Sara, y donde Pedro el Grande tenía la costumbre de ir á beber leche. La pobre aldeana murió, y Pedro, que había tomado afición á aquella cabaña por la magnífica perspectiva que se descubría desde su ventana, se la regaló á Catalina con las tierras que la rodeaban para que edificase una casa de campo. Catalina mandó llamar á un arquitecto, y le explicó minuciosamente lo que deseaba: el arquitecto hizo lo que hacen todos los de su clase: enteramente lo contrario de lo que le encargaban: *esto es, no palacio.*

Con todo, esta residencia, por lejana que estuviese de su primitiva sencillez, pareció á Isabel poco digna de la grandeza y poder de una emperatriz de Rusia; de modo que hizo derribar el palacio paterno, y con arreglo al diseño del conde Rastrets, hizo construir un magnífico palacio. El noble arquitecto, que había oido hablar de Versalles como de una obra maestra de suntuosidad, quiso sobrepujarla en magnificencia; y teniendo noticia de que el interior del palacio del gran rey abundaba en dorados, mandó dorar todos los bajo-relieves exteriores de Czarko-Selo, molduras, cornisas, cariátides, y hasta los mismos tejados. Terminada esta operación, Isabel escogió un magnífico día, y convidió á toda su corte y á los embajadores de todas las potencias á que fuesen á inaugurar su brillante palacio. A vista de aquella magnificencia,

por extrañamente situada que se hallase, todos se hicieron lenguas sobre esta octava maravilla del mundo, á excepcion del marques de la Chetardie, embajador de Francia, que fue el único de los cortesanos que no habló una palabra, haciendo como que buscaba á su alrededor. Picada un tanto de esta distraccion la emperatriz, le preguntó qué era lo que buscaba.

—Lo que busco, señora, contestó el embajador; lo que busco es el estuche de esta magnifica alhaja.

Era esta la época en que se entraba en la academia con un cuadrante, y en que se lograba la inmortalidad con un dicho agudo: así fue que monsieur de la Chetardie será inmortal en San Petersburgo.

Por desgracia el arquitecto había edificado para verano, sin recordarse del invierno: en la primavera siguiente fue preciso hacer muchos reparos en aquellos dorados, y como cada invierno amenazaba producir los mismos destrozos, y cada primavera los mismos reparos, Catalina II se decidió á reemplazar el metal por un modesto barniz amarillo: en cuanto al tejado, se resolvió que lo pintaran de verde oscuro, segun la costumbre de San Petersburgo. Apenas se esparció la noticia de este cambio, cuando se presentó un especulador ofreciendo pagar á Catalina doscientas cuarenta mil libras por aquél dorado que mandaba quitar. Catalina le contestó que

le daba las gracias ; pero que no acostumbraba á vender sus desechos.

En medio de sus victorias, de sus amores y de sus viajes, Catalina no cesó de ocuparse de su residencia favorita ; hizo construir para el mayor de sus hijos á cien pasos del palacio imperial el pequeño palacio Alejandro, é hizo dibujar á su arquitecto, Mr. Busch, inmensos jardines, á los que faltaba únicamente el agua : Mr. Busch no dejó por eso de hacer canales, cascadas y estanques, persuadido de que cuando una mujer se llama Catalina la Grande y se desean aguas, las aguas no pueden menos de venir. En efecto, su sucesor, Banes, descubrió que Mr. Demidoff, que poseía una magnifica casa de campo en los alrededores, tenía demasiada agua , mientras que su soberana no tenía bastante ; le hizo presente la escasez de los jardines imperiales, y Mr. Demidoff, como humilde súbdito, puso aquella agua á disposicion de Catalina. En el mismo momento, y á pesar de todos los obstáculos, se vió al agua llegar por todos lados, inundar los lagos, elevarse en surtidores y herir en las cascadas. Esto fue lo que hizo decir á la buena emperatriz Isabel :—«Incomodémonos con la Europa entera, pero no con Mr. Demidoff.»

Realmente, Mr. Demidoff, en un momento de mal humor, podía hacer morir de sed á toda la corte.

- Elevado á Czarko-Selo, Alejandro heredó el amor de su abuela hacia aquella morada, y es que aquel palacio mantenía todos los recuerdos de su infancia, esto es, el pasado de oro de su vida. Sobre aquellos

céspedes había aventurado sus primeros pasos; en aquellas calles de árboles aprendió á montar á caballo, y en aquellos lagos había hecho su aprendizaje de marinero; así es que apenas venían los primeros días hermosos, corria á Czarko-Selo, para no abandonar aquella residencia hasta las primeras nieves.

Yo le perseguí hasta Czarko-Selo, y allí resolví esperarlo.

Así es que después de haberme desayunado bastante mal en la fonda francesa de la Restauración, bajé al parque, donde, á pesar de los centinelas, se puede pasear todo el mundo. Verdad es que, como se aproximaban los primeros fríos, aquellos paseos se hallaban desiertos, y tal vez pudiera ser también que se abstuviesen de entrar allí por respeto al soberano.

Sabía yo que solía pasar días enteros paseándose por las calles de árboles más sombrías. Así fue que me dirigí á la ventura, y casi seguro de encontrarle. Además, en el caso de que la casualidad no me sirviese, no me faltarían allí objetos de distracción y de curiosidad.

Con efecto, muy pronto se presentó á mis ojos la ciudad china, lindo grupo de quince casas cada una, con su entrada y su jardín, y que sirven de alojamiento á los ayudantes de campo del emperador. En el centro de la ciudad, dispuesto en forma de estrella, hay un pabellón destinado á los bailes y á los conciertos; un hermoso patio le sirve de comedor, y en los cuatro ángulos de él hay cuatro estatuas de

mandarines del tamaño natural, fumando en su pipa.

Un dia, y este dia fue el aniversario cincuenta y ocho de su nacimiento, Catalina se paseaba con su corte por los jardines, cuando dirigiendo hacia allí sus pasos, vió con gran asombro un humo espeso que salia de las pipas de los cuatro mandarines, que á su llegada empezaron á hacer saludos con la cabeza y á mover dulcemente los ojos. Catalina se aproximó para ver mas de cerca este fenómeno, y entonces los cuatro mandarines bajaron de su pedestal, se acercaron á ella, y se prosternaron á sus pies con todas las fórmulas del ceremonial chino, recitando versos muy galantes. Estos cuatro mandarines eran el príncipe de Ligne, Mr. de Segur, monsieur de Cobentzel, y Potemkin.

Desde la residencia de los generales me dirigí á la cabaña de las Lamas. Estas hijas de las cordilleras son un regalo del virey de Méjico al emperador Alejandro. De nueve que fueron enviadas, habian muerto cinco; pero las cuatro que pudieron sopportar la temperatura han producido una numerosa descendencia, que, nacida en el país, se acostumbrará probablemente mejor al clima que los compañeros de sus padres.

A poca distancia de la habitacion, y en medio del jardín francés, en el centro de un lindo cenador, se halla la famosa mesa del Olimpo, imitada á la del reyente, verdadera obra de las hadas, servida por criados invisibles y por camareros desconocidos, donde

todo sale, como en un teatro de magia, de debajo de tierra. Cuandolos convidados desean alguna cosa, colocan un billete sobre su plato, que se hunde como por encanto, y cinco minutos despues vuelve á aparecer con el objeto pedido. Todos los deseos están prevenidos de tal modo, que un dia una linda convivada, queriendo reparar el desorden de una entrevista, pidió, sin esperanza de obtenerlo, unos cuantos alfileres: el plato subió majestuosamente con una docena de alfileres.

Continuando mi camino, llegué enfrente de una pirámide, á cuyo pie duermen con el sueño de los justos los tres galgos de Catalina: el epitafio compuesto por Mr. de Segur para uno de ellos les sirve económicamente para los tres. Era este una galantería hecha á la Francia por la emperatriz en la persona de su embajador, porque la emperatriz había hecho tambien un epitafio para uno de ellos, y como este distico eran los únicos dos versos que había podido hacer en toda su vida, debia naturalmente tenerlos en mucho, tanto mas, cuanto que estos versos podian muy bien competir con los del rival del príncipe de Ligne. Hé aqui los versos de Mr. de Segur: tienen la ventaja de hacer, no solamente el elogio de la difunta, sino la de establecer de una manera indudable su genealogia, lo que para los sabios es un hecho de la mayor importancia:

EPITAFIO DE ZEMIRA.

Aquí Zemira yace, y las gracias de todo
Deben rendirle en flores un súnebre tributo.

Igual á Tom, cual su madre Lady, era
Invariable en sus gustos, veloz en su carrera;
El ser algo gruñona fue su único defecto;
Pero abrigaba, en cambio, un corazon tan recto!
Todo asusta á quien ama, y amaba tanto á aquella.
A quien un pueblo entero adoraba como á ella!
Causábanle inquietudes y desvelos mortales
Cien pueblos que miraba como otros cien rivales.
Los dioses, como en premio de su fidelidad,
La gracia le debian de la inmortalidad,
A fin de que pudiera estar siempre al lado
De la que tuvo de ella solicito cuidado.

Véase ahora el epitafio de Catalina:

Bajo esta fria losa
La ceniza reposa
De la duquesa Anderson,
La que mordió á Robertson.

En cuanto al tercero, aunque nadie se haya ocupado de su epitafio, goza de una popularidad mas grande que sus compañeras. Este fue el famoso Suderland, llamado así á causa del inglés que había regalado á la emperatriz aquel perro, y cuya muerte por poco dió lugar á la mas trágica equivocación.

Una mañana, al amanecer, despertaron á monsieur de Suderland, rico capitalista inglés, el mismo que había regalado el perro en cuestión, y que, gracias á este regalo, había tenido gran favor con la emperatriz.

—Señor, le dijo su ayuda de cámara: vuestra casa se halla rodeada de soldados, y el jefe de policía desea hablarlos.

—¡Qué me quiere! dijo el banquero saltando de la cama, y asustado de aquella ocurrencia.

—Lo ignero, señor, respondió el ayuda de cámara; pero parece que es una cosa de la mayor importancia, y que, segun dice, no puede decirla sino á vos.

—Que entre, dijo el Sr. Suderland poniéndose apresuradamente su bata.

El ayuda de cámara entró algunos minutos despues, introduciendo á su escelencia Mr. Reliew, sobre cuyo rostro leyó el banquero á la primera ojeada que debia ser portador de alguna terrible mision. El digno isleño no por eso trató con menos urbanidad al de la policia, y presentándole una silla, le invitó á que se sentase. Pero este le dió las gracias con una inclinacion de cabeza, y con el acento mas lastimero que pudo hallar, le dijo:

—Mr. Suderland, creed que tengo el mayor sentimiento, por mas honorifica que sea para mí esta prueba de constanza, en haber sido elegido por S. M. nuestra buena soberana para cumplir una érden cuya severidad me aflige, pero que sin duda está motivada por algun gran crimen.

—Por qué crimen, escelencial esclamó el banquero: ¿y quién ha cometido ese crimen?

—Vos sin duda, pues que vos sois el designado para el castigo.

—Señor, os juro que tengo tranquila la conciencia, y que nada tengo de qué arrepentirme desde que me he acogido al pabellon ruso.

—Y precisamente porque os habeis hecho ruso; vuestra posicion es terrible. Si hubiéseis seguido

siendo súbdito de S. M. británica, podríais reclamar del cónsul inglés, escapando de este modo al rigor de la orden que estoy á pesar mío encargado de ejecutar.

—Pero, en fin, ¿qué orden es éta?

—Oh! ¡Nunca tendré fuerza bastante para decirselas!

—¡Habré perdido el favor de S. M.!

—¡Oh! ¡Si no fuera mas que eso solo!

—¡Si no fuera eso solo! ¡Se tratará de hacerme marchar á Inglaterra?

—Ese es vuestro país, y el castigo no sería tal que yo me negase tanto á haceroslo conocer.

—¡Gran Dios! ¡Me espantais!

—¿Quieren enviararme á la Siberia?

—La Siberia, señor, es un país delicioso, y que han calumniado injustamente: ademas, se puede volver de él.

—¿Estoy condenado á prisión?

—La prisión no es nada; tambien se abren las puertas de la prisión.

—¡Señor! exclamó el banquero cada vez mas aterrorizado; ¡me querrán empalar!

—El empalamiento es un suplicio muy doloroso, pero no mata.

—¡Dios de bondad! dijo Suderland aterrado; veo que se trata de hacerme morir.

—¡Y de qué muerte! exclamó el jefe de la policía levantando los ojos al cielo con una expresión de profunda commiseracion:

—¡Cómo de qué muerte! ¿Pues no es bastante el sacrificarme sin proceso, asesinarme sin motivo? Catalina quiere ademas...

—Ay, si, manda!

—Y bien, hablad; ¿qué es lo que manda? Soy hombre, y tengo valor; hablad.

—Ay, mi querido señor! manda... Si no fuese porque me han dado á mí mismo la orden, no lo creeria.

—Pero me estais metiendo mil veces; veamos qué orden es esa.

—Me han mandado que os haga disecar.

El pobre banquero arrojó un grito de horror; despues, mirando cara á cara al jefe de policia:

—Pero es monstruoso lo que me estais diciendo! Preciso es que hayais perdido el juicio.

—No, señor; no le he perdido; pero le perderé seguramente durante la operacion.

—Pero cómo vos, que cien veces me habeis llamado amigo; vos, á quien yo he tenido la dicha de hacer algunos servicios; cómo habeis recibido semejante orden sin intentar dissuadir á S. M. de semejante crudelidad?

—Ay, señor! he hecho cuanto he podido, y nadie en mi lugar se hubiera atrevido á hacer otro tanto; he suplicado á S. M. que renunciase á ese proyecto, ó al menos que encargase á otro su ejecucion, y todo esto con las lágrimas en los ojos; pero S. M. me ha dicho, con ese tono que ya conocéis y que no admite réplica:—Id, y no olvidéis que vues-

Tomo I.

10

tro deber es cumplir sin murmurar las comisiones de que me digno encargaros.»

—¿Y entonces?...

—Entonces, dijo el jefe de policía, me dirigi al instante mismo á casa de un hábil naturalista que diseña las aves para la academia de ciencias, porque puesto que no hay remedio, menester es que seas diseñado lo mejor que sea posible.

—¿Y el miserable ha consentido en ello?

—Me envió á su compañero que diseña los monos, sin duda por la analogia que existe entre la especie humana y la especie jímia.

—¿Y bien?

—Nada; que os espera.

—¿Me espera? Pues qué, ¿va á ser en este mismo momento?

—Ahora mismo; la orden de S. M. no admite dilación.

—¿Sin darme tiempo para poner en orden mis negocios? Es imposible.

—Pues así es, ni más ni menos.

—¿Pero me dejareis siquiera escribir una carta á la emperatriz?

—No sé si debo...

—Escuchad: es la única gracia que os pido, gracia que no se niega al mayor culpable.

—Es que arriesgo en ello mi destino.

—Pero advertid que se trata de mi vida.

—Ea pues, escribid; os lo permito. Sin embar-

go, os prevengo que no me separaré de vos un momento.

—Gracias. Mandad venir á uno de vuestros oficiales para que lleve mi carta.

El jefe de policia llamó á un teniente de guardias de S. M., le entregó el billete del pobre Suderland, y le mandó traer la contestación.

Diez minutos despues el teniente volvia con la orden de conducir al banquero: esto era cuanto deseaba el paciente.

Un carruaje le esperaba en la puerta de su casa: Suderland sube á él, y á su lado se coloca el teniente; cinco minutos despues llegó á la ermita donde le estaba esperando Catalina. Introducen á Suderland, quien halló á la emperatriz riendo á carcajadas.

El banquero cree que se ha vuelto loca: se arroja á sus pies, y tomándole la mano:

—¡Gracia, señoral! le dice. ¡Gracia, ó decidme al menos qué crimen he cometido que merezca tan horrible castigo!

—Pero, mi querido Suderland, le dijo Catalina, si no se trata de vos.

—¿Que no se trata de mí? ¿Pues de quién se trata?

—Del perro que me regalásteis, que ha muerto ayer de indigestion. Sintiendo como es natural esta pérdida, y deseando conservar al menos su piel, mandé venir á ese imbécil de Reliew, y le dije:—«Disponed que disculen á Suderland.» Habiéndose quedado sorprendido, yo creí que tendría al menos el

: *

encargarse de esta comision; así fué que tuve que incomodarme para decidirle á que la ejecutase.

—Pues, señora, podeis vanagloriaros de tener en el jefe de la policia un servidor fiel; pero os suplico que para otra vez le encargueis que se entere mejor de las órdenes que recibe.

Y, en efecto, si el jefe de la policia no se hubiese dejado ablandar por las súplicas del banquero, el pobre Suderland hubiera sido embalsamado vivo.

Preciso es confesar que no todos libran tan bien en San Petersburgo como el digno banquero, y muchas veces, gracias á la prontitud con que se ejecutan las órdenes, la equivocacion se reconoce cuando es ya tarde para repararla. Cierta dia, monsieur Segur, nuestro embajador en la corte de Catalina, vió entrar en su casa un hombre cuya fisonomia y vestidos se hallaban en el mas completo desorden.

—¡Justicia, señor; justicia! exclamó nuestro desgraciado compatriota.

—¿Justicia? ¿Y contra quién?

—Contra un gran señor ruso, contra el gobernador de la ciudad, que acaba de mandar que me den cien latigazos.

—Cien latigazos! exclamó el embajador asombrado: ¿pues qué le habeis hecho?

—Nada, monseñor; nada absolutamente.

—Eso no es posible.

—Os lo juro por mi honor.

—Pero estais loco!

—Monseñor; os ruego que creais que estoy en mi cabal juicio.

—Pero, ¿cómo quereis que yo crea que un hombre, cuyos buenos sentimientos y cuya imparcialidad alaba todo el mundo, se haya propasado á semejante violencia?

—Perdonad, señor conde; pero por mucho que sea el respeto que me impone vuestra presencia, no puedo menos de daros una prueba de mi veracidad.

Y diciendo esto, el pobre francés se quitó la levita y el chaleco, y presentó á Mr. de Segur su camisa ensangrentada y pegada á sus heridas.

—Pero, ¿cómo ha pasado eso? preguntó el embajador.

—Del modo mas sencillo. Figuraos que llega á mi noticia que Mr. de Bruce desea tener un cocinero francés. Yo me hallaba sin colocacion, y me aprovecho de esta coyuntura, y me presento en su casa; el ayuda de cámara se encarga de introducirme en la habitación de su amo:—«Monseñor, le dice el ayuda de cámara, abriendo la puerta: aquí está el cocinero.—Está bien, contestó Mr. de Bruce, con muy mal humor; que le bajen al patio y le den cien latigazos.* En el mismo momento, señor conde, se apoderan de mí, me llevan al patio, y á pesar de mi resistencia, de mis gritos y de mis amenazas, me dan los cien latigazos, ni uno mas, ni uno menos.

—¡Pero si eso ha pasado como lo contais, es una infamia!

—Si no os he dicho la verdad, consiento en recibir el doble.

—Está bien, dijo Mr. de Segur, que encontraba un acento de verdad en las palabras del pobre hombre; voy á tomar informes, y si, como empiezo á creerlo, no me habeis engañado, se os dará una reparación tal como querais de esa violencia: os doy mi palabra; pero si, por el contrario, me habeis engañado en lo mas mínimo, os mando llevar á la frontera, para que volváis á Francia, como Dios os dé á entender.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

—Ahora, continuó Mr. de Segur poniéndose á escribir, llevad vos mismo esta carta al gobernador.

—Oh! en cuanto á eso, os pido mil perdones; pero no me espondré á poner los pies en una casa en que reciben de una manera tan poco decorosa á las personas que se presentan.

—Os acompañará uno de mis secretarios.

—Eso ya es muy distinto; en compañía de uno de vuestra casa, iré al infierno si es preciso.

—Pues bien, dijo Mr. de Segur entregando la carta al buen hombre; ya podeis ir allá.

Y el francés salió acompañado de uno de los empleados de la embajada.

Habían pasado apenas unos tres cuartos de hora, cuando el ofendido volvió radiante de alegría.

—Y bien, ¿qué ha sucedido? dijo Mr. de Segur.

—Que todo ha quedado arreglado.

—A satisfaccion vuestra?

—Sí, monseñor.

—Tendría mucho gusto en que me refiriéseis cómo.

—No hay nada mas fácil, monseñor; su excelencia, el señor conde de Bruce, tenía por cocinero á uno de sus esclavos de mas confianza; hace cuatro dias que el muy bribón se ha escapado robándole quinientos rublos, y dejando por consiguiente su plaza vacante. Esta plaza era la que yo deseaba obtener, y me presente para ello en casa del señor gobernador.

—¿Y despues?

—Por desgracia mia había recibido aquella misma mañana la noticia de que su esclavo había sido detenido á poca distancia de San Petersburgo; de manera que cuando el ayuda de cámara le dijo:— «Monseñor, aquí está el cocinero», creyó que era el ladron, y como se hallaba muy ocupado en aquel momento con una comunicación para el emperador, dijo sin levantar siquiera la cabeza:—«Está bien; que le conduzcan al patio y le den cien latigazos,» y esos son los cien latigazos que yo he recibido.

—Pero el señor conde de Bruce se habrá escusado con vos.

—Ha hecho mas que eso, monseñor, dijo el cocinero haciendo sonar en la palma de su mano un bolsillo de monedas de oro; ha hecho que me den un luis por cada latigazo, lo cual me ha dejado con el sentimiento de que no me hubiesen dado doscientos al menos; despues me ha tomado á su servicio, asegurándome que el castigo injusto que había su-

frido me serviría de redención de las faltas que pudiese cometer; de manera que por poco que me esmerezco tengo asegurados tres ó cuatro años sin recibir un capirotazo, lo cual no deja de ser muy salvable.

En aquel mismo momento, un ayudante de campo del gobernador entró en la oficina de la embajada para invitar á Mr. de Segur de parte de aquel á que fuese al dia siguiente á su casa para dar su voto sobre la habilidad de su nuevo cocinero.

Este permaneció doce años en casa de Mr. de Bruce, al cabo de cuyo tiempo volvió á Francia con una renta de diez mil rublos, bendiciendo la feliz equivocación que se la había proporcionado.

Todas estas anécdotas, que se presentaban unas tras otras con sus pormenores á mi memoria, no eran de naturaleza para tranquilizarme, especialmente si las comparaba con lo qué me había sucedido el dia antes con el czarwich. Pero sabía que el emperador Alejandro era tan bueno, que por inusitada que fuese mi gestión en Rusia no titubeé en llevarla á cabo, y continué mi paseo, siempre con la esperanza de encontrarle.

Entre tanto había yo ya visitado sucesivamente la columna de Gregorio Orloff, la pirámide erigida al vencedor de Tchesma, y la gruta del Pansilipo. Hallábame hacia cuatro horas recorriendo aquel jardín que encierra lagos, llanuras y bosques, y desesperaba ya de encontrar al que había ido á buscar, cuando al atravesar una arboleda divisé en una de

Las calles á un oficial con levita de uniforme, que me saludó y continuó su camino. Había tras de mí un jardinero que estaba igualando el terreno, y le pregunté quién era aquel oficial tan cortés.

—Es el emperador, me contestó.

Corri al punto por un sendero trasversal que debía cortar diagonalmente el camino por donde pasaba el emperador, y en efecto, apenas había andado unos ochenta pasos, cuando le vi de nuevo; pero también me sucedió que, al verle, no tuve fuerzas para dar un paso más.

El emperador se detuvo un momento, y luego, viendo que el respeto me impedía dirigirme á él, se encaminó hacia mí: yo estaba á un lado del camino, y el emperador venía por el medio. Aguardele con sombrero en mano, y mientras se acercaba cojeando ligeramente, porque se le había abierto una herida que se hizo en una de sus escusiones á las orillas del Don, pude notar el gran cambio que se había efectuado en él desde que le había visto en París hacía nueve años. Su rostro, en otro tiempo tan franco y alegre, tenía impresas las huellas de una tristeza enfermiza, y era evidente, cosa que se decía además de público, que le devoraba una profunda melancolía. Sin embargo, sus facciones conservaban una expresión tal de benevolencia, que casi me tranquilicé, y en el momento de pasar, me adelanté á él, diciéndole:

—Señor...

—Poneos el sombrero, caballero, me dijo: hace

demasiado viento para estar con la cabeza descubierta.

—Permitame V. M.

—Poneos el sombrero, caballero; ponéoslo.

Y como viese que el respeto me impedía obedecer aquella orden, me cogió el sombrero, y poniéndome lo con una mano en la cabeza, me sujetó el brazo con la otra, á fin de obligarme á dejarlo así. Entonces, viendo que ya no oponía yo resistencia:

—Ahora, ¿qué se os ofrece?

—Señor, este memorial!

Y saqué la esposicion del bolsillo. Al punto se anubló su semblante.

—¿Sabeis, caballero, me dijo, que me he ausentado de San Petersburgo por huir de los memoriales?

—Lo sé, señor, y no se me oculta la osadía de este paso; pero esta peticion tiene quizá mas derecho que cualquiera otra á la benevolencia de V. M.: viene recomendada al márgen.

—Y por quién? interrumpió con viveza el emperador.

—Por el augusto hermano de V. M.; por S. A. I. el gran duque Constantino.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó el emperador alargando la mano, y retirándola casi al propio tiempo.

—De suerte, continué, que he creido que V. M., derogando su costumbre, se dignaría recibir esta esposicion.

—No, caballero; no, dijo el emperador; no la to-

maré, porque mañana me presentarian mil, y me vería precisado a dejar estos jardines, donde no estaría ya solo. Pero, añadió viendo el desaliento que aquella negativa hacia resaltar en mi fisonomía, y estendiendo el brazo hacia la iglesia de Santa Sofía: echad ese memorial en el correo, allá en la ciudad: hoy mismo lo veré, y pasado mañana tendréis la contestación.

—Señor, contad con mi profundo reconocimiento.

—¿Quereis probármelo?

—Y me lo pregunta V. M.?

—Pues bien; no digais a nadie que me habeis presentado un memorial y no habeis sido castigado. Adios, caballero.

El emperador se alejó, dejándome estupefacto con su melancólica bondad. No por eso dejé de seguir su consejo, y puse el memorial en el correo. A los tres días, como me había prometido, recibí la respuesta.

Era esta mi nombramiento de profesor de esgrima en el cuerpo imperial de ingenieros, con el grado de capitán.

VIII.

Desde entonces, como tenía ya una posición, decidí dejar la fonda de Léndres y vivir en una casa particular. Así, pues, me dediqué á recorrer la ciudad en todos sentidos: en estas excursiones fue cuando empecé verdaderamente á conocer á San Petersburgo y á sus habitantes.

El conde Alejo me había cumplido su palabra; gracias á él, había llegado á reunir un número de discípulos que sin sus recomendaciones no hubiera podido reunir en un año. Eran estos Mr. de Nariskni, primo del emperador; Mr. Pablo de Botrimki, nieto, aunque no reconocido, de Gregorio Orloff y de Catalina la Grande; el príncipe Toubetskoi, coronel del regimiento de Preobwenskoi, Mr. de Gorgoli, jefe de la policía, y muchos otros señores de las primeras familias de San Petersburgo.

ademas de dos ó tres oficiales polacos que servian en el ejercito del emperador.

Una de las cosas que mas me sorprendieron en los grandes señores rusos fue su politica hospitalaria, esa primera virtud de los pueblos, que sobrevive tan raras veces á la civilizacion, y que no se desmintió nunca respecto á mi. Es verdad que el emperador Alejandro, á imitacion de Luis XIV, que habia dado á sus seis mas antiguos maestros de armas de Paris titulos de nobleza trasmisibles á sus descendientes, considerando la esgrima como un arte y no como un oficio, habia tenido siempre cuidado en realzar la profesion que yo ejercia, dando á mis colegas y á mi mismo grados mas ó menos elevados en el ejercito. Sin embargo, no puedo menos de reconocer que en ningun pais del mundo hubiera encontrado, como en San Petersburgo, esta familiaridad aristocrática que, sin rebajarse, eleva al que es objeto de ella.

Esta buena acogida de los rusos proporciona tantas mas distracciones á los extranjeros, cuanto el interior de las familias es de los mas animados, gracias á los aniversarios y á las muchas festividades de su calendario, á las que se añaden las del patrono particular de cada casa. Así es que, por poco estenso que sea el circulo de conocimientos, se pasan pocos días en que no sea uno invitado á dos ó tres comidas y otros tantos bailes.

Hay ademas en Rusia otra ventaja para los profesores, y es que llegan á ser comensales de la casa, y

en cierto modo miembros de la familia. Un profesor, por poco nombrado que sea, toma un lugar entre el amigo y el parente; lugar que participa del uno y del otro, que conserva todo el tiempo que le conviene, y que casi nunca pierda, sino por su culpa.

Este lugar era el que yo ocupaba entre algunos de mis discípulos, y entre otros el jefe superior de policía, Mr. de Gorgoli, que era al mismo tiempo uno de los mas nobles y mejores corazones que he conocido en mi vida. Griego de nación, bien formado, alto, diestro en todos los ejercicios, era seguramente, así como el conde Alejo Orloff, y Mr. Bobrinski, el tipo del verdadero noble. Adiestrado en todos los ejercicios, desde la equitación hasta la pelota, aficionado sobresaliente en la esgrima, generoso como un viejo boyardo, era á un mismo tiempo la Providencia de los extranjeros y de sus conciudadanos, para los cuales siempre estaba visible, en cualquier hora del dia ó de la noche.

En una ciudad como San Petersburgo, esto es, en esa Venecia monárquica, donde ningún rumor tiene eco, donde los canales de la Mocka y de Catalina, lo mismo que los de la Giudecea y de Orfano, devuelven los cadáveres sin ruido; donde los bouthnicks que velan al estremo de cada calle inspiran muchas veces mas temor que confianza, el mayor Gorgoli era el responsable de la seguridad pública. Viéndole recorrer sin descanso sobre su dreschki, tirado por dos caballos ligeros como gaulas y renovados cuatro veces al dia, los doce barrios de la

ciudad, los mercados y los batares, cada uno cerraba tranquilamente la puerta de su casa, seguro de que aquella Providencia visible quedaba vigilante en las tinieblas. Daré únicamente una prueba de esta incesante vigilancia. En los doce años que hacía que Mr. de Gorgoli era jefe de policía, no había salido un solo dia de San Petersburgo.

Así es que no hay tal vez una ciudad en el mundo tan segura por la noche como San Petersburgo. La policía vela al mismo tiempo sobre los que están encerrados en sus casas y sobre los que recorren las calles. De trecho en trecho se elevan unas torres de madera, cuya altura domina las casas, que no tienen en general más que dos ó tres pisos. Dos hombres velan continuamente en cada una de aquellas torres, y cuando una chispa, una luz, un poco de humo, les hace suponer un principio de incendio, tiran del cordón de una campanilla, que corresponde al pie de la torre, y mientras que enganchan los caballos á las bombas, indican el barrio en que se manifiesta el incendio. Al punto bomberos y bombas parten á todo correr. Está calculado el tiempo indispensable para llegar á cada punto, y tienen obligacion de hallarse en el lugar del incendio al minuto fijo. De manera que en vez de que el propietario despierte á la policía, como sucede en Francia, la policía viene á decirle:—«Levantaos, que vuestra casa se quema.»

En cuanto á los robos con fractura, son una cosa desconocida. Por aficionado al robo que sea un ru-

so, jamás se atreverá á romper un cristal, ni forzará una puerta; y esto llega hasta el punto de poder confiar sin cuidado á un mosjick una carta sellada en que haya visto meter un billete de banco, cuando tal vez no se le pedría confiar un kopeck.

Esto en cuanto á la seguridad de los que se están en su casa.

Los que recorren las calles, casi nunca tienen nada que temer sino por parte de los boutchniks, que son los encargados de protegerlos; pero estos son tan cobardes, que con un bastón ó una pistola un solo hombre puede hacer correr á diez de ellos. Aquellos miserables se ven por lo tanto obligados á ejercer su despotismo sobre alguna pobre muchacha que no tiene donde recogerse y á quien el robo no puede causarle una gran pérdida, ni la violación un gran sentimiento. Además, en todo hay su lado bueno: durante las noches de invierno, en que, á pesar del alumbrado público, la oscuridad es tal, que los caballos se estrellarian unos contra otros, el boutchuik avisa siempre á tiempo á los cocheros del peligro. Su vista se halla tan acostumbrada á las tinieblas en que vive, que distingue en medio de la noche un trineo, un droschki ó una carretela que se acerca sin ruido sobre la nieve, y que sin su aviso se estrellaría sobre otro carrojue cualquiera que viene como un relámpago por el lado opuesto.

Por lo demás, desde el mes de noviembre hasta el mes de marzo, el trabajo siempre penoso de estos desgraciados, á los que no pagan, segun me han

asegurado, mas que una veintena de rublos por año, llega á ser algunas veces mortal. A pesar del pensado ropón que les cubre; á pesar de todas las precauciones que se toman contra el vigor del clima, el frío penetra á traves del pafio y de los forros: entonces el vigilante nocturno no tiene la resolución suficiente para andar sin descanso, y un profundo abatimiento se apodera de él, despues un traidor entorpecimiento, y se duerme de pie: si en aquel momento no pasa por casualidad algun cabo de ronda que le hace apalear bárbaramente, hasta que la sangre haya vuelto á entrar en circulacion, es hombre perdido, y no vuelve á despertar: el dia siguiente le encuentran helado en su garita.

El invierno anterior á mi llegada a San Petersburgo, uno de estos desgraciados que habian hallado muerto de este modo y no habia querido cambiar de sitio, habia caido dando con la frente contra un poste, y la cabeza habia ido rodando hasta la acera opuesta.

Despues de algunos días llegué por fin á encontrar en las orillas del canal Catalina, esto es, en el centro de la ciudad, una habitacion que me acomodaba, y que ya estaba amueblada: solo tuve que llevar dos colchones y un catre, pues la cama, solamente de uso en los grandes señores, era tenida por los del pueblo por un mueble de lujo.

Muy contento con el nuevo método que acababa de adoptar, volví del canal Catalina al Almirantaz-

go; cuando sin acordarme de que era domingo, me dió la idea de entrar en una casa de baños de vapor. Había oido hablar mucho en Francia de esta clase de establecimientos; así fue que al pasar por delante de una casa de baños resolví aprovechar la ocasión. Me introduje allí, mediante dos rublos y medio, unos cincuenta sueldos de Francia; tomé un billete de entrada, y fui introducido en una sala destinada á desnudarse. Esta habitación estaba á la temperatura ordinaria.

Mientras que me desnudaba en compañía de otras doce personas, vino un mozo á preguntarme si llevaba algun criado; y, oída mi respuesta negativa, se informó de qué edad, de qué precio y de qué sexo quería que fuera la persona encargada de darme friegas. Semejante pregunta exigía una explicación, y supo que niños y hombres, dependientes del establecimiento, se hallaban siempre dispuestos á prestar este servicio, y en cuanto á las mujeres, se las enviaba á buscar á una casa próxima. Hecha la elección, la persona indicada se ponía desnuda como el bañista, y entraba con él en la segunda habitación, caldeada á la temperatura de la sangre. Permanecí por un momento mudo de admiración, y despues, venciendo la curiosidad á la vergüenza, elegí al muchacho que me había dirigido la pregunta: apenas le manifesté mi preferencia, fue á tomar de un clavo unas especies de disciplinas, y al poco rato estuvo desnudo como yo: entonces abrió la puerta, y me condujo á la segunda habitación. Creí

que algún nuevo Mefistófeles me había conducido, sin yo saberlo, á un sábado.

Figúrese el lector trescientas personas enteramente desnudas, de todas edades y de ambos sexos, hombres, mujeres, niños, ancianos, de los que una mitad azota á la otra, con los gritos, las risas, las contorsiones mas extrañas, y sin la menor idea del pudor: en Rusia el pueblo está tan degradado, que sus costumbres se confunden con las de los animales, y la policía no ve otra cosa que el aumento de población, que es lo que constituye la fortuna de los nobles, en un libertinaje que empieza en la prostitución y no se detiene ni aun en el incesto.

Al cabo de diez minutos me quejé de calor; volví á la primera habitación, me vestí, y entregando dos rublos al mozo, me salí disgustado de semejante desmoralización, que parecía tan natural en la clase baja de San Petersburgo, que nadie me había hablado de ello.

Seguí por la calle de la Resurrección con la imaginación ocupada con lo que acababa de ver, cuando me encontré en medio de una reunión considerable de gente que se agolpaba para entrar en el patio de un magnífico palacio. Llevado de la curiosidad, me puse en fila para entrar también, y vi que lo que atraía á aquella gente eran los preparativos del suplicio del knout para castigar á un esclavo. Iba ya á retirarme no sintiéndome con el valor suficiente para presenciar semejante espectáculo, cuando se abrió una de las ventanas, y dos muchachas co-

locaron en ella una un sillón y la otra un almohadon de terciopelo; detrás de estas muchachas apareció bien pronto aquella cuyos miembros delicados huían el contacto de la piedra, pero cuyos ojos no temían la vista de la sangre; en aquel momento circuló un murmullo por la multitud, y las palabras: — ¡La Gossudarina! — fue repetida en voz baja por cien personas, en cuyo acento nadie hubiera podido equivocarse. En efecto, reconoci en medio de las pieles que la envolvían á la hermosa Machinka, al lado del ministro. Uno de sus antiguos compañeros había tenido la desgracia, segun decian, de saltarle al respeto, y habia exigido que un castigo ejemplar advirtiese á los demás para que no incurriesen en semejante falta, y ella queria, no solo que el culpable fuese castigado, sino presenciar su castigo. Como esperaba, á pesar de lo que Luisa me habia dicho de su crudidad, que ella se presentaba únicamente para perdonar ó atenuar al menos el suplicio, me quedé allí; la Gossudarina oyó el murmullo que habia producido su llegada; pero en vez de demostrar temor ó vergüenza, recorrió con la vista aquella multitud con ademán tan altivo e insolente, que ni una reina hubiera hecho mas.

Despues, sentándose en el sillón y apoyando en el almohadon su codo, colocó la cabeza sobre una de sus manos, en tanto que con la otra acariciaba a una gatita blanca, que apoyaba en las rodillas de su señora una cabeza de serpiente.

Parecía que no esperaban mas que su presencia

para dar principio á la ejecución; porque apenas la hermosa espectadora se presentó, abriose una puerta pequeña, y el culpable se adelantó entre dos mousicks, que llevaban cada uno una cuerda rodeada á la muñeca, y seguido de otros dos ejecutores, cada uno armado con un knout. El culpable era un joven de barba rubia, de rostro impasible y de facciones firmes y resueltas: oyose entonces entre la multitud un ruido extraño: dijose que aquel joven, que era el jardinero mayor del ministro, había amado á Machinka cuando aun era esclava, y que era correspondido de ella, tanto, que iban á casarse cuando el ministro la elevó ó rebajó, según se quiera, al rango de querida. Desde entonces, por un extraño cambio, la Gossudarina había tomado un odio mortal al esclavo, que mas de una vez había sufrido los efectos de este cambio; como si ella temiese que su señor creyera que continuaba en las ideas de su antiguo estado. Ultimamente, el dia anterior había encontrado á su compañero en una calle de árboles del jardín, y por algunas palabras que la había dicho había creido que la insultaba: cuando volvió el ministro á su casa, reclamó el castigo del culpable.

Los preparativos del suplicio se hallaban hechos de antemano: consistía en una tabla inclinada con una abrazadera para sujetar el cuello del paciente, y dos vigas clavadas á derecha é izquierda para sujetarle los brazos. El knout era un látigo, cuyo mango podría tener unos dos pies: á este man-

go se adaptaba una correá de cuero de doble longitud que el mango, y que termina en un anillo de hierro, al cual se une otra correá mas corta que la primera, del ancho de unas dos pulgadas en su principio, y que termina en punta: esta punta se humedece en leche, y se deja secar al sol, lo que la hace tan dura y tan aguda como la punta de una espada. A los seis latigazos se muda de correá porque la sangre ablanda el cuero; pero en el caso presente se hacia inútil este cambio, puesto que el culpable debia recibir una docena de latigazos, y habia dos ejecutores. Estos dos ejecutores eran los cocheros del ministro, á quienes la costumbre de manejar el látigo habia elevado á este empleo; lo que no les quitaba nada de su buena inteligencia con sus camaradas, que, cuando llegaba la ocasión, tomaban su rebancha, pero sin odio y como gentes que obedecen. Sucede á veces que en una misma sesión los ejecutores son ejecutados á su vez, y en algunas ocasiones, durante mi permanencia en Rusia, he visto á los grandes señores encollerizados contra sus criados, que no teniendo nada á mano con qué castigarlos, les mandaban cogerse de los cabellos y darse mutuamente de puñetazos: preciso es confesar que al principio obedecen con repugnancia esta orden, pero muy pronto el dolor los pone en camino, y cada uno por su lado se anima y sacude como mejor puede, en tanto que su amo les grita:—«Mas fuerte, bribones; mas fuerte!» En fin, cuando cree que el castigo es suficiente, no tiene mas

que decir: — «Basta!» A esta palabra el combate cesa como por magia; los antagonistas se van á lavar su ensangrentado rostro en la misma fuente, y vuelven cogidos del brazo y tan amigos como si nada hubiese pasado entre ellos.

Aquella vez el condenado no debía librarse tan bien; así es que solo los preparatitos del suplicio me causaron horror, y á pesar de todo, me sentía clavado en mi puesto por esa extraña fascinación que atrae al hombre hacia el sufrimiento de otro hombre: ademas, quería yo ver hasta qué punto llegaba la crueldad de aquella mujer.

Los dos ejecutores se acercaron al joven; le desnudaron hasta la cintura, y le tendieron sobre la tabla, sujetándole el cuello con la abrazadera y con los brazos atados á las dos vigas.

Despues, uno de los ejecutores, separando á la multitud para tener espacio suficiente en que manejar libremente su látigo, y el otro, tomando impetu, se levantó sobre la punta de los pies, y asestó el golpe, de modo que la correa rodeó dos veces el cuerpo del paciente, dejando un surco azulado: por grande que fuese el dolor de aquel desgraciado, no dió un solo grito.

Al segundo golpe se asomaron á la piel algunas gotas de sangre.

Al tercero saltó la sangre.

Desde aquel momento, el látigo hirió sobre la carne viva de tal manera, que el ejecutor esprimia la

correá entre sus dedos para hacer escurrir la sangre.

Después de dados los seis primeros latigazos, el segundo ejecutor ocupó su puesto, provisto de un nuevo látigo. Desde el quinto latigazo hasta el último, el paciente no dió mas prueba de sensibilidad que la crispacion nerviosa de sus manos, y sin un leve movimiento muscular que á cada golpe hacia temblar sus dedos, se le hubiese creido muerto.

La ejecucion concluyó, y desatado el paciente, estaba casi desmayado, y no podía sostenerse; sin embargo, su boca no había arrojado un grito ni exhalado un gemido. En cuanto á mi, confieso que no podía comprender aquella insensibilidad y aquel valor.

Dos moujicks le cogieron por debajo de los brazos, y le volvieron á entrar por la misma puerta que había salido: en el momento de entrar se volvió, y murmuró algunas palabras en ruso, mirando á Machinka, palabras que yo no pude comprender. Sin duda envolvian un insulto ó una amenaza, porque sus compañeros le empujaron con violencia hacia adentro. A estas palabras la Gossudarina contestó con una sonrisa de desprecio, y sacando una caja de oro de su bolsillo, dió algunos bombones á su perra favorita, llamó á sus esclavas, y se marchó apoyada en sus hombros.

La ventana se cerró tras ella, y la gente, viendo que todo había concluido, se retiró en silencio. Algunos de los que la componían movían la cabeza, co-

mo si quisieran dar á entender que semejante inhumanidad en una mujer tan joven y tan hermosa atraería tarde ó temprano sobre ella la cólera de Dios.

EST. DEL TEMO. PRIMERO.

LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.

EL
MAESTRO DE ARMAS.

EL

MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO II.

MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.
Calle de las Huertas, núm. 44.

1850.

EL MAESTRO DE ARMAS.

I.

Decía Catalina qué en San Petersburgo no había, como en otras partes, un invierno y un verano; sino solamente dos inviernos; el invierno blanco y el invierno verde.

Adelantábase á pasos ajigantados el invierno blanco, y debo confesar que le veia aderezarse con cierto placer. Me gusta ver los países en toda su exageración, porque entonces es cuando dan una idea verdadera de su carácter. Para ver á San Petersburgo en verano y á Nápoles en invierno, vale mas quedarse en Francia, pues es lo mismo que si nada se hubiese visto.

El czarwich Constantino había ya vuelto á Varsovia, sin haber podido descubrir nada sobre la conspiración que había motivado su viaje á San Petersburgo, y el emperador Alejandro, que se sentía en-

TOMO II.

1

vuelto invisiblemente en una vasta conspiracion, había abandonado cada vez mas triste sus hermosos árboles de Czarko-Selo, cuyas hojas cubrian ya la tierra: los dias de sol y las pálidas noches habian desaparecido, y no quedaba ni azul en el cielo, ni zafiros en las olas del Neva, ni músicas eólicas, ni góndolas cargadas de flores y de mujeres. Quise ver por última vez las maravillosas islas que había encontrado al llegar, tapizadas de plantas exóticas de espesas hojas y de corolas gigantescas; pero las plantas habian sido encerradas en las estufas por ocho meses: buscaba yo palacios, templos, jardines deliciosos, y no hallé mas que barcos envueltos en la nieve, junto á los cuales los álamos blancos agitaban sus ramas mas mutiladas, los abetos sus brazos sombrios adornados de franjas fúnebres, y cuyos habitantes, las brillantes aves de verano, habian abandonado ya á San Petersburgo.

Yo había tenido buen cuidado de tomar el consejo que me dió en la mesa el buen Lyonés, y muy envuelto en pieles, de que me había provisto en su casa, recorria la ciudad de un extremo al otro dando lecciones, que mas bien eran un rato de conversacion que estocadas y asaltos. Mr. de Gorgoli, sobre todo, que, despues de haber desempeñado por espacio de trece años las funciones de jefe superior de policia, había presentado su dimision á consecuencia de una discusion con el general Milarodowich, gobernador de la ciudad, y que vuelto á la vida privada experimentaba la necesidad del des-

canso , despues de una vida de tanta agitacion, me hacia á veces permanecer á su lado horas enteras hablando de Francia y contándole mis asuntos particulares como á un amigo intimo. Despues de él, quien me manifestaba mayor afecto era monsieur de Bobrinski, y entre otros muchos regalos me habia hecho el de un magnifico sable turco. En cuanto al conde Alejo , seguia siendo siempre mi mas ardiente protector, aun cuando le viera muy pocas veces en su casa; pero le hallaba con alguna frecuencia en la de Luisa. Mi buena compatriota cada dia se iba poniendo mas triste, lo qual me causaba bastante inquietud. Cuando la encontraba sola, la hacia preguntas sobre la causa de su tristeza, que yo atribuia á algunos celos ; pero cuando la indicaba algo de esto, movia tristemente la cabeza , y hablaba del conde Alejo con tal confianza, que empecé á sospechar, recordando lo que me habia dicho del profundo fastidio de Waninkoff, que se hallaba mezclado en aquella sorda conspiracion de que se hablaba misteriosamente, sin conocer á los que la tramaban, y sin que se pudiera designar la victima. En cuanto al conde, y esto es un homenaje rendido á los conspiradores rusos, no recuerdo haber notado una sola vez el mas ligero cambio en su fisonomia , la menor alteracion en su caracter; y, seguramente, Maquiavelo, al designar á Constantinopla como la mejor escuela de los conspiradores , fue muy injusto con Moscow.

Entre tanto, nos hallábamos ya en el 9 de ne-

:

viembre de 1824: espesas nieblas envolvian la ciudad, y hacia tres dias que un viento de Sudoeste, frio y húmedo, soplaban con violencia del golfo de Finlandia; de suerte que el Neva se había vuelto borraschoso como el mar. Numerosos grupos reunidos en los truelles, á pesar de la brisa acre y fuerte que cortaba la cara, notaban con inquietud la agitación submarina del río, y contaban, á lo largo de las murallas de granito que lo contenian, los anillos sobrepuestos que marcan las diferentes alturas de las diversas crecidas. Otros, orando al pie de la Virgen, que, como hemos dicho, estuvo á punto de hacer renunciar á Pedro el Grande á construir la ciudad imperial, calculaban que la altura del río llegaba á los pisos principales. En la ciudad se asustaban todos de ver correr las fuentes con mayor abundancia y brotar los manantiales á borbotones, como si fuesen empujados por una fuerza extraña en sus conductos subterráneos. En una palabra, pesaba sobre la ciudad un presentimiento sombrío, que indicaba la proximidad de alguna gran desgracia.

Trascurrió el dia, y se doblaron los puestos destinados para las señales.

Por la noche hubo una tempestad terrible. Habiéndose mandado levantar los puentes, de manera que los buques pudiesen ir á buscar un retiro hasta el centro de la ciudad. Durante la noche estuvieron sumiendo la corriente del Neva para ir á anclar delante de la fortaleza como blancos fantasmas.

Permanecí hasta media noche en casa de Luisa, la

cual estaba mas asustada, porque el conde Alejo había recibido orden de marchar al cuartel de los guardias: las precauciones eran, en efecto, las mismas que si la ciudad estuviese en estado de guerra. Cuando salí, me pasé por los muelles: el Neva parecía agitado, y sin embargo, no crecía de una manera visible; pero de vez en cuando se oían del lado del mar ruidos extraños, semejantes á gemidos prolongados.

Regresé á casa, y todos estaban en vela. Una fuente que corría en el patio hacia dos horas que se había desbordado é inundaba el piso bajo. Decíase que en otros puntos se habían levantado lesas de granito y había brotado agua. Por el camino me había parecido, en efecto, ver manar agua entre las piedras; pero como yo no creía en el peligro de la inundación, porque me era desconocido, subí á mi cuarto, que, estando por otra parte situado en el piso segundo, me ofrecía entera seguridad. Sin embargo, por algún tiempo la agitación que había notado en los otros, mas que la que sentía yo mismo, me mantuvo desvelado; pero muy luego, rendido por la fatiga, me dormí, mecido por el ruido de la tempestad misma.

A eso de las ocho de la mañana me despertó un cañonazo; puseme una bata, y corrí á asomarme á la ventana. Las calles presentaban el espectáculo de una agitación extraordinaria; vestime á toda prisa, y bajé.

—¿Qué significa ese cañonazo? pregunté á un

hombre que subia colchones al piso principal.

—Que sube el agua, me respondió.

Y continuó su camino.

Bajé al piso bajo, en donde llegaba el agua hasta el tobillo, sin embargo de que el suelo de la casa tenía sobre el de la calle una altura de tres escalones que formaban la escalinata. Corri al umbral de la puerta: el medio de la calle estaba inundado, y en las aceras se estrellaba una especie de marea causada por el tránsito de los carruajes.

Divisé un droschki, y le llamé; pero el conductor se negaba á llevarme, y quería llegar cuanto antes á su cobertizo. Un billete de veinte rublos le obligó á decidirse. Subí al carruaje, y di las señas de la casa de Luisa en la Perspectiva de Niusky. Llegábale á mi caballo el agua hasta los corvejones: de cinco en cinco minutos disparaban un cañonazo, y á cada uno de ellos repetía la gente que encontrábamos: —«El agua sube!»

Llegué á casa de Luisa, á cuya puerta había un soldado de caballería que había ido á decirle de parte del conde Alejo que subiese á lo mas alto de la casa, á fin de que no le sorprendiese el agua. El viento se había vuelto de Oeste, y empujaba directamente al Neva hacia su nacimiento, de suerte que parecía que el mar luchaba con el río para hacerle retroceder á su lecho. El soldado acababa de cumplir su comision, cuando yo entraba en casa de Luisa, y volvió á marchar á todo escape hacia el cuartel,

haciendo saltar el agua en torno suyo. Los cañonazos continuaban.

Tiempo era ya de que llegara; Luisa estaba muerta de miedo, menos quizá por ella que por el conde Alejo, cuyos cuarteles, situados en el barrio de Narva, debian ser los que estaban espuestos primero á la inundacion. Sin embargo, el mensaje que acababa de recibir la habia tranquilizado un poco. Subimos juntos al terrado de la casa, que siendo una de las mas altas, dominaba toda la ciudad, y desde el que en los dias serenos se divisaba el mar. Pero por el pronto la niebla era tan densa, que en un horizonte bastante próximo se perdía la vista en un océano de vapor.

Pronto se repitieron con mas frecuencia los cañonazos, y de la plaza del Almirantazgo vimos escapar por las calles y en todas direcciones los carruajes de alquiler, cuyos cocheros, creyendo hacer una buena especulacion en vista de la invasion subterranea del agua, se habian reunido en su punto de costumbre. Obligados á huir ante la inundacion del río, gritaban: —«¡El agua sube, el agua sube!» Y en efecto, detras de los carruajes, y como si los persiguiese por las calles, una grande oleada mostró su cabeza verdusca por encima del muelle, y estrellándose contra la esquina del puente de Isaac, hizo rodar su espuma hasta el pie de la estatua de Pedro el Grande.

Entonces se oyó un fuerte grito de espanto, como si aquella oleada hubiese sido vista de toda la ciudad. El Neva salia de madre.

A aquél grito, el terrado del palacio de Invierno se cubrió de uniformes. El emperador, rodeado de su estado mayor, acababa de subir á él para dar sus órdenes; porque el peligro se hacia cada vez más inminente. Desde allí vió que el agua había subido ya á mas de la mitad de la altura de las murallas de la fortaleza, y se acordó de los desgraciados presos que se hallaban en calabozos con rejas que daban al Neva. Diose órden inmediatamente al patron de un barco para que fuese á encargar al gobernador en nombre del emperador que los sacase de sus calabozos y los pusiera en seguridad; pero el barco llegó demasiado tarde: en medio del desorden general fueron aquellos olvidados, y habian perecido.

En aquél momento divisamos encima del palacio de Invierno la banderola del yacht imperial, que se había acercado para dar asilo en caso necesario al emperador y á su familia. El agua debia estar á la sazon al nivel con los malecones, que principiaban á desaparecer, y al ver á un carruaje que bamboleaba con su caballo y su cochero, supimos que en las calles principiaba á perderse terreno. Moy luego el cochero se echó á nado, y asiéndose á una ventana, pudo subir á un balcón del piso principal.

Embebidos por un momento en aquel espectáculo, habiamos apartado los ojos del Neva; pero al dirigirlos de nuevo vimos dos barcas en la plaza del Almirantazgo. El agua estaba ya tan alta, que habian podido pasar por encima de los malecones. Aquellas barcas habian sido enviadas por el emperador

para prestar auxilio á los que corriesen riesgo de ahogarse; y en breve llegaron otras tres. Volvimos entonces maquinalmente los ojos hacia el carruaje y el caballo: todavía se veía la parte superior del carruaje, pero el caballo estaba sumergido enteramente. Había ya por lo tanto unos seis pies de agua en las calles. Hacía un momento que el cañon había cesado de hacer disparos, señal de que la inundación llegaba á la altura de los baluartes de la ciudadela.

Entonces principiaron á flotar escombros de casas, que, empujados por las olas, llegaban de los arrabales, y eran de las miserables barracas de madera del barrio de Narva, que no habían podido resistir al huracán y habían sido arrebatadas con sus desgraciados moradores.

Uno de los barcos que pasaron por delante de la Perspectiva sacó del agua un hombre, pero ya cadáver. Difícil es decir la impresión que produjo en nosotros esta primera catástrofe.

El agua continuaba subiendo con una espantosa rapidez; los tres canales que cercaban la ciudad empujaban á las calles los barcos cargados de piedras, de comestibles y maderas. De tiempo en tiempo se veía á algún desgraciado acogerse á estas islas flotantes y subir sobre ella, desde donde hacia señas á los barcos para que le socorriera; pero esto era cosa difícil, porque las olas, encerradas dentro de las calles y de los canales, se agitaban con violencia, y antes de que hubieran podido socorrerle, el desgra-

ciado era arrastrado por una ola, ó veia á los que miraba como sus salvadores sumergirse bajo el agua.

Sentimos que la casa temblaba, y la oímos crujir á las sacudidas de las olas que habian llegado hasta el primer piso, pareciéndonos que á cada momento iba á venir abajo; y sin embargo, enmedio de aquel caos, Luisa no tenia mas que una palabra en sus labios: Alejo. El emperador se hallaba desesperado: el conde Milarodowich, gobernador de San Petersburgo, se hallaba á su lado recibiendo y trasmitiendo sus órdenes, que, por peligrosas que fuesen, eran ejecutadas con un sorprendente arrojo: las noticias que le traia eran cada vez mas desastrosas: en uno de los cuarteles de la ciudad, un regimiento entero habia buscado su asilo sobre el tejado; pero el edificio se hundió, y aquellos infelices habian desaparecido. En tanto que referian este acontecimiento al emperador, un centinela, arrastrado con su garita, que hasta entonces le habia servido como un barco, apareció sobre una ola, y divisando al emperador sobre el terrado, se puso de pie y le presentó las armas, pero una ola le arrastró á él y á su frágil embarcacion. El emperador arrojó un grito, y mandó que fuesen á socorrerle: afortunadamente el soldado sabia nadar, y sosteniéndose un momento sobre el agua, fue salvado por una canoa y conducido al palacio: desde entonces todo fue un caos, cuyos detalles era imposible seguir. Los navios se estrellaron chocándose unos contra otros, y se vieron

sus restos pasar por medio de los escombros de las casas, de los muebles flotantes y de los cadáveres de hombres y de animales: ataúdes arrancados á sus sepulturas devolvieron sus osamentas como en el dia del juicio final, y una cruz arrancada del cementerio entró por una ventana del palacio imperial y fue hallada como un presagio mortal en la habitación del emperador.

El mar subió por espacio de doce horas: en todos los puntos el agua cubría los pisos principales, y en algunos barrios de la ciudad el agua llegó hasta los segundos, esto es, seis pies mas arriba de la Virgen de Pedro el Grande. Despues empezó á bajar, pues el viento cambió de Oeste á Norte, y el Neva pudo seguir su curso, al que el mar se había opuesto como una muralla. Doce horas mas, y San Petersburgo y sus habitantes habieran desaparecido de la superficie de la tierra como en el diluvio las ciudades antiguas. Durante todo este tiempo, el emperador, el gran duque Nicolás, el gran duque Miguel y el gobernador de la plaza, el conde Milarodowich, á quien su valor había dado el sobrenombre de el *Bardio ruso*, aunque su continente estuviese muy lejos de poder ser comparado al de los héroes franceses, no abandonaron el terrado del palacio de invierno, en tanto que la emperatriz, asomada á una ventana, arrojaba bolsillos llenos de oro á los marineros que se dedicaban á salvar á los habitantes.

Por la tarde llegó un barco al piso segundo de nuestra casa. Luisa hacia señas al soldado que iba

en él, y cuyo uniforme había reconocido; y en efecto, aquel soldado traía noticias del conde, y venia á pedirnos nuestas. Luisa le escribió unas cuantas líneas para tranquilizarle, y yo añadí una posdata, en la que le prometía no abandonarla.

Como el mar continuaba bajando y el viento prometía mantenerse Norte, bajamos del terrado al piso segundo, donde pasamos la noche, pues aunque el agua había ya desalojado el principal, todo estaba destrozado y lleno de barro; las puertas y ventanas habían sido destrozadas, y el suelo se hallaba cubierto con los restos de los muebles.

Esta fue la tercera vez durante un siglo que San Petersburgo, con sus palacios de ladrillo y sus columnatas de yeso, sus amenazado de muerte por el agua, en contraposicion á Nápoles, que, al otro extremo del mundo europeo, se hallaba amenazado por el fuego.

Al dia siguiente no había mas que dos ó tres pies de agua en las calles, y entonces, al ver los escombros y los cadáveres, podían apreciarse los destrozos. Los navios habían sido arrastrados hasta la altura de la iglesia de Cazan, y en Cronstad un navio de linea, de cien cañones, lanzado en una calle pública, había derribado antes de llegar á ella dos casas, contra las que había chocado como contra una roca.

En medio de aquella venganza del cielo, una terrible venganza fue consumada por los hombres.

A las once de la noche, el ministro había sido llan-

made por el emperador, y había dejado en su casa á su hermosa querida, encargándose que al menor asomo de peligro subiese á las habitaciones altas de la casa, donde el agua no podría llegar: esto era cosa muy fácil, pues la casa del ministro, una de las mas hermosas que había en la calle de la Resurrección, constaba de cuatro pisos.

La Gossudarina había quedado sola con sus esclavas, y el ministro, habiendo marchado al palacio de Invierno, estuvo con el emperador hasta dos días despues; es decir, todo el tiempo que duró la inundacion. En cuanto se vió libre volvió á su palacio, cuyas puertas halló destrozadas: el agua había subido hasta la altura de diez y siete pies, de modo que la casa quedó enteramente desierta.

Inquieto por su hermosa querida, el ministro subió á la habitacion: la puerta se hallaba cerrada, y era una de las pocas que había resistido al impetu del agua. Alarmado por aquella singular circunstancia, llamó á ella, dió voces; pero todo se hallaba en silencio; aquel silencio aumenta su terror, y despues de violentos esfuerzos, logra derribar la puerta.

Enmedio de la habitacion estaba el cadáver de la Gossudarina; pero una prueba de que la inundacion no era la que había causado su muerte, fue el que la cabeza se hallaba separada del tronco.

El ministro, loco de dolor, dió gritos pidiendo socorro, y asomándose al mismo balcon desde donde Machinka había presenciado la ejecucion de su

antiguo camarada, acudieron algunas personas, y le encontraron arrodillado delante del cuerpo mutilado.

Reconociendo después la habitación, se halló la cabeza, que había sido arrojada sobre la cama por las olas: junto á esta cabeza había dos grandes tijeras de podar, que habían sido sin duda el arma con que se cometió el asesinato.

Los esclavos del ministro, que al ver el peligro habían huido cada uno por su lado, volvieron aquella misma tarde ó al dia siguiente. El jardinero fue el único que no volvió.

II.

El viento, cambiando de Oeste á Norte, había indicado la llegada del invierno; así, apenas hubieron reparado los primeros desastres causados por el enemigo que se retiraba, cuando fue necesario hacer frente al enemigo que avanzaba. Y era tanto mas urgente apresurarse, cuanto que la inundación había tenido lugar el 10 de noviembre. Se vieron los navíos que habían escapado al huracán volver á toda prisa á la alta mar para no aparecer, como las golondrinas, hasta la primavera; quitáronse los puentes, y se esperaron con mas tranquilidad las primeras heladas: el 3 de diciembre se presentaron estas, y el 4 cayó nieve; aunque no hizo mas que cinco ó seis grados bajo cero, se establecieron los trineos: éste era un gran recurso, porque todas las provisiones de invierno se habían echado á perder con

inundacion, y los trineos preservaban de la escasez.

En efecto, gracias á los trineos, que por su ligeza equivalen al vapor desde que se estableció este medio de trasporte, llegan á la capital, de todos los puntos del imperio, caza muerta á veces á mil descientes leguas del sitio donde debe comerse. Los pavos, las perdices, los ánades silvestres, colocados por capas intermediadas de nieve en los toneles, afluian á los mercados, donde se daban mas bien que se vendian. Al lado de estas aves se veian estendidos sobre mesas ó apilados en montones los pescados mas buscados del mar Negro y del Volga; en cuanto al ganado, se le ponia á la venta sobre sus cuatro pies como si estuviese vivo, y los descuartizan del mismo modo.

Los primeros dias en que San Petersburgo se cubrió con su blanco traje de invierno, fueron para mi dias muy entretenidos, porque todo cuanto veia era nuevo. Me gustaba sobre todo ir en trineo, porque se experimenta un placer desconocido en sentirse arrastrado sobre un terreno pulimentado como un cristal, por caballos veloces como el aire y que apenas sienten el peso de su carga, y parece que vuelan mas bien que corren. Estos primeros dias me fueron tanto mas agradables, cuanto que el invierno, con una coquetería desusada, no se mostró sino poco á poco; de manera que, gracias á mis pieles, llegué á sufrir una temperatura de veinte grados bajo cero, casi sin notarlo: á los doce grados, el Neva había empezado á helarse.

Quise hacer correr de tal modo á mis pobres caballos, que mi cochero me dijo una mañana que si no los dejaba descansar lo menos cuarenta y ocho horas, en ocho dias quedarian inútiles; como el dia estaba muy hermoso, aunque el aire fuese mas frio de lo acostumbrado, me decidí á salir á pie; me armé de pies á cabeza contra el frio, me envolví en una larga levita de astracan, me encasqueté una gorra forrada de pieles hasta las orejas, coloqué alrededor de mi cuello una corbata de merino, y salí á la calle, no llevando al aire mas que la punta de la nariz; al principio todo fue bien, y me admiraba de la poca impresion que me causaba el frio, riéndome por lo bajo de todos los cuentos que había oido; ademas celebraba esta ocasión que me presentaba la casualidad para aclimatarme. Sin embargo, como los dos primeros discípulos á cuya casa iba, Mr. de Bobrinski y Mr. de Nariskin, no se hallaban en su casa, empecé á creer que la casualidad hacia demasiado bien las cosas, cuando creí notar que los que pasaban á mi lado me miraban con cierta inquietud, pero sin decirme nada: al poco tiempo, un caballero, mas hablador sin duda que los demás, me dijo al pasar: *Noss.* Como no sabia una palabra del idioma ruso, creí que no valia la pena de detenerme por un monosílabo: al fin de la calle de Pois me encontré un ivoschik que pasaba á todo correr con su trineo; pero á pesar de la rapidez de su carrera, se creyó obligado á gritarme: *Noss noss.* Finalmente, al llegar á la plaza del Almirantazgo,

TOMO II.

me hallé frente á frente con un moujick, que no me dijo nada, pero que, cogiendo un puñado de nieve, se arrojó sobre mí, y antes de que hubiese podido desembarazarme de mis atavíos, se puso á frotarme la cara, y en especial la nariz, con toda su fuerza. Yo hallé la chanza bastante de mal gusto, sobre todo para un tiempo como el que hacia, y sacando la mano de mi bolsillo, le di un puñetazo, que le hice rodar mas de diez pasos. Por desgracia, ó mejor dicho, por fortuna, dos paisanos pasaron en el mismo momento, y despues de haberme mirado un instante, se arrojaron sobre mí, y á pesar de mi resistencia, me sujetaron los brazos, mientras que el moujick recogía otro puñado de nieve y se precipitó de nuevo sobre mí. Entonces, valiéndose de la imposibilidad en que me hallaba de defenderme, empezó de nuevo sus fricciones; pero si tenía los brazos sujetos, tenía libre la lengua, y creyéndome víctima de alguna burla, pedí socorro con todas mis fuerzas. Llegó un oficial, y me preguntó en francés qué me sucedía.

—Caballero, esclamé yo, haciendo un postre esfuerzo para desasirmé de los tres hombres, que, con el aire mas tranquilo del mundo, volvieron á continuar su camino; ¡no habeis visto lo que hacian esos tunantes?

—¿Qué os hacian?

—Frotarme la cara con nieve: ¿creéis que eso sea una burla de buen género por ventura?

—Pero si os hacian un gran servicio, respondió mi interlocutor mirándome con atención.

—¿Pues cómo?

—Porque teníais helada la nariz.

—¡Misericordia! exclamé yo llevando mi mano á ella.

—Caballero, dijo un transeunte dirigiéndose al oficial: os prevengo que se os está helando la nariz.

—Gracias, respondió este como si le avisasen de la cosa mas natural del mundo, y cogiendo otro puñado de nieve, se hizo á sí mismo el servicio que á mí me había hecho el pobre moujick, á quien había recompensado tan inhumanamente.

—Segun eso, caballero, á no ser por ese hombre...

—Os hubiérais quedado sin narices, continuó el oficial frotándose las suyas.

—Entonces, dispensadme!...

Y eché á correr detras del moujick, quien, creyendo que quería volverle á pegar, huyó á todo correr, y como el temor es naturalmente mas ágil que el reconocimiento, no le habiera probablemente alcanzado, á no ser por algunas personas, que, viéndole huir y que yo le perseguía, no le hubiesen detenido tomándole por un ladrón. Cuando llegué adonde él estaba, le hallé hablando con mucha viveza para hacer comprender que no era culpable sino de un exceso de filantropía. Diez rublos que yo le di explicaron el negocio; el moujick me besó las manos,

y uno de los presentes, que hablaba el francés, me invitó á que cuidara mas de mi nariz. El aviso era inútil, porque durante el resto de mi camino no las eché en olvido.

Me dirigía á la sala de armas de Mr. Siverbrook, donde me hallaba citado con Mr. de Gorgoli: le conté la aventura que acababa de sucederme como una cosa estraordinaria, y se informó de si otras personas no me habian dicho nada antes de hallar al pobre moujick. Le contesté que dos transeuntes me habian mirado con mucha atencion, y me habian gritado: *¡Noss, noss!*—«Pues bien, me dijo; eso es que os prevenian tuviéreis cuidado de vuestra nariz. Esta es la fórmula usual, y otra vez no descuideis el aviso.

Mr. de Gorgoli tenia razon, y no era solamente por la nariz ó por las orejas por lo que habia que temer en San Petersburgo, pues si no se echa de ver que empiezan á helarse, el primero que pasa lo nota, y os previene casi siempre á tiempo; pero cuando por desgracia el frio se apodera de cualquier otra parte del cuerpo cubierta por los vestidos, como no puede notarse de fuera, y uno mismo no lo nota sino por el entumecimiento de la parte afectada, cuando se advierte es ya demasiado tarde.

Elinvierno anterior un francés, llamado Mr. Pierson, comisionado de una de las primeras casas de comercio de Paris, fue victimá de un accidente de este género por falta de precaucion. Mr. Pierson, que habia salido de Paris para conducir á San Petersburgo una

cantidad considerable de dinero que formaba parte del empréstito negociado por el gobierno ruso, y que había salido de Francia en un hermoso tiempo, no había tomado ninguna precaucion contra el frio; llegando á Riga, había encontrado el tiempo bastante regular; de manera que continuó su camino sin creer necesario proveerse de capa de pieles ni de botas forradas de lana, y, en efecto, todo fue bien hasta Libonia; pero tres leguas mas allá de Revel cayó una nevada tan espesa, que el postillon se extravió y volcó el carruaje en un barranco. Fue preciso ir á pedir auxilio, pues los dos hombres no eran bastante fuertes para levantar el carruaje. El postillon desenganchó uno de los caballos, y marchó á la ciudad mas próxima, y Mr. Pierson, viendo llegar la noche, no quiso, por temor á los ladrones, separarse un solo instante del tesoro que estaba á su cuidado. La nieve cesó con la noche, y habiéndose presentado un viento Norte, el frio llegó á veinte grados. Mr. Pierson, que conocia su peligrosa posicion, se puso á andar alrededor del carruaje, para combatirla en lo posible. Al cabo de tres horas, volvió el postillon con hombres y caballos: el carruaje fue levantado, y gracias á los nuevos tiros, Mr. Pierson llegó muy pronto á la primera ciudad, donde se detuvo: el maestro de postas, de cuya casa habian llevado los caballos, esperaba con inquietud, porque sabia en qué posicion se encontraba el viajero: así es que su primera pregunta, en cuanto Mr. Pierson bajó del carruaje, fue la de que

si se le había helado algo. El viajero respondió que no, en atención á que no había cesado de andar, y que, gracias al movimiento, había luchado victoriósamente con el frío; y diciendo esto, descubrió su rostro y sus manos, que nada ofrecían de nuevo. Con todo, como Mr. Pierson sentía una gran laxitud y temía que si continuaba su camino de noche le sucediese algun contratiempo, semejante al que creía haber escapado, hizo calentar su cama, tomó un vaso de vino caliente, y se durmió. Al día siguiente se despertó, y quiso levantarse; pero permaneció clavado en su cama; con uno de sus brazos, que levantó con mucho trabajo, pudo alcanzar al cordón de una campanilla, y llamó. Acedieron al momento, y dijo que experimentaba una parálisis general. Corrieron á llamar á un médico, y cuando llegó, levantó la ropa de la cama y vió lividas y con manchas negras las piernas del enfermo; la gangrena empezaba á apoderarse de ellas; el médico le dijo que era indispensable hacer la amputación al momento, y por terrible que fuera su decisión, Mr. Pierson se decidió á adoptarla. El médico envió á buscar los instrumentos necesarios; pero mientras hacia sus preparativos, el enfermo notó de repente que su vista se debilitaba, y que apenas podía distinguir los objetos que le rodeaban: el doctor empezó á temer que el mal fuera mayor de lo que había creido en un principio: procedió á un nuevo examen, y reconoció que la espalda se le había abierto por algunas partes; entonces, en vez de

avisar á Mr. Pierson de su nuevo descubrimiento, le tranquilizó, diciéndole que su estado era menos alarmante de lo que había creido, y le dió como prueba que debía experimentar gran deseo de dormir. El enfermo respondió que en efecto se sentía aletargado; diez minutos después se durmió, y al cabo de un cuarto de hora era ya cadáver.

Si se hubiesen reconocido inmediatamente sobre su cuerpo los síntomas de congelación y le hubiesen frotado con nieve como el buen moujick había hecho con mi nariz, Mr. Pierson se hubiera puesto en camino al dia siguiente, como si nada hubiera sucedido.

Esto fue una lección para mí, y temiendo no hallar siempre entre los transeuntes quien me avisara á tiempo, no volví á salir sin llevar consigo un espejito para mirarme la nariz de diez en diez minutos.

San Petersburgo se había cubierto en menos de ocho días de su vestido de invierno; el Neva estaba tan helado, que se podía cruzar en todas direcciones, bien á pie ó bien en carruaje; además los trineos habían reemplazado á los coches; habíanse encendido estufas en las iglesias, y por la noche se encendían grandes hogueras á las puertas de los teatros en sitios destinados á este efecto, á cuyo fuego los criados esperaban la salida de sus amos. Respecto á los cocheros, los amos que tenían alguna consideración los enviaban á sus casas fijándoles la hora á que debían volver. Los que llevaban la peor parte eran los

soldados y los boutchnicks, y no pasaba noche alguna en que no amanecieran muertos algunos de ellos. Y con todo, el frío seguía aumentando, y llegó á tal grado, que bandadas de lobos aparecieron en los alrededores de San Petersburgo, y una mañana se halló á uno de estos animales paseándose como un perro por el barrio de la Fundicion. El pobre animal no tenía nada de temible, y mas bien parecía haber venido á pedir una limosna que con intención de tomar nada por fuerza; con todo, le mataron á palos.

Contando yo por la noche este suceso delante del conde Alejo, me habló de una gran cacería que debía verificarse al dia siguiente en una selva á diez ó doce leguas de Moscou, y como debía esta cacería ser dirigida por Mr. de Nariskin, que era uno de mis discípulos, me costó poco trabajo obtener del conde que le hablara de mis deseos de asistir á ella. Me lo prometió así, y al dia siguiente recibí una invitación con el programa, no de la fiesta, sino del traje. Este es un traje enteramente guarnecido de pieles por la parte de dentro, y una especie de casquete de piel que baja por detrás hasta la espalda; el cazador lleva la mano derecha cubierta con un guante, y lleva en ella un puñal; con este puñal es con el que ataca cuerpo á cuerpo al oso, que casi siempre muere al primer golpe.

Los pormenores de esta caza, pormenores que hice que me repitieran por dos ó tres veces, habían disminuido algun tanto mi entusiasmo hacia ella;

pero ya en el caso en que me hallaba no me parecía decoroso el volverme atrás, y así fue que hice todos mis preparativos, comprando un traje, un casquete y un puñal para ensayarme con aquéllos atavios y acostumbrarme á llevarlos.

Estuve en casa de Luisa hasta una hora muy avanzada de la noche, de manera que ya eran las doce cuando entré en la mia. Empecé, sin embargo, mi ensayo de traje, coloqué mi almohada sobre una silla, y me arrojé sobre ella para bajar en el sitio que había señalado de antemano, sitio que debia corresponder á las sesta costilla del oso, cuando me llamó de repente la atención un espantoso ruido que oí en la chimenea. Corri hacia aquel punto, e introduciendo la cabeza por entre las puer tecillas, que había cerrado, porque en San Petersburgo se cierran las chimeneas por la noche lo mismo que las estufas, divisé un objeto, cuya forma no pude distinguir, que despues de haber bajado hasta detras de la plancha de hierro, volvió á subir rápidamente. No me quedó la menor duda de que seria un ladron, que habiendo notado que aun no estaba dormido, había escapado á toda prisa. Como grité ¡quién anda ahí! muchas veces y nadie contestó, aquel silencio me afirmó en mi opinion, de lo cual resultó que estuve en acecho cosa de una media hora; pero por fin, no volviendo á oír ruido alguno, me persuadí de que el ladron no volvería, y habiendo asegurado las puertas de la chimenea, me acosté y me dormí.

Hacia apenas un cuarto de hora que me había me-

tido en la cama, cuando entre sueños creí oír pasos en el corredor. Preocupado todavía con el suceso de la chimenea, me desperté y presté oído; entonces ya no me quedó duda alguna de que oía pasos delante de mi puerta, aunque se advertía el cuidado que ponía el que los daba para que no fuesen oídos; de pronto se detuvieron estos pasos delante de mi puerta: probablemente querían asegurarse de si dormía; alargó la mano hacia la silla donde había dejado mi casquete y mi puñal; me armo con uno y otro, y espero.

Un momento después oigo que ponen la mano en la llave, que le dan vuelta, y que la puerta se abre; veo adelantarse hacia mí, alumbrado por la luz de una linterna que habían dejado en el corredor, un ser fantástico, cuyo rostro, á lo que pude juzgar, me pareció cubierto con una careta. Yo juzgué mas prudente el atacarlo que esperarle; y como se adelantaba hacia la chimenea con una seguridad que daba á conocer su conocimiento del sitio, me eché fuera de la cama, lo agarré por el cuello, y poniéndole mi puñal al pecho, le pregunté qué se le ofrecía en mi casa; pero, con gran admiracion por mi parte, fue él quien empezó á gritar, pidiendo socorro. Entonces, queriendo asegurarme de quién era, corrí al corredor á buscar la luz, y volví; pero el ladrón había desaparecido como por magia, y únicamente oí en la chimenea un ligero roce; corrí hacia allí, miro hacia arriba, y solo veo la suela de los zapatos y los pantalones del fugitivo, que se ale-

jaba con una rapidez que denotaba la práctica en aquella clase de caminos. Toda aquella escena me dejó estupefacto.

Entonces, un vecino que había oido el ruido entró en mi casa, creyendo que me asesinaban, y me encuentra en camisa, con una linterna en una mano, el puñal en la otra, y el casco sobre mi cabeza. Su primer pregunta fue si me había vuelto loco.

Para probarle que me hallaba en el completo uso de mi razon, y aun para darle alguna idea de mi valor, le refiero lo que había pasado. Mi vecino suelta una estrepitosa carcajada: había derrotado á un deshollinador. Yo no lo quería creer aun; pero mis manos, mi camisa y mi cara llenas de hollín atestiguaban la exactitud de sus palabras. El vecino me dió entonces algunas explicaciones, y ya no me quedó duda alguna.

En efecto, el deshollinador, que en Francia, aun en invierno, no es mas que una especie de ave de pase que canta una vez al año en lo alto de la chimenea, es en San Petersburgo un ser de primera necesidad; de manera que cada quince días, lo mas tarde, recorre las casas que se hallan á su cuidado; solamente que sus trabajos tutelares son nocturnos, porque si durante el dia se abriesen los conductos de las chimeneas, teniendo el fuego apagado, penetraría el frio en las habitaciones. Así es que las estufas se cierran por la mañana en cuanto se han encendido, y las chimeneas todas las noches despues de apagadas. Resulta de aquí que los deshollinado-

tes, abonados por los dueños de las casas, suben á los tejados, y sin prevenir á los inquilinos, hacen descender hasta sus chimeneas un haz de espinas rodeado á una gran piedra, y raspan con esta especie de escoba la chimenea en sus dos tercios de longitud; despues, así que concluyen en la parte alta, penetran en la habitacion del inquilino, y limpian la parte baja. A los que ya lo saben no les causa estrafeza alguna; pero por desgracia se habian olvidado de advertirmelo á mi, y como era la primera vez que el pobre deshollinador entraba en mi casa para ejercer su industria, habia faltado muy poco para que fuese victimo de mi equivocacion.

Al dia siguiente tuve una nueva prueba de que el vecino me habia dicho la verdad. Mi patron entró á la mañana, y me dijo que un deshollinador reclamaba su linterna.

A las tres de la tarde el conde Alejo vino á buscarme en su trineo, que no era otra cosa que una caja de cupé montada sobre patines, y nos encaminamos con una ligereza increible hacia el punto de reunion para la caza, que era una casa de campo de Mr. de Nariskin, situada á unas diez ó doce leguas de San Petersburgo enmedio de los bosques. Llegamos á ella á las cinco, y hallamos ya allí á casi todos los cazadores. Al poco tiempo se completó la reunion, y nos anunciaron que la comida se hallaba dispuesta. Preciso es haberse hallado en uno de esos convites de los grandes señores rusos para formarse una idea del lujo de sus mesas. Nos

hallábamos á mediados de diciembre, y la primer cosa que me admiré fue el ver un magnífico cerezo, tan cargado de cerezas como pudiera estarlo en Francia á fines de mayo. Al lado de aquel árbol, que se hallaba colocado sobre la mesa, se veian naranjas, ananas, higos y uvas que se elevaban en pirámides sobre las bandejas formando un conjunto que hubiera sido muy difícil reunir en Francia en el mes de setiembre, y estoy seguro que los postres únicamente habian costado mas de tres mil rublos.

Pusimonos á la mesa: por aquella época se habia adoptado en San Petersburgo esa hermosa costumbre de dejar á los mayordomos el cuidado de trinchar, y á los comensales el de servirse de beber; de lo que resultaba que, como los rusos son los primeros bebedores del mundo, habia entre convidado y convidado colocadas con holgura cinco botellas de vinos diferentes de los mejores criaderos, Burdeos, Epernay, Madera, Constanza y Tokay: en cuanto á los manjares, habian sido traídos la ternera de Arcangel, la vaca de la Ucrania y la caza de todas partes.

Despues de cubierta la mesa por primera vez, entró el mayordomo con una fuente de plata, en la que traia dos pescados vivos, que me eran desconocidos. Los convidados lanzaron al punto un grito de admiracion; eran dos esterletes. Ahora bien; como estos solo se pescan en el Volga, y la parte mas cercana de este río corre á mas de trescientas cincuenta leguas de San Petersburgo, habia sido pre-

ciso, en atencion á que aquel pescado no vive sino en el agua materna , cortar el hielo del río , pescar en sus profundidades dos de sus habitantes , y por espacio de cinco dias y cinco noches mantenerlos en un carrojue cerrado á una temperatura que no permitiera al agua del río helarse.

Así es que había costado cada uno ochocientos rublos, mas de mil y seiscientos francos los dos. Potemkin , de fabulosa memoria, no habría hecho mas.

Diez minutos despues volvieron á aparecer en la mesa, pero cocidos tan á punto, que se compartían los elogios entre el anfítrion que los había hecho pescar y el jefe de cocina que los había hecho cocer: luego vinieron los platos de adorno , guisantes, espárragos, judias verdes, cosas todas que tenian realmente la forma del objeto que querian representar, pero cuyo gusto uniforme y acusoso protestaba contra la forma.

Levantámonos de la mesa para ir al salon donde estaban dispuestas las mesas de juego: como yo no era ni bastante pobre ni bastante rico para tener esa pasion, miré jugar á los demás. A media noche, es decir, á la hora en que fui á acostarme, se habian cruzado ya por una y otra parte sumas enormes.

Al amanecer del dia siguiente vinieron á despertarme. Los ojeadores tenian noticia de cinco osos encerrados en un bosque que podia tener una legua de circunferencia. Supe esa noticia, que creian me seria muy agradable , con un ligero estremeci-

miento: Por valiente que uno sea, siempre siente alguna inquietud en abordar un enemigo desconocido y con el cual debe encontrarse por primera vez.

No por eso dejé de ponerme con el mayor garbo mi traje, que estaba hecho de modo que no tuviera que temer el frío. Además, el sol, como si quisiera tomar parte en la fiesta, estaba magnífico, y la temperatura, que se suavizaba al calor de sus rayos, no señalaba á aquella hora tan temprana mas de quince grados, lo cual prometía para el mediodía siete ó ocho solamente.

Bajé, y encontré á todos nuestros cazadores dispuestos y en un traje uniforme, bajo el cual costaba trabajo reconocernos unos á otros. Aguardábamos trineos ya enganchados; subimos en ellos, y diez minutos después estábamos en el lugar de la cita.

Era esta una hermosa casa de campo rusa, de madera y construida con lachas, con su gran estufa y su santo patrono, á quien saludamos devotamente, segun es acostumbre; al pasar el umbral de la puerta. Aguardábamos un desayuno succulento, al cual hicimos todos honor; pero noté que, contrariamente á sus hábitos, ninguno de nuestros cazadores bebia. La razón era que nadie se emborracha antes de un duelo, y la caza que íbamos á emprender era un verdadero duelo. Al terminarse el desayuno se presentó el ojeador en la puerta, lo cual quería decir que era tiempo de ponerse en camino. En la puerta nos entregaron á cada uno una carabi-

na cargada, que debiamos llevar terciada, y de la que no debiamos hacer uso sino en caso de peligro. Ademas de la carabina, llevaba cada uno de nosotros cinco ó seis chapas de hojadelata que se arrojan al oso, y cuyo brillo y sonido tienen por objeto irritarle.

A los cien pasos nos encontramos en el recinto, que estaba rodeado por la música de Mr. de Nariskin, la misma que habia oido en el Neva durante las hermosas noches de verano. Cada músico tenia en la mano su clarin, dispuesto á dar su nota. Todo el recinto estaba cercado de aquel modo, á fin de que los osos, por cualquier parte que quisieran escapar, retrocediesen al rui-lo. Entre músico y músico habia un ojeador, un criado ó un aldeano con una escopeta, cargada solo con pólvora, por temor de que nos alcanzase alguna bala, y el ruido del tiro debia unirse al de los instrumentos, si los osos intentaban pasar. Cruzamos aquella linea, y entramos en el recinto.

Casi al punto quedó envuelto el bosque en un círculo de armonía, que produjo en nosotros el mismo efecto que debe hacer la música militar en los soldados en el momento de la batalla; de mi sé decir que me infundió un ardor belicoso, de que cinco minutos antes no me hubiera creido capaz.

Hallábame situado entre el ojeador de Mr. de Nariskin, que debia á mí inesperiencia el honor de tomar parte en la caza, y el conde Alejo, por el cual habia prometido á Luisa velar, y que, por el contra-

rio, velaba por mi. Este tenía á su izquierda al príncipe Nikita Moravieff, y á través de los árboles podía yo tambien divisar á Mr. de Nariskin. Mas allá no veia ya nada.

Caminábamos así hacia uoos diez minutos, cuando se oyeron los gritos de *medvede medvede* (1), acompañados de algunos tiros. Probablemente había aparecido por el lindero del bosque algun oso, que se habria levantado al ruido de los clarines, y era rechazado á la vez por los ojeadores y los músicos. Mis dos vecinos me hicieron ademan de parar, y nos pusimos todos en guardia. Un momento despues oímos un ruido de malezas acompañado de un sordo gruñido. Confieso que á aquel ruido, que parecía acercarse hácía mi, sentí bañada mi frente en sudor, á pesar del frio que hacía. Pero miré alrededor mio: mis dos vecinos mostraban gran presencia de ánimo, y yo hice lo mismo. En aquel instante se presentó el oso sacando la cabeza y la mitad del cuerpo de un matorral de espinos situado entre el conde Alejo y yo.

Mi primer impulso fue soltar el puñal y coger mi carabina, porque el oso, asombrado, nos miraba alternativamente, y parecía indeciso en abalanzarse á uno ó á otro; pero el conde no le dió tiempo de escoger, y juzgando que yo cometiera alguna torpeza,

(1) *Medvede*, palabra compuesta de *med*, miel y *vede*, que vuela: literalmente que *afalsea la miel*, habiendo recibido el animal su nombre de la destreza que ha recibido de la naturaleza en descubrir su manjar favorito.

quiso atraer á si al enemigo, se arrojó algunos pasos á fin de ganar un claro en donde podía moverse con mas libertad, y le arrojó al hocico una de las chapas de hojadelata que llevaba en la mano. El oso se echó al momento encima de un brinco, y con una prestaza increible cogió la chapa entre sus garras y la estrujó gruñendo. Entonces el conde dió otro paso mas, y le arrojó otra chapa: el oso la cogió como hace un perro con la piedra que se le tira, y la destrozó entre sus dientes. El conde, por aumentar su furia, le arrojó la tercera; pero esta vez, como si comprendiese el oso que era una locura ensañarse contra un objeto inanimado, dejó desdenosamente que la chapa cayese á su lado, volvió la cabeza hacia el conde, lanzó un terrible rugido, y dió hacia él algunos pasos al trotar, de modo que solo se hallaron á diez pies uno de otro. En aquel momento hizo oír el conde un agudo silbido, á cuyo ruido se levantó al punto el oso sobre sus patas traseras: eso era lo que aguardaba el conde, el cual se arrojó sobre el animal, que estendió sus dos brazos para ahogarle; pero antes de que tuviese tiempo para juntarlos lanzó el oso un grito de dolor, y dando tres pasos hacia atrás vacilando como un hombre borracho, cayó muerto. El puñal le había atravesado el corazon.

Acudi al conde para preguntarle si estaba herido, y le encontré tranquilo y sereno, como si no hubiera hecho mas que cortar los corvejones á un corze. Yo no acertaba á comprender un valor semejante, y

estaba todo trémulo, solo de haber asistido á aquél combate.

—Ya veis lo que hay que hacer, me dijo el conde, y bien veis que es cosa muy sencilla. Ayudadme á volverle; le he dejado el puñal en la herida para daros la lección por completo.

El animal estaba enteramente muerto. Le volvimos con alguna dificultad, porque bien pesaría sus cuatrocientas libras, y era un oso negro de los mayores. Efectivamente, tenía el puñal clavado hasta el mango: el conde lo sacó de la herida y lo sumergió dos ó tres veces en la nieve para limpiarlo. En el mismo momento dimos nuevas voces, y vimos, a través de los árboles, al cazador que se hallaba á la izquierda de Mr. de Narisquin, junto á otro oso: la lucha fue un poco mas larga; pero al fin el oso sucumbió, como el primero.

Esta doble victoria que acababa de presenciar me llenó de entusiasmo; la fiebre, que comovía mi sangre, me había quitado todo temor. Me sentía con la fuerza de Hércules, y pedí que me dejaran hacer mis pruebas.

No se hizo esperar mucho la ocasión, y apenas anduvimos desientos pasos, cuando creí divisar un oso medio escondido en su madriguera: para salir de la incertidumbre me adelanté resueltamente hacia el objeto, arrojándole una de las chapas de hojalata. La prueba fue decisiva: el oso separó sus labios, y enseñó dos filas de dientes blancos como la nieve, arrojando un rugido. Al oír este rugido, los

que me seguían se detuvieron, preparando sus carabinas para prestarme socorro en caso de necesidad, porque desde luego conocieran que aquel oso me pertenecía.

El movimiento que yo les vi hacer echando mano á su escopeta me hizo creer que estaba autorizado á hacer uso de la mía, y confieso ademas que tenía mas confianza en ella que en el puñal. Así, pues, coloqué este en el cinturon, y tomando mi carabina, apunté al animal con toda la sangre fría que me fue posible. El animal por su parte me secundó no moviéndose, y cuando le tuve bien á tiro, apoyé el dedo sobre el gatillo, y salió la bala.

En el mismo momento se oyó un rugido espantoso: el oso se levantó agitando una de sus patas, en tanto que la otra, rota por el hombro, colgaba á lo largo de su cuerpo: al mismo tiempo oí á mis dos vecinos que gritaban:—«Cuidado con vos!» En efecto, el oso, volviendo de su susto, se dirigió derecho á mí con tal rapidez, que apenas tuve tiempo de sacar mi puñal. No podré decir lo que pasó entonces, porque todo fue rápido como el pensamiento. Vi al animal furioso levantarse delante de mí y con la boca ensangrentada. Yo me arrojé sobre él, y reuniendo todas mis fuerzas, le clavé el puñal; pero el arma se escurrió en una costilla, y no profundizó: entonces sentí una mano suya que pesaba sobre mi hombro como una montaña; mis piernas se doblaron, y caí al suelo debajo de mi adversario, cogiéndole instintivamente por el cuello: para procurar apartar de mi

rostro su boca. En aquel momento se oyeron dos tiros, y oí el sibido de las balas, seguido de un ruido pesado. El oso arrojó un rugido de dolor, y se dejó caer sobre mí. Yo reuni todas mis fuerzas, y apartándome á un lado, me libré de su peso. En seguida me volví á levantar para ponerme en defensa, pero ya era inútil: el oso estaba muerto: había recibido á la vez la bala del conde Alejo tras de la oreja y la de un guarda en la herida del hombro. Yo estaba cubierto de sangre, pero sin tener herida ninguna.

Todos acudieron al sitio de la lucha, porque desde que se supo que yo me hallaba frente á frente con un oso, habían temido alguna desgracia. Así es que se alegraron mucho cuando me hallaron de pie al lado de mi enemigo muerto.

Mi victoria, aunque á medias, no dejó de valermes los mayores cumplidos, porque no había dejado de portarme bien para un principiante. El oso, como Hevo dicho, tenía roto un hombro por mi bala, y mi puñal, aunque había resbalado, le había llegado hasta el cuello; así, pues, la mano no me había temblado ni de lejos ni de cerca.

Los otros dos osos, que habían sido acorralados habiendo querido forzar las líneas de los monteros, fueron muertos por estos, y la caza quedó terminada. Se trasladaron los cadáveres hasta el camino, y se procedió á desollarlos, cortándoles ademas las patas, que por ser la parte mas blanda debian ser servidas á la mesa.

Volvimos á casa con nuestros trofeos. Cada uno

de nosotros tenía dispuesto un baño perfumado en su cuarto, lo que me agrado infinito, pues me había fatigado después de haber estado envuelto por tanto tiempo en aquellas pieles. Pasada una media hora, la campana nos avisó de que era hora de bajar al comedor.

La comida fue tan suntuosa como el día anterior, solamente que los pavos se hallaban reemplazados por las patas de oso. Nuestros monteros, que reclamaron sus derechos, las habían asado á despecho del cocinero en un horno socavado en la tierra entre brasas, y sin preparación de ninguna especie: de manera que, cuando vi presentar á la mesa aquellos carbones informes, me sentí poco inclinado hacia aquel manjar extraño: no por eso me dejaron de servir mi pata correspondiente, y resolví seguir su ejemplo hasta el fin: levanté con la punta del cuchillo la corteza quemada que la cubría, y encontré una carne perfectamente asada en su jugo, y que me agrado mucho, pues era uno de los mas sabrosos bocados que he comido en mi vida.

Al subir á mi trineo vi la piel del oso, que había galantemente hecho colocar en él Mr. de Nariskin.

III.

Hallamos á la ciudad de San Petersburgo ocupada en los preparativos de dos grandes fiestas, que se suceden con pocos días de intervalo; esto es, del día de año nuevo y de la bendición de las aguas: la primera, enteramente profana; la segunda, religiosa.

El día de año nuevo, en virtud de la costumbre que hace que los rusos llamen al emperador *padre* y á la emperatriz *madre*, el emperador y la emperatriz reciben á sus hijos. Veinte y cinco mil esquinas son arrojadas á la casualidad por las calles de San Petersburgo, y los veinte y cinco mil invitados, sin distinción de clases, son admitidos por la noche en el palacio de invierno.

Habían circulado algunos rumores siniestros. Decíanse que no tendría lugar aquel año la fiesta, porque corrían voces de que se intentaba asesinar al

emperador. Esto dependia de aquella conspiracion desconocida, serpiente de mil repliegues, que levantaba la cabeza amenazadora, pero que, oculta en la sombra, se escondia á todas las miradas; pero los temores de los curiosos se disiparon muy pronto, habiendo dicho terminantemente el emperador al jefe supremo de policia que la fiesta se hiciese como de costumbre, á pesar de la facilidad que ofrecia el dominó para un asesinato, pues segun uso inmemorial, los hombres van enmascarados aquella noche.

Hay ademas en Rusia una cosa notable, y es que, exceptuándose las conspiraciones de familia, el soberano nada tiene que temer sino de parte de la grandeza. Su doble categoria de pontifice y de emperador, heredada de los Césares, como sucesor oriental, le hacen sagrado para el pueblo. El asesino en los tiempos de barbarie sale de la familia: desde la familia pasa á la aristocracia, y de la aristocracia al pueblo: este es el progreso de la civilización. Faltante aun muchos siglos, á la Rusia para llegar á los Jacobo Clemente, á los Damianos y á los Abband, y se halla todavia en los Pablen y en los Ankastrem.

De modo que, segun se decia, Alejandro debia hallar á los asesinos en los grandes y en la guardia de su persona. Se sabia esto, y se decia al menos, y, sin embargo, entre las manos que se tendian al emperador no se podian distinguir las manos amigas de las que no lo eran; aquel que se aproximaba á él arrastrándose como un perro, podia de repente levantarse y devorarle como un leon. No habia

mas que esperar y confiar en Dios, y esto hacia Alejandro.

El dia de año nuevo llegó; los billetes fueron distribuidos como de costumbre; yo tenía diez para mí solo; tanto era el empeño de mis discípulos por hacerme ver esta fiesta nacional, tan interesante para un extranjero. A las siete de la noche se abrieron las puertas del palacio de Invierno.

Había yo creido que, á consecuencia de los rumores que se habían esparcido, estarian las avenidas del palacio guarneidas de tropas; así es que me admiré de no ver una sola bayoneta; los centinelas se hallaban en los puestos acostumbrados, y en el interior del palacio no había ninguno.

Puede conjeturarse por la entrada de nuestros espectáculos gratis lo que sería el movimiento de una multitud ocho veces mas considerable, que se precipitaba en un palacio como el de las Tullerías, y es de admirar en San Petersburgo que el respeto que tienen instintivamente hacia el emperador impida que esta invasion degenera en un alboroto. En lugar de gritar á cual mas podía cada uno, penetrado de su inferioridad y reconocido al favor que se le concede, decia á su vecino:—«Nada de ruido: silencio.»

En tanto que invaden el palacio, el emperador está en el salon de San Jorge, al lado de la emperatriz, y rodeado de los grandes duques y duquesas: recibe á todo el cuerpo diplomático, y después, cuando los salones están llenos de nobles y

de plebeyos, de princesas y modistas, ábrese la puerta del salon de San Jorge, oyese la música, y el emperador, ofreciendo la mano á la Francia, al Austria ó á la España, representadas por sus embajadores, se presenta en ella. Entonces cada uno se estrecha y se hace atras: la multitud se separa como las olas del mar Rojo, y pasa Faraon; este era el momento elegido, segun decian, para asesinarlo, y preciso es confessar que la cosa era muy fácil. Los rumores que se habian esparcido hicieron que se mirase al emperador con nueva curiosidad. Yo esperaba volver á ver aquel semblante triste que habia visto ya en Czarko-Selo, así es que mi admiracion fue grande cuando noté que, por el contrario, nunca habia estado mas radiante y benévolio. Este era el efecto que producia sobre el emperador Alejandro cualquier reaccion moral contra un gran peligro, y habia ya dado dos ejemplos notables de esta facticia serenidad; uno en un baile en casa del embajador de Francia, Mr. de Caulaincourt, y el otro en una fiesta en Zakret, cerca de Vilna.

Mr. de Caulaincourt daba un baile al emperador, cuando á eso de las doce, esto es, cuando los bailarines se hallaban en todo su entusiasmo, fueron á decirle que se habia prendido fuego en el palacio. El recuerdo del baile del principe Schwartemberg, interrumpido por un accidente igual, se presentó en el mismo momento á la imaginacion del duque de Vicencio, con todas las fatales conse-

cuencias que le siguieron, consecuencias que fueron mas bien causadas por el terror que ocupó los ánimos que por el peligro mismo. Así es que el duque, queriendo cerciorarse del caso por si mismo, colocó á cada puerta un ayudante de campo para que no dejase salir á nadie, y aproximándose al emperador:

—Señor, le dijo: el palacio está ardiendo, voy á ver por mí mismo lo que es. Importa mucho que nadie lo sepa hasta que se conozca la estension del peligro. Mis ayudantes de campo tienen orden de no dejar salir á nadie sino á V. M., á los príncipes, los grandes duques y las grandes duquesas. Si V. M. quiere retirarse, puede hacerlo; únicamente le hará observar que no se creerá en el fuego en tanto que no se le vea en los salones.

—Está bien, dijo el emperador; id, que yo me quedo aquí.

Mr. de Caulaincourt corrió al sitio en que acababa de declararse el incendio; como lo había previsto, el peligro no era tan grande como se dijo en un principio, y el fuego cedió muy pronto á los esfuerzos combinados de las gentes de la casa. El embajador volvió á subir á los salones, y halló al emperador bailando una polonesa: cambió este una mirada con el embajador.

—¿Y bien? preguntó despues de terminada la contradanza.

—El fuego está apagado, respondió Mr. de Caulaincourt, y todo queda concluido.

Al dia siguiente los convidados á aquella sumuosa fiesta supieron que por espacio de una hora habian bailado sobre un volcan.

En Zakret fue otra cosa muy distinta, pues el emperador jugó allí, no solo su vida; sino su imperio. Durante la fiesta fueron á avisarle que la vanguardia francesa acababa de pasar el Niemen, y que el emperador Napoleon, su huésped de Erfurth, á quien se le habia olvidado de convidar, podia entrar en el salon de baile de un momento á otro, seguido de seiscientos mil bailarines. Alejandro dió sus órdenes aparentando que hablaba de cosas indiferentes con sus ayudantes de campo, continuó recorriendo los salones y encomiando la iluminacion, como mas brillante adorno era, segun decia, la luna, que acababa de salir. No se retiró hasta las doce, en el momento en que la cena, servida en muchas y pequeñas mesas, ocupando á todos los convidados, le permitia marcharse sin que fuese notada su ausencia. Nadie durante la noche habia notado en su fisonomia la menor señal de inquietud; de manera que, hasta la llegada de los franceses, no se supo que habian entrado.

Como se ve, el emperador habia vuelto á encontrar, aunque enfermizo y melancólico, en la época de que hablamos, esto es, en 1.^o de enero de 1825, si no toda su antigua serenidad, al menos toda su antigua energia: recorrió como acostumbraba todos los salones, dirigiendo la especie de galop como ha dicho, y seguido de su corte. Me dejé á mi vez ar-

rastrar por la multitud que volvió despues de haber dado la vuelta á todo el palacio.

A las diez, como la iluminacion de la Ermita estaba ya acabada de encender, las personas que tenian billetes para este espectáculo particular fueron invitadas á dirigirse á aquél punto.

Como yo era del número de los privilegiados, sali despues de mucho trabajo de entre la multitud. Doce negros, lujosamente vestidos á la oriental, estaban á la puerta de entrada del teatro, para contener á la gente y examinar las esquelas.

Confieso que al entrar en el teatro de la Ermita, en el que se hallaba dispuesta en una larga galeria frente al salon la cena de la corte, creia entrar en un palacio de hadas. Figúrese el lector un largo salon alfombrado, y cubierto el techo y las paredes de tubos de cristal del grueso de las cervatinas de vidrio, con que los niños arrojan bolas de argamasa á los gorriones. Todos estos tubos están encurvados, retorcidos y colocados en la forma adecuada al sitio que deben ocupar, unidos entre si por alambres delgadísimos de plata, y cubren ocho mil lámparas que reflejan en ellos la luz. Estas lámparas de color iluminan paisajes, jardines, flores y bosquecillos, de los que se eleva una música aérea é invisible, cascadas y lagos que parecen arrastrar miles de diamantes, y que vistos á traves de este velo de luz, presentan el carácter de una poesía y de una fantasía maravillosa.

El colocar esta iluminacion cuesta doce mil reales, y dura dos meses.

A las once anuncio la musica con una marcha la llegada del emperador: entró este, rodeado de su familia y seguido de la corte; en el mismo instante los grandes duques y duquesas, los embajadores y embajadoras, los oficiales de la corona y las damas de honor, tomaron asiento en las mesas del centro: el resto de los convidados, que serian unos trescientos, y que pertenecian en su mayor parte á la primera nobleza, se sentó en las otras dos mesas.

El emperador únicamente permaneció de pie, recorriendo las mesas, y dirigiéndose á algunos de sus convidados, que, con arreglo á las fórmulas de la etiqueta, le contestaban sin levantarse de su asiento.

No puedo decir el efecto que produjo sobre los demás concurrentes el golpe de vista mágico de los grandes duques, de las grandes duquesas, de aquellos señores y de aquellas damas, los unos cubiertos de oro y de bordados, los otros deslumbrando con sus diamantes, todo esto visto dentro de un palacio de cristal; pero de mí sé decir que no había experimentado hasta entonces, ni volveré á sentir nunca, una impresion igual. Posteriormente he visto algunas fiestas reales, y fuera del patriotismo, debo confesar la superioridad de aquella.

Terminado el banquete, la corte abandonó la Ermita, y volvió á tomar el camino del salon de San Jorge. A la una, la musica dió la señal de la segun-

da por la noche, que, como la primera, fue conducida por el emperador: esta era su despedida de la fiesta; porque en cuanto concluyó aquel baile, se retiró.

Confieso que recibí la noticia de su retirada con semejante placer: toda la noche había estado lleno de inquietud, pensando en que aquella magnífica fiesta podía ensangrentarse de un momento á otro, aunque me pareció imposible, notando la confianza que el soberano manifestó hacia su pueblo, ó mejor dicho, el padre hacia sus hijos, que no cayese el puñal de manos del asesino, sea quien fuera.

Así que se hubo retirado el emperador, la gente se fue marchando poco á poco. En palacio hacia cuarenta grados de calor, y fuera de él veinte y cinco de frío; era una diferencia de sesenta grados. En Francia se hubiera sabido ocho días después cuántas personas habían muerto víctimas de esta repentina y violenta transición, y habrían hallado medio de culpar al soberano, á los ministros ó á la policía, lo que hubiera proporcionado á los filántropos de la prensa una magnífica polémica; pero en San Petersburgo nada se sabía, y gracias á este silencio, las fiestas no se enlutaban al día siguiente. En cuanto á mí, gracias á un criado que por una extraña casualidad tuvo la inteligencia de estar en el punto en que le había yo mandado que me esperase, gracias á una triple capa de pieles y á un trineo bien cerrado, volví sin inconveniente al canal Catalina.

La segunda fiesta, que era la de la bendición de las aguas, tenía aquel año mayor solemnidad por

el desastre terrible de la reciente inundacion del Neva. Así es que hacia quince dias, poco mas ó menos, que los preparativos de la fiesta se hacian con una actividad visiblemente mezclada de un temor religioso, enteramente desconocido á los pueblos sin creencias. Estos preparativos consistian en la construccion sobre el Neva de un gran pabellon de forma circular con ocho ventanas, adornado con cuatro grandes cuadros y terminado en una cruz; se llegaba á él por una esplanada situada enfrente de la Ermita, y en medio de la tabla de hielo del edificio se debia abrir, la misma mañana de la fiesta, una gran abertura para que el sacerdote pudiese alcanzar hasta el agua, ó mas bien, para que el agua pudiera subir hasta donde estaba el sacerdote. El dia que debia apaciguar la cólera del río llegó por fin; á pesar del frio, que llegaba á veinte grados á las nueve de la mañana, los muelles estaban llenos de espectadores. En cuanto al río, se ocultaba enteramente bajo la multitud de curiosos. Confieso que no me atreví á mezclarme entre ellos, temiendo que, á pesar de la resistencia y espesor del hielo, no se rompiera bajo un peso tan enorme. Me deslicé por lo tanto como pude, y despues de tres cuartos de hora de trabajo, durante los cuales me previnieron por dos veces que mi nariz se helaba, llegué hasta un parapeto de piedra que guarnecia el muelle. Un vasto recinto circular estaba reservado alrededor del pabellon.

A las once y media la emperatriz y las grandes

duquesas tomaron sitio en un balcón de palacio cubierto de vidrieras, y se anunció á la multitud que el *Te-Deum* había concluido. Con efecto, se vió desembocar en el Campo de Marte á toda la guardia imperial, esto es, unos cuarenta mil hombres, que llegaron al son de las músicas militares, y formaron en batalla sobre el río, estendiéndose en una triple linea desde la embajada francesa hasta la fortaleza. En el mismo momento se abrió la puerta del palacio, y los estandartes, las santas imágenes y los cantores de la capilla aparecieron precediendo al clero presidido por el pontífice; despues llegaron los pajes y las banderas de los diversos regimientos de la guardia, llevados por los oficiales; luego el emperador, llevando á su derecha al gran duque Nicolás, á su izquierda al gran duque Miguel, y seguido de los grandes oficiales de la corona, ayudantes de campo y generales.

Desde que el emperador llegó á la entrada del pabellón, casi enteramente ocupada por el clero y los abanderados, el metropolitano dió la señal, y en el mismo momento se dejaron oír los cánticos sagrados entonados por mas de cien voces de hombres y niños, resonando con tal armonía, que no recuerdo haber oido nunca acentos tan melodiosos. Durante todo el tiempo de aquella oracion, esto es, por espacio de veinte y cinco minutos, el emperador, sin pieles, y con el uniforme únicamente, permaneció de pie, inmóvil y con la cabeza desnuda, arrostrando un clima mas poderoso que todos los emperadores

del mundo, y corriendo un peligro mas positivo que si se hubiese hallado al frente de cien cañones, delante de una linea de batalla. Esta imprudencia religiosa era tanto mas admirable para los espectadores, envueltos en sus capas y con la cabeza cubierta con sus gorras de pieles, cuanto que el emperador, aunque era jóven, estaba casi calvo; así que acabó este segundo *Te-Deum*, el metropolitano tomó una cruz de plata de manos de un niño de coro, y en medio de toda la multitud arrodillada, bendijo en voz alta el río, sumergiendo la cruz por la abertura practicada en el hielo, que permitía al agua subir hasta él. Tomó un vaso, que llenó de este agua sagrada, y lo presentó al emperador: después de esta ceremonia, llegó su vez á las banderas.

En el momento en que los estandartes se inclinaban á su vez para recibir la bendicion, un cohete salió del pabellon, y arrojó en el aire su blanco humo, oyéndose una terrible detonacion en el mismo instante: era toda la artilleria de la fortaleza, que, con sus voces de bronce, entonaba á su vez el *Te-Deum*. Las salvas se repitieron por tres veces durante la bendicion, y á la tercera el emperador se cubrió la cabeza, tomando el camino de palacio. En esta travesia pasó á pocos pasos de mí: aquella vez estaba triste mas que nunca; sabia que en medio de una fiesta religiosa no corría ningun peligro, y había vuelto á entrar en su melancolia habitual.

Así ipse se hubo alejado, el pueblo se precipitó á su vez en el pabellon; los unos, mojando sus ma-

nos en la abertura, hacian la señal de la cruz con el agua bendecida; otros llevaban vasos llenos, y otros sumergian enteramente á sus hijos, convencidos de que en aquel dia el frío del agua no tenia nada de peligro.

El mismo dia tiene lugar en Constantinopla igual ceremonia, solamente que, como allí el invierno no tiene brisas ni el mar hielos, el patriarca sube sobre su barco, arroja en la azulada agua del Bósforo la cruz santa, que un buzo recoge antes de que llegue al fondo del agua.

Inmediatamente despues de las ceremonias santas, vienen las alegrías profanas, de que siguiendo teatro la capa de hielo; estas alegrías se hallan subordinadas á la temperatura. A veces, cuando están construidas todas las barracas y tomadas todas las disposiciones; cuando las carreras no esperan mas que los caballos y las montañas rusas los aficionados, la veleta se vuelve repentinamente al Oeste, llegan de Finlandia bocanadas de un viento húmedo, el hielo se deshace, y la policía interviene: entonces, con gran dolor de la población de San Petersburgo, las barracas son derribadas y trasportadas al Campo de Marte, y aunque allí se hallan las mismas diversiones, no importa, el carnaval no tiene alicientes. El ruso es para el Neva lo que el napolitano para su Vesubio; cuando cesa de humear se teme que se apague, y el lazzaroni quiere mejor verle mortifero que muerto.

Afortunadamente no sucedió esto el invierno de

1825, y ni un instante, á Dios gracias, se temió el deshielo; de modo que mientras algunos bailes aristocráticos preludiaban los goces populares, se empezaron á construir numerosas barracas frente á la embajada francesa, estendiéndose de un muelle á otro; es decir, en una longitud de mas de dos mil pasos.

No se olvidaron las montañas rusas, y con gran admiracion mia, no me parecieron tan elegantes como nuestras imitaciones parisienses: no son ni mas ni menos que unas pendientes cóncavas formadas de tablas, sobre las que echan nieve y agua hasta que se forma una capa de unas seis pulgadas: en cuanto á los trineos, son una tabla que se encorva en una de sus extremidades. Los conductores se pasean entre la gente con su tabla debajo del brazo, reclutando aficionados. Cuando encuentran un parroquiano, suben con él por una escalera colocada al lado opuesto de la bajada, hasta la cima de la montaña: el aficionado ó aficionados se coloca delante, con los pies apoyados en el reborde de la tabla; el conductor se acomoda detras, y dirige su trineo con una destreza tanto mas necesaria, cuanto que los lados de la montaña están sin resguardo alguno, y seria inevitable el precipitarse si el trineo se desviase de su camino.

Los demas entretenimientos se asemejan mucho á los de nuestros Campos-Eliseos en los dias de público regocijo; hay alcides de todos los paises, gabinetes de figuras de cera, gigantes y enanos, y to-

do esto anunciado con músicas feroces. A lo que yo pude juzgar por los gestos y por las farsas de que se valian para atraer gente, tenian una completa semejanza con los nuestros, aunque todos se distinguian por algunas modificaciones propias del pais. Una de las farsas que me pareció atraia mas gente fue la de un buen padre de familia, impaciente por ver á su hijo pequeño, que debe llegar aquel mismo dia de una aldea adonde le ha mandado á criar. Pronto se presenta la nodriza, teniendo al infante tan envuelto, que solo se percibe la estremidad de un pequeño hocico negro. El padre, loco de alegría con su progenitura, que da espantosos gruñidos, dice que se le parece enteramente en la parte física, y á su madre en la amabilidad. Al oír esta galantería, sale la madre, y se traba una muy seria discusion, de la que resulta una riña: cada uno tira del chico por su lado, hasta que, sacándole de las envolturas, aparece un oso recien nacido, enmedio de los aplausos del público, y el padre entonces empieza á notar que le han cambiado á su hijo.

Durante la última semana del carnaval, mascaras nocturnas recorren las calles de San Petersburgo, yendo de casa en casa, como sucede en nuestras ciudades de provincia. Uno de los disfraces mas en boga es el parisense. Consiste este en un frac de sedones desmesurados, un cuello de camisa muy almidonado, que sale tres ó cuatro pulgadas fuera de la corbata, una enorme chorrera y un sombrero de paja; la caricatura se completa con infinitad de chu-

cherias y cadenas pendientes del cuello , y arrollándose á la cintura. Desgraciadamente cuando los enmascarados son reconocidos cesa la franqueza, la etiqueta recobra sus derechos, y el polichinela se vuelve escelencia , lo que no deja de quitar algo de la diversion.

El pueblo, para desquitarse anticipadamente de las privaciones de la cuaresma, se da gran prisa á comer toda la carne y á beber todos los licores que puede; pero cuando dan las doce de la noche del domingo, pasa de la orgia al ayuno, y esto con tal religiosidad, que la cena, suspendida á la primera campanada, es presa de los perros á la última. Entonces todo cambia de aspecto, los ademanes lascivos se convierten en signos de la cruz, y las bacanales se trasforman en oraciones: enciéndense velas delante del santo patrono de la casa , y las iglesias, desiertas hasta entonces y que parecian enteramente olvidadas , son pequeñas para la gente que acude á ellas.

A pesar de todo, estas fiestas, por brillantes que sean aun, han degenerado mucho en comparacion de lo que eran en otros tiempos. En 1740 la emperatriz Ana Ivanowna resolvió eclipsar todas las que hasta entonces se habian hecho de este género, y quiso dar una de esas fiestas que solo puede dar una emperatriz de Rusia. Con este motivo fijó para los últimos dias del carnaval las bodas de su bufon, y envió una orden á todos los gobernadores para que le enviaras una pareja de cada clase de

los habitantes de su distrito, con su traje nacional y con el equipaje correspondiente. Las órdenes de la emperatriz fueron ejecutadas al pie de la letra, y en el dia señalado, la poderosa soberana vió llegar una diputacion de cien pueblos diferentes, algunos de los cuales apenas conocia de nombre. Eran esos los kantchadales y los lapones en trineos, tirados unos por perros, otros por renos; el kalmuco sobre sus vacas, el bucharo sobre sus camellos, el indio sobre sus elefantes, y el ostiako sobre sus patines. Entonces, y por la vez primera, se hallaron frente á frente, procedentes de los estremos del imperio, el rojo finés y el circasiano de negros cabellos, el gigante ucraniano y el pigmeo samoyedo; por ultimo, el innoble baschir, á quien sus vecinos los kirghis llaman *istaki*, esto es, sucio, y el hermoso habitante de la Georgia y de la Yaroslava, cuyas jóvenes hacen el honor de los harems de Constantinopla y de Túnez.

Conforme iba llegando cada diputado de cada pueblo, era colocado, segun el pais que habitase, bajo una de las banderas que estaban dispuestas: la primera representaba la primavera, la segunda el verano, la tercera el otoño, y la cuarta el invierno: luego que acudieron todos, principió una mañana aquella extraña comitiva á desfilar por las calles de San Petersburgo, y aquella procesion, repetida por espacio de ocho días, no llegaba todavía á satisfacer la pública curiosidad.

Llegó al fin el dia de la ceremonia nupcial. Los

nuevos desposados, despues de haber oido misa en la capilla del palacio, se dirigieron, acompañados de su escolta burlesca, á la casa que les habia hecho preparar la emperatriz, y que era digna por su rareza del resto de la fiesta. Era un palacio completo, tallado en el hielo, de cincuenta pies de largo y veinte de ancho, con sus adornos esteriores e interiores, sus mesas, sus sillas, sus candelabros, sus platos, sus estatuas y su lecho nupcial transparentes; sus galerías encima del techo; su fróntis encima de la puerta, todo ello pintado de un modo que imitaba perfectamente el mármol verde, y defendido por seis cañones de hielo, uno de los cuales, cargado con libra y media de pólvora y una bala, los saludó á su llegada y envió su proyectil á que taladrase á sesenta pasos una tabla de dos pulgadas de grueso. Pero el objeto mas curioso de aquel palacio invernal era un colosal elefante, montado por un persa pertrechado de todas armas, y conducido por dos esclavos: mas feliz este que su cofrade el de la Bastilla, unas veces fuente y otras fanal, arrojaba por su trompa de dia agua y de noche fuego: de vez en cuando, y como es costumbre en esos animales, merced á ocho ó diez hombres que se introducian en su cuerpo vacío por las patas horadadas, lanzaba gritos terribles, que eran oídos de un extremo á otro de San Petersburgo.

Por desgracia semejantes fiestas, aun en Rusia, son esimeras. La cuarentena envió á los cien pueblos á sus países, y el calor derritió el palacio. Desde

entonces no ha vuelto á verse cosa semejante, y á cada año nuevo parece que el carnaval va siendo mas triste.

El de 1825 fue menos alegre aun que de costumbre, y solo pareció ser el espectro de sus gozosos predecesores, y era que la melancolia, cada vez mayor, del emperador Alejandro, se había difundido á la vez sobre la corte, que temía desagraderle, y sobre el pueblo, que compartía sus pesares sin conocerlos.

Como algunos han dicho que esos pesares eran remordimientos, referiremos fielmente lo que los había causado.

IV.

Pablo I, á la muerte de Catalina II, su madre, subió al trono, del que habría sido sin duda desterrado para siempre si su hijo Alejandro hubiese querido prestarse á los designios que tenían sobre él. Desterrado por mucho tiempo de la corte, separado siempre de sus hijos, de cuya educación se había encargado su abuela, el nuevo emperador traía á la administracion de los asuntos supremos, dirigidos por tanto tiempo por el genio de Catalina y la fidelidad de Potemkin, un carácter desconfiado, huraño y raro, que hizo del corto periodo en que permaneció sobre el trono un espectáculo casi incomprendible para los pueblos vecinos suyos y los reyes sus hermanos.

El grito lastimero que había arrojado Catalina II,

despues de treinta y siete horas de agonía, habia proclamado en el palacio á Pablo I autócrata de todas las Rusias. A aquel grito, la emperatriz María habia caido á los pies de su marido con sus hijos, y lo habia saludado la primera como á czar. Pablo los levantó del suelo, asegurándoles de sus bondades imperiales y paternales. Al punto, la corte, los jefes de los departamentos y del ejército, los grandes señores y los cortesanos, pasaron por delante de él sucesivamente, prosternándose por orden numérico, segun la condicion y antigüedad de cada cual, y tras ellos un destacamento de guardias, conducidos á palacio con los oficiales y guardias que llegaron de Gatchina, antigua residencia de Pablo, juraron fidelidad al soberano á quien la víspera custodiaban aun, mas bien para responder de él que para darle honor, y no tanto como heredero de la corona que como prisionero. Casi al mismo instante las voces de mando, el ruido de las armas, el sonar de las botas y el sonido de las espuelas se oyeron en aquellas habitaciones en donde la gran Catalina acababa de dormirse para siempre. Al dia siguiente, Pablo I fue proclamado emperador, y su hijo Alejandro czar-wich ó heredero presunto de la corona.

Pablo subia al trono despues de treinta y cinco años de privaciones, de destierro y de desprecio; y á la edad de cuarenta y tres años se hallaba dueño del reino en donde el dia antes no tenia mas que una prision. Durante esos treinta y cinco años habia sufrido mucho, y por consiguiente aprendido mu-

cho; así es que apareció sobre el trono con los bolsillos llenos de reglamentos redactados durante el destierro, reglamentos que, con extraño afán, se apresuró á poner en ejecución unos tras otros, y a veces todos juntos.

En primer lugar, procediendo de una manera opuesta á la de Catalina, hácia quien su rencor, lentamente agriado y transformado en odio, traspiraba en todas sus acciones, se rodeó de sus hijos, una de las familias soberanas mas hermosas y ricas del mundo, y nombró al gran duque Alejandro gobernador militar de San Petersburgo. En cuanto á la emperatriz María, que había tenido hasta entonces fuertes razones para quejarse de su alejamiento, le vió con cierta sorpresa mezclada de temor volver á ella bueno y afectuoso. Sus rentas fueron aumentadas en un doble, y, sin embargo, todavía dudaba; pero muy luego sus caricias acompañaron á sus beneficios, y entonces no tuvo ya duda alguna, porque poseía una alma santa de madre y un noble corazón de mujer.

Por una manía de oposición, que le era familiar y que se revelaba siempre en el momento en que menos se esperaba, el primer ukase que espidió Pablo fue para suspender una quinta recientemente decretada por Catalina, y que comprendía en todo el reino á un siervo por cada ciento. Esta disposición era mas que humana, era política, porque conciliaba á la vez al nuevo emperador el reconocimiento de la nobleza, sobre la que pesaba aquel diezmo militar;

y el amor de los aldeanos, que lo prestan corporalmente.

Zubow, el último favorito de Catalina, creia haberlo perdido todo con perder á su soberana, y temia, no solo por su libertad, sino por su vida. Pablo I le hizo venir, le confirmó en sus cargos, y le dijo, entregándole el baston de comandante que lleva el ayudante general, á quien habia despedido:— «Continuad deseimpediando vuestros cargos en las tropas de mi madre: espero que me servireis tan fielmente como á ella.»

Kosciusko habia sido preso y estaba en la casa del difunto conde de Anhalt, bajo la custodia de un mayor, que nunca se separaba de su lado y comia con él. Pablo fue á sacarle de allí él mismo y á anunciarle que estaba libre. Como en el primer momento el general, lleno de admiracion y sorpresa, hubiese dejado al emperador retirarse sin darle las gracias, le hizo conducir á palacio con la cabeza envuelta en las vendas, pues aun se hallaba débil y con las heridas abiertas. Introducido á presencia del emperador, Pablo le concedió tierras y súbditos dentro de su reino; pero Kosciusko se negó á admitirlas, y le pidió en cambio una suma de dinero para vivir donde mejor le pareciese. Pablo le dió cien mil rublos y Kosciusco se marchó á Suiza.

Enmedio de todos estos decretos, que, destruyendo los temores de todos, presagiaba un noble reinando, llegó el momento de tributar los honores fúnebres á la emperatriz. Entonces Pablo I resolvíó cum-

plir con un doble deber filial. Hacia treinta y cinco años que el nombre de Pedro III no había sido pronunciado sino en voz baja en San Petersburgo. Pablo I marchó al convento de San Alejandro Nieuiski, donde había sido enterrado el desgraciado emperador, hizo que le enseñaran la olvidada tumba de su padre, mandó abrir el ataúd, se arrodilló ante los augustos restos que encerraba, y quitando el guante que cubría la mano del esqueleto, la besó repetidas veces. Despues de haber hecho oracion por mucho tiempo, mandó subir el ataúd á la iglesia, dando orden de que se le hiciesen las mismas exequias que á Catalina, cuyo cuerpo se hallaba espuesto en uno de los salones del palacio. Por ultimo, habiendo llevado en el retiro donde vivia, hacia mas de treinta años, al baron Ungern Sternberg, antiguo servidor de su padre, le hizo venir á palacio, y le llevó á un salon donde estaba el retrato de Pedro III, diciéndole :

—Os he mandado venir para que , á falta de mi padre, este retrato sea testigo de mi reconocimiento hacia sus fieles amigos.

Y habiéndole llevado al lado de aquella imagen como si sus ojos pudieran ver lo que iba á pasar, abrazó al anciano guerrero , le hizo general en jefe, y le dió el cordon de San Alejandro Nieuiski , encargándole que hiciese el servicio al lado del cuerpo de su padre con el mismo uniforme que había llevado siendo ayudante de Pedro III.

Llegó el dia de la fúnebre ceremonia; Pedro III

no habia sido coronado nunca, y este fue el pretesto de que se valieron para enterrarle como á un particular en la iglesia de San Alejandro Nieuksi. Pablo I hizo coronar su ataúd, y le mandó trasportar al palacio para que fuese espuesteo al lado del cuerpo de Catalina; desde allí los restos de ambos soberanos fueron trasportados á la ciudadela, colocados en la misma sala, y por espacio de ocho días los cortesanos por adulacion y el pueblo por amor vinieron á besar la mano livida de la emperatriz y el ataúd del emperador.

Al pie de esta doble tumba, adonde fue tambien como los demás, Pablo I pareció haber olvidado su piedad y su prudencia. Aislado en su palacio de Gatchina con dos é tres compañías de guardias, habia tomado la costumbre de las minuciosidades militares, y pasaba á veces horas enteras limpiando los botones de su uniforme con el mismo esmero y asiduidad que Potemkin limpiaba sus diamantes. Así es que desde el mismo dia de su advenimiento todo habia cambiado de aspecto en el palacio, y el nuevo emperador habia empezado, antes de ocuparse de los negocios del estado, á poner en ejecucion todos los cambios que pensaba introducir en el ejercito y en el uniforme de los soldados. A las tres de la tarde del mismo dia bajó al patio para hacer maniobrar á los soldados á su manera y para enseñarles el ejercicio segun su nuevo método. Esta revista, que se repitió diariamente, tomó el nombre de *wacht-parada*, y llegó á ser, no solo la institucion mas

importante de su gobierno, sino tambien el punto céntrico de toda la administración del reino. En esta parada se publicaban los decretos, daba sus órdenes y se hacia presentar á sus oficiales; allí era donde entre los dos grandes duques, Alejandro y Constantino, todos los días, por espacio de tres horas, y por mucho frio que hiciera, sin pieles, con su calva cabeza descubierta, una mano en la cadera, y con la otra levantando y bajando alternativamente su baston, gritando: *¡Paz, dva! ¡raz, dva!* (*juno, dos! juno, dos!*) se le veia moviéndose, sin cesar para entrar en calor, y poniendo su amor propio en arrostrar veinte grados de frio.

Muy pronto aquellos detalles militares llegaron á ser negocios de estado; se cambió el color de la escarapela rusa, que era blanca, para sustituirla con la escarapela negra con una lista amarilla, porque decía el emperador, con razon, que lo blanco se distingue desde muy lejos, y puede servir de punto de mira, mientras que lo negro se confunde con el color del chacó, y, gracias á esta identidad de color, el enemigo no sabe dónde apuntar. Pero no se redujo á esto únicamente la reforma, sino que alcanzó al color del plamero, á la longitud de las botas y á los botones de los botines, de tal modo, que la mayor prueba de celo que podía darse al emperador era el aparecer al dia siguiente en la wacht-parada con las reformas introducidas la víspera, y más de una vez esta celeridad en someterse á sus

mas insignificantes voluntades fue honrada con una cruz ó recompensada con un grado.

Aunque Pablo I tenía una especial predilección por sus soldados, á quienes vestía y desnudaba como pudiera hacer una niña con su muñeca, su afán de reformas se estendió algunas veces á la clase del pueblo. La revolución francesa, que había hecho muy de moda los sombreros redondos, le había hecho aborrecerlos: así es que una hermosa mañana apareció un decreto que prohibía el uso del sombrero redondo en San Petersburgo. Fuese ignorancia ó fuese oposición, el decreto no tuvo un efecto tan rápido como hubiera deseado el emperador, de modo que fue preciso colocar en todos los esquinazos de las calles cosacos y soldados de la policía con orden expresa de apoderarse de los sombreros de los recalcitrantes: el mismo emperador recorría las calles en su trineo para ver cómo se ejecutaban sus órdenes. Iba ya á entrar en su palacio muy satisfecho, cuando vió á un inglés, que, creyendo sin duda que aquel mandato era un atentado contra la libertad individual, había conservado su sombrero redondo. El emperador se detuvo, y mandó á uno de sus oficiales fuese á quitar el sombrero al impertinente isleño que tenía el descaro de presentarse de aquel modo delante del Almirantazgo: el oficial partió á galope, y llegando adonde estaba el culpado, le halló cubierto con un sombrero de tres candiles. El enviado volvió hacia el emperador, y le dió cuenta de su comisión: este, que creyó que sus ojos le habían en-

gañado, sacó su anteojos, y le dirigió al inglés, que continuaba gravemente su camino. El oficial se había equivocado; el inglés llevaba un sombrero redondo: así es que el pobre militar fue arrestado, y un ayudante de campo fue enviado á su vez: deseoso de complacer al emperador, sale con su caballo á escape, y á pocos instantes alcanza al inglés. El emperador había visto mal, pues el inglés llevaba un sombrero de tres candiles. El ayudante de campo, muy mustio, volvió hacia donde estaba el príncipe, y le da la misma respuesta que el oficial. El emperador vuelve á dirigir su anteojos, y el ayudante fue mandado también arrestado como el oficial. El inglés llevaba un sombrero redondo. Entonces un general se ofrece á cumplir la comisión que había sido tan fatal á sus dos antecesores, y se dirige hacia el inglés, sin apartar de él un momento la vista. Entonces notó que, á medida que se acercaba, el sombrero cambiaba de forma, pasando de la forma redonda á la triangular. Temiéndose una desgracia como la del oficial y la del ayudante de campo, condujo al inglés delante del emperador, y todo quedó explicado. El digno isleño, para conciliar su orgullo nacional con el capricho del soberano extranjero, había mandado confeccionar un fieltro, que, por medio de un resorte oculto en lo interior, pasaba repentinamente de la forma prohibida á la forma legal. El emperador halló la idea feliz; levantó el arresto al oficial y al ayudante de campo, y permitió al inglés llevar en adelante el sombrero que quisiese,

:

El decreto sobre carruajes siguió al de los sombreros. Cierta mañana se prohibió enganchar los caballos á la usanza rusa; es decir, montando el postillon el caballo de la derecha y llevando el otro á la mano izquierda. Habían concedido quince días á los dueños de las carrozas, landas y droschkias para procurarse los harnesses á la alemana; después de cuyo tiempo la policía estaba encargada de cortar los tiros de los carruajes que no hubiesen adoptado la innovacion. Las reformas pasaron de los carruajes á los cocheros: los iroschiks recibieron órden de vestir á la alemana, de manera que les fue preciso, aunque con gran sentimiento, cortarse la barba y coser al cuello de su casaca una coleta, que permanecia siempre en el mismo sitio, aunque volviesen la cabeza á uno y otro lado. Un oficial, que no había tenido aun el tiempo suficiente para hacer la innovación, tomó el partido de ir á la wachtparada á pie antes que irritar al emperador con un carruaje prohibido. Envuelto en un gran ropón forrado de pieles, había entregado su espada á un soldado para que se la llevase, cuando fue encontrado por Pablo I, que notó esta infraccion de la disciplina: el oficial fue hecho soldado, y el soldado oficial.

En todos estos reglamentos no se dejaba olvidar la etiqueta. Un decreto antiguo mandaba que cuando se encontrara en las calles al emperador, la emperatriz ó al principe, todo el mundo parase su carruaje ó su caballo, y bajando de uno ó de otro se

prosternarse en el suelo, en el lodo ó en la nieve. Este homenaje, tan difícil de rendir en una capital donde pasan á cada momento y en cada calle miles de carruajes, había sido abolido en el reinado de Catalina; pero Pablo le restableció en todo su vigor á su advenimiento al trono; un oficial general, cuyos criados no habían reconocido el carruaje del emperador, fue desarmado y arrestado; llegó el término de su reclusión, y queriendo devolverle su espada, se negó á aceptarla, diciendo que era una espada de honor que le había sido regalada por Catalina, con el privilegio de que jamás pudiera quitársela. Pablo examinó la espada, y vió que era de oro y adornada con diamantes; entonces mandó venir al general, y le entregó por su mano la espada, diciéndole que no tenía ningún resentimiento contra él, pero que, sin embargo, le mandaba marchar al ejército en el término de veinte y cuatro horas.

Desgraciadamente las cosas no terminaban siempre de una manera tan sencilla. Un dia, uno de los mas valientes brigadiers del emperador, Mr. de Likarew, habiendo caido enfermo en el campo, su mujer, que no quería confiar á nadie tan importante comisión, viajó á San Petersburgo á buscar un médico; pero quiso su desgracia que se encontrase con el carruaje del emperador; como hacia tres meses que ella y sus criados estaban ausentes de la capital, ninguno había oido hablar del nuevo decreto; así es que su carruaje pasó á poca distancia del emperador, que se pasaba á caballo. Semejante infrac-

ción de sus órdenes le irritó mucho, y envió sus ayudantes de campo al carruaje rebelde, con orden de reclutar para soldados á los cuatro criados y conducir los amos á la cárcel. La orden fue ejecutada: la mujer se volvió loca, y el marido murió.

La etiqueta no era menos severa en el interior del palacio que en las calles de la capital: todo cortesano admitido á un besamanos debía hacer resonar el beso en su boca y el suelo con su rodilla; el principe Jorge Galitzin fue arrestado por no haber hecho una reverencia bastante profunda y haber besado la mano negligentemente.

Estos hechos extravagantes, que tomamos á la casualidad de la vida de Pablo I, habian á los cuatro años hecho imposible un reinado mas largo, porque de dia en dia iba desapareciendo la poca razon que quedaba al emperador, para dar lugar á una nueva locura, y las locuras de un soberano tan poderoso, cuya menor señal es una orden ejecutada al momento, son cosas muy peligrosas. Así es que Pablo conocia instinctivamente que le amenazaba un peligro desconocido, pero real. Estos temores prestaban aun á su espíritu una movilidad mas caprichosa. Hallábase casi enteramente retirado en el palacio de San Miguel, que habia hecho edificar en el antiguo terreno del palacio de Verano: este palacio, pintado de encarnado para halagar el gusto de una de sus queridas, que habia ido una noche á la corte con guantes de este color, era un macizo edificio de bastante mal gusto, erizado enteramente de bastio-

nes, y donde únicamente se creia seguro el emperador.

Sin embargo, en medio de los suplicios, de los destierros y de las desgracias, dos favoritos habian permanecido como arraigados en su sitio: el uno era Koutaisoff, antiguo esclavo turco, que del rango de barbero de Pablo habia llegado á ser regente, y, sin mérito alguno para ello, uno de los principales personajes del imperio: el otro era el conde Pahlen, gentil-hombre curlandés, mayor general en el reina-
do de Catalina II, y que la amistad de Zoubow, ultimo favorito de la emperatriz, habia elevado al rango de gobernador civil de Riga. Sucedió que el emperador Pablo, algun tiempo antes de su advenimiento al trono, pasó por esta ciudad, en la época en que se hallaba casi proscripto, y en que los cortesanos apenas se atrevian á hablarle. Pahlen le rindió los honores de un príncipe heredero, y Pablo, que no estaba habituado á semejantes demostraciones, guardó el recuerdo en su corazón; de manera que así que subió al trono, acordándose de la recepcion que le había hecho Pahlen, le mandó venir á San Petersburgo, le condecoró con las primeras órdenes del imperio, y le nombró jefe de los guardias y gobernador de la ciudad, en lugar del gran duque Alejandro, su hijo, cuyo respeto y amor no habian podido desarmar su desconfianza.

Pero Pahlen, gracias á la posición elevada que ocupaba al lado de Pablo, y que había conservado contra costumbre por espacio de cerca de cuatro

años, estaba más próximo que nadie á apreciar la instabilidad de las cosas humanas. Había visto subir y descender á tantos, había visto á tantos otros caer y estrellarse, que no comprendía cómo el dia de su caída no había aun llegado, y resolvió prevenirlo por la del emperador. Zoubow, su antiguo protector, el mismo á quien el emperador había nombrado ayudante general de campo de palacio, y á quien había confiado la custodia del cadáver de su madre; Zoubow, el antiguo protector de Pahlen, cas repentinamente en desgracia, viendo una mañana el sello puesto en su chancillería, sus dos principales secretarios, Altesti y Gribouski, arrojados escandalosamente, y todos los oficiales de su estado mayor y de su séquito obligados á reunirse inmediatamente á los cueros ó á presentar sus dimisiones. En cambio de todo esto, el emperador, por una extraña contradicción, le regaló un palacio, pero su desgracia no era por eso menos verdadera, porque al dia siguiente le destituyeron de todos sus cargos; al otro le pidieron la dimisión de veinte y cinco ó treinta empleos que desempeñaba, y no había pasado aun una semana, cuando obtuvo el permiso, ó mas bien recibió la orden de salir de Rusia: Zoubow se retiró á Alemania, donde, rico, jóven y buen mozo, cargado de condecoraciones y lleno de talento, hacia honor al buen gusto de Catalina, probando que había sido grande hasta en sus debilidades.

Allí sue á buscarle un message de Pahlen; sin duda Zoubow se había ya quejado á su antiguo pro-

tegido de su destierro, y Pablo no hacia mas que responder á una de sus cartas. Esta respuesta contenía un consejo, que era el de fingir la intención de casarse con la hija del favorito Koutaisoff, no dudando que el emperador, halagado por esta petición, pero mitiese al desterrado volver á San Petersburgo, y ya en la capital verian lo que se había de hacer.

El plan propuesto fue seguido: una mañana Koutaisoff recibió una carta de Zoubow en que le pedía la mano de su hija. El encumbrado barbero, halagado en su orgullo, corrió al momento al palacio de San Miguel, se arrojó á los pies del emperador, y le suplicó con la carta de Zoubow en la mano que colmase su fortuna y la de su hija aprobando este matrimonio y permitiendo volver al desterrado. Pablo echó una rápida ojeada sobre la carta que Koutaisoff le presentaba, y se la devolvió despues de haberla leido.

—Esta es la primera idea razonable que pasa por la cabeza de ese loco, dijo el emperador; que vuelva.

Quince dias despues Zoubow se hallaba en San Petersburgo, y con el consentimiento de Pablo hacía la corte á la hija del favorito.

Oculta bajo este velo fue como se formó y se desarrolló la conspiración; reclutando cada dia nuevos descontentos; al principio los conjurados no hablaron mas que de una sencilla abdicación, de una sustitución de persona, y nada mas; Pablo debía ser enviado con una buena escolta á una provincia lejana

del imperio, y el gran duque Alejandro, de quien disponian sin su consentimiento, subiria al trono. Solo muy pocos sabian que se desenvainaria el puñal en vez de la espada, y que una vez sacado, no volveria sino ensangrentado á la vaina.

Estos conocian á Alejandro; sabian que no aceptaria la regencia, y se hallaban resueltos á proporcionarle una sucesion.

Sin embargo, Pahlen, aunque jefe de la conspiracion, habia evitado cuidadosamente el dar ninguna prueba contra si; de modo que, segun la marcha de los sucesos, podia secundar á sus compafieros ó socorrer á Pablo. Esta reserva por su parte daba cierta frialdad á las deliberaciones, y las cosas hubiesen marchado asi l醗uidamente un a駉 entero, si no las hubiese apresurado el mismo con una singular estratagema; pero que con el conocimiento que tenia del car醙ter de Pablo, sabia que debia producir efecto. Escribio al emperador una carta an鷖ima, en la que le advertia del peligro que le amenazaba; á esta carta iba unida una lista con el nombre de todos los conjurados.

El primer movimiento de Pablo al recibir esta carta fue el doblar las centinelas del palacio de San Miguel y llamar á su lado á Pahlen.

Pahlen, que aguardaba este llamamiento, se presentó en el mismo instante, y halló á Pablo I en su alcoba, que se hallaba situada en el piso principal. Era esta una gran sala cuadrada, con una puerta enfrente de la chimenea, dos ventanas que daban á

un patio; una cama enfrente de estas dos ventanas, y á los pies de esta cama una puerta secreta que daba al cuarto de la emperatriz; ademas, una trampa, conocida solo del emperador, que se abria apretando en cierto lado con el tacón de la bota; esta trampa daba sobre una escalera, y la escalera daba á un corredor, por el que se podia salir del palacio.

Pablo se paseaba muy agitado, acompañando sus paseos de terribles amenazas, cuando la puerta se abrió, y apareció en ella el conde. El emperador se volvió hacia ella, y parándose con los brazos cruzados sobre el pecho, y con los ojos fijos en Pahlen, le dijo:

—Conde, sabeis lo que pasa?

—Sé únicamente, respondió Pahlen, que mi buen soberano me ha mandado llamar, y me apresuro á recibir sus órdenes.

—Pero sabeis el motivo por qué os he mandado llamar? dijo Pablo con un ademán de impaciencia.

—Espero respetuosamente que V. M. se digné decírmelo.

—Os he mandado llamar, porque, se trata una conspiración contra mi persona.

—Ya lo sabia, señor.

—Cómo! ¿Vos lo sabeis?

—Sin duda, puesto que soy uno de los cómplices.

—Pues bien! Acabo de recibir la lista de los conjurados. Vedla aquí.

—Y yo señor tengo otra igual. Aquí la tieneis.

—¡Pahlen! murmuró Pablo asustado y sin saber aun à qué atenerse.

—Señor, continuó el conde: pdveis comparar ambas listas, y si el delator está bien informado, de-
ben ser iguales.

—Vedla, dijo Pablo.

—Sí, esta es, dijo Pahlen con indiferencia; sola-
mente que se han dejado tres personas.

—¿Cuáles? preguntó vivamente el emperador.

—Señor, la prudencia me impide el no nombrarlas; pero despues de la prueba que acabo de dar á V. M. de la exactitud de mis informes, espero que se dignará concederme una entera confianza, y descansará en mi celo.

—Nada de rodeos! exclamó Pablo con toda la energía que le inspiraba su terror: ¡quién es! Quiero saber ahora mismo quiénes son.

—Señor, respondió Pahlen inclinando la cabeza: el respeto me impide revelar sus augustos nom-
bres.

—Ya entiendo, repuso Pablo con sorda voz y di-
rigiendo una mirada hacia la puerta secreta que conducía á la habitacion de su esposa. ¡Quereis de-
cir la emperatriz, no es verdad? Quereis decir el
principe Alejandro y el gran duque Constantino.

—Si la ley no debe conocer sino á aquellos á
quienes puede alcanzar...

—La ley alcanzará á todo el mundo, y el crimen,
por ser mas grande, no será menos castigado. Pahlen,

ahora mismo vás á arrestar á los dos grandes duques, y mañana saldrán para Schlusselborg: en cuanto á la emperatriz, yo veré lo que he de hacer, y respecto á los demás conjurados, á vos os toca disponer de ellos.

—Señor, dijo Pahlen: dadme la orden por escrito, y por elevada que sea la cabeza á quien se refiera, por grandes que sean las personas de quienes se trate, yo la cumpliré.

—¡Buen Pahlen! exclamó el emperador; tú eres el único servidor fiel que me queda; vela sobre mi, Pahlen, porque veo que todos desean mi muerte menos tú.

Dichas estas palabras, Pablo firmó la orden de arresto de los dos grandes duques, y la entregó á Pahlen. Esto era quanto deseaba el intrigante conjurado: provisto de estas órdenes, corrió á la casa de Platon Zoubow, donde sabia que se hallaban reunidos los conjurados.

—Todo se ha descubierto, les dijo; aqui tengo la orden para arrestarlos, y no hay que perder un solo momento: esta noche soy aun gobernador de San Petersburgo; mañana estaré tal vez preso. Ved lo que pensais hacer.

No habia lugar á la duda, porque la duda era el cadalso ó á lo menos la Siberia. Los conjurados se citaron para aquella misma noche en casa del conde Talitzin, coronel del regimiento de Preebrajenski, y como no eran en bastante número, resolvieron

autentarlo con los descontentos arrestados aquel mismo dia.

El dia había sido bueno, porque en la madrugada habían sido degradados y condenados á prisión unos treinta oficiales pertenecientes á las mejores familias de San Petersburgo, por faltas que apenas merecen una reconvención. El conde mandó que una docena de trineos se hallasen dispuestos á las puertas de las diferentes prisiones donde se hallaban los que querían asociarse, y despues, viendo á sus cómplices decididos, se volvió á casa del principe Alejandro.

Este acababa de encontrar á su padre en un corredor de palacio; fue hacia él como tenía de costumbre; pero Pablo, indicándole con la mano que se retirase, le hizo volverse á su cuarto y permanecer en él hasta nueva orden. El conde le halló tanto mas inquieto, quanto que ignoraba la causa de la cólera que había leido en los ojos del emperador: así es que apenas vió á Pahlen, cuando le preguntó si se hallaba encargado por su padre de alguna orden referente á él:

—Ay! respondió Pahlen; si, alteza: me hallo encargado de una orden terrible.

—¿Cuál? preguntó Alejandro.

—La de asegurarme de la persona de V. A. y pedirle su espada..

—Mi espada? ¿Y por qué?

—Porque desde este momento sois mi prisionero.

—¡Ya preso! ¡Y de qué crimen se me acusa, Pahlen?

—V. A. imperial no ignora que en este país desgraciadamente se incurre en el castigo sin haber cometido ofensa alguna.

—El emperador es doblemente dueño de mi suerte, dijo Alejandro, como soberano y como padre: enseñadme la orden, y estoy pronto a someterme á ella.

El conde le entregó la orden: Alejandro la abrió, besó la firma de su padre, y empezó á leer; cuando llegó á la parte que concernía á Constantino, esclamó:

—¡Mi hermano tambien! Yo creia que la orden se referia únicamente á mí.

Pero así que hubo llegado á lo que concernia á la emperatriz, no pudo contenerse.

—¡Oh, madre mia! dijo: ¡virtuosa madre mia! ¡Este ángel del cielo, descendido entre nosotros! ¡Eso ya es demasiado, Pahlen; es demasiado!

Y cubriéndose el rostro con sus manos, dejó caer al suelo la orden.

Pahlen creyó que había llegado el momento favorable.

—Monseñor, le dijo, arrojándose á sus pies: escuchadme. Es preciso prevenirse para grandes desgracias, y preciso es poner un término á los estravíos de vuestro augusto padre; hoy ataca á vuestra libertad; mañana tal vez atacará vuestra...

—¡Pahlen!

—Monseñor, acuerdos de Alejo Petrowitch.

—Pahlen, calumniais á mi padre.

—No, monseñor; porque no es su corazón, sino su razon, la que yo acuso. Tantas contradicciones inesplícables, tantos decretos imposibles de llevar á cabo, tantos inútiles castigos no se pueden explicar sino por la influencia de una terrible enfermedad. Todos los que rodean al emperador le dicen, y le repiten los que se hallan lejos de él. Monseñor, vuestro desgraciado padre está loco.

—Dios mio!

—Ahora bien, monseñor; es preciso salvarle de si mismo. No soy yo quien os doy este consejo, sino la nobleza, el senado, el imperio todo, y yo no soy en este momento mas que su intérprete: es preciso que el emperador abdique en vuestra favor.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro retrocediendo; ¡qué es lo que decís? ¡Quereis que yo suceda á mi padre vivo, que le usurpe la corona y el cetro? Vos sois quien estais loco, Pahlen... ¡Oh, nunca, nunca!

—Pero, monseñor, ¿habeis visto esta orden? ¿Creeis que se trata solamente de una prisión? No, creedme; los días de V. A. están en peligro.

—¡Salvad á mi hermano! ¡Salvad á la emperatriz! ¡Eso es cuanto os pido! exclamó Alejandro.

—¿Y puedo yo hacerlo? dijo Pahlen; ¡la orden no es para ellos lo mismo que para vos? Una vez presentes, ¿quién os asegura que aduladores demasiado solicitos no se adelantarán á la voluntad del empera-

dor, creyendo servirle? Volved los ojos hacia Inglaterra, monseñor; otro tanto sucede allí: aunque un poder menos estenso hace el peligro menor, el príncipe de Gales se halla dispuesto á tomar la dirección del gobierno, y sin embargo, la locura del rey Jorge es una locura inofensiva. Y, en fin, monseñor; tal vez aceptando lo que os ofrezco salveis, no solo la vida del gran duque y de la emperatriz, sino la de vuestro mismo padre.

—¿Qué quereis decir?

—Digo que el cetro de Pablo I se hace tan insopportable, que la nobleza y el senado están decididos á poner término á su reinado por cualquier medio que sea. ¿Rehusais una abdicación? Tal vez mañana mismo os vereis obligado á perdonar un asesinato.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro: ¿me será permitido ver á mi padre?

—Imposible, monseñor; tengo órden expresa de prohibiros la entrada en su habitacion.

—Y decis que se halla amenazada la vida de mi padre?

—La Rusia pone en vos todas sus esperanzas, monseñor, y si es preciso escoger entre una órden que nos pierde y un crimen que nos salva, elegiremos el crimen.

Pahlen hizo ademan de marcharse.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro deteniéndole con una mano, mientras que con la otra sacaba de su pecho un Crucifijo que llevaba pendiente de una ca-

dona de oro : Pahlen , juradme sobre este Crucifijo , que los dias de mi padre no corren peligro alguno , y que os dejareis matar si es preciso por defenderle . Jurad esto , ó no os permito salir de aquí .

—Monseñor , os he dicho ya cuanto os debia decir . Reflexionad en la proposicion que os he hecho ; yo reflexionare en el juramento que me exigis .

Y dichas estas palabras , Pahlen se inclinó respetuosamente , salió de la habitacion , y puso á la puerta de ella centinelas . Despues entró en la del gran duque Constantino y en la de la emperatriz , significándoles la órden del emperador , pero sin tomar las mismas precauciones que con Alejandro .

Eran los ocho de la noche , y por lo tanto habia ya anochecido enteramente , pues aun corrían los primeros dias de la primavera . Pahlen corrió á casa del conde Talitzin , donde halló á los conjurados sentados á la mesa : su presencia fue acogida con un diluvio de preguntas .

—No tengo tiempo de contestaros , dijo Pahlen : solo os puedo decir que todo marcha bien , y que dentro de media hora os traeré refuerzos .

La comida , interrumpida por un momento , continuó : Pahlen se dirigió á la cárcel .

Como era gobernador de San Petersburgo , todas las puertas le fueron abiertas . Los que le veian entrar de aquel modo en los calabozos , rodeado de guardias , y con la mirada severa , creyeron que había llegado la órden de destierro para la Siberia ó que iban á ser trasladados á otra cárcel peor aun .

El modo con que Pahlen les mandó que se dispusieran á subir en trineo les confirmó en sus sospechas. Los desgraciados presos obedecieron sin hablar una sola palabra: á la puerta les esperaba una compañía; los presos subieron á los trineos sin hacer la menor resistencia, y apenas se colocaron en ellos, cuando partieron á galope.

Con gran admiracion suya, al cabo de unos diez minutos los trineos se detuvieron en el patio de un magnifico palacio; los presos, invitados á descender de su carroaje, obedecieron: habianse cerrado las puertas tras ellos; los soldados habian quedado á la parte de afuera, y Pahlen se hallaba solo con ellos.

—Seguidme, les dijo el conde, marchando delante de ellos.

Sin comprender una palabra de lo que pasaba, los presos le siguieron, y habiendo llegado á una habitacion próxima á la que ocupaban los conjurados, Pahlen levantó el tapete de una mesa, y les enseñó una porcion de espadas.

—Armaos, dijo Pahlen.

Mientras que los prisioneros, estupefactos, obedecian aquella orden y se ceñian la espada que el verdugo les habia quitado ignominiosamente aquella misma mañana, Pahlen mandó abrir la puerta, y los recien llegados vieron sentados á la mesa, y con el vaso en la mano, gritando *viva Alejandro!* á amigos de quienes un momento antes se creian separados para siempre. En el mismo instante se precipitaron en la sala del festín, y en pocas palabras

se les puso al corriente de lo que se pensaba hacer. Indignados del trato que habian recibido aquel mismo dia, la proposicion regicida fue acogida con aclamaciones de alegría, y ni uno solo de entre ellos se negó á admitir el papel que le estaba destinado en aquella terrible tragedia.

A las once, los conjurados, en número de unos sesenta, salieron del palacio Talitzin, y se dirigieron envueltos en sus capas al palacio de San Miguel. Los principales de entre ellos eran: Beningsen; Platon Zoubow, el antiguo favorito de Catalina; Pahlen, gobernador de San Petersburgo; Depreradowich, coronel del regimiento de Semonowki; Arkamakow, ayudante de campo del emperador; el príncipe Tatetavill, mayor general de artillería; el general Talitzin, coronel del regimiento de la guardia Presbrajeuski; Gardanow, ayudante de los guardias de á caballo; Sartarinow; el príncipe Wereinskoi, y Seriatin.

Los conjurados entraron por una puerta del jardín del palacio de San Miguel; pero, en el momento de pasar por debajo de los grandes árboles que le sombrean en el verano, y que en aquella época, despojados de sus hojas, estendian en la sombra sus descarnados brazos, una bandada de cuervos, despertada por el ruido que hacian, se levantó, dando tan fuertes graznidos, que, detenidos por sus gritos, que en Rusia son un funesto presagio, los conjurados vacilaron un momento; pero Zoubow y Pahlen reanimaron su valor, y prosiguieron su camino.

Luego que llegaron al patio se separaron en dos grupos: el uno, dirigido por Pahlen, entró por una puerta particular, que el conde tenía costumbre de tomar cuando quería entrar en la habitación del emperador sin ser visto, y el otro, á las órdenes de Zoubow y de Beningsen, se adelantó, guiado por Arkamakow, bácia la escalera principal, á la que llegó sin el menor obstáculo, por haber hecho relevar Pahlen las guardias del palacio, colocando en vez de soldados oficiales conjurados. Solo un centinela, á quien se olvidó relevar, dió el ¿quién vive? al verlos avanzar; pero entonces Beningsen, acercándose á él, y descubriendo el pecho para mostrarle sus condecoraciones:

—Silencio! le dijo. ¡No ves á dónde vamos?

—Pase la patrulla, dijo el centinela, haciendo con la cabeza una señal de inteligencia.

Y pasaron los asesinos.

Al llegar á la galería que precede á la antecámara, hallaron á un oficial disfrazado de soldado.

—¿Y el emperador? preguntó Platon Zoubow.

—Ha entrado hace una hora, respondió el oficial; y sin duda está acostado.

—Bien, respondió Zoubow, y la patrulla regicida continuó su camino.

En efecto, Pablo, según su costumbre, había ido á pasar la noche á casa de la princesa Gagarin. Al verle entrar este mas pálido y sombrío que de ordinario, corrió á él, y le preguntó con interés qué tenía:

—¿Qué tengo? respondió el emperador; que ha llegado el momento de dar un gran golpe, y dentro de breves días se verán caer cabezas que yo he amado mucho.

Asustada la princesa Gagarin de aquella amenaza, y sabiendo la desconfianza que Pablo tenía de su familia, aprovechó el primer pretesto que se le ofreció para salir del salón, escribió algunas líneas al gran duque Alejandro, en que le decía que su vida estaba en peligro, y las envió al palacio de San Miguel. Como el oficial que guardaba la puerta del prisionero no tenía más consigna que la de no permitir salir al czarwich, dejó entrar al mensajero. Alejandro recibió el billete, y como sabía que la princesa Gagarin estaba iniciada en todos los secretos del emperador, se aumentó su ansiedad.

A las once, poco más ó menos, como dijo el centinela, había regresado el emperador á palacio, y retirándose inmediatamente á su cuarto, se había acostado, quedándose dormido bajo la confianza de Palhen.

En aquel momento llegaron los conjurados á la puerta de la antecámara, que precedía al dormitorio, y Arkamakow llamó.

—¿Quién anda ahí? preguntó el ayuda de cámara.

—Yo, Arkamakow, el ayudante de S. M.

—¿Qué queréis?

—Vengo á dar mi informe.

—Sin duda se chancea V. E.: apenas son las doce de la noche.

—Vos sois el equivocado: son las seis de la mañana: abrid pronto, no sea que el emperador se irrité contra mí.

—El caso es que no sé si deba...

—Estoy de servicio, y os lo mando.

El ayuda de cámara obedeció. Al punto los conjurados se precipitaron en la antecámara espada en mano: asustado el criado, se refugió en un rincón; pero un húsar polaco, que estaba de guardia, se puso al momento delante de la puerta del emperador, y, adivinando la intención de aquella gente, le intimó que se alejase. Zoubow se negó á ello, y trató de separarle con la mano. Sonó un pistoletazo; pero al mismo tiempo el único defensor del que una hora antes mandaba á cincuenta y tres millones de hombres, quedó desarmado, sujeto y reducido á la impotencia de obrar.

Al ruido del pistoletazo se despertó Pablo sobresaltado, se echó fuera de la cama, y dirigiéndose á la puerta secreta que conducía al cuarto de la emperatriz, trató de abrirla; pero tres días antes, en un momento de desconfianza, la había hecho condensar; de suerte que permaneció cerrada. Entonces se acordó de la trampa, y corrió al ángulo de la habitación en que se hallaba; pero como tenía los pies desnudos, resistió el resorte á la presión, y la trampa no se abrió. En aquel momento sintió que echaban abajo la puerta de la antecámara, y el em-

perador no tuvo tiempo mas que para ocultarse detrás de una pantalla de chimenea.

Beningsen y Zoubow se precipitaron en el cuarto, y Zoubow se encaminó en derechura á la cama; pero viéndola vacía:

—¡Todo se ha perdido! exclamó: el emperador ha huido.

—No, dijo Beningsen; aquí está.

—¡Palhen! exclamó el emperador viéndose desubierto: ¡ven á mi socorro!

—Señor, dijo entonces Beningsen, adelantándose hacia Pablo y saludándole con su espada: en vano llamais á Palhen: Palhen es de los nuestros. Ademas, vuestra vida no corre el menor riesgo: únicamente estais prisionero en nombre del emperador Alejandro.

—¿Y quiénes sois vosotros? dijo el emperador tan turbado, que á la claridad trémula y pálida de su lámpara de noche no reconocía á los que le hablaban.

—¿Quiénes somos? respondió Zoubow presentando el acta de abdicación: somos los enviados del senado. Toma este papel, lee, y decide tú mismo de tu suerte.

Entonces Zoubow le entregó el papel con una mano, mientras que con la otra llevó la lámpara á la esquina de la chimenea, para que el emperador pudiese leer el acta que le presentaban. En efecto, Pablo tomó el papel, y se puso á leerlo. Al llegar á

tina tercera parte de la lectura, se detuvo, y levantando la cabeza hacia los conjurados.

—Pero, ¡qué os he hecho, Dios mío, exclamó, para que me trateis de esa manera!

—Hace cuatro años que nos estais tiranizando, gritó una voz.

Y el emperador continuó la lectura.

Pero conforme iba leyendo se iban aumentando los agravios: las espresiones, cada vez mas injuriosas, concluyeron por lastimarle: la cólera reemplazó á la dignidad, y olvidando que estaba solo, desnudo, desarmado y rodeado de hombres con sombrero puesto y espada en mano, estrujó con violencia el acta de abdicacion, y arrojándola á sus pies:

—¡Jamás! dijo: ¡antes la muerte!

A estas palabras hizo un movimiento para apoderarse de su espada, que estaba á pocos pasos de distancia sobre un sillón.

En aquel momento llegaba el segundo grupo, que se componia en gran parte de jóvenes nobles degradados ó despedidos del servicio, entre los que era uno de los principales el principe Taletsvil, que había jurado vengarse de aquel insulto. Así fue que apenas entró, se lanzó sobre el emperador, se abrazó con él cuerpo á cuerpo, y despues de una corta lucha, cayeron ambos, derribando al mismo tiempo la lámpara y la pantalla. El emperador arrojó un grito terrible, porque al caer se había pegado con la cabeza contra la esquina de la chimenea, haciendose una profunda herida. Sartarinow, el principe

Wercinskoi y Seriatin, temiendo que fuese oido aquel ruido, se lanzaron sobre él. Pablo se levantó un momento y volvió á caer. Todo aquello pasó en la mayor oscuridad, enmedio de gritos y gemidos, unas veces agudos y otras sordos. Al fin el emperador separó la mano que le tenía cerrada la boca.

—Señores, exclamó en francés: señores, dejadme al menos el tiempo de orar á Di...

La última silaba de la palabra quedó sofocada: uno de los conjurados se quitó su banda y la pasó alrededor de los costados de la víctima, á quien no se atrevian á estrangular por el cuello porque el cadáver debía ser espuestado y era preciso que la muerte pasase por natural. Entonces los gemidos se convirtieron en ronquidos, y muy luego cesaron de oírse estos: sucedieronle algunos movimientos convulsivos que cesaron pronto, y cuando Beningsen entró con luces, el emperador había dejado de existir. Entonces fue cuando notaron los conjurados la herida de la mejilla, pero nada importaba: como la muerte debía atribuirse á una apoplejía fulminante, no era de extrañar que al caer hubiese tropezado contra un mueble y se hubiese herido.

En el momento de silencio que sigue al crimen, mientras que á la luz de los hachones que trajo Beningsen contemplaban el cadáver inmóvil, se deja oír un ruido en la puerta de comunicación: este ruido lo producía la emperatriz, que, habiendo oido gritos ahogados y voces amenazadoras, se dirige al cuarto del emperador. Los conjurados se asustaron

al principio; pero reconociendo la voz, se tranquilizan: ademas, la puerta, cerrada para Pablo, lo estaba tambien para ella, y tenian tiempo para acabar su obra.

Beningsen levanta la cabeza del emperador, y viendo que Pablo está inmóvil, le hace llevar á su lecho. Entonces entró Pahlen con la espada desnuda, pues, fiel á su doble papel, esperó á que todo estuviese concluido para colocarse entre los conjurados. Al ver á su soberano en aquel estado, se detiene á la puerta pálido de terror, y tiene que apoyarse contra la pared.

—Vamos, dijo Beningsen, que habiendo entrado uno de los últimos en la conspiracion fue el único que conservó durante aquella noche fatal su inalterable sangre fria; tiempo es ya de pensar en prestar juramento al nuevo soberano.

—¡Si, si! exclamaron todos, que tenian mas prisa por salir de aquella habitacion de la que habian mostrado para entrar en ella; si, si; vamos á prestar homenaje al nuevo emperador. *Viva Alejandro!*

Entre tanto, la emperatriz María, viendo que no podia entrar por la puerta de comunicacion, y oyendo el tumulto que continuaba, dió la vuelta para ir á la habitacion del emperador; pero en un salón por donde tenia que pasar halló á Pettaroskoi, teniente de los guardias de Semonowki, con treinta hombres que se hallaban á sus órdenes. Fiel á su consigna, Pettaroskoi le impide el paso.

—Perdonad, señora, la dijo inclinándose profunda-
mente; pero no puedo dejaros pasar.

—¿No me conoceis? dijo la emperatriz.

—Sí, señora; tengo el honor de hablar á S. M. la
emperatriz; pero tengo órden de impediros el paso.

—¿Y quién os ha dado esa consigna?

—Mi coronel.

—Veamos, dijo la emperatriz, si os atreveis á eje-
cutarla.

En aquel momento los conjurados salieron tu-
multuosamente de la habitacion de Pablo, gritando:
¡Viva Alejandro! Beningsen, que iba á su cabeza,
se adelanta hacia la emperatriz; ella le reconoce, y
llamándole por su nombre, le suplica que la deje
pasar.

—Señora, le dijo Beningsen: todo está ya con-
cluido, y no hariais mas que comprometer vuestra
vida; la de Pablo ha terminado ya.

A estas palabras, la emperatriz arrojó un grito, y
cayó sobre un sillón; las dos grandes duquesas Ma-
ría y Cristina, que se habian levantado tambien al
oír el tumulto, y que acudieron poco despues que la
emperatriz, se pusieron de rodillas á su lado. Cono-
ciendo que iba á perder el sentido, la emperatriz
pidió un poco de agua, y un soldado trajo un vaso
lleno; la gran duquesa María dada en dársele á
beber á su madre, temiendo que el agua esté enve-
nenada. El soldado adivina su temor, bebe la mitad
del liquido, y presentando el resto á la gran du-
quesa:

—Ya lo veis, le dijo; S. M. puede beber sin temor.

Beningsen dejó á la emperatriz al cuidado de las grandes duquesas, y baja al cuarto del príncipe Alejandro. Este estaba situado debajo del de Pablo; todo lo había oido: el pistoletazo, la caída, los quejidos y el estertor. Había querido salir para socorrer á su padre; pero la guardia que Pahlen puso á su puerta se lo impidió. Las precauciones estaban bien tomadas, y el pobre prisionero no podía hacer nada.

Entonces fue cuando Beningsen entró con los conjurados; los gritos de *¡viva el emperador Alejandro!* le anunciaron que todo estaba concluido. El modo con que subía al trono no le era desconocido; así es que cuando vió á Pahlen entrar el último:

—¡Ah, Pahlen! exclamó: ¡qué página para el principio de mi historia!

—Señor, respondió Pahlen: las que la sigan la harán olvidar.

—Pero no conocéis que dirán que yo soy el asesino de mi padre?

—Señor, dijo Pahlen: en este momento solo debéis pensar en una cosa, y es que á estas horas...

—¡En qué quereis que piense sino en mi padre?

—Pensad en hacerlos reconocer por el ejército.

—Pero ¿y mi madre? Y la emperatriz, ¿qué será de ella?

—No corre ningún peligro, respondió Pahlen;

pero en nombre del cielo, no perdamos un momento.

—¿Y qué debo hacer? preguntó Alejandro, que no podía obrar por sí.

—Señor, es preciso que me sigais ahora mismo, porque el menor retraso puede ocasionar las mayores desgracias.

Pahlen condujo al emperador á un carro que había mandado disponer para conducir á Pablo á la fortaleza: el emperador subió á él derramando lágrimas. Cerroso la portezuela; Pahlen y Zoubow subieron detrás en el sitio de los lacayos, y el carro, que llevaba los nuevos destinos de la Rusia, salió á galope para el palacio de Invierno, escoltado por dos batallones de la guardia. Beningsen quedó al lado de la emperatriz, porque uno de los últimos encargos de Alejandro había sido que cuidasen de su madre.

En la plaza del Almirantazgo encontró Alejandro los principales regimientos de la guardia: ¡*El emperador! el emperador!* gritaban Pahlen y Zoubow señalando á Alejandro. ¡*El emperador! el emperador!* gritaban los dos batallones que le escoltaban. ¡*Viva el emperador!* contestaron á una voz todos los regimientos.

En aquel momento todos se precipitaron hacia la portezuela del carro, y sacando de él á Alejandro, pálido y desfallecido, le arrastran y le llevan en triunfo jurándole fidelidad con un entusiasmo que le prueba que los conjurados, al cometer un cri-

men, no han hecho mas que cumplir los deseos del pueblo. Le era por lo tanto preciso, á su pesar, renunciar al castigo de sus asesinos.

Estos se hallaban retirados en sus casas, no sabiendo lo que el emperador resolveria respecto á ellos.

Al dia siguiente, la emperatriz prestó á su vez juramento de fidelidad á su hijo. Segun las leyes del imperio, ella era quien debia suceder á su marido, pero al ver los peligros de la situacion, renuncio sus derechos.

Etcirujano Vette y el medico Stoff, encargados de la autopsia del cadáver, declararon que el emperador Pablo habia muerto á consecuencia de una apoplegia fulminante: la herida de la mejilla se atribuyó á un golpe recibido en el momento de su caida.

El cuerpo fue embalsamado y espuesto al público por espacio de quince dias sobre un catafalco, en cuyas gradas la etiqueta obligó á Alejandro á presentarse mas de una vez; pero ni una sola las subió sin que se le viese palidecer y derramar lágrimas. Poco á poco los conjurados fueron alejados de la corte; los unos recibieron comisiones; los otros fueron incorporados á los regimientos de la Siberia, y solo Pahlen conservaba su empleo de gobernador militar de San Petersburgo, aunque en sola vista era un remordimiento para el emperador. Así es que aprovechó la primera acasion que se le presentó pa-

ra alejarle, y hé aqui cómo se presentó esta ocasión.

Algunos días después de la muerte de Pablo, un sacerdote presentó una santa imagen que decía haberle sido enviada por un ángel, bajo la cual se leían estas palabras: *Dios castigará á todos los asesinos de Pablo I.* Informado de que el pueblo se agolpaba á la puerta de la capilla donde había espuesto la milagrosa imagen, y asegurando que este suceso podría producir alguna desagradable impresión en el ánimo del emperador, Pahlen pidió permiso para poner término á las intrigas del sacerdote, permiso que le concedió Alejandro. De resultas de esto, el sacerdote fue azotado, y en medio del suplicio declaró que había obrado de aquel modo bajo las sugerencias de la emperatriz; para prueba de lo cual dijo que hallarian en su oratorio una imagen semejante á la suya. Fundado en esta denuncia, Pahlen mandó abrir la capilla de la emperatriz, y habiendo encontrado efectivamente la imagen, la mandó quitar de allí.

La emperatriz, con justa razon, tomó esto por un insulto, y pidió satisfacción de él á su hijo; Alejandro solo buscaba un pretexto para alejar á Pahlen, y se guardó muy bien de dejar escapar la ocasión que se le presentaba: entonces Mr. de Becklecluw fue encargado de transmitir á Pahlen una orden del emperador para que se retirase á sus tierras.

—Ya me lo esperaba, dijo Pahlen sonriendo,

y tenía hechos de antemano mis preparativos.

Una hora después el conde Pahlen envió al emperador la dimisión de todos sus cargos, y aquella misma noche partió para Riga.

V.

El emperador Alejandro no tenía aun veinte y cuatro años cuando subió al trono. Había sido educado bajo la dirección de su abuela Catalina, segun un plan dispuesto por ella misma, y una de las principales bases de este plan era la siguiente: «No se enseñará á los grandes duques ni la poesía ni la música, porque necesitarían dedicar demasiado tiempo á este estudio para que llegasen á perfeccionarse en él.» Alejandro recibió por lo tanto una educación austera, de la que se excluyeron casi totalmente las bellas artes: su preceptor, La Harpe, elegido por la misma Catalina, y á quien apellidaban en la corte el jacobino, por ser, no solo suizo, sino tambien hermano del valiente general La Harpe, que servia en el ejército francés, era indudable-

mente el hombre que se necesitaba para infundir en su discípulo las ideas generosas y equitativas, tan importantes sobre todo en aquellas personas cuyas impresiones de todo el resto de la vida deben combatir los recuerdos de la juventud. Esta elección de Catalina era digna de notarse en una época en que los tronos vacilaban, conmovidos por el volcán revolucionario; en que Leopoldo moría, según se dijo, envenenado; en que Gustavo era asesinado por Ankastraem, y en que Luis XVI presentaba su cabeza al verdugo.

Uno de los encargos principales de Catalina fue el de alejar de los grandes duques toda idea relativa á la diferencia de sexos y al amor que los reune. El célebre Pallas les hacia estudiar en los jardines un curso de botánica; la exposición del sistema de Lineo sobre los sexos de las flores, y sobre el modo con que se secundaban, había dado lugar á una infinitud de preguntas por parte de sus discípulos, preguntas que era muy difícil satisfacer. Protasow, que se hallaba encargado de vigilar la educación de los príncipes, se halló en la precisión de dar parte de ello á Catalina, quien mandó llamar á Pallas y le recomendó que eludiese todos los detalles sobre los pistilos y sobre los estambres. Como esta prohibición hacia imposible un curso de botánica, y el silencio del profesor no servía más que para entrar en mayor curiosidad á sus discípulos, se decidió suspenderlo. Con todo, aquel plan de educación no podía durar mucho tiempo, y aunque Alejandro era

nijo aun, Catalina debia pensar en casarle muy pronto.

Tres jóvenes princesas alemanas fueron presentadas en la corte de Rusia para que la abuela pudiese elegir entre ellas una esposa para su nieto. Catalina supo su llegada á San Petersburgo, y saltándose tiempo para verlas y juzgarlas, las invitó á que fuesen á palacio, y las esperó asomada á una ventana, desde donde podía verlas apearse del carruaje. Un momento después llegó el coche que las conducía: se abrió la portezuela, y una de las tres princesas saltó en tierra sin apoyar el pie en el estribo.

—No será esta, dijo la anciana Catalina moviendo la cabeza, la emperatriz de Rusia; es demasiado viva de genio.

La segunda bajó a su vez, y el vestido se le enredó entre las piernas, de modo que estuvo á punto de caerse.

—Tampoco esta será la emperatriz, dijo Catalina; es demasiado torpe.

Bajó por fin la tercera, hermosa, grave y majestuosa.

—Hé aqui la emperatriz de Rusia, dijo Catalina. Era esta Luisa de Bade.

Catalina mandó venir á sus nietos á su habitación, mientras que las jóvenes princesas se hallaban en ella: dijoles que como conocía á su madre la duquesa de Baden Durlach, princesa de Darmstadt, y que como los franceses se habían apoderado de su país, las mandaba llamar á San Petersburgo para en-

cargarse de su educación. A los pocos momentos llegaron los príncipes, y hablaron mucho de las tres jóvenes. Alejandro dijo que la mayor era muy linda.—«Y yo, dijo Constantino, no encuentro bonita á ninguna de ellas. Preciso será enviarlas á los príncipes de Curlandia; para ellos son las únicas.»

La emperatriz supo el mismo día la opinión de su nieto respecto á la esposa que le había destinado de antemano, y miró como un favor de la Providencia esta simpatía juvenil, que tan bien se acodaba á sus intenciones.

En efecto, el gran duque Constantino había juzgado mal, pues la joven princesa, con toda la frescura de su edad, tenía hermosos y poblados cabellos rubios, flotantes sobre sus hombros, el tallo esbelto y flexible como el de una hada de las orillas del Rhin, y los rasgados ojos azules de Margarita de Goethe.

Al dia siguiente pasó á verlas la emperatriz al palacio de Potemkin, donde se hallaban alojadas: como llevaban aun su traje nacional, les llevó telas, alhajas, y por último, el cordon de Santa Catalina; al poco tiempo de entrar en conversación, hizo que le enseñasen sus trajes, examinó todas las prendas una por una, y, terminado el examen, las besó en la frente sonriendo, y les dijo:

—Queridas mías, yo no era mas rica que vosotras cuando vine á San Petersburgo.

Y efectivamente, Catalina había venido á Rusia

pobre; pero abandonando una herencia: la Polonia y la Tauride.

La princesa Luisa, por su parte, había experimentado el mismo sentimiento que había producido. Alejandro, á quien Napoleón apellidó alguna tiempo después el mas hermoso y el mas cumplido de los griegos, era un joven lleno de gracia y de talento, de un carácter igual, tan dulce y benévolos, que tal vez se le habría podido acusar de un poco de timidez. Así es que la sencilla joven alemana no procuró ocultar su simpatía hacia el príncipe, y Catalina, decidida á aprovecharse de ella, les anunció muy pronto á ambos que estaban destinados el uno para el otro. Alejandro mostró la mayor alegría, y Luisa lloró de felicidad.

Poco después empezaron los preparativos del matrimonio: la futura esposa se prestó con la mejor voluntad á cuanto se exigía de ella; aprendió la lengua rusa; se inició en la religión griega; hizo pública profesión de su nueva fe; recibió sobre sus pies y sus brazos desnudos el óleo santo, y fue proclamada gran duquesa bajo el nombre de Isabel Alexiewna, que era el mismo nombre de la emperatriz Catalina, hija de Alejo.

A pesar de todas las previsiones de Catalina, este matrimonio precoz estuvo á punto de ser desgraciado para el uno, y fue positivamente fatal á la otra. A Alejandro le faltó poco para quedarse sordo; en cuanto á la emperatriz, era ya vieja á la edad en que debía ser una joven. El emperador era her-

moso ; habia , como hemos dicho, heredado el corazon de Catalina, y apenas la corona nupcial se hubo marchitado en la frente de la desposada , cuando llego á ser para ella una corona de espinas.

Ya hemos visto el modo con que Alejandro subió al trono : el profundo dolor que el nuevo emperador sintió por la muerte de su padre le devolvió á su esposa: Aunque Pablo fuese para ella poco mas que un extraño, ella le lloró como si hubiese sido su hija ; las lágrimas buscaron á las lágrimas, y los días de desgracias produjeron noches de felicidad.

Dejo á cargo de la historia referir las jornadas dé Austerlitz, Friedland, Tilsit y Erfurt en 1812 y 1814. Por espacio de diez años Alejandro fue iluminado por el resplandor de Napoleon; luego llegó un dia en que todas las miradas, siguiendo al vencido, lo apartaron del vencedor: en esta época es donde volvemos á tomar el hilo de su historia.

Durante aquellos diez años, el adolescente se había hecho hombre. El ardor de sus primeras pasiones no había disminuido; pero por galante y risueño que fuese con las mujeres , por cumplido y bondadoso que apareciese para con los hombres, no dejaban de pasar de cuando en cuando nubes sombrías por su imaginacion: eran estos los recuerdos mudos, pero terribles, de aquella sangrienta noche en que había oido sobre su cabeza la agonía de un padre. Poco á poco, y á medida que aumentó en años, estos recuerdos fueron haciéndose mas frecuentes y

amenazaron llegar á ser una melancolia continua. Procuró combatirlos con el movimiento y por la imaginacion; y entonces se le vió dedicarse á reformas imposibles y á llevar á cabo viajes insensatos.

Alejandro, educado, como hemos dicho, por el hermano del general La Harpe, había conservado de su educación liberal una inclinación á la ideología, que sus viajes á Francia, Inglaterra y Holanda no habían hecho mas que aumentar. Las ideas de libertad, sembradas durante la invasión, germinaban en todos los ánimos, y en vez de contenerlas, el emperador las daba pábulo, dejando de vez en cuando escapar de sus labios la palabra *constitución*. Finalmente, Mad. de Krudner apareció, y el misticismo vino á reunirse á la ideología: bajo esta doble influencia se hallaba el emperador cuando llegó yo á San Petersburgo.

En cuanto á sus viajes, serían una cosa fabulosa á los ojos de los parisienes. Se ha calculado que el emperador, en sus diversas excursiones en el interior y en el exterior de su Imperio, había recorrido unas cincuenta mil leguas, y lo singular de estos viajes es que el dia de la llegada quedaba fijado el mismo dia de la partida. Así fue que el año anterior á mi viaje, el emperador salió para la Rusia central del Sud el 26 de agosto, anunciando que se hallaría de vuelta el 2 de noviembre, y la orden que presidió al empleo de los días estuvo tan invariablemente fijada de antemano, que, después de haber recorrido la distancia de mil ochocientas setenta leguas,

Alejandro entró en San Petersburgo en el dia y hora que había fijado.

El emperador emprende estos largos viajes, no solo sin escolta, sino casi solo, y como deja conocerse, en casi todos ellos tienen lugar sorpresas singulares y peligros imprevistos, á los que el emperador hace frente con la astucia de Enrique IV ó con el valor de Carlos XII.

En un viaje á Finlandia con el principe Pedro Volkonski, que era el único que le acompañaba en el momento en que este acababa de dormirse, el carruaje imperial, que subía por una cuesta rápida y cubierta de arena, llegó á vencer la fuerza del tiro, y empezó á retroceder. Alejandro saltó al momento á tierra, sin despertar á su compañero de viaje, y se puso á empujar las ruedas, ayudado por sus criados. Entre tanto el principe, despertado por aquel cambio de dirección del movimiento, se ve solo: mira con asombro en torno suyo, y ve al emperador enjugándose el sudor de la frente: el carruaje había ya llegado al fin de la cuesta.

En otra ocasión, en un viaje por el interior, el emperador, llegando á una aldea, y en tanto que mudaban caballos, quiso dar un paseo á pie; así es que encargó á los postillones que fuesen despacio, para que le diesen tiempo para adelantarse, y solo, vestido con una levita militar, y sin insignia alguna, cruzó la población y llegó á un punto en que el camino se dividía en dos: ignorando cuál de ellos debía seguir, Alejandro se acercó á un hombre, ves-

tido tambien de militar, y que se hallaba fumando á la puerta de una casa.

—Buen amigo, le dijo el emperador; ¿cuál de estos dos caminos debo seguir para ir á?...

El desconocido le miró de pie á cabeza, y admirado de que un cualquiera se atreviese á hablar con aquella familiaridad á un hombre de su importancia, pues en Rusia, mas que en ninguna otra parte, la distancia de grados establece una gran distancia entre los jefes y los subalternos, dejó escapar desafiósamente, entre dos bocanadas de humo, estas palabras:

—El de la derecha.

—Perdonad, caballero, dijo el emperador llevando la mano á su sombrero; pero desearía haceros aun otra pregunta. ¿Me permitireis que os pregunteme el grado que tenéis en el ejército?

—Adivinadlo.

—¿Sereis tal vez teniente?

—Os quedais corto.

—¿Capitán?

—Todavia mas.

—¿Mayor?

—Mas aun.

—¿Comandante de batallon?

—Al cabo lo acertásteis.

El emperador se inclinó profundamente.

—Y ahora á mi vez, dijo el hombre de la pipa, persuadido de que se dirigía á un inferior suyo, ¿cuál es el vuestro, decidme?

—Adivinadlo, contestó el emperador.

—¿Teniente?

—Os quedais corto.

—¿Capitán?

—Mas que eso.

—¿Mayor?

—Mas aun.

—¿Comandante de batallón?

—Seguid adelante.

El demandante se quitó la pipa de la boca.

—¿Coronel?

—Aun no habeis llegado.

El desconocido se levantó, y tomó una actitud respetuosa.

—¿Será V. E. teniente general?

—Ya os vais acercando.

Entonces el hombre de la pipa llevó su mano á la gorra, y permaneció inmóvil.

—Entonces V. A. será feld-mariscal.

—Un paso mas, señor comandante de batallón.

—¡S. M. el emperador! exclamó entonces el demandante, dejando caer de sus manos la pipa, que se hizo pedazos en el suelo.

—El mismo, respondió Alejandro sonriendo.

—Ah, señor! exclamó el oficial cayendo de rodillas; perdonadme.

—¿Y de qué quereis que os perdone? le dijo el emperador; os he preguntado el camino que debía seguir, y me lo habeis indicado. Gracias.

Y diciendo estas palabras, el emperador hizo un

saludo con la mano al pobre jefe de batallon, y tomó el camino de la derecha, en el que no tardó en reunírsele el carruaje.

En otro viaje, en que visitaba sus provincias del Norte, el emperador, al cruzar un lago, situado en el departamento de Arcángel, fue asaltado por una violenta tempestad.

—Amigo mio, dijo el emperador al piloto; hace unos mil ochocientos años que en iguales circunstancias un general romano decia á su piloto:—«Nada temas, porque llevas contigo á César y á su fortuna.» Yo soy menos confiado que César, y te diré únicamente:—«Amigo mio, olvida que soy el emperador; no veas en mi mas que un hombre como tú, y procura que ambos nos salvemos.» El piloto, que empezaba á aturdirse, pensando en la responsabilidad que pesaba sobre él, cobró ánimo en el momento, y la barca, dirigida por una mano firme, llegó sin accidente ninguno á la orilla.

Alejandro no había sido siempre tan feliz, y en peligros mucho menores le habian ocurrido accidentes mas graves. Durante su último viaje á las provincias del Don, volcó su droschki y se hirió en una pierna: esclavo de la disciplina que él mismo se había impuesto, quiso continuar su viaje para llegar el dia fijado, y el cansancio y la falta de precaucion habian empeorado su herida; desde entonces, y de cuando en cuando, se le presentaban erisipelas en la pierna, obligando al emperador á guardar cama por espacio de muchos dias, y á cojear

por espacio de algunos meses. De entonces dataron estos accesos que redoblaban su melancolia, pues en aquellos momentos se hallaba frente á frente con la emperatriz, y en su semblante triste y pálido, del cual parecía haber desaparecido la sonrisa, hallaba siempre una acusación viva, pues él era quien había causado aquella tristeza y aquella piedad.

El último ataque de este mal, que fue en el invierno de 1824, en la época del matrimonio del gran duque Miguel, y en el momento en que el emperador supo por Constantino la existencia de aquella eterna, pero invisible conspiración que, adivinada sin saberse, había inspirado vivas inquietudes; era Czarko-Selo la residencia favorita del príncipe, cuya habitación le agradaba más á medida que aumentaba aquella insuperable melancolía. Despues de haber paseado á pie, y solo, como tenía de costumbre, entró en el palacio, arrecido de frío, y mandó llevar la comida á su habitación. Aquella misma noche se le declaró una erisipela más violenta que las anteriores, acompañada de fiebre, de delirio y de ataque al cerebro. En el momento condujeron al emperador á San Petersburgo en un trineo cerrado, y, reunida una junta de médicos, se decidió hacerle la amputación de la pierna para evitar la gangrena. Unicamente el doctor Willye, cirujano particular del emperador, se opuso á ello, respondiendo con su cabeza del augusto enfermo. Con efecto, gracias á sus cuidados, el emperador reco-

bró la salud; pero su melancolía aumentó aun más durante aquella enfermedad; de manera que, como he dicho, las últimas fiestas del carnaval habían sido muy tristes.

Así que se hubo restablecido volvió á su querido Czarko-Selo, donde continuó con su modo de vivir acostumbrado: la primavera le encontró aun allí, solo, sin corte, y no recibiendo á los ministros sino dos veces á la semana; allí su existencia era más bien la de un anacoreta que llora sus faltas que la de un gran emperador que hace el honor de su pueblo. Alejandro se levantaba á las seis en invierno y á las cinco en verano, y se encerraba en su despacho, que hacia tener siempre con el más esmerado arreglo, y donde encontraba siempre sobre su mesa un pañuelo de batista planchado y doblado y un mazo de diez plumas recientemente cortadas. El emperador se ponía á trabajar, no usando nunca la pluma de que se había servido el dia anterior, aunque no hubiese sido empleada más que para poner su nombre. Luego, despachado el correo y la firma, bajaba al jardín, donde, á pesar de los rumores de conspiración que corrían hacia dos años, se paseaba siempre solo y sin otra guardia que los centinelas del palacio Alejandro. A las cinco volvía á su cuarto, estiría solo y se acostaba á la hora de la retreta; que la música de los guardias tocaba bajo sus ventanas, y cuyas tocatas, escogidas siempre por él entre las más melancólicas, le adormecían por fin en una disposición semejante á aquella en que había pasado el dia.

Por su parte, la emperatriz Isabel vivía en una profunda soledad, velando sobre el emperador como un ángel invisible. La edad no había debilitado el amor profundo que el joven príncipe le había inspirado desde un principio, y que conservaba puro y eterno a pesar de la infinita infidelidad de su marido. En la época en que yo la vi era una mujer de cuarenta y cinco años, de esbelto y bien formado tallo, y en su rostro se veían aun los restos de una gran belleza que empezaba a declinar, después de treinta años de lucha contra el dolor. Casta como una santa, jamás la calumnia más venenosa había podido hacer presa en ella, de modo que al verla se inclinaban menos ante el poder que ante la bondad suprema, menos ante la reina de la tierra que ante el ángel desterrado del cielo.

Cuando llegó el verano, los médicos decidieron por unanimidad que era preciso un viaje para el completo restablecimiento de la salud del emperador, y ellos mismos indicaron la Crimea como el mejor clima para su convalecencia. Alejandro, contra su costumbre, no había determinado viajar aquel año, y recibió con la mayor indiferencia el mandato de los médicos.

Apenas se resolvió el viaje, cuando la emperatriz solicitó y obtuvo el permiso de acompañar a su esposo. Esta marcha produjo un aumento de trabajo para el emperador, porque todos se apresuraban a terminar sus negocios, como si no debieran volver a verlo, y tuvo precisión por espacio de quince días

de levantarse mas temprano y de acostarse mas tarde. Con todo, su salud no se habia alterado visiblemente, cuando en el mes de junio, despues de un oficio cantado por la prosperidad del viaje, y al que asistio toda la familia imperial, salio de San Petersburgo, acompañado de la emperatriz, conducido por su cochero el fiel Ivan, y seguido de algunos oficiales á las órdenes del general Diebitch.

and the author's name, and the date of the book. The title page is often the first page of the book, or it may be on a separate page. The title page usually contains the title of the book, the author's name, and the publisher's name. The title page is often the first page of the book, or it may be on a separate page. The title page usually contains the title of the book, the author's name, and the publisher's name.

VI.

El emperador llegó á Taganrog á fines de agosto de 1825 , despues de haber pasado por Varsovia, donde se detuvo algunos dias para celebrar el aniversario del nacimiento del gran duque Constantino. Este era el segundo viaje que el emperador hacia á esta ciudad, cuya situacion le agradaba, y donde dijo muchas veces q ue tenia intencion de retirarse. El viaje le habia hasta entonces probado muy bien, asi como á la emperatriz, y se auguraba muy bien de su estancia bajo el hermoso cielo adonde iba á buscar su curacion. Por lo demas, la predilección del emperador por Taganrog no se hallaba justificada mas que por las mejoras futuras que habia pensado hacer, pues tal como era entonces esta pequeña ciudad, situada sobre la orilla del mar de Azof, no se componia mas que de un millar de malas casas , de las que una sexta parte se hallaban construidas de

ladrillo y piedras : las demás no eran más que cañones de madera cubiertos de una especie de barro. En cuanto á las calles, que son anchas, es cierto, pero que no están empedradas , el piso tiene tal blandura, que á la menor lluvia se hunden sus habitantes hasta la rodilla. En cambio , cuando el sol ó el viento secaban aquellas masas húmedas, el ganado y los caballos que pasaban cargados con los productos del país levantaban bajo sus pies torrentes de polvo que la brisa arremolinaba de tal modo, que en medio del dia, y á pocos pasos, no se podía distinguir á un hombre de un caballo. Este polvo se introduce en todas partes, entra en las casas , penetra por entre las persianas cerradas y por las vidrieras; se introduce á traves de los vestidos por tupidos que sean , y enturbia el agua con una especie de sedimento que no puede precipitarse sino haciéndola cocer con sal de tártaro.

El emperador se detuvo en la casa del gobernador , situada enfrente de la fortaleza de Azof ; pero no se le encontraba allí casi nunca , pues salía por la mañana y no volvía hasta la hora de comer; esto es, á las dos. Lo demás del tiempo lo empleaba en recorrer la ciudad á pie por el lado ó en medio del polvo , despreciando todas las precauciones que los mismos habitantes del país tomaban contra las fiebres de otoño, que habían sido muy numerosas y muy malignas aquel año. Su principal ocupación era el delineamiento y el plantio de un gran jardín público , cuyos trabajadores se hallaban á las órdenes

de un inglés que había mandado venir de San Petersburgo. Por la noche dormía sobre su cama de campo, reclinada la cabeza en un almohadon de cuero.

Algunos decían que estas ocupaciones aparentes velaban un plan oculto, y que el emperador no se había retirado de aquel modo á una extremidad de su imperio sino para tomar en la soledad alguna gran determinacion, que esperaban de un momento á otro ver salir de aquella pequeña ciudad de las lagunas Meotidas, un plan de constitucion para toda la Rusia: aquél era, si se habia de creer, el verdadero objeto de aquel viaje sanitario; el emperador habia querido obrar libre de la influencia de su antigua nobleza, tan adherida aun á sus preocupaciones como lo estaba en tiempo de Pedro el Grande.

Sin embargo, Taganrog no era mas que el punto principal de la residencia de Alejandro; Isabel era la que permanecia siempre allí, porque no hubiera podido soportar las correrías que hacia el emperador por el pais del Don, tan pronto á Teherkask como á Donetsk. De vuelta de una de estas correrías, iba á marchar á Astracán, cuando la repentina llegada del conde Worenzoff, el mismo que ocupó la Francia hasta 1818, y que era gobernador de Odes-sa, echó por tierra el nuevo proyecto. En efecto, Worenzoff venia á avisar al emperador que iban á estallar en Crimea grandes revueltas, y que solo su presencia podria contenerlas. Preciso le era andar trescientas leguas; pero qué son trescientas leguas

en Rusia, donde los caballos de erizadas crines saltaban llanuras y selvas con la rapidez de un sueño? Alejandro prometió á la emperatriz estar de vuelta antes de tres semanas, y dió las órdenes necesarias para la partida, que debía tener lugar después que regresase un correo que había enviado á Alupka.

Llegó el correo, que traía nuevos detalles sobre la conspiración. Habiéndose llegado á saber qué se atentaba, no sólo contra el gobierno, sino contra la vida del emperador. Al oír esto Alejandro, dejó caer la cabeza entre sus manos, y arrojando un profundo suspiro, exclamó:

— ¡Oh, padre mío, padre mío!

Eran ya las doce de la noche; el emperador mandó llamar al general Disbitch, que vivía en una casa próximia. En tanto que este llegaba, el emperador parecía muy inquieto, y se paseaba de grandes pasos por su habitacion, recostándose de vez en cuando en la cama. Llegó por fin el general: pasaronse dos horas en escribir y en deliberar, despues de las cuales salieron dos correos, uno dirigido al virey de Polonia y el otro al gran duque Nicolás.

Al dia siguiente las facciones del emperador habían recobrado su serenidad habitual, y ninguno podía leer en su fisonomia la agitacion que había experimentado durante la noche. Sin embargo, Woronzoff le halló, al ir á tomar órdenes, en un estado de irritabilidad muy poco en armonia con la dulzura de su carácter.

La marcha quedó fijada para el dia siguiente.

El viaje no hizo mas que aumentar su malestar moral; á cada paso, cosa que no sucedió nunca hasta entonces, el emperador se quejaba de la lentitud de los caballos y del mal estado de los caminos. Su mal humor se aumentaba, sobre todo cuando su médico Willye le aconsejaba que tomase alguna precaucion contra el viento frio del otoño. Entonces arrojaba su capa y sus pieles, y parecia buscar los peligros que le aconsejaban que evitase. Por fin, tantas imprudencias, produjeron su fruto: el emperador fue acometido una noche de un acceso de los muy violenta, y al dia siguiente, al llegar á Orieloff, se le declaró una fiebre intermitente, que en pocos dias, y ayudado de la obstinacion del enfermo, se cambio en remitente, fiebre que Willye reconocio al momento, por ser lo que habia reinado durante el otoño desde Taganrog hasta Sebastopol.

Así, pues, fue preciso interrumpir el viaje.

Alejandro, como si hubiera conocido la gravedad de su estado; y quisiese ver á la emperatriz antes de morir, exigio que le volvieran á conducir á Taganrog, siempre en contradiccion con las precauciones de Willye: el emperador hizo una gran parte del camino á caballo; pero al poco tiempo, no pudiendo ya sostenerse sobre la silla, le fue preciso subir al coche: por ultimo, el 5 de noviembre entró en Taganrog, y apenas puso los pies en el palacio del gobernador, cayó desmayado.

La emperatriz, que se hallaba tambien muy en-

seria, á consecuencia de una afección del corazón; olvidó al momento sus padecimientos para ocuparse únicamente de los de su esposo. La fiebre fatal, á pesar del cambio de sitio, tenía accesos diarios; de manera que el día 8, agravándose los síntomas, sir James Willye pidió que se le uniese el médico de la emperatriz, Stophiegen. El 13, ambos médicos, para combatir la afección cerebral que amenazaba complicar la enfermedad, propusieron al emperador que se sangrase; pero éste se opuso resueltamente á ello, y no hizo mas que tomar agua de nieve. A eso de las cuatro de la tarde pidió papel y tintero, escribió y selló una carta, y como la vela se había quedado encendida:

—Amigo mío, dijo á un criado: apaga esa luz; podían creer otra cosa, y figurarse que he muerto ya.

El dia 14, los dos médicos volvieron á insistir en que se sangrase, secundados por las súplicas de la emperatriz; pero todo fue inútil, y no consiguieron mas que incomodar al emperador. Pero arrepintiéndose en el mismo momento de su arrebato de cólera, y llamando á los facultativos, les dijo:

—Escuchad, Stophiegen, y vos, sir James Willye: tengo sumo placer en veros, y, sin embargo, os prevengo que tendré que renunciar á este placer, si me rompeis la cabeza con vuestra medicina.

Sin embargo, á las doce del dia, el emperador consintió en tomar una dosis de calomelanos.

A eso de las cuatro de la tarde, la enfermedad ha-

bía hecho tales progresos, que fue menester avisar al momento á un sacerdote. Sir James Willye fué quien se encargó de decir al emperador moribundo, de parte de la emperatriz, que ya que continuaba negándose á admitir los auxilios de la medicina, no rehusase los de la religion.

El emperador contestó que respecto á este punto se hallaba dispuesto á todo.

El 15 á las cinco de la mañana entró el confesor en su cuarto, y apenas le vió el emperador, cuando le dijo:

—Padre mio! Tratadme como á un hombre, y no como á un emperador.

El sacerdote se acercó á la cama, y dió los Sacramentos al augusto enfermo.

Como sabia la obstinacion de Alejandro en no querer usar de remedio ninguno, atacó en este punto la religiosidad del moribundo, diciéndole que si continuaba así, era de creer que Dios tomase por un suicidio su muerte. Esta idea produjo tal efecto en Alejandro, que llamó al punto á Willye, y le dijo que se ponía en sus manos para que hiciese lo que mejor le pareciera.

Willye mandó que se le aplicasen veinte sangujuelas á la cabeza; pero ya era demasiado tarde. El enfermo estaba devorado por una ardiente calentura; de suerte que desde aquel momento se principió á perder toda esperanza, y la habitacion se llenó de servidores que lloraban y gemían. En cuanto á Isabel, solo se apartó de la cabecera del enfermo para

dejar el puesto al confesor, y luego que este salió, volvió á ocupar su mismo sitio.

A eso de las dos pareció que el emperador sentía dolores más acerbos, y el enfermo hizo señal de que se acercasen á él, como si quisiera comunicar algún secreto. Entonces, mudando al parecer de idea:

—Los reyes, dijo, sufren más que los demás.

Y parándose de repente, murmuró, dejándose caer sobre su almohada:

—Ahi cometieron una acción infame.

¿A qué hacia alusión? Nadie lo sabe; pero algunos han creido que era una última reconvencion á los asesinos de Pablo.

Durante la noche perdió el emperador el conocimiento.

A eso de las dos de la madrugada el general Diebitch habló de un anciano llamado Alejandrovitch, de quien había oido decir que había salvado á varios tártaros de la misma calentura á que el emperador sucedería. Al punto sir James Willye exigió se fuese á buscar á aquel hombre, y la emperatriz, animada con aquel rayo de esperanza, mandó que fuesen á su casa y se le trajesen al momento,

Durante todo este tiempo, la emperatriz permaneció de rodillas á la cabecera del moribundo, con sus ojos fijos en los de este, y mirando con espanto cómo la vida se iba retirando lentamente. A la verdad, si oraciones santas y sinceras bastaban para

edimicer á Dios, el emperador no podía menos de estar salido; y al darse cuenta de lo que sucedía, el doctor de las nubes de la mañana entró el anciano. Había consentido en venir con mucha dificultad, y casi hubo que traerlo á la fuerza. Al ver al moribundo menó la cabeza, é interrogado sobre aquella señal infaltable.

— Es ya demasiado tarde, dijo, y además, los que yo he curado no padecían la misma enfermedad.

Con esta declaración perdió Isabel toda esperanza.

En efecto, á las dos y cincuenta minutos espiró el emperador.

Era el dia 1.^o de diciembre, segun el calendario ruso.

La emperatriz estaba tan inclinada sobre él, que sintió pasar su ultimo suspiro; arrejó un grito terrible, se prosternó de rodillas, y oró; en seguida, levántandose despues de algunos minutos mas tranquila, cerró los ojos del emperador que habian quedado abiertos, le apretó la cabeza con un pañuelo, á fin de impedir que se separasen las mandíbulas, besó sus manos ya frias, y volviéndose á hincar de rodillas, permaneció en oracion hasta que los médicos obtuvieron de ella que se retirase á otro cuarto, á fin de proceder á abrir el cadáver.

La autopsia hizo descubrir dos onzas de fluido en las cavidades del cerebro, y una superabundancia en las venas y en las arterias de la cabeza. Ademas, se halló un reblandecimiento del bazo, especie de alteración peculiar de dicho órgano cuando la muerte

te ha sido causada por las calenturas del país. De consiguiente el emperador hubiera podido salvarse si no se hubiese negado obstinadamente á recibir todo auxilio.

Al dia siguiente fue expuesto el cuerpo en un estrado erigido en la casa misma donde había muerto.

La habitación estaba colgada de negro, el ataúd cubierto con un paño de oro, y una porción de cirios iluminaban el recinto. Cada persona que entraía recibía á la puerta un hacha encendida, que conservaba todo el tiempo que permanecía en la fúnebre estancia. Un sacerdote, situado á la cabecera del feretro, recitaba oraciones; dos centinelas, con la espada desenvidada, velaban dia y noche, otros dos guardaban las puertas, y en cada grada de la escalera había otros dos centinelas.

El cuerpo permaneció así expuesto por espacio de veinte y dos días, visitado por una multitud de espectadores que acudían allí como á un espectáculo, y guardado por la emperatriz, que quiso asistir á la misa que se decía un dia si y otro no, y que se desmayó en todas. Por último, el 23 de diciembre, á las nueve de la mañana, fue trasladado el cadáver desde el palacio al monasterio griego de San Alejandro, en donde debía permanecer expuesto hasta su salida para San Peteraburgo. Iba sobre un carro fúnebre tirado por ocho caballos, cubiertos de paño á cabeza con mantos de paño negro, bajo un dosel de tela de oro, y en un ataúd cubierto con tela de plata y adornado con escudos de armas del impe-

rio. Bajo el dosel se veia la corona del imperio. Cuatro generales mayores con ocho oficiales mayores llevaban los cordones del dosel. Las personas de la servidumbre del emperador y de la emperatriz seguian inmediatamente despues con largos mantes de luto y bacbas, mientras que de minuto en minuto la artilleria ligera de los cosacos del Don, colocada en la esplanada de la fortaleza, disparaba un cañonazo.

Luego que el cuerpo llegó á la iglesia, fue transportado á un tablado de doce gradas, cubierto de negro y coronado por un catafalco de tela encarnada, que sostenia un zócalo cubierto de terciopelo punzó con armas de oro. Cuatro columnas sostenian el dosel, que estaba coronado por la diadema imperial, el cetro y el globo. El catafalco estaba rodeado de cortinas de terciopelo punzó y oro, y cuatro candelabros grandes, colocados en las cuatro esquinas del tablado, sostenian un número de cirios suficiente para luchar con la oscuridad de la iglesia, oscuridad causada por las colgaduras de paño negro, sembradas de cruces blancas, que cubrian las ventanas inferiores de la iglesia.

La emperatriz habia querido asistir á esa última ceremonia; pero tampoco pudo dominar su emocion. Condujeronla desmayada á palacio, y, apenas hubo vuelto en si, bajó á la capilla, donde rezó las mismas oraciones que se decian en la iglesia de San Alejandro.

En cuanto se notaron los primeros sintomas de la

enfermedad, ésta es, desde el 18 del mes, el dia mismo del regreso del emperador á Taganrog, se había enviado un correo á S. A. I., el gran duque Nicolás, con la noticia de la indisposicion del emperador. Ese correo habia sido seguido de otros, despachados con el mismo objeto, los dias 21, 24, 27 y 28 de noviembre. Todas las cartas de que eran portadores anuncianban un peligro creciente, y habian sembrado la desolacion en la familia imperial, cuando, al fin, una carta del 29 llevó alguna esperanza; anunciando que el emperador, cuyo ultimo desmayo habia durado mas de ocho horas, acababa de recobrar los sentidos, habia reconocido á todos, y anunciado por sí mismo que se sentia algo mas aliviado.

Por vagas que fuesen las esperanzas que podian concebirse con semejante carta, la emperatriz madre y los grandes duques Nicolás y Miguel habian hecho cantar el 10 de diciembre un *Te-Deum* publico en la gran iglesia metropolitana de Casan, y apenas supo el pueblo que aquél *Te-Deum* era para celebrar una mejoria en la enfermedad del emperador, acudió gozoso en extremo, llenando todo el espacio que dejaban libre los augustos concurrentes y sus comitivas.

Al terminarse el *Te-Deum*, cuando las puras voces de los cantores se elevaban todavia hacia el cielo en santa y suave armonia, vieron á avisar secretamente al gran duque Nicolás que acababa de llegar de Taganrog un correo, portador de su último

despacho, que no quería entregar sino á él mismo, y aguardaba en la sacristía. El gran duque se levantó, y salió de la iglesia, seguido del ayudante. Solo la emperatriz madre había notado esa salida, y continuó el oficio divino.

Bastóle solo al gran duque dirigir una mirada al corteo para adivinar la nueva fatal que traía. Además, la carta de que era portador estaba cerrada con lazo negro. El gran duque reconoció la letra de Isabel, y abrió el despacho imperial, que solo contenía estas líneas:

«Nuestro ángel está en el cielo, y yo vejeto aun sobre la tierra; pero espero reunirme muy pronto á él.»

El gran duque hizo llamar al metropolitano, que era un venerable anciano de larga barba blanca y largos cabellos que le caían hasta la mitad de la espalda: le entregó la carta, y, encargándose que participase la nueva fatal que contenía á la emperatriz madre, volvió á ocupar su puesto al lado de esta, y se puso á orar.

Un momento después volvió el anciano al coro, y á una señal suya cesaron todas las voces, á las que sucedió un silencio de muerte. Entonces, en medio de la atención y del asombro general, se encaminó con paso lento y grave hacia el altar, tomó el Crucifijo de plata maciza que le decoraba, y cubriendo el símbolo de todo dolor terrestre y de toda esperanza divina con un velo negro, se acercó á la

emperatriz madre, y le dió á besar el Crucifijo enlutado.

La emperatriz arrojó un grito, y cayó con la faz contra el suelo: había comprendido que su hijo mayor había muerto.

En cuanto á la emperatriz Isabel, no tardó en cumplirse la triste esperanza que manifestaba en su breve y tierna carta. Casi cuatro meses después de la muerte de Alejandro; esto es, al volver la primavera, dejó á Taganrog por el gobierno de Kaluga, donde habian comprado una hermosa posesion para ella. Apenas habia hecho un tercio de camino, sintió que le faltaban las fuerzas, y se detuvo en Beloff, pequeña ciudad del gobierno de Kursk: ocho dias despues se habia reunido con su ángel en el cielo.

VII.

Supimos nosotros la fatal nueva y el modo como habia sido anunciada á la emperatriz madre por el conde Alejo, que en su calidad de teniente de guardias asistia al *Te-Deum*. Ya fuera que esa noticia le causara grande impresion por si misma, ó que tuviese relacion con otras ideas distintas de las que parecia debian ser su consecuencia, creimos notar Luisa y yo en el conde una agitacion que no le era natural, y que se traslucia á pesar del imperio que los rusos tienen generalmente sobre si mismos.

Comunicamonos estas reflexiones en cuanto se marchó el conde, que se separó de nuestro lado á las seis de la tarde para ir á casa del principe Froubetskoi.

Estas reflexiones eran muy tristes para mi pobre toro n.

compatriota, porque nos traian naturalmente á la memoria la conspiracion de que habia el conde Alejo dejado escapar algunas palabras al principio de sus relaciones con Luisa. Verdad es que desde entonces, cada vez que Luisa habia intentado hacer recaer la conversacion sobre aquel objeto, el conde habia procurado tranquilizarla, asegurando que la conspiracion se habia disuelto casi al nacer, pero por algunas de esas señales que no pueden ocultarse á una mujer que ama, Luisa habia conocido que el conde procuraba engañarla.

Al dia siguiente amaneció San Petersburgo de luto. El emperador Alejandro era adorado de todo el mundo, y como se ignoraba aun la renuncia de Constantino, no podian menos de comparar la bondad del uno á la fantástica rudeza del otro. En cuanto al gran duque Nicolas, nadie pensaba en él.

En efecto, aunque este último conociese el acta de abdicacion que Constantino habia firmado en la época de su casamiento, lejos de valerse de esta renuncia, de que su hermano se habria tal vez arrepentido despues, le habia prestado juramento de fidelidad como á su emperador, y enviado un correo para invitarle á que viniese á tomar posesion del trono. Pero al mismo tiempo que el enviado salia de San Petersburgo para Varsovia, el gran duque Miguel, enviado por el czarwich, salia de Varsovia para San Petersburgo, portador de la carta siguiente:

•Mi muy querido hermano:

»Ayer tarde he sabido, con la mas profunda tristeza, la noticia de la muerte de nuestro adorado soberano, mi bienhechor el emperador Alejandro. Apresurandome á manifestaros el dolor que me ha causado esta cruel desgracia, me hago un deber de anunciaros que por el presente correo dirijo una carta á su majestad imperial, nuestra augusta madre, en la que declaro que, á consecuencia del documento obtenido del difunto emperador, con fecha del 2 de febrero de 1822 para sancionar mi renuncia al trono, me hallo hoy dia con la inmutable resolucion de ceder todos mis derechos de sucesion al trono de los emperadores de las Rusias. Al mismo tiempo ruego á nuestra muy amada madre y á todas las personas á quienes concierne, que hagan conocer mi invariable voluntad en este punto, con el objeto de que se lleve á efecto su completa ejecucion.

»Despues de esto, miro como un deber sagrado el suplicar humildemente á V. M. imperial que reciba el primero mi juramento de fidelidad y de sumision, y que me permita declarar que mis mas ardientes deseos, no ambicionando otro empleo ni distincion, son los de conservar el titulo de czar-wich con que mi augusto padre se dignó recompensar mis servicios. Mi mayor placer será el de que de aqui en adelante acojais benévolamente los sentimientos de mi mas profundo respeto y de mi ilimitada adhesion futura, en garantía de la cual presento treinta años de fieles servicios prestados á los

emperadores mi padre y mi hermano: estos sentimientos serán los que dirijan la conducta de toda mi vida, en la que no dejaré nunca de servir fiel y puntualmente á V. M. imperial y sus sucesores en mis presentes cargos y en la actual situación.

»Os saluda con el mas profundo respeto:

»CONSTANTINO.»

Los dos mensajeros se encontraron en el camino. El que había sido enviado al czarwich Constantino tenía encargo de hacer cuanto fuese posible para obtener que consintiese en admitir la corona. Así fue que se lo suplicó con muchas instancias al czarwich; pero este se negó resueltamente á tomarla, diciendo que sus deseos no habían cambiado en nada desde el dia en que abdicó sus derechos, y que por nada en el mundo consentiría en recobrarlos segunda vez.

Entonces su esposa, la princesa de Lowici, se arrojó á sus pies, diciéndole que como por su causa y por enlazarse con ella había renunciado á subir al trono de los czares, le suplicaba que hiciese reconocer la nulidad de su matrimonio, dichosa en devolverle á su vez lo que había él hecho por ella; pero Constantino la alzó del suelo, no queriendo permitir que insistiese en aquel designio, y declarándole que su resolución era invencible.

Por su parte, el gran duque Miguel llegó á San Petersburgo con la carta del czarwich. El gran du-

que Nicolás no quiso aun admitirla como renuncia definitiva, diciendo que los ruegos de su enviado tendrían un feliz resultado; pero el enviado volvió á su vez con una formal negativa, de manera que como era peligroso dejar las cosas en tal situación, se vió obligado á aceptar lo que su hermano rehusaba: por lo demás, al dia siguiente á la marcha del correo que el gran duque Nicolás había enviado al czar-wich, el consejo de estado le anunció que era depositario de un documento encargado á su custodia el dia 15 de octubre de 1823, investido del sello del emperador Alejandro con una carta autógrafa de S. M., en la que le recomendaba conservar el documento hasta nueva orden, y en caso de que muriese, abrirlo en sesión extraordinaria. El consejo de estado acababa de obedecer á esta orden, y había hecho bajo el pliego sellado la renuncia del gran duque Constantino, concebida en estos términos:

Carta de S. A. imperial el czarwich gran duque Constantino al emperador Alejandro.

«Señor : Animado por las multiplicadas muestras de benevolencia de S. M. para conmigo, me atrevo á reclamarla otra vez, y poner á sus pies mis humildes súplicas. No creyéndome con el talento, capacidad y energía necesarias si alguna vez llega el caso de ocupar el alto puesto á que me llama mi nacimiento, suplico encarecidamente á S. M. I. que trasfiera el derecho sobre el que me siga inmediata-

mente, y que asegure para siempre la tranquilidad del imperio. En cuanto á lo que á mi me concierne, yo daré con esta renuncia una nueva garantía y una nueva fuerza á la que di libre y espontáneamente en la época de mi divorcio con mi primera esposa. Todas las circunstancias presentes me afirman cada vez mas en mi propósito de tomar una medida que probará al imperio y al mundo entero la sinceridad de mis sentimientos.

»Ruego á S. M. acoja mis deseos bondadosamente, y que determine á nuestra augusta madre á sanctionarlos con su imperial consentimiento. En el círculo de la vida privada me esmeraré siempre en servir de modelo á vuestros fieles súbditos y á todos los que deseen la felicidad de nuestra querida patria.

»Os saluda con el mas profundo respeto,

»CONSTANTINO.

»San Petersburgo 14 de enero de 1822.»

A esta carta había dado Alejandro la siguiente contestación:

«Mi muy querido hermano: Acabo de leer vuestra carta con toda la atención que merece, y nada he hallado en ella que pueda sorprenderme, habiendo sabido apreciar siempre los elevados sentimientos de vuestro corazón. Ella me da una nueva prueba de .

vuestro amor al pais y de vuestros cuidados previsores por la conservacion de su tranquilidad.

»Accediendo á vuestros deseos, h e presentado vuestra carta á nuestra muy amada madre, quien la ha leido penetrada de los mismos sentimientos que yo, y reconocida á los nobles motivos que han dirigido vuestra conducta.

»Segun esos motivos, no nos queda mas que dejaros en libertad de seguir vuestros deseos, y rogar al Todo-poderoso que haga producir á tan puros sentimientos los resultados mas satisfactorios.

»Os saluda vuestro afectisimo hermano,

»ALEJANDRO.»

La segunda renuncia de Constantino, enunciada en los mismos términos con tres años de intervalo, hacia mas apremiante la decision del gran duque Nicolás; así, pues, el 25 de diciembre, en virtud de las cartas que hemos copiado, publicó un manifiesto, en el que declaraba que aceptaba el trono de que le hacia dueño la renuncia de su hermano mayor, fijando el dia 26 para el juramento que debian prestarse á él y á su hijo mayor el gran duque Alejandro.

A esta comunicacion oficial que le daba su futuro soberano, San Petersburgo respiró con mas libertad. El carácter del czarwich Constantino, que presentaba gran semejanza con el de Pablo I, inspiraba vivos temores, y, por el contrario, el del gran duque Nicolás ofrecia halagüeñas garantías.

Con efecto, mientras que Alejandro y Constantino se dejaban llevar cada uno por su lado, y, según su carácter, el uno hacia los dulces placeres del amor y el otro hacia los rudos trabajos de la estrategia, el joven gran duque, casto y austero, se había desarrollado en medio de los estudios profundos de la historia y de la política: siempre distraído, caminaba lentamente, con la cabeza inclinada hacia la tierra, y cuando la levantaba para fijar sobre alguno su mirada viva y penetrante, aquella persona, cualquiera que fuese, comprendía que se hallaba delante de un amo; así es que pocos se atrevían a responder sin turbarse a las preguntas precisas y acentuadas que dirigía con su voz ronca y orgullosa, y mientras que Alejandro, popular y cortés, tomaba parte en todas las reuniones privadas antes de que su tristeza le hubiera confinado a Czarko-Selo, el gran duque Nicolás permanecía aislado con su familia, que era un pretesto plausible a su aislamiento. Resultaba de aquí que el pueblo ruso, que experimentaba la necesidad de ser guiado gradualmente y sin sacudidas fuera de los escollos de la barbarie, había instintivamente comprendido que, con una fría dulzura, que ocultaba una firme voluntad, su nuevo soberano era el hombre que hubiera debido elegir, si Dios no se hubiera tomado el cuidado de elegirlo, y que para sustentar el cetro que debía pesar sobre una nación, a un mismo tiempo demasiado bárbara y demasiado civilizada, era menester una mano de hierro cubierta de un guante de seda.

Añádase á esto que el nuevo emperador era el hombre mas apuesto de su reino y el mas valiente de su ejército.

Así, pues, todos miraban el dia siguiente como un dia de fiesta, cuando durante la noche empezaron á circular por la ciudad rumores extraños. Deciase que las renuncias publicadas aquella misma mañana á nombre del czarwich Constantino eran supuestas, y que, por el contrario, el virey de Polonia marchaba sobre San Petersburgo con un ejército para reclamar sus derechos. A esto añadian que los oficiales de varios regimientos, y entre otros los del de Moscow, habian dicho que se negarian á prestar juramento de fidelidad á Nicolás, en atencion á que el czarwich era el único legitimo soberano.

Estos rumores habian llegado hasta mis oidos en algunas casas donde habia yo estado por la noche, cuando al entrar en la mia me hallé con una carta de Luisa, en que me suplicaba que á cualquier hora que fuese pasase á verla. Fui allá al momento, y la hallé muy inquieta. El conde habia estado como acostumbraba; pero por mas esfuerzos que hizo, no pudo ocultar su agitacion: Luisa entonces le habia hecho las mayores instancias para que se esplicase; pero aunque él nada la habia querido decir, le habia contestado con esa emocion profunda, propia de los momentos estremos. Por mas acostumbrada que estuviese á su amor y á su bondad, la ternura dolorosa que aquella vez acompañaba á su acento la habia confirmado en sus sospechas, y sin duda

alguna cosa extraordinaria se preparaba para el dia siguiente, en la que se hallaba mezclado el conde.

Luisa deseaba suplicarme que fuera á su casa, y esperaba que conmigo seria mas confiado, y en caso de que me confiase alguna cosa relativa al complot, queria que yo hiciese cuanto estuviese de mi parte para hacerle desistir. Puede adivinarse que yo no opuse dificultad ninguna á esta comision: ademas, hacia mucho tiempo que experimentaba yo los mismos temores que ella, y mi reconocimiento habia visto casi tan claro como su amor.

El conde no estaba en su casa; sin embargo, como tenian costumbre de verme entrar en ella, en el momento en que dije que deseaba esperarle, no me pusieron dificultad para introducirme. Entré en su alcoba, que estaba dispuesta para recibirle, y era evidente que no pasaria la noche fuera de su casa.

El criado salió, dejándome solo: yo miré á mi alrededor para ver si alguna cosa allanaba mis dudas, y vi sobre la mesa de noche un par de pistolas de dos cañones; metí la baqueta, y conocí que estaban cargadas: esta circunstancia, indiferente en cualquier otra ocasion, confirmaba mis temores en esta.

Me recosté en un sillón, resuelto á no salir de la casa del conde hasta que él no hubiese vuelto. Dieron las doce, la una, las dos; mis temores cedieron al cansancio, y me dormí.

A las cuatro me desperté: delante de mi se halla-

ba el conde escribiendo en una mesa; tenía á su lado las pistolas, y estaba muy pálido.

Al primer movimiento que hice se volvió hacia mí.

—Dormís, me dijo, y no he querido despertaros: sin duda tenéis algo que decirme, y no dudo del motivo que os trae. Tomad: si mañana por la noche no me habeis vuelto á ver, entregad esta carta á Luisa. Yo pensaba enviársela mañana con mi ayuda de cámara; pero prefiero entregárosla.

—Según eso, habíamos temido con fundamento: se prepara alguna conspiración, ¿no es cierto? y vos estáis en ella.

—¡Silencio! me dijo el conde apretándome fuertemente la mano, y mirando á su alrededor; ¡silencio! En San Petersburgo una palabra imprudente cuesta la vida.

—¡Oh, qué locura! continué yo á media voz.

—Creeis que no estoy yo mismo persuadido de que lo que hago es una locura? ¿Os figurais que tengo alguna esperanza de que salgamos con nuestra empresa? No: yo camino derecho hacia un precipicio, y ni un milagro podría impedirme que cayera en él; todo cuanto puedo hacer es cerrar los ojos para no ver su profundidad.

—Pero puesto que conocéis ese peligro tan bien, ¿por qué os esponeis á él?

—Porque es ya tarde para retroceder, porque se diría que tengo miedo, y porque he comprometido

mi palabra. Es preciso que los siga... aunque sea al patíbulo.

—¡Pero cómo vos, que sois de una familia noble!...

—¡Y qué quereis! Los hombres son locos; en Francia los peluqueros se batén para hacerse grandes señores; aquí nos batimos para hacernos peluqueros.

—¡Pues qué, se trata!...

—Se trata de fundar una república, ni más ni menos, y de hacer cortar las barbas á nuestros esclavos, hasta que ellos nos hagan cortar la cabeza: os doy mi palabra de honor de que yo mismo no puedo menos de encogerme de hombros y de burlarme. ¡Y á quién hemos elegido para que se ponga al frente de nuestra gran reforma política? ¡A un principie?

—¡A un principie!

—¡Oh! ¡Lo que es nosotros tenemos muchos principies! Lo que nos hacen falta no son principies, sino hombres.

—¿Pero hay ya redactada alguna constitucion?

—¡Una constitucion! repuso el conde Alejo con amarga sonrisa; ¡una constitucion! ¡Oh, si, si! tenemos un código ruso redactado por Pestel, que es curlandés, y que Troubetskoi ha mandado revisar en Lóndres y en París; ademas tenemos un magnífico catecismo en un hermoso lenguaje figurado, que contiene máximas por el estilo de esta: «No te fies mas que de tus amigos y de tus armas; tus amigos

te ayudarán, y tu puñal te defenderá. Tú eres slavo, y sobre tu suelo natal y á orillas de los mares que le basian construirás cuatro puertos: el puerto Niort, el puerto Blanco, el puerto de Dalmacia y el puerto Glacial; en medio de ellos colocarás sobre el trono á la diosa de las luces.*

—Pero ¿qué diablos de jerga es esa?

—¡Ah! no me comprendeis, ¿no es cierto? me dijo el conde con tono cada vez mas irónico; es que no estáis iniciado; verdad es que si lo estuviéseis, no comprenderíais mas; pero no importa, y si os iniciáseis, citaríais á Graco, á Bruto y á Catón, diríais que era preciso derrocar la tiranía, sacrificar á César, castigar á Neron: diríais...

—No diría nada de eso, estad seguro de ello; y, por el contrario, me retiraría en silencio y no volvería á poner los pies en ninguno de esos clubs, ridiculez parodia de nuestros fuldenses y de nuestros jacobinos.

—¿Y el juramento? ¿Habéis olvidado el juramento? ¿Hay, por ventura, alguna conspiración sin él? Escuchad el nuestro: «Si hago traicion á mi palabra, seré castigado por mis remordimientos y por este arma, sobre la cual presto juramento: que ella se sumerja en mi corazon; que haga perecer á cuantos me sean queridos, y que desde ese instante mi vida no sea mas que un encadenamiento de inauditos sufrimientos.» Esto es un poco melodramático, ¿no es cierto? y probablemente sería silbado en vuestro teatro de la *Gaité* ó del *Ambigú*; pero en

San Petersburgo estamos aun atrasados, y à mi me han aplaudido mucho al pronunciarlo..

—¡Pero en nombre del cielo! esclamé yo; ¿cómo es que viendo con tal justicia el lado ridículo de semejante empresa, os habeis comprometido en ella?

—¿Qué quereis? Me fastidiaba, hubiera dado mi vida por un kopek, y me he metido en esa trameya; despues, apenas me comprometi en ella, cuando recibí una carta de Luisa; quise reticarme sin devolver mi palabra, y me dijeron que todo había concluido, y que la sociedad estaba disuelta. Hace un año vinieron á decirmé que la patria me llamaba. ¡Pobre patria! ¡Cómo la hacen hablar! Tenía grandes deseos de echarlo todo á rodar, porque era ahora tan feliz como he sido desgraciado otras veces; pero me contuvo una mala vergüenza: de manera que aquí me teneis dispuesto, como ha dicho esta noche Bestiajeff, á dar de puñaladas á los tiranos y á arrojar al viento sus cenizas. Esto es muy poético, ¿no es cierto? Pero no lo es menos que los tiranos nos harán ahorrar, y que nosotros no los haremos desaparecer.

—¡Pero habeis reflexionado una cosa, monseñor? dije al conde estrechándole ambas manos y mirándole fijamente; pensad en que eso de que habláis matará á la pobre Luisa.

Entonces las lágrimas se asomaron á sus ojos.

—Luisa vivirá, me dijo.

—¡Oh, sin duda no la conoceis!

—Porque la conozco es por lo que os hablo de

esta manera. Luisa no tiene derecho para morir; vivirá para su hijo.

—¡Pobre muchacha! exclamé yo; ¡no la creía tan desgraciada!

—Escuchad, me dijo el conde; como no sé lo que pasará mañana, ó mejor dicho hoy, tomad esta carta para ella; espero que la cosa no tendrá tan fatales consecuencias como tememos, y que todo este ruido quedará en nada. Si esto sucede, la desgarra-reis, y será como si no la hubiese escrito; en el caso contrario, se la entregareis. Contiene una recomendación para mi madre para que la trate como á hija suya: yo le dejaría cuanto poseo; pero ya conoce-reis que si me prenden, la primera cosa que harán será confiscar mis bienes, por lo cual la donación sería inútil. En cuanto á mi dinero contante, la futura república me lo ha pedido prestado. ¿Me prometeis hacer lo que os pido?

—Os lo juro.

—Gracias: ahora quedad con Dios, y tened cuidado con que no os vean salir de mi casa á estas horas, porque esto probablemente os comprometería.

—Seguramente no sé si debo dejaros.

—Si, debeis, querido amigo: pensad cuán importante es que en caso de que suceda una desgracia, le quede al menos un amigo á Luisa; demasiado comprometido estais ya con vuestras relaciones conmigo, con Mouraviess y con Froubetskoi; así, pues, sed prudente, ya que no por vos mismo, al menos por mí: os lo pido en nombre de Luisa.

—Con ese nombre me hareis hacer cuanto os acomode.

—Ea, pues, adios; estoy cansado, y necesito algunas horas de reposo, porque presumo que el dia sera turbulento.

—Adios, puesto que asi lo quereis.

—Lo exijo.

—Sed prudente.

—¡Oh, mi querido amigo! Eso no esta en mi mano: yo no voy, sino que me llevan; adios. No tengo necesidad de advertiros que una palabra imprudente nos perderia á todos...

—¡Oh!

—Vaya, démonos un abrazo.

Y diciendo esto, nos estrechamos mutuamente.

—Ea, adios, por la ultima vez.

Yo sali de alli sin poder pronunciar una palabra, y cerre la puerta detras de mi; pero antes de que hubiese llegado al fin del corredor, la puerta se volvió á abrir, y oí estas palabras:

—Os recomiendo á Luisa.

Aquella misma noche se habian reunido los conjurados en casa del principe Obolioski, y se habian tomado todas las medidas, si llamarse pueden medidas algunas descabelladas disposiciones para una revolucion imposible. En aquella sesion, á que habian asistido los principales jefes, estos habian comunicado á todos los miembros de la sociedad el plan general, y habian escogido para su ejecucion el siguiente dia, que era el destinado á prestar ju-

ramento. Por lo tanto, habian resuelto que seria preciso preparar los ánimos de los soldados para la sedición, indicándoles las dudas que habia sobre la autenticidad de la renuncia del czarwicki Constantino, que habiéndose ocupado mucho del ejército, era muy querido de él; despues, con el primer regimiento que se negase á prestar juramento, se uniría el regimiento que estuviese mas próximo y de este modo, hasta reunirse en número suficiente para marchar á la plaza del senado á tambores batiente; con el objeto de reunir el pueblo. Llegados á aquel punto, los conjurados esperaban que una simple demostración seria suficiente, y que el emperador Nicolás, no queriendo emplear la fuerza, entraría en trato con los rebeldes, y renunciaría á sus derechos de soberania, aceptando las condiciones siguientes:

- 1.* Que serian convocados desde el mismo momento diputados de todas las provincias.
 - 2.* Que se publicaria un manifiesto del senado, en el que se diría que los diputados tendrían que votar nuevas leyes orgánicas para el gobierno del imperio.
 - 3.* Que se establecería entre tanto un gobierno provisional, y que los diputados del reino de Polonia serian llamados á él para adoptar las medidas necesarias á la conservación de la unidad del estado.
 - En el momento, ó antes de aceptar las condiciones, el emperador pediría conferenciar con el czar.
- TOMO II.

wich, lo que le sería concedido; pero con la condición de que se daria á los conspiradores y á los regimientos insurreccionados un acantonamiento fuera de la ciudad, para acampar en él á pesar del invierno, y esperar la llegada del czarwich, quien hallaría ya los estados reunidos para presentarle una constitución redactada por Nikita Mourawieff, y prestarle juramento si le aceptaba, ó destituirle en el caso contrario. Si el gran duque Constantino, lo que no les parecía probable, desaprobaba únicamente aquella insurrección, se escudarián con el afecto que les inspiraba su persona. En el caso de que, por el contrario, el emperador se negase á todo convenio, se le pondría preso á él y á toda la familia imperial, y luego las circunstancias indicarían lo que se debía hacer con ellos.

En caso de que la conspiración se desgraciase, saldrían los conjurados de la ciudad, y propagarían la insurrección en las provincias.

El conde Alejo no había tomado parte en toda la ruidosa y larga discusión que se había suscitado sino para combatir la mitad de las disposiciones y mostrarse indiferente á la otra mitad; pero, á pensar de su oposición y su silencio, habían aquellas sido adoptadas por una gran mayoría, por lo cual se creía obligado á correr la misma suerte que los demás, aunque sin esperanza ninguna de buen resultado.

Ademas, los otros conjurados parecían tener tal seguridad de buen éxito, y estar llenos de tanta con-

fianza en el príncipe Troubetskoi , que uno de ellos, Boulatoff, había gritado lleno de entusiasmo, dirigiéndose al conde :

—¿No es cierto que hemos elegido un jefe incomparable?

—Sí, respondió el conde ; tiene muy buena presencia.

En tal disposición de ánimo me halló el conde cuando volvió á su casa.

and I am not able to get away
from the past. I have been
so long in the same place, and
so long in the same company,
that I have lost my sense of
time and place. I have no idea
of what day it is, or what month,
or what year. I have no idea
of where I am, or what country
I am in. I have no idea
of what I am doing, or what
I am thinking about. I have
no idea of anything at all.

Die Befragungsergebnisse der Befragten im Bereich der sozialen Sicherung und der Arbeitsmarktpolitik sind in Tabelle 3 zusammengefasst.

It is also clear that the primary and secondary
detectors have been built to detect the development
of early stages of a primary light intensity burst, rather
than the actual removal of the **VIS** (Visible) state.
The upper number shows the time required for the
development of the secondary signal (observed as a
detection on the secondary signal photodiode) in
relation to the timing control by the leading edge of the

collected by column height, column length of 1 m, 2 mm and 3 mm and

— «Como lo que yo tenía que decirle Luisa no era nada de propósito para tranquilizarla, y además aun tenía la esperanza de que alguna circunstancia imprevista haría abortar la conspiración; entre otras cosas, y procuré descansar un rato; pero mi ánimo se trastocó tan despiadado, que me desperté al amanecer, y me vestí al momento, y me dirigí apresuradamente a la plaza del Senado. Tudo estaba tranquilo. Y sin embargo, los conjurados no habían perdido la noche. Con arreglo a las disposiciones adoptadas, cada cual se había dirigido a su puesto, dirigido por Rybachoff, que era el jefe militar, así como el príncipe Troubetzkoi era el jefe político. El teniente Arbuszoff debió subdesarrollar los mandos de la guardia; los dos hermanos Rodisco y el subteniente Gondimoff al regimiento de guardias Kamallowskij;

el principe Stchepine Rostoffski , el capitán Miguel Batoajeff , su hermano Alejandro y otros dos oficiales del regimiento , llamados Brock y Wolkoff. se habian encargado del regimiento de Moscow ; por ultimo , el teniente Suthoff habia respondido del primer regimiento de granaderos de corps.

En cuanto al conde, habia rehusado siempre todo cargo , y no queria representar otro papel que el de simple conjurado , prometiendo hacer tanto al menos como el que mas , y como sabian que era hombre de palabra ; y ademas , como no reclamaba ninguna posicion en el futuro gobierno , no podian exigir mucho de su parte .

Estuve hasta las once , no en la plaza del Senado , porque hacia en ella demasiado frio para poder soportarlo , sino en casa de uno de esos fabricantes de dulces y de vinos que se llaman conditores , y cuya tienda se hallaba situada al fin de la Perspectiva , y proximamente la casa del banquero Girolet . Aquel era un punto excelente para esperar noticias , primamente porque daba a la plaza del Almirantango , y ademas , porque los conditores establecian en San Petersburgo a inuestros pasteleros de Paris ; y como aquél pastelero era el senor de los pasteleros , en su almacén personas que acudian de los mas lejanos barrios . Hasta aquella hora , todas las noticias eran satisfactorias ; el general de la guardia de estado mayor acababa de llegar a palacio anunciendo que los regimientos de guardias de caballe , el de caballeros guardias , el de Pnestrjenski , el

de Seménovskoi, los granaderos Paulowski, los cazadores de la guardia, los de Finlandia y los zapadores, acababan de prestar juramento. Verdad es que aun no se tenía noticia ninguna de los demás regimientos; pero esto dependía, sin duda, de la distancia á que se hallaban los cuarteles del centro de la capital.

— Iba ya á entrar en mi casa, esperando que el dia se pasaría sin novedad, y que los conspiradores, habiendo conocido la temeridad de su proyecto, se estarían tranquilos, cuando un ayudante de campo pasó á galope, y se principió á decir que había sucedido alguna cosa inesperada. Todos acudieron á la plaza, porque se sentía en la atmósfera esa vaga inquietud que precede siempre á los grandes acontecimientos: con efecto, acababa de estallar la insurrección, y con tal violencia, que no se podía calcular en qué punto se detendría.

El príncipe Stchepine Bestófsski y los dos Bestoujeff habían cumplido su palabra. A las nueve de la mañana se presentaron en los cuarteles del regimiento de Moscú, y dirigiéndose á la segunda, tercera, quinta y sexta compañía, que eran las mas adictas al príncipe Constantino, el príncipe Stchepine dijo á los soldados que se les engañaba al exigirles el juramento. Añadió ademas que, lejos de renunciar á sus derechos á la corona, el gran duque había sido preso por haber negado á su hermano la renuncia. Entonces Alejandro Bestoujeff, tomando la palabra, dijo que acababa de llegar de Varsavia, encargado por el

niismo czarwicki de oponerse al juramento; y viendo que estas noticias producian una gran impresión en las tropas, el principe Stchepine mandó a los soldados que se proveyesen de cartuchos y que cargasen sus armas.

En aquél momento el ayudante de campo Verighine, seguido del mayor Fredricks, que mandaba el peloton de granaderos que llevaba la bandera, invitó á los oficiales del regimiento á que fuesen á casa del coronel. Stchepine creyó entonces que había llegado el momento decisivo, y mandó á los soldados arrojar de allí á los granaderos á emplazos, apuntándoles au bandera; al mismo tiempo se precipitó sobre Fredricks, á quien ya Bestoujef ametrallaba con una pistola, y le hirió en la sieneta de una estocada que le tendió en tierra; en seguida, volviéndose hacia el mayor Schenachine, comandante de la brigada que corría á socorrer á su compañero, le hirió de otra estocada. Metiéndose en seguida por medio de los granaderos, hirió sucesivamente al coronel Khwoeschinski, al teniente Mousacinski y al granadero Krassoffski, y se manejó de manera que concluyó por apoderarse de la bandera, que fue levantada en alto á los gritos de *hurrah!*

A estos gritos, y á la vista de la sangre, mas de la mitad del regimiento contestó con los de *vive Constantino! abajo Nicolás!* y aprovechando aquél momento de entusiasmo Stchepine, arrastró tras de sí mas de cuatrocientos hombres, y marchó con ellos tambor batiente á la plaza del Almírentzgo.

A las puertas del palacio de invierno el ayudante de campo que conducía la noticia de estos sucesos se encontró con otro oficial que llegaba al cuartel de guardias de corps. Las noticias que trajo este último no eran menos alarmantes que las del ayudante de campo. En el momento en que el regimiento salía para ir a prestar juramento, el subteniente Mojenikoff se presentó delante de la vanguardia, gritando:

—No es al gran duque Nicolás á quien debemos prestar juramento; sino al emperador Constantino.

Después, como le contestaron que el czarwich había abdicado:

—¡Es falso! exclamó; ¡es falso! El czarwich marcha en este momento contra San Petersburgo para castigar á los que han olvidado sus deberes y recompensar á aquellos que le hayan sido fieles.

Sin embargo, á pesar de sus palabras, el regimiento continuó su marcha, y prestó juramento, entrando en el cuartel sin dar muestra alguna de insubordinación, cuando, á la hora de comer, el teniente Sesthoff, que había prestado juramento lo mismo que los demás, dirigiéndose á la compañía:

—Amigos míos, dijo: hemos hecho mal en obedecer, pues los demás regimientos se han sublevado; han rehusado prestar juramento, y se hallan en este momento en la plaza del Senado dispuestos á salir, cargados las armas, y seguirme. Tengo en mi bolsillo vuestra paga, y os la distribuiré sin esperar la orden.

—Para que estás cierto! exclamaron muchos soldados.

—Ahi tenéis al teniente Panoff; preguntadsele.

—Amigos míos, dijo Panoff, antes de esperar á que le pregunten: bien sabéis que Constantino es vuestro único y legítimo emperador, y que intentan destronarle; ¡Viva Constantino!

—¡Viva Constantino! gritaron los soldados.

—¡Viva Nicolás! respondió el coronel Sturler, comandante del regimiento presentándose en aquél momento. Os engañais, y no hay más emperador que Nicolás, puesto que el czarwich ha abdicado. ¡Viva Nicolás II!

—¡Viva Constantino! volvieron á gritar los soldados.

—¡Os engañais, soldados, y os venden! gritó de nuevo el coronel.

—¡No me abandonéis! ¡Seguidme! exclamó Panoff; reunímonos á los defensores de Constantino.

—¡Viva Constantino! repitieron mas de las tres cuartas partes de los soldados.

—¡Al Almirantazgo, al Almirantazgo! dijo Panoff sacando su espada: ¡seguidme, soldados!

Y se echó fuera, seguido de mas de doscientos hombres, que daban estrepitosas vivas, dirigiéndose como el regimiento de Moscow, pero por otro camino, á la plaza del Almirantazgo.

Mientras que esta doble noticia llegaba á oídos del emperador, el gobernador militar de San Petersburgo, el conde Milarodowich, acudió á su vez á palacio. Sabía ya la rebelión del regimiento de

Moscow y de los granaderos de los guardias de corps, y había mandado a las tropas en quienes creía poder tener más confianza que fuesen al palacio de Invierno: estas tropas eran el primer batallón del regimiento de Preobrajenski, tres regimientos de la guardia de Pavlovski y el batallón de zapadores de la guardia.

El emperador conoció entonces que la cosa era más seria de lo que creyó en un principio. En su consecuencia mandó al mayor general Neidhart que llevase al regimiento de la guardia de Semenowski la orden de inmediatamente a sujetar a los amotinados, y a la guardia de caballería la de estar pronta para la primera señal. Despues de dar estas órdenes, bajó él mismo al cuerpo de guardia principal del palacio de Invierno, donde estaba de servicio el regimiento de la guardia de Finlandia, y le mandó cargar las armas y ocupar las principales avenidas del palacio. En aquel momento se oyó un gran tumulto produciéndolo la tercera y la sexta compañía del regimiento de Moscow, capitaneadas por el príncipe Stolépine y los dos Bestojéff, que llegaban con banderas desplegadas y tambor batiente, gritando ¡abajo Nicolás! ¡viva Constantino! Desembocaron en la plaza del Almirantezgo; pero así que llegaron allí, ya fuera que no se creyesen bastante fuertes, o que retrocediesen ante la majestad imperial, en vez de marchar hacia el palacio de Invierno, se situaron junto al senado. Apenas se instalaron en aquel punto, se les reunieron los granaderos de los guan-

días de corps, mezclándose entre los soldados insurrecionadas unos cincuenta hombres de frac, algunos de los cuales llevaban pistolas en las matas. Los rebeldes se quedaron sin darse cuenta.

En aquel momento vi aparecer al emperador por una de las puertas del palacio, y acercándose hasta la verja, paseó una mirada sobre los rebeldes; estaba más pálido que de costumbre; pero ya le había abandonado la serenidad. Decían que para estar dispuesto a morir como emperador y como cristiano no se había confesado y despedido de su familia.

Mientras tenía yo, hijos mis hijos, en él, oí detrás de mí, y al lado del palacio de Marmol, el galope de un escuadrón de caballos; era la guardia de caballería, capitaneada por el conde Goloff, uno de los amigos más valientes y más fieles del emperador. Abrieronle las verjas, apresó del caballo, y el regimiento se formó delante del palacio; casi al mismo tiempo se oyeron los tambores de los granaderos de Preobrazenski, que llegaban por batallones. Entraron en el patio del palacio, donde hallaron al emperador con la emperatriz y el joven gran duque Alejandro detrás de ellos; aparecieron los guardias entre los que reconoció al conde Alejo Wanschhoff, y se colocaron en disposición de formar esquinas con sus coraceros, dejando entre unos y otros un espacio que, no tardó en llenar la artillería. Los regimientos rebeldes dejaron por su parte tomar todas esas disposiciones con una indolencia aparente, y sin oponerse si éstos mas que con los gritos de viva Cosa-

sentados; y abajo Nicolás! Era evidente que guardaban refuerzos.

Entre tanto llegabán á palacio frecuentes mensajeros, enviados por el gran duque Miguel. Mientras que el emperador organizaba allá su defensa y la de su familia, recorría el gran duque los cuarteles y combatía la rebelión con su presencia. Habiéndose hecho ya algunas tentativas con buen éxito en el momento en que el resto del regimiento de Moscú iba á seguir á las dos compañías insurreccionadas, el conde de Lieven, hermano de uno de mis discípulos, capitán de la quinta compañía, pudo llegar bastante á tiempo para impedir al batallón que saliese y hacer cerrar las puertas. Entonces, colocándose delante de los soldados, tiró de la espada, jurando por su honor que atravesaría con ella al primero que se moviese. A esta amenaza, se adelantó un joven subteniente con pistola en mano, el cual amenazó al conde de Lieven con saltarle la tapa de los sesos. El conde replicó con un golpe con el pombo de su espada, que hizo saltar la pistola de manos del subteniente; pero este la volvió á coger, y apuntó de nuevo al conde. Entonces éste, cruzándose de brazos, se fue derecho al subteniente, mientras que el regimiento, inmóvil y mudó, contemplaba aquél estrafalario duelo. El subteniente retrocedió algunos pasos, seguido del conde de Lieven, que le presentaba el pecho como desafiándole á que disparese, hasta que al fin aquél se detuvo y hizo fuego. Por un milagro, se quemó el oso, pero no salió

el tiro, y en aquel momento llamaron á la puerta.

—¿Quién está abi? gritaron algunas voces.

—S. A. I. el gran duque Miguel, respondieron de fuera.

A estas palabras sucedieron algunos momentos de profundo estupor. El conde de Lieven se dirigió á la puerta, y la abrió, sin que nadie intentara oponer la menor resistencia.

El gran duque entró á caballo, seguido de algunas ordenanzas.

—¿Qué significa esta inacción en el momento del peligro! exclamé. ¿Estoy entre traidores, ó entre soldados leales?

—Estais en medio de uno de vuestros mas fieles regimientos, respondió el conde de Lieven, como verá V. A. Lieven es un viejo soldado de profesión.

Entonces, levantando la espada:

—Viva el emperador Nicolás! gritó.

—Viva! contestaron los soldados á una voz.

El joven subteniente quiso hablar; pero el conde de Lieven le contuvo por el brazo.

—Silencio, caballero, le dijo. No dire una palabra de lo que ha pasado; no os perdas vos mismo.

—Lieven, dijo el gran duque: os confío el mando del regimiento.

—Y responde de él con mi cabeza á V. A. I., respondió el conde.

El gran duque continuó en seguida su excusión, hallando en todas partes, si no entusiasmo, al menos obediencia. Las noticias eran, por lo tanto, fa-

verables. En efecto, por todas partes se escalonaban refuerzos: los zapadores estaban en batalla delante del palacio de la Ermita, y el resto del regimiento de Moscow, capitaneado por el conde de Lieven, desembocaba por la Perspectiva de Nieuiski. La aparición de aquellas tropas hizo prorumpir en grandes gritos á los insurrecionados, porque creían que les llegaba al fin el socorro que esperaban; pero pronto quedaron desengañados. Los recién venidos se situaron delante de la casa de los tribunales, dando el frente á palacio; de modo que los sublevados quedaron encerrados por los coraceros, la artillería y los guardias en un círculo de hierro.

Un momento después se oyó el cántico de los sacerdotes: era el metropolitano, que salía de la iglesia de Cazan, seguido de todo su clero, é iba precedido de las banderas sagradas, á intimar en nombre del cielo á los sublevados que volviesen á su deber. Pero por la primera vez quitó desprecio los soldados, en su irreligiosidad política, las imágenes que estaban acostumbrados á adorar, y rogaron á los sacerdotes que no se mezclaran en los asuntos de la tierra, ciñéndose solo á los del cielo. El metropolitano quiso insistir; pero una orden del emperador le hizo retirarse. Nicolás quería intentar por sí mismo un último esfuerzo para apartar á los rebeldes de su propósito.

Los que rodeaban al emperador trataron entonces de disuadirle de ello; pero el emperador respondió que, puesto que se jugaba su suerte, justo

era que espesiése su vida. En su consecuencia, mandó abrir la verja: apenas estuvo abierta, llegó el gran duque á todo correr, y acercándose al emperador, le dijo al oido que parte del regimiento de Preobrajenski, de que estaba rodeado; hacia cosa común con los rebeldes, y que el príncipe Trubetskoi, cuya ausencia había notado con sorpresa el emperador, era el jefe de la conspiración. La cosa era posible; con tanto mas motivo, cuanto que era el mismo regimiento que veinte y cuatro años antes había guardado las avenidas del palacio Rojo; mientras que su coronel, el príncipe Tatitsin, ahogaba al emperador Pablo I.

La situación era terrible, y, sin embargo, el emperador no se demudó: únicamente se notó que tomaba un partido esfrento. Al cabo de un momento se volvió, y dirigiéndose á uno de sus generales:

—Que me traigan al joven gran duque, dijo.
Un instante después bajó el general: cuá el niño. Entonces el emperador lo levantó del suelo, y adelantándose hacia los granaderos:

—Soldados, dijo: si me matan, aquí tenéis á vuestro emperador: abrid las filas, que lo dejó confiado á vuestra lealtad.

Hizose oír un prolongado víva, y resonó un grito de entusiasmo, que salía de lo íntimo de los corazones: los culpables fueron los primeros en dejar caer sus armas y en abrir sus brazos. El niño fue llevado al medio del regimiento y custodiado por la misma guardia que la bandera: el emperador subió á ca-

ballo, y salió. A la puerta le suplicaron los generales que no fuese mas lejos, pues los rebeldes habían manifestado á las claras su intención de matar al emperador, y tenían cargadas sus armas. Pero el emperador hizo ademán de que le dejaran libre el paso, prohibió que nadie le siguiese, puso su caballo al galope, se adelantó hacia los rebeldes, y deteniéndose á medio tiro de pistola:

—¡Soldados! gritó: me han dicho que queríais matarme: si así es, aquí me tapeis.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el emperador permaneció inmóvil entre las tropas de uno y otro bando, semejante a una estatua ecuestre. Por dos veces se oyó en las filas rebeldes la voz ¡fuego! sin que fuese ejecutada la orden; pero á la tercera resonaron algunos tiros. Las balas silbaron en torno del emperador, pero ninguna le tocó. A cien pasos detrás de él, el coronel Velho y varios soldados fueron heridos por aquella descarga.

En el mismo instante, Miladorowich y el gran duque Miguel se precipitaron á los lados del emperador: el regimiento de coraceros y el de guardias hicieron un movimiento; los artilleros encendieron la mecha.

—¡Alto! gritó el emperador.

Todos obedecieron.

—General, añadió, dirigiéndose al conde Miladorowich; adelantaos hacia esos ilusos, y tratad de atraeerlos al camino del deber.

El conde Miladorowich y el gran duque Miguel
Tomo II.

se precipitaron hacia ellos; pero los revoltosos los acogieron con una nueva descarga y á los gritos de *viva Constantino!*

—*Soldados! esclamó entonces el conde Milarodowich*, levantando sobre su cabeza un magnífico sable, todo guarnecido de pedrería, y adelantándose hasta las filas de los rebeldes; ved aquí un sable que me ha regalado S. A. I. el czarwich. Pues bien; en nombre del honor os juro, por este sable, que os engañan, que os venden, que el czarwich ha renunciado á la corona, y que vuestro único y legítimo soberano es el emperador Nicolás I.

Los *hurras!* y los gritos de *Viva Constantino!* respondieron á este discurso: después, en medio de los hurras y de los gritos, se oyó un pistoletazo, y se vió al conde Milarodowich vacilar. Otro pistoletazo fue dirigido al gran duque Miguel; pero los soldados de marina, aunque del número de los revoltosos, habían detenido el brazo de los asesinos.

En un segundo el conde Orloff y sus coraceros, á pesar de las continuadas descargas de los revoltosos, hubieran envuelto en sus filas al conde Milarodowich, al gran duque y al emperador Nicolás, que condujeron á viva fuerza al palacio. Milarodowich apenas se podía sostener en su caballo, y cuando llegaron á él, cayó en los brazos de los que le rodeaban.

El emperador quería que se hiciese una última tentativa para que los revoltosos volvieran á su de-

ber; pero mientras daba las órdenes oportunas para ello, el gran duque Miguel se apeó del caballo, y mezclándose entre los artilleros, arrancó una mecha de manos de un soldado, y encendiéndola:

—¡Fuego! exclamó; ¡fuego sobre los asesinos!

Cuatro cañonazos de metralla partieron á un mismo tiempo, devolviendo con usura la muerte que ellos habian enviado. Despues, sin que fuese posible oír las órdenes del emperador, una segunda descarga siguió á la primera.

El efecto de ambas descargas, á medio tiro de fusil, fue terrible; mas de sesenta hombres de granaderos del regimiento de Moscow y de marinos de la guardia quedaron tendidos en tierra; el resto tomó la fuga por la calle de Galarnaia, por el muelle Inglés, por el puente de Isac y por el Neva, que estaba helado: entonces los caballeros guardias arrojaronse sobre los rebeldes en su fuga, excepto un solo hombre, que dejó alejarse el regimiento, echando pie á tierra, y dejando ir á su caballo á la ventura, se adelantó hacia el conde Orloff. Llegando adonde estaba, se quitó el sable, y se lo presentó.

—¿Qué haceis, conde, preguntó el general admirado, y por qué venís á presentarme vuestro sable, en vez de serviros de él contra los rebeldes?

—Porque soy uno de los conspiradores, monseñor; y como tarde ó temprano seré denunciado y preso, prefiero denunciarme á mi mismo.

—Aseguraos de la persona del conde Alejo Wanin-

koff , dijo el general dirigiéndose á dos coraceros, y conducidle á la fortaleza.

La órden fue ejecutada al momento , y vi al conde cruzar por el puente de la Moika y desaparecer tras del esquinazo de la embajada de Francia. Entonces pensé en Luisa , de quien yo era entonces el único amigo. Enmedio del tumulto tomé el camino de la Perspectiva, y llegué á casa de mi pobre compatriota, tan pálido , que no dudó que iba á anunciarle alguna desgracia ; así es que apenas me vió entrar , cuando se acercó á mí con las manos juntas.

— ¿ Que hay ? En nombre del cielo , ¿ qué hay ? preguntó.

— Hay , que solo debeis esperar en un milagro de Dios ó en la misericordia del emperador.

Entonces le referí cuanto había visto , y le entregué la carta de Waninkoff.

Come había creido desde un principio , era una carta de despedida.

Aquella misma noche el conde Milarodowich murió de su herida , pero exigió antes de morir que el cirujano le estraiera la bala. Acabada la operacion tomó en su mano el pedazo de plomo , y viendo que no era del calibre de ordenanza:

— Estoy satisfecho , dijo ; esta no es la bala de un soldado.

Cinco minutos despues dió el ultimo suspiro.

El dia siguiente , á las nueve de la mañana ; es decir , en el momento en que empieza á despertarse

el movimiento en toda la ciudad, y cuando todo el mundo ignoraba aun si la insurrección de la víspera había terminado ó debía renovarse, el emperador bajó sin escolta y sin guardias, dando la mano á la emperatriz, y subiendo con ella en un droschki, que esperaba á las puertas del palacio de Invierno, recorrió todas las calles de San Petersburgo, y pasó por delante de todos los cuarteles, ofreciéndose á los tiros de los asesinos, si es que los había aun. Pero no oyó por todas partes mas que gritos de alegría, en que prorumpían desde que veian asomar las plumas de su sombrero. Pero al dirigirse á palacio, después de aquella temeraria excursión, que tan bien le había salido, y pasando por la Perspectiva, vió á una mujer salir de su casa con un papel en la mano y arrodillarse en el camino que tenía que recorrer el caballo, de manera que le era preciso separar el carroje, ó pasar por encima de ella.

Así que hubo llegado á tres pasos de ella, el cochero detuvo los caballos con esa destreza proverbial en los rusos: la pobre mujer no tuvo fuerzas mas que para agitar en el aire el papel, exhalando lastimeros sollozos: el emperador hubiera tal vez continuado su camino; pero la emperatriz la miró con su sonrisa de ángel, y tomó el papel, que solo contenía estas palabras, escritas hacia muy poco:

—¡Señor! Gracia para el conde de Waninkoff; en nombre de lo mas querido que tenga V. M., gracia, gracia!

El emperador buscó inútilmente la firma, pero no la había; en seguida volvió la cabeza hacia la desconocida.

—Sois hermana suya? preguntó.

La pobre muchacha meneó tristemente la cabeza.

—Sois su mujer?

La muchacha hizo un movimiento negativo.

—Pero, en fin, ¿quién sois? preguntó el emperador con un ligero movimiento de impaciencia.

—Ay! exclamó Luisa recobrando por fin la voz; dentro de siete meses seré la madre de su hijo.

—Pobre niña! dijo el emperador; y haciendo una seña al cochero, partió al galope, llevándose el papel, pero sin dejar á la pobre desconsolada ninguna otra esperanza que aquellas dos palabras de compasión.

IX.

Los días siguientes fueron empleados en hacer desaparecer hasta la última huella de la terrible insurrección de que las paredes del senado conservaban aun sangrientas señales.

En el mismo día fueron presos los principales conjurados, y durante la noche el resto de ellos. Estos eran el príncipe Troubetskoy, el periodista Ryleyeff, el príncipe Obolinski, el capitán Jacoubowith, el teniente Kakowski, los capitanes Stchepine, Rosowaki y Bertoujoff, y otro Bertoujoff, ayudante de campo del duque Alejandro Wurtemberg; en fin, sesenta y ochenta más, que eran más culpables por los hechos que por su intención; Waninkoff, que, como hemos dicho, se había entregado voluntariamente, y el coronel Boulatoff, que había seguido su ejemplo.

Por una extraña coincidencia, Pestel, segun órdenes dadas en Taganrog, habia sido preso en medio de la Rusia el mismo dia que habia estallado la revolucion de San Petersburgo.

En cuanto á Serga y á Apostol Mouravief, que habian logrado salvarse é insurreccional seis compañias del regimiento de Tchernisof, fueron alcanzados cerca del pueblo de Poulogoff, en el distrito de Wassilkoff, por el teniente general Roth. Despues de una resistencia desesperada, uno de ellos intentó levantarse la tapa de los sesos de un pistoletazo, pero no salió el tiro: el otro fue preso despues de ser gravemente herido de un cacho de metralla en el costado y de un sablazo en la cabeza.

Todos los prisioneros, en cualquier punto del imperio que hubiesen sido arrestados, fueron conducidos á San Petersburgo; despues, una comision, compuesta del ministro de la guerra Tatischeff, del gran duque Miguel, del principe Galitzin, consejero privado de Golenitcheff-Kotouboff, que habia sucedido al conde Milarodovich en el gobierno militar de San Petersburgo, Tchernichef, de Benkendorf, de Levacheff, de Potapoff y de los cuatro ayudantes generales de campo que fue nombrada por el emperador, y la sumaria encargó con una imparcialidad cuya garantía eran los nombres que hemos indicado.

Pero, como es costumbre en San Petersburgo, todo se hacia en el silencio y á la sombra, y nada se traslucia de fuera. Y ademas, cosa estranial desde la mañana en que un parte oficial habia anunciado al

ejército que todos los traidores estaban presos, no se volvió á hablar de ellos, como si nunca hubiesen existido, ó como si hubiesen venido al mundo aislados y sin familia; ni una casa había cerrado sus ventanas en señal de orfandad, ni una frente había reflejado la tristeza y el luto. Todo continuaba como si nada hubiese sucedido.

Luisa solamente había dado un paso de que no había recuerdo en los anales moscovitas, y sin embargo, cada cual, creo yo, presentía en el fondo de su corazón que muy pronto llegaría una mañana, y produciría, á la manera de una sangrienta flor, alguna noticia terrible; porque la conspiración era flagrante, las intenciones de los conspiradores eran homicidas, y, aunque todos conocían la bondad natural del emperador, comprendían que no podía extender á todos su perdón; la sangre demandaba sangre.

De tiempo en tiempo un rayo de esperanza cruzaba esta noche como una luz sombría, y daba una nueva prueba de las benignas disposiciones del emperador: en la lista de los conjurados que le habían presentado había reconocido un nombre attado por la Rusia: este nombre era Souvarow.

Con efecto, el nieto del banqueto de la Trebeia estaba en el número de los conspiradores. Nicolás se detuvo al llegar á aquél nombre, y después de un momento de silencio:

—Es imposible, dijo como hablando consigo mismo, que tan buen nombre sea manchado.

Y volviéndose hacia el jefe superior de policía, que le presentaba la lista:

—Yo mismo interrogaré, continuó, al teniente Souwarow.

Al dia siguiente el joven fue conducido ante el emperador, á quien esperaba hallar irritado y amenazador, y á quien encontró, por el contrario, tranquilo y afable. Esto no era todo: á las primeras palabras del czar le fue fácil al culpable conocer el objeto con que había sido llamado. Todas las preguntas del soberano, preparadas con una paternal solicitud, estaban arregladas de manera que el acusado no pudiese menos de sincerarse; y con efecto, á cada una de las preguntas imperiales, á que no tenía que responder otra cosa que si ó no, el czar se volvía hacia los que había convocado para asistir al interrogatorio, diciéndoles:

—Ya lo veis; ya lo oís; bien os había dicho yo que un Souwarow no podía ser un rebelde.

Y Souwarow, sacado de la prisión, y vuelto á su regimiento, recibió á los pocos días su despacho de capitán. Pero todos los acusados no se llamaban Souwarow, y aunque hiciese todos los esfuerzos posibles para inspirar á mi pobre compatriota una esperanza que yo no tenía, el dolor de Luisa era verdaderamente espantoso: desde el dia de la prisión de Waninkoff había abandonado enteramente los cuidados de su vida pasada, y retirada en la pequeña sala que había detrás del almacén, pasaba horas enteras con la cabeza apoyada sobre sus manos, de-

jando escapar silenciosamente gruesas lágrimas de sus ojos; y no abriendo la boca sino para preguntar á los que, como yo, eran admitidos en aquel recinto:

—¿Creeis que le matarán?

Despues, oida la contestacion, en que ni siquiera fijaba su atencion, continuaba:

—¡Ah; si yo no me hallase en cinta!

Y con todo, el tiempo pasaba sin que nada se trasluciese de la suerte reservada á los acusados; la comision encargada de la sumaria tejia su obra á la sombra, y se conocia que marchaba al desenlace de la sangrienta tragedia; pero nadie podria decir qual seria aquel desenlace ni qué dia tendria lugar.

Sobrevinieron dos incidentes, que ayudaron á los habitantes de San Petersburgo á olvidar, por de pronto al menos, la catastrofe del mes de diciembre; el uno fue la embajada extraordinaria enviada por la Francia y desempeñada por el duque de Raguse, y el otro la llegada del cuerpo de la emperatriz Isabel. Habia cumplido su palabra, y solo le habia sobrevivido cuatro meses.

La embajada llegó en los primeros dias de mayo, y el ataúd en los primeros de junio: me avisaron de la primera ceremonia por una carta de uno de mis antiguos discípulos, que había venido como agregado, y de la otra por un cañonazo disparado en la fortaleza: como siempre me tenia alarmado la amistad que profesaba á Luisa y el interes que el conde me inspiraba, temí que el cañonazo anunciasse otra cosa, y bajé apresuradamente para informarme

de lo que ocurría: en aquel momento se oyó un segundo cañonazo, y como vi correr á todo el mundo hacia el Neva, corrí como los demás, y en medio del camino supe el objeto de los cañonazos.

Cuando llegué al muelle, estaba ya inundado de gente, de tal manera, que conocí que si me quedaba allí me sería imposible ver nada. Por lo tanto, alquilé una barca, y desde el río, en que me detuve, me dispuse á ver pasar el cortejo, que debía atravesar el immense puente de barcas, que se extiende desde el Campo de Marte hasta la ciudadela. Al cabo de pocos momentos todas las campanas de la ciudad se mezclaron á la artillería, y tocaban á vuelo.

La primera persona que vi fue un maestro de ceremonias á caballo, que llevaba en señal de duelo una banda de crespon negro y blanco: tras él caminaba una compañía de los guardias de Preobrazjenski; en seguida un oficial de las caballerizas; después un mariscal de la corte, cuyo luto se indicaba por medio de un ancho sombrero caido sobre los ojos y por una capa negra que le cubría los hombros. Los timbales y las trompetas de los caballeros guardias seguían después, precediendo á cuarenta criados de á pie á cuatro correos, ocho lacayos y cuatro oficiales de la corte. Veinte pajés caminaban detrás de ellos, acompañados del gobernador, que cerraba la marcha de la primera sección. Sesenta y dos banderas de las diferentes provincias del imperio iban después, llevadas cada una por un oficial, al que otros dos oficiales acompañaban como asistentes, y enmedio

de esta bandera de luto se elevaba el estandarte de seda negro con las armas de la Rusia, que sostenía un hombre de armas cubierto con una armadura negra y llevando en la mano una espada desnuda, cuya punta miraba al suelo. Detrás del hombre de armas, doce húsares de la guardia, mandados por un oficial, precedían el coro funebre, que llevaba la corona imperial, é iba tirado por ocho caballos ricamente enjazados: ocho pajes marchaban al lado de los caballos, dos lacayos junto á las portezuelas, y cuatro pajes de a caballo iban después. Esta era la última aparición de las pompas de la tierra en medio de los lugubres aributos de la muerte.

El cortejo, tomando al momento su aspecto fúnebre, presentaba en seguida una masa disforme de capas negras y de sombrios crespones, que precedían á las armas del gran duque de Baden, de Schleswig-Holstein, de Taurid, de Siberia, de Finlandia, de Astracan, de Kazan, de Polonia, de Novgorod, de Kiew, de Uladimir y de Meskow. Estos escudos de armas, lo mismo que los primeros, eran llevados por un oficial, y escoltados á derecha e izquierda por otros dos oficiales; después seguía el gran escudo de las armas del imperio, precedido de cuatro generales, y llevado por dos generales en jefe y por dos coronelos y dos oficiales superiores.

Después iban los representantes del poder imperial, y detrás del ejército, conducidos por el maes-

tro de ceremonias, los diputados de las diferentes corporaciones de la ciudad, de los mercaderes y de los cocheros, cada una de ellas precedida de un estandarte; sobre el que estaban pintadas ó bordadas las insignias distintivas de la profesion ejercida por los que la componian.

Las diferentes compañías, como la ruso-americana, la compañía económica, la sociedad para los presos, la sociedad filantrópica, los empleados de la biblioteca pública imperial, de la universidad de San Petersburgo, de la academia de artes y de la academia de ciencias seguian despues, y luego los generales, los ayudantes de campo del emperador, los secretarios de estado, los senadores, los ministros y los miembros del consejo del imperio, y, ultimamente, todos los discipulos de los establecimientos industriales, á los que la difunta emperatriz concedia una proteccion especial. Dos heraldos de armas, vestidos de luto, precedian despues á las órdenes extranjeras, á las de Rusia y á la corona imperial, llevadas sobre almohadones de brocado de oro.

Seguian tres imágenes, sostenidas, una por el confesor de la emperatriz, y las otras dos por otros sacerdotes, detras de las cuales marchaba el carro fúnebre que conducia los restos mortales de la emperatriz. Las varas del palio eran llevadas por cuatro chambelanes, así como los cordones y las borlas del paño fúnebre, y á los lados del carro marchaban cubiertas de largos velos las señoras de la orden de Santa Catalina, y las damas de honor que habian se-

guido á la emperatriz en su último viaje, y que, fieles hasta despues de su muerte, la acompañaban á su última morada. Los altos funcionarios conducian los caballos del carro, y sesenta pajes, llevando hachones encendidos, le rodeaban de un cinturon de fuego.

Por ultimo, el emperador Nicolás, de rigoroso luto, seguia á la comitiva, llevando á su derecha al gran duque Miguel, y detras de él, á poca distancia, el jefe de estado mayor general, el ministro de la guerra, el general del distrito, el de servicio, y muchos otros. Veinte y cuatro abanderados marchaban á una distancia respetuosa del emperador, junto á los parapetos del puente, encerrando entre sus dos filas el carro fúnebre que conducia á la emperatriz y al jóven gran duque Alejandro, heredero de la corona. El gran duque de Wurtemberg, sus dos hijos y su hija, seguian despues á pie, con las dos reinas de Imireti y la regente de Mingrelia, acompañadas de todas las señoritas empleadas en el servicio de la difunta emperatriz, y por ultimo, una compagnia del regimiento de Semenowski cerraba la marcha.

El cortejo fúnebre empleó mas de una hora en cruzar el puente. Por fin, aquella larga fila desapareció en la fortaleza, adonde el pueblo se precipitó tambien, para ver rendir los últimos honores á la que por espacio de veinte años había mirado como una intermediaria entre la tierra y el cielo.

FIN DEL TOMO II.

LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.

EL
MAESTRO DE ARMAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL
MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO III.

MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.
Calle de las Huertas, núm. 14.

1850.

Digitized by Google

EL MAESTRO DE ARMAS.

L.

Al entrar en casa de Luisa la hallé muy agitada. Lo mismo que yo, ignoraba la ceremonia religiosa que debía tener lugar; y á los primeros cañonazos temió tambien que fuése aquella la señal de la ejecución.

Sin embargo, Mr. de Gorgoli, que había seguido dispensándome su amistad, me había tranquilizado muchas veces diciéndome que la sentencia se sabría algún tiempo antes de su ejecución, y que así tendríamos tiempo para suplicar al emperador, en el caso de que recayese sentencia de muerte sobre nuestro pobre amigo. En efecto, el 14 de julio la *Gaceta* de San Petersburgo publicaba la comunicación enviada al emperador por la alta cámara de justicia. Esta dividía los diferentes grados de participación en el complot en tres clases de crímenes,

cuyo objeto era derribar el imperio, anular las leyes fundamentales del estado y subvertir el orden de cosas establecido.

Treinta y seis acusados habian sido condenados por el tribunal á la pena de muerte, y el resto á los trabajos de las minas y al destierro. Waninkoff era del número de los condenados á muerte; pero en pos de la justicia venia la clemencia: la pena de muerte habia sido conmutada para treinta y seis de los sentenciados en un destierro perpetuo, y Waninkoff era del número de aquellos que habian obtenido una commutacion de pena.

Cinco de los culpables solamente debian ser ejecutados: estos eran Ryleyeff, Bestoujeff, Michel Serge, Mourawieff y Pestel.

Sali precipitadamente de mi casa corriendo como un loco, con el periódico en la mano, y queriendo detener á todos cuantos encontraba para hacerles participar de mi alegría, y en esta situación llegué sin aliento á casa de Luisa. La encontré con otro ejemplar del periódico en la mano, y en cuanto me vió se echó en mis brazos, derramando lágrimas, y sin poder decir mas que estas palabras:

—¡Se ha salvado! ¡Dios bendiga al emperador!

En medio de nuestro egoísmo habíamos olvidado á los desgraciados que iban á morir: tambien ellos tenían una familia, tenían amantes y tenían amigos. El primer cuidado de Luisa había sido el de pensar en la madre y en las hermanas de Wanin-

koff, á quienes conocía, como sabemos, por haberlas visto en su viaje á San Petersburgo. Aquellas pobres mujeres ignoraban aun que su hijo y su hermano no moriría; lo que en semejantes circunstancias era una gran cosa, porque al fin se vuelve de las minas y de la Siberia; pero la piedra del sepulcro, una vez colocada, no se vuelve á levantar.

Luisa entonces tuvo una de esas ideas que solo se ocurren á las hermanas y á las madres: calculó que la *Gaceta* que contenía la dichosa nueva no saldría de San Petersburgo sino hasta la hora del correo de la noche, y que por lo tanto se recibiría en Moscow con doce horas de retraso: me preguntó si yo conocía algun mensajero que quisiera marchar en aquel mismo momento y llevar en posta la *Gaceta* á la madre de Waninkoff. Tenía yo un ayuda de cámara ruso, hombre fiel e inteligente; propuséle la comision, y la aceptó. Faltaba únicamente el pasaporte; pero al cabo de media hora, y gracias á la protección de Mr. de Gorgoli, lo tuve en mi poder, y Gregorio partió, llevando la dichosa noticia y mil rublos para los gastos de viaje.

Adelantó catorce horas al correo, y catorce horas antea de lo regular, una madre y dos hermanas supieron que tenían aun un hijo y un hermano.

Gregorio volvió con una de esas cartas que se escriben con plumas arrancadas de las alas de los ángeles: la anciana condesa llamaba á Luisa su hija, y las jóvenes, su hermana. Pedían únicamente que se les enviara otro correo el dia en que tuviese lugar la

ejecución ó en que los presos salieran para su desierto. A la noche del 22 de julio se realizó el viaje. Así fue que encargué á Gregorio estuviese dispuesto a marchar de un momento á otro, cosa que le agradó mucho, pues aquellos viajes le eran sumamente perniciosos. La madre de Waninkoff le había dado otros mil rublos; de manera que en su primera comisión el buen hombre había reunido una pequeña fortuna, que esperaba duplicar en la segunda.

Esperamos el dia de la ejecución, que no se había fijado de antemano, y todas las mañanas los habitantes de San Petersburgo se despertaban creyendo que todo había concluido para los cinco reos. La idea de la pena de muerte hacia tanto mío efecto, cuanto que hacía sesenta años que nadie la había sufrido en San Petersburgo.

Pasaban los días, y todos se admiraban del tiempo que trascurría entre la sentencia y la ejecución. Este tiempo había sido preciso para hacer venir dos verdugos del Allemánia.

Por último, el dia 23 de julio por la noche entró en mi casa un joven francés, mi antiguo discípulo, que, como he dicho, estaba agregado á la embajada del mariscal Morny; y á quien había yo suplicado repetidas veces que me tuviese al corriente de las noticias, que por su posición diplomática podía saber más pronto que yo. Venía á decirme que el mariscal acababa de recibir de M. de la Ferrière la invitación de ir mañana siguiente á los cuatro

de la mañana á la embajada francesa, en las ventanas; como hemos dicho, daban á la fortaleza. No había que dudarlo, era para presenciar la ejecución.

Corrí á casa de Luisa á anunciarle esta noticia, y todos los temores volvieron á renacer. ¿No sería por un error el que el nombre de Waninkoff se hallase entre los nombres de los desterrados en vez de hallarse entre los de los condenados á muerte? Esta commutación de pena, ¿no podía ser una falsa noticia esparsida, para que la ejecución produjese menor efecto en la población, y no se desengañaría al dia siguiente á la vista de treinta y seis cadáveres en vez de cinco? Luisa, como todos los desgraciados, era muy ingeniosa en atormentarse. Sin embargo, logré tranquilizarla, pues yo había sabido por buen conducto que todo pasaria en la forma en que lo atunecaba la Gaceta oficial, y me aseguraron además que el interes que Luisa había inspirado al emperador y á la emperatriz el dia en que se la presentó en la Perspectiva había influido mucho en la commutación de pena del sentenciado.

Me separé en momento de Luisa, quien me hizo prometerle que volvería pronto, para ir á dar una vuelta por los alrededores de la fortaleza, con el objecto de ver si algunos preparativos indicaban el terrible drama de que debia ser teatro aquella plaza el dia siguiente, y no vi mas que á los miembros del tribunal que salian de la fortaleza: esto, sin embargo, era bastante; los escribanos acababan de leer su sentencia á los acusados, y no quedaba nada algu-

na de que la ejecucion tendria lugar el dia siguiente por la mañana. Al momento bice marchar á Gregorio á Moscow, con otra carta de Luisa para la madre de Waninkoff, de medo que teciamos, no doce horas de ventaja sobre la noticia, sino veinte y cuatro.

• A eso de media noche, Luisa me rogó que la acompañase á dar una vuelta por los alrededores de la fortaleza. Ya que no podia ver á Waninkoff, queria al menos en el momento de su separacion volver á ver las paredes que le encerraban.

Encontramos el puente de la Trinidad con centinelas; y nadie podia cruzarle; esto era una nueva prueba de que nada habia cambiado en las disposiciones tomadas por el tribunal. Dirigimos la vista hacia la fortaleza, que durante aquella hermosa noche velamos tan claramente como en uno de los crepusculos de Ocidente. Al cabo de un momento divisamos luces en la plataforma, y despues pasar hombres cargados con fardos extraños; estos eran los ejecutores, que preparaban el cadalso. Eramos las únicas personas que se hallaban en el muelle, pues nadie se podia imaginar lo que debia quedar. Dos carruajes retrasados pasaron rápidamente con sus dos luces, que brillaron como los ojos de un dragón. Algunas barcas se deslizaban sobre el Neva, y desaparecian poco á poco, bien por los canales, bien por los brazos del río, unas silenciosas, otras haciendo ruido; una tan solamente quedó anclada; ningun ruido salia de ella, ni alegra ni triste; sin

duda encerraba alguna madre, alguna hermana ó alguna esposa, que, como nosotros, esperaba.

A las dos de la mañana una patrulla nos hizo retirar, y volvimos á casa de Luisa; no había ya mucho tiempo que esperar, pues la ejecucion, como llevo dicho, debia tener lugar á las cuatro de la mañana. Permaneci aun hora y media al lado de Luisa, y despues sali á la calle.

Las calles de San Petersburgo, á excepcion de algunos moujicks, que parecian ignorar completamente lo que debia suceder, estaban enteramente desiertas. Apenas empezaba á presentarse una débil claridad y una ligera niebla que partia del río, aparecia como un velo que cruzaba de una á otra orilla del Neva. Cuando llegué al esquinazo de la embajada de Francia, vi al mariscal Marmont, que entraba con sus empleados, y un instante despues aparecio con ellos en el balcon.

Algunas personas se habian, como yo, detenido en el muelle, no porque supiesen lo que iba á pasar, sino porque el puente de la Trinidad hallandose ocupado por las tropas, les obstruia el paso para las islas adonde se dirigian. Veiseles inquietos e indecisos hablarse en voz baja, porque ignoraban si habia peligro en permanecer allí; en cuanto á mi, me hallaba resuelto á quedarme hasta que me echasen. Algunos minutos antes de las cuatro avizoridieron una gran hoguera, que me hizo dirigir la vista á un punto de la fortaleza. Al mismo tiempo, y como la niebla empezaba á disiparse, vi dibujarse sobre el

cielo la sombra negra de cinco horcas. Estas horcas estaban colgadas sobre un tablado de madera, cuyo piso estaba construido á la manera inglesa, abriéndose una trampa bajo los pies de cada condenado.

Al dar las cuatro vi subir sobre la plataforma de la ciudadela, y colocarse alrededor del patíbulo á los que se hallaban condenados al destierro: vestían su uniforme de gala y llevaban sus charreteras y sus condecoraciones: los soldados llevaban sus espadas. Procure reconocer á Waninkoff entre sus desgraciados compañeros, pero era cosa imposible á la distancia á que yo me hallaba.

A las cuatro dadas aparecieron en el patíbulo los cinco condenados. Iban vestidos con blusas grises, y llevaban sobre la cabeza una especie de capuchón blanco. Sin duda los traían de diferentes calabozos, porque en el momento en que se vieron reunidos, les permitieron que se abrazasen.

Entonces llegóse á hablarles un hombre, y se oyó un *phuryat*. Al principio no supimos la causa; pero después nos dijeron que aquel hombre venia á proponer el perdón á los reos, si consentían en pedirlo; pero decíase que habían respondido á aquella proposición con un grito de *viva la Rusia! viva la libertad!* gritos que habían sido alzados por los phuryats de los asistentes. El hombre se separó de ellos, y los ejecutores se aproximaron. Los sentenciados dieron algunos pasos, pasáronles una cuerda al cue-

lio, y les bajaron el tapuchon sobre los ojos. En aquel momento daban las cuatro y cuarto.

La campana vibraba aun, cuando el piso faltó repentinamente bajo los pies de los pacientes, y al mismo tiempo se oyó en gran ruido: los soldados se precipitaron sobre el patibulo, y parecía pasar por el aire un estremecimiento que nos hizo temblar: creí que había algún alboroto.

Dos de las cuerdas se habían roto, y los dos condenados que pendian de ellas, dejando de estar sostenidos, cayeron al fondo del patibulo, en donde el uno se había roto un muslo y el otro un brazo: de esto procedia aquel tumulto; los otros continuaban muriendo.

Bajaron con escalera al interior del patibulo, y subieron á los dos reos sobre el tablado. Colocaronlos echados, porque no podian sostenerse de pie: entonces uno de ellos se volvió hacia el otro:

—Mira, le dijo, para lo que sirve un pueblo esclavo: ¡ni aun sabe ahorrar á un hombre!

En tanto que los subian, habian preparado aquellas cuerdas, de manera que no tuvieron mucho tiempo que esperar. El verdugo se dirigió hacia ellos, y entonces, ayudándose mutuamente, caminaron hacia el nudo mortal. En el momento de pasárselo al cuello gritaron por última vez con energía: ¡viva la Rusia! , ¡viva la libertad! , ¡vengan nuestros vengadores! Grito funebre, que iba a morir sin eco, pues no hallé ninguna simpatia: los

que le daben habian juzgado mal la época , y se habian equivocado en su siglo.

Cuando resirieron este incidente al emperador, pegó una patada en el suelo.

—¿Por qué , dijo , no me han venido á avisar de esa occurrencia ? —Voy sin duda á ser tenido por masoquista , que Dios !

Pero nadie se habia atrevido á tomar sobre si la responsabilidad de suspender la ejecucion , y cinco minutos despues de haber exhalado el ultimo suspiro los dos pacientes , se habian reunido con sus compañeros .

Entonces llego su turno a los desterrados ; leyeronles en voz alta la sentencia que les quitaba todo cuanto poseian en el mundo , rango , condecoraciones , bienes , familia ! Luego los ejecutores se aproxiaron á ellos , y les quitaron , á uno despues de otro , las charreteras y las condecoraciones , que arrojaban al fuego á su vista , gritando :

—Estas son las charreteras de un traidor : estas son las condecoraciones de un traidor .

Por ultimo , quitandoles á los soldados las espadas , las cogian por el pomo y por la punta y las rompian sobre las cabezas de sus dueños , diciendo :

—Esta es la espada de un traidor .

Acabada esta ejecucion , tomaron á la casualidad unos cuantos de un montón de sacos de tela gris , semejantes á los de las gentes del pueblo ; con los que cubrieron á los desterrados despues de haberlos despojado de sus uniformes . Luego los hicieron bajar

por una escalera; y los condujeron á sus respectivos calabozos.

El tablado volvió á quedar desierto, y solo quedaron en él un centinela, las cinco horcas, y pendientes de estas cinco horcas los cinco cadáveres de los ajusticiados.

Volví á casa de Luisa, y la halle anegada en lágrimas, arrodillada y rezando.

—¿Qué hay? me dijo.

—Los que debían morir han muerto, y los que deben vivir, viven.

Luisa acabó su oración, levantó los ojos al cielo con una expresión de infinito reconocimiento, y luego que acabó:

—Cuánto hay de aquí á Tobolsk? me preguntó.

—Ochocientas leguas, poco más ó menos.

—Es menos de lo que yo creía; gracias.

Permanecí un momento contemplándola en silencio, pues empezaba á penetrar su intención.

—Por qué me haceis esa pregunta? le dije.

—¿Qué, no lo adivinalís?

—Oh! pero eso es imposible por ahora. Luisa, ¿habeis pensado en el estado en que os hallais?

—Amigo mío, me dijo: tranquilizaos; sé lo que una madre debe á su hijo, así como lo que debe al padre: esperaré.

Me incliné ante aquella mujer, y le besé la mano con tanto respeto como si hubiese sido una reina.

Durante la noche marcharon los desterrados: el

patibulo desapareció; de modo que cuando llegó el dia, no había señal alguna de lo que había pasado; y las personas indiferentes podían muy bien creer que habían tenido un sueño. Y es verdad que los amigos de la señora, que con suavidad le dieron la noticia, se quedaron sin saber que hacer.

La señora se quedó sola en su casa, y se puso a llorar. Lloró tanto que se quedó sin fuerzas, y tuvo que acostarse. Algunas personas que la conocían bien, se acordaron de la señora, y se acercaron a ella para tratar de consolarla.

Algunos días más tarde, la señora se puso a caminar por la ciudad. Se paseó por la calle principal, y por las calles cercanas. Se paseó por el parque, y por el jardín público. Se paseó por el río, y por el bosque. Se paseó por la montaña, y por la playa. Se paseó por la ciudad, y por la ciudad vecina. Se paseó por la ciudad vecina, y por la ciudad.

Algunos días más tarde, la señora se puso a caminar por la ciudad. Se paseó por la calle principal, y por las calles cercanas. Se paseó por el parque, y por el jardín público. Se paseó por el río, y por el bosque. Se paseó por la montaña, y por la playa. Se paseó por la ciudad, y por la ciudad vecina. Se paseó por la ciudad vecina, y por la ciudad.

Algunos días más tarde, la señora se puso a caminar por la ciudad. Se paseó por la calle principal, y por las calles cercanas. Se paseó por el parque, y por el jardín público. Se paseó por el río, y por el bosque. Se paseó por la montaña, y por la playa. Se paseó por la ciudad, y por la ciudad vecina. Se paseó por la ciudad vecina, y por la ciudad.

Algunos días más tarde, la señora se puso a caminar por la ciudad. Se paseó por la calle principal, y por las calles cercanas. Se paseó por el parque, y por el jardín público. Se paseó por el río, y por el bosque. Se paseó por la montaña, y por la playa. Se paseó por la ciudad, y por la ciudad vecina. Se paseó por la ciudad vecina, y por la ciudad.

H.

No sin motivo la madre de Waninkoff y sus hermanas habian deseado saber de antemano el dia de la ejecucion, pues los condenados, saliendo de San Petersburgo para Tobolsk, debian pasar por Iroslaw, que se halla situada á unas sesenta leguas de Moscow; la madre y las hermanas de Waninkoff esperaban ver á su hijo al pasar por aquel punto.

Esta vez, lo mismo que la otra, Gregorio fue recibido con grandes demostraciones por parte de las tres mujeres: hacia mas de quince dias que se hallaban preparadas, y tenian sus pasaportes. Así es que solo se detuvieron el tiempo preciso para dar las gracias á aquella que les comunicaba la preciosa noticia, y subieron, sin perder un solo momento, en una kabilka, y sin que nadie supiera á dónde se dirigian, salieron para Iroslaw.

En Rusia se viaja con suma rapidez: la noche del

TOMO III.

2

mismo día llegaren á Iroslaw: allí supieron, consumo placer, que los trineos de los desterrados no habían pasado aun. Como su estancia en aquella ciudad podía inspirar sospechas, y como por otra parte era probable que cuanto más á la vista los encontrasen, tanto más inflexibles serían los encargados de su custodia, la condesa y sus hijas, dirigiéndose hacia Mologe, se detuvieron en una aldea. A poca distancia de este punto había una cabaña, donde los desterrados debían mudar tiros: los jefes encargados de la conducción de los reos tenían orden de no mudar tiros en las ciudades ni en los pueblos; ellas apostaron de distancia en distancia personas inteligentes y activas que debían prevenirles de la aproximación de los trineos.

Al cabo de dos días, uno de los agentes de la condesa vino á avisarle de que la primera sección de desterrados, compuesta de cinco trineos, acababa de llegar á la cabaña, y que el brigadier que los custodiaba había enviado á los dos hombres de que se componía su escolta á buscar caballos al pueblo. La condesa subió al momento en el carrojo, y se dirigió á la cabaña. Se detuvo en medio del camino real así que hubo llegado delante de ella, y á través de la puerta, que había quedado entreabierta, dirigió una mirada á su interior; pero Waninkoff no se hallaba allí.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron los caballos: los desterrados volvieron á subir á los trineos, y desaparecieron.

Media hora después llegó el segundo convoy, y se detuvo tambien en la cabaña. Dos correos salieron en busca de caballos, y al cabo de otra media hora se volvieron á poner en camino: tampoco Waninkoff formaba parte de aquel convoy.

Por muchos deseos que la condesa tuviese de ver a su hijo, deseaba, sin embargo, que llegase lo mas tarde que fuese posible, pues cuanto mas tarde llegase, menos probabilidades habia de encontrar caballos: entonces se verian precisados á irlos á buscar á la ciudad, y tendrían que detenerse mas tiempo. Todo sucedió á medida de su deseo. Tres convoyes pasaron aun sin que llegase Waninkoff, y el ultimo de estos tuvo que detenerse mas de tres cuartos de hora.

Apenas este marchó, cuando llegó el sexto: al oír su aproximacion, la madre y las dos hermanas se agarraron instantivamente de las manos; pareciales que había algo en la atmósfera que les anunciaba la aproximacion de un hijo ó de un hermano.

El convoy apareció por fin, y un estremecimiento involuntario se apoderó de aquellas tres mujeres, que se estrecharon en sus brazos llorando.

Waninkoff salió de uno de los trineos de este convoy. A pesar de la oscuridad, pues era ya de noche, la condesa y sus hijas le conocieron al momento: al tiempo que se dirigía hacia la cabaña, una de sus hermanas quiso darle una voz; pero su madre puso la mano delante de su boca, y le impidió que pronunciase el nombre de su hijo.

Waninkoff entró en la cabaña con su compañera de viaje.

Los desterrados que iban en los demás trineos bajaron también, y se reunieron á ellos. El jefe de la escolta dió al momento órden á dos de sus soldados para que fuesen á buscar caballos, pero habiéndole dicho el dueño de la cabaña que ya no los habría en las próximas paradas, mando á los demás que se apoderaran de los primeros que hallasen, en nombre del emperador. Los soldados obedecieron, y se quedó solo con los desterrados.

Esto, que hubiera sido una imprudencia en cualquiera otra parte, no lo era en Rusia: en Rusia el condenado se halla verdaderamente condenado; en el vasto imperio sometido al czar le es imposible la fuga, y antes de haber caminado doce leguas, sería indudablemente detenido; antes de llegar á una frontera habría muerto cien veces por el hambre.

El jefe del convoy, el brigadier Ivan, quedó solo con ellos paseándose por delante de la cabaña, y sacudiendo su pantalón de cuero con el látigo que llevaba en la mano, interrumriendo de cuando en cuando esta operación para dirigir una mirada al coche que se hallaba parado en medio del camino real.

A los pocos momentos se abrió la portezuela de este coche, y bajaron de él tres mujeres que se aproximaron á él como tres sombras: el brigadier se detuvo no comprendiendo nada de aquella triple aparición.

La condesa se adelantó hacia él con las manos juntas: sus dos hijas se quedaron á alguna distancia.

—Caballero brigadier, dijo la condesa, ¿podré esperar de vos un poco de compasión?

—¿Qué quiere su señoría? preguntó el brigadier que había conocido en la voz y en el porte la categoría de su interlocutora.

—Quiero mas que la vida, caballero; quiero ver por última vez á un hijo á quien conducís á la Siberia.

—Eso es imposible, señora, respondió el brigadier: tengo órdenes las mas severas para impedir que los reos comuniquen con nadie, y me espondría á ser castigado si faltase á ellas.

—Pero quién podrá saberlo? exclamó la madre en tanto que las hermanas unían á sus palabras sus ademanes suplicantes.

—¡Imposible, señora; es imposible!

—Madre mia! exclamó Alejo abriendo la puerta de la cabaña; ¡madre mia! ¡Sois vos?... He reconocido vuestra voz.

Y diciendo esto, Waninkoff se arrojó en los brazos de la condesa.

El brigadier hizo un movimiento para detener al conde; pero en el mismo momento las dos jóvenes se lanzaron hacia él; la una, cayendo á sus pies, le estrechó las rodillas, mientras que la otra, cogiéndole los brazos, le señalaba con sus miradas á la madre y al hijo abrazados, diciéndole:

— ¡Oh, mirad, mirad!

El brigadier Ivan, que era un hombre excelente, dió un suspiro, y las dos jóvenes comprendieron que accedía á sus súplicas.

—Madre mia, dijo una de ellas á media voz: este caballero permite que abracemos á nuestro hermano.

Entonces la condesa se separó de los brazos de su hijo, y presentando un bolsillo lleno de oro al brigadier:

—Tomad, le dijo, amigo mio; y si por causa nuestra os esponeis á un castigo, yo debo al menos daros alguna recompensa.

El brigadier fijó un momento sus ojos en el bolsillo que le presentaba la condesa; pero después, moviendo la cabeza y sin atreverse á tocarlo, temiendo que la tentación fuese demasiado fuerte:

—Gracias, señora; gracias; si yo falto á mi deber, esa será mi única escusa, dijo el brigadier señalando á las dos jóvenes anegadas en llanto. Esta esposa la puedo dar á mis jefes, y si no la saben apreciar, se la daré á Dios, que la acogerá indudablemente.

La condesa estrechó la mano de aquel hombre y la besó. Las dos jóvenes se acercaron á su hermano.

—Escuchad, dijo el brigadier; como aun tenemos media hora muy larga para esperar los caballos, y como no podeis, ni entrar en la cabafia donde os verian los demás sentenciados, ni permanecer mucho tiempo en el camino real, subid los cuatro al

carruaje, cerrad las ventanillas, y al menos, como nadie os podrá ver, corro menos peligro de que se sepa la necesidad que cometí.

—Gracias, brigadier, dijo Alejo sin poder contener las lágrimas; pero al menos hacedme el obsequio de tomar ese bolsillo.

—Tomadle vos, mi teniente, respondió en voz baja Ivan, dando por costumbre al joven un título que no tenía ya derecho de llevar; tomadle vos, que tendréis más necesidad que yo de dinero allá en la Siberia.

—Es que al llegar allí me registrarán.

—Pues bien, entonces yo me quedaré con él ahorita, y os lo devolveré en llegando.

—¡Qué bueno sois!

—¡Silencio! Me parece que oigo el galope de un caballo; subid los cuatro al carruaje sin perder tiempo: es uno de mis soldados que vuelve del pueblo, y que no ha encontrado caballos; voy á enviarle hacia otro lado. ¡Entrad, entrad!

Y el brigadier empujó á Waninkoff para que subiese al coche, adonde le siguieron su madre y sus hermanas, cerrando en seguida la portezuela.

Una hora se pasó de aquel modo; hora llena de alegría y de dolores, de risas y de sollozos; hora suprema, como la de la muerte, pues creían no volverse á ver más. Durante aquella hora la madre y las hermanas de Waninkoff le contaron cómo habían sabido con doce horas de anticipación la commutación de su sentencia, y con veinte y cuatro ho-

ras el momento de su salida, de modo que á Luisa debían el volverle á ver. Waninkoff levantó los ojos al cielo, y pronunció su nombre como si hubiera pronunciado el nombre de una santa.

Al cabo de aquella hora, que se pasó como un segundo, el brigadier abrió la portezuela.

—Ya llegar los caballos por todos ladus, y es preciso que os separéis.

—¡Oh! dejadnos algunos momentos, exclamaron á una voz las tres mujeres, mientras que Alejo, demasiado orgulloso para implorar á un inferior suyo, permaneció mudo.

—Ni un segundo mas, porque me perderíais, dijo Ivan.

—¡Adios, adios, adios! dijeron confusamente las mujeres.

—Escuchad, dijo el brigadier conmovido á pesar suyo; desearíais volveros á ver aun.

—Sí.

—Pues bien, adelantaos y esperadnos en la próxima parada; es de noche, y nadie podrá veros: al cabo lo mismo me podrán castigar por una vez que por dos.

—¡Oh, no os castigarán, exclamaron las tres mujeres, y Dios os lo premiará!

—¡Hem! exclamó el brigadier con un acento de duda, y separando al preso del coche con mucho trabajo.

Por fin, oyendo este el galope de los caballos que volvían, se separó apresuradamente de su madre,

que se fue á sentar sobre un banco de piedra á la puerta de la cabaña, donde podrian creer sus compañeros de infortunio que habia permanecido todo el tiempo de su ausencia.

El carroaje de la condesa, cuyos caballos habian descansado, partió como un relámpago, y no se detuvo hasta llegar entre Groslaw y Kostroma, cerca de una cabaña aislada como la primera, y desde donde los recien llegados vieron marchar al convoy que precedia al de Alejo. En el mismo momento mandaron desenganchar los caballos, y mandaron al cochero que fuese á buscar otros á cualquier precio que fuera. En cuanto á ellas, animadas con la esperanza de volver á ver al hijo y al hermano, se quedaron solas enmedio del camino real, y esperaron.

Aquellos momentos fueron crueles: en su impaciencia, la condesa habia creido aproximarse á su hijo apresurando su viaje; de manera que habia sacado cerca de una hora de ventaja sobre los trineos. Aquella hora fue un siglo; mil diversos pensamientos, mil confusos temores se presentaron á la imaginacion de aquellas tres mujeres. Por ultimo, empezaban ya á sospechar que el brigadier se habia arrepentido de su promesa, y que habia cambiado de camino, cuando oyeron el ruido de los trineos y el chasquido del látigo de los cocheros. Asomaron la cabeza á los ventanillos, y vieron distintamente al convoy que se acercaba enmedio de la oscuridad. Sus corazones se dilataron.

Las cosas pasaron lo mismo que en la parada precedente. Tres cuartos de hora fueron concedidos como por milagro á los que habian creido no volverse á ver sino en el cielo. Durante estos tres cuartos de hora, aquella pobre familia concertó una especie de correspondencia; despues, como último recuerdo, la condesa dió á su hijo una sortija que habia llevado siempre. Hermano y hermanas, madre é hijo se abrazaron por última vez, pues estaba demasiado adelantada la noche para que pudiese el brigadier conceder una nueva entrevista. Alejo volvió á subir al trineo que le conducia al fin del mundo, al otro lado de los montes Ourals, junto al lago Tchany, y despues, aquella fila de trineos pasó por delante del carruaje en que lloraban la madre y las hermanas, y se perdió muy pronto enmedio de las tinieblas.

La condesa halló en Moscow á Gregorio, á quien habia dicho que la esperase, y le entregó una carta para Luisa, que Waninkoff habia escrito durante la segunda parada en un librito de memorias de una de sus hermanas. Esta carta decia así:

«No me habia engañado; eres un ángel. Yo no puedo hacer ya nada por ti en este mundo, sine amarte como á una mujer y adorarte como á una santa. Te encargo cüides de nuestro hijo.

Adios.

ALEJO.

A este billete iba unida una carta de la madre de Waninkoff, que invitaba á Luisa á que se reuniese con ellas en Moscow, donde la esperaba como una madre espera á su hija.

Luisa besó el billete de Alejo; despues, al leer la carta de su madre, movió tristemente la cabeza, diciendo:

—No, no iré á Moscow; mi destino me llama á otra parte.

III.

Efectivamente; desde aquel momento Luisa se consagró enteramente al proyecto que el lector habrá ya sin duda adivinado; es decir, el de reunirse con el conde Alejo en Tobolak.

Luisa, como ya hemos dicho, estaba embarazada, y apenas le faltaban dos meses para ser madre. Como pensaba ponerse en camino en cuanto pudiese levantarse de la cama, no perdió un momento para disponer todos los preparativos.

Estos preparativos consistían en convertir en dinero todo cuanto poseía, almacén, muebles y joyas. Como conocían la necesidad en que se encontraba, se vió precisada á darlo todo por una tercera parte de su valor, y así es que, habiendo reunido solamente unos treinta mil rublos, abandonó su casa de la Perspectiva, y se retiró á un cuartito que daba al canal de la Moika.

En cuanto á mí, yo acudi á Mr. de Gorgoli, que era mi eterna Providencia, y este caballero me prometió obtener del emperador un permiso para que Luisa pudiese ir á reunirse con Alejo. La noticia de este proyecto se había esparcido por toda la ciudad de San Petersburgo, y todo el mundo admiraba el caritoso sacrificio de la joven francesa; pero todos creían que le faltaría el valor cuando llegase el momento de marchar. Solo yo, que conocía á Luisa, creía lo contrario.

Además, yo era su único amigo, y mas aun que un amigo, un hermano; todos los momentos que me dejaban libre mis ocupaciones los pasaba á su lado, y todo el tiempo que estábamos juntos lo pasábamos en hablar de Alejo.

A veces intentaba disuadirla de aquel proyecto, que yo calificaba de locura; pero entonces ella me agarraba de las manos, y me decía mirándome y sonriendo tristemente:

—Bien sabéis que aun cuando no fuera por amor, el deber me obligaría á hacer ese viaje. ¿No fue el disgusto hacia la vida lo que le hizo tomar parte en esa loca conspiración? Si yo te hubiera dicho que le amaba, seis meses antes hubiera hecho más caso de su vida, y hoy no se hallaría desterrado. Ya veis que soy tan culpable como él, y que es muy justo que sufra su mismo castigo.

Como mi corazón me decía que yo en su lugar haría otro tanto, no tenía mas remedio que contestarle:

—Id, pues, y cumplase la voluntad de Dios.

A principios del mes de setiembre Luisa dió á luz un niño. Yo quería que escribiese á la condesa de Waninkoff una carta en que le diese cuenta de aquel suceso; pero Luisa me dijo:

—A los ojos de la sociedad mi hijo no tiene nombre, y por lo tanto no tiene familia. Si la madre de Waninkoff lo reclama, se lo entregaré; porque no quiero espantar á mi hijo á semejante viaje; pero no se lo ofreceré en la duda de recibir una negativa.

Y diciendo estas palabras, llamó á la nodriza para abrazar á su hijo, y para hacerme ver como se parecía á su padre.

Pero sucedió lo que no podía menos de suceder. La madre de Waninkoff supo que Luisa había parido, y le escribió que en cuanto se restableciera se pusiera en camino, pues la esperaba con su hijo. Esta carta hubiera bastado á destrozar las últimas dudas, si Luisa hubiera vacilado aun: solo la suerte de su hijo podía inquietarla, y ya nada tenía que temer, ni tenía que esperar nada.

Con todo, y por grande que fuese el deseo que Luisa tenía de marchar lo mas pronto que le fuese posible, las emociones que había experimentado durante su embarazo habían alterado de manera su salud, que la convalecencia fue muy larga. Aunque hacia ya muchos días que se hallaba levantada, yo no me dejaba alucinar por aquellas falsas apariencias de salud. Pregunté al médico, quien me respondió que toda la enfermedad residía en lo moral;

pero que la creia aun muy débil para emprender un viaje. Con todo, nada de esto le hubiera impedido el ponerse en camino si hubiese estado en su mano el salir de San Petersburgo; pero el permiso tenía que pasar por mi mano, y le era forzoso conformarse á lo que yo quisiera.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi habitación, y al mismo tiempo oí la voz de Luisa que me llamaba. Me temí alguna nueva desgracia, y poniéndome de prisa un pantalon, me dirigi á abrir. Luisa, radiante de alegría, se arrojó en mis brazos.

—¡Se ha salvado! me dijo.

—¿Quién? pregunté yo.

—¡El!... ¡Alejo!

—¡Cómo salvado! ; Eso no es posible!

—Tomad, me dijo Luisa.

Y al mismo tiempo me entregó una carta de letra del conde, que yo miraba mudo de asombro.

—Leed, leed, continuó: y se dejó caer en un sillón, abrumada bajo el peso de su alegría, en tanto que yo leí las siguientes líneas:

«Mi querida Luisa: Fíate de la persona que te entregue esta carta como si fuera yo mismo, pues es mas que un amigo; es mi salvador.

»He caido malo en medio del camino, y me he quedado detenido en Perm, donde he tenido la dicha de reconocer en un hermano de mi carcelero á un antiguo criado de mi familia. A instancias suyas el médico ha declarado que yo me hallaba imposibili-

tado de poder continuar el viaje, y ha quedado resuelto que pase el invierno en el *ostrog* de Perm, desde donde te escribo esta carta.

»Todo está dispuesto para mi fuga, el carcelero y su hermano buirán conmigo; pero es preciso que yo los indemnice de lo que pierden por causa mía, y de los peligros que corren acompañándome. Entrega al dador todo cuanto dinero tengas, así como todas tus joyas.

»Sé cuánto me amas, y espero que no dejarás de hacer lo que te pido.

»En el momento en que me halle en seguridad te escribiré para que vengas á reunirte conmigo.

»EL CONDE WANINKOFF.»

—¿Y qué? la dije después de haber leído la carta otra vez.

—Ya veis de lo que se trata.

—Sí, de un proyecto de fuga.

—Que tendrá buen resultado.

—¿Y qué es lo que habeis hecho?

—¿Y vos me lo preguntáis?

—Pero qué, ¿habeis entregado á un desconocido?...

—Todo cuanto poseía. Alejo me encargaba que creyese en aquel desconocido como hubiera creido en mí misma.

—¿Pero estás bien segura de que esa carta sea de Alejo? le pregunté yo mirándola atentamente.

Luisa me miró á su vez inquieta.

TOMO III.

3

—¿Y de quién habrá de ser? ¡Habrá de haber una persona bastante infame para especular así con mi dolor?

—Y si ese hombre fuese... ¡ah! No me atrevo á decirlo; pero me ocurre una idea que me hace temblar.

—Hablad, dijo Luisa, cuyo semblante se cubrió de una mortal palidez.

—Si ese hombre fuese un estafador que hubiese contrahecho la letra del conde?

Luisa me arrebató la carta de las manos, dando un grito.

—¡Oh! ¡No, no! exclamó como para tranquilizarse á sí misma. Conozco demasiado su letra, y estoy segura de no equivocarme.

Y á pesar de eso, demostraba la mayor inquietud.

—¿No tenéis ahí alguna otra carta suya?

—Tomad, aquí tenéis el billete que me escribió con lápiz.

La letra era la misma al parecer, y sin embargo, se notaba en ella poca seguridad.

—Creeis, la dije yo, que el conde se hubiera dirigido á vos?

—¿Y por qué no? ¿No soy yo quien le ama mas en el mundo?

—Sin duda: creo que para pedir amor solo á vos se hubiera dirigido; pero para pedir dinero, lo hubiera hecho á su madre.

—Pero no es suyo cuanto yo tengo? ¿No le debo-

á él cuanto poseo? respondió Luisa con una voz cada vez mas alterada.

—Si; sin duda alguna todo es suyo: todo se lo debéis; pero, ó yo no conozco al conde Waninkoff, ú, es lo repito, no es él quien ha escrito esta carta.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! Pero estos treinta mil rublos era mi único recurso, mi sola esperanza.

—¿Cómo firmaba él las cartas que os escribia?

—Alejo, y nada mas.

—Esta, ya la veis, está firmada *conde Waninkoff*.

—Verdad es, dijo Luisa aterrada.

—¿Y no sabeis lo que ha sido de ese hombre?

—Me dijo que habia llegado ayer noche á San Petersburgo, y que se volvia al momento á Perm.

—Es preciso que deis aviso á la policía. ¡Oh, si aun fuese Mr. de Gorgoli jefe de ella!

—A la policía?

—Sin duda.

—Y si nos equivocamos? dijo Luisa. Y si ese hombre no fuese un estafador; si tuviera verdaderamente la intencion de salvar á Alejo? Entonces, por el temor de algunos miles de rublos, impediria su fuga, y seria por segunda vez causa de su des-tierra. ¡Oh, no! Mejor quiero esponerme á perder cuanto tengo. En cuanto á mi, yo me compondré como pueda, y no os inquieteis: lo que yo desearia únicamente saber es si está verdaderamente en Perm.

—Esperad; he oido decir que los soldados que habian escoltado á los desterrados están ya de vuelta: conozco á un teniente de los gendarmes; le buscare, y me informaré: entre tanto esperadme aquí.

—No; prefiero acompañaros.

—No lo permitiré; en primer lugar, porque no estais aun bastante fuerte para salir á la calle, siendo una imprudencia que hayais venido hasta aquí, y ademas, tal vez yo solo podré averiguar mas de lo que podria yendo vos.

—Id, pues, y volved pronto; pensad en que os espero, y en la causa que me detiene aquí.

Pasé á otra habitación, y acabé de vestirme apresuradamente, saliendo al momento en un droschki que había mandado buscar. Diez minutos despues me hallaba en casa del teniente de gendarmería, Solowieff, que era uno de mis discípulos.

No me habian engañado; la escolta se hallaba de vuelta hacia tres dias. Solamente que el teniente que la mandaba, y de quien hubiera podido informarme, habia obtenido una licencia de seis semanas para pasarlas con su familia en Moscow. Viendo hasta qué punto me contrariaba su ausencia, Solowieff me hizo cuantas ofertas estuvieron de su parte para cualquier cosa que necesitase con tal insistencia, que no dudé un momento en confesarle el deseo que tenia de poder adquirir noticias positivas de Waninkoff. Me dijo que era cosa muy sencilla, y que el encargado de la sección de que hacia parte Waninkoff era de su compañía. Al mismo tiempo

dió la órden á un subalterno de que avisase á Ivan, que deseaba hablarle.

Diez minutos despues, entró aquel : era una de esas fisonomías militares, entre severa y jovial, que nunca rien abiertamente, pero que no dejan nunca de sonreir. Aunque ignoraba lo que había hecho en favor de la condesa y de sus hijas, su fisonomía me previno desde luego en su favor. En el momento que se presentó, me dirigi á él.

—¿Vos sois el caballero Ivan? le pregunté.

—Para servir á V. E., me contestó.

—¿Erais vos el que mandaba la sexta sección?

—Yo era.

—El conde de Waninkoff, ¿iba en aquella sección?

—Hum, hum! resopló el militar, no sabiendo á qué vendrían á parar aquellas preguntas.

—Nada temais, le dije, habláis á un amigo que daria su vida por él; decidme la verdad, os lo suplico.

—¿Y qué es lo que deseáis saber? preguntó Ivan siempre á la defensiva.

—¿Se puso malo el conde en el camino?

—No, señor.

—¿Y se ha detenido en Perm?

—Ni aun para mudar caballos.

—De modo que ha continuado su camino?...

—Hasta Koslowo, donde creo que estará á estas horas, tan bueno como vos y yo.

—¿Y qué cosa es Koslowo?

—Un lindo pueblo situado sobre el Irtych, unas veinte leguas mas allá de Tobosk.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Pardiez! Ya lo creo: el gobernador me dió un recibo, que anteayer al llegar entregué á su excellencia el jefe supremo de la policía.

—Y segun eso la historia de su enfermedad y de su detencion en Perm no es mas que una fábula.

—No hay en ello una palabra de verdad.

—Gracias, amigo mio.

Ahora que ya estaba seguro del hecho me dirigi á casa de Mr. de Gorgoli, y le referí cuanto había pasado.

—¿Y me decís, me contestó que esa jóven está resuelta á irse á reunir con su amante á la Siberia?

—¡Oh! No hay la menor duda, monseñor.

—¿Aún cuando no tenga dinero?

—Aunque no tenga dinero.

—Pues bien; decidle de mi parte que obtendrá el permiso.

—Tomé el camino de mi casa, y hallé en ella á Luisa.

—¿Y qué hay? me preguntó en cuanto me vió.

—En lo que tengo que deciros hay algo de bueno y algo de malo: vuestros treinta mil rublos están perdidos; pero el conde no está enfermo. El viajero está en Koslow, de donde no ha pensado siquiera en huir; pero vos obtendréis permiso para iros á reunir con él.

—Eso era cuanto yo deseaba, me respondió Luisa;

y solo os pido que me consigais ese permiso lo mas pronto que podais.

Así se lo premetí, y se marchó medio consolada. Tan poderosa era su voluntad, y tan firme su resolucion.

Escuso decir que al despedirme de ella puse á su disposicion cuanto poseia; esto es, dos ó tres mil rublos, pues un mes antes, é ignorando que habia de tener necesidad de dinero, habia enviado á Francia todos mis ahorros desde mi llegada á San Petersburgo.

Por la noche, hallándose en casa de Luisa, anunciaron á un ayudante de campo del emperador. Venia este á traerle una carta de audiencia de su majestad para el dia siguiente á las once de la mañana en el palacio de invierno.

Mr. de Gorgoli había cumplido su palabra.

IV.

Aunque la carta de audiencia fuese ya un feliz presagio, Luisa no por eso dejó de pasar una noche llena de inquietud y de temores.

Yo me estuve en su casa hasta la una de la mañana, tranquilizándole y contándole todo cuanto sabía acerca de la bondad del emperador Nicolás. Por fin la dejé algo más tranquila, después de haberle prometido volver al día siguiente para acompañarla al palacio.

A las nueve me fui á su casa: Luisa estaba ya dispuesta para marchar; su traje era el que convenía á una suplicante; iba vestida de negro, porque llevaba luto por su amante desterrado, y no llevaba adorno ninguno. La pobre muchacha había vendido hasta sus cubiertos.

En cuanto llegó la hora, salimos de su casa. Yo

me quedé en el carroaje, y ella bajó de él, presentó su carta de audiencia, y no solo le permitieron la entrada, sino que un oficial la condujo, segun la orden que había recibido para ello. Así que llegó con ella al gabinete del emperador, la dejó sola, diciéndole que esperase. Pasáronse diez minutos, durante los cuales Luisa me dijo despues que le faltó poco para desmayarse; por fin unos pasos resonaron en la próxima habitacion: se abrió la puerta, y apareció en ella el emperador.

A su aspecto Luisa no supo si adelantarse ó retroceder, ni si hablar ó callarse. Solo tuvo fuerzas para caer de rodillas, juntando las manos.

—Esta es la segunda vez que os veo, señorita, y siempre os he hallado de rodillas. Levantaos, os lo suplico.

—Es que las dos veces tenia que pediros una gracia, contestó Luisa; la primera era por su vida; la segunda por la mia.

—Y bien, dijo el emperador sonriendo; el resultado de vuestra primera súplica os debe haber animado á la segunda. Me han dicho que quereis reuniros al conde; ¿es ese permiso el que venís á pedirme?

—Sí, señor.

—Y sin embargo, no sois ni su hermana ni su esposa.

—Soy su amiga, señor, y el conde debe tener necesidad de una amiga.

—¿Sabeis que está desterrado para toda su vida?

—Sí, señor.

—Mas allá de Tobolsk.

—Sí, señor.

—Es decir, en un país en que apenas hay cuatro meses de sol, y en que el resto del año pertenece á la nieve y al hielo.

—Ya lo sé, señor.

—¡Sabeis que no tiene posición, ni fortuna, ni título que compartir con vos, y que es mas pobre que el mendigo á quien tal vez habeis socorrido al venir á palacio?

—Ya lo sé, señor.

—Pero vos tendréis sin duda algún dinero... alguna esperanza...

—¡Ah, señor! Yo nada tengo: ayer poseía treinta mil rublos, producto de la venta de cuanto poseía: sin duda han llegado á saber que yo poseía ese pequeño capital, y sin respeto á la causa á que lo consagraba, me lo han robado.

—¡Con una carta en que imitaban su letra? Ya sé todo eso. Ha sido mas que un robo; es un sacrilegio. Si el que le ha cometido llega á caer en manos de la justicia, será castigado, os lo juro, como si hubiera saqueado una iglesia; pero aun os queda un medio de reemplazar esa suma.

—¿Cuál, señor?

—El de dirigiros á su familia; su familia es rica, y os protegerá.

—Perdóneme S. M.; pero no deseo mas protección que la de Dios.

— ¿De manera que os vais á marchar en tal estado?

— Si obtengo el permiso de V. M.

— ¡Pero cómo! ¡Sin recurso alguno?

— Vendiendo lo que me queda puedo aun reunir unos cuantos centenares de rublos.

— ¿Y no teneis amigos que os puedan favorecer?

— Sí, señor; pero soy orgullosa, y no quiero tomar prestado una suma que no podría pagar nunca.

— Es que con doscientos ó trescientos rublos apenas podreis andar la cuarta parte del camino, en carruaje: ¿sabeis la distancia que hay desde aquí á Tolbolsk, hija mia?

— Unas ochocientas leguas francesas.

— ¡Y cómo pensais recorrer las quinientas ó seiscientas leguas últimas?

— Señor, tengo que pasar muchas ciudades, y como no he olvidado mis antiguas ocupaciones, me presentaré en las casas mas ricas; diré el motivo de mi viaje, y me darán trabajo. Cuando haya reunido el dinero suficiente, continuaré mi camino.

— ¡Pobre muchacha! dijo el emperador enternecido: ¿pero habeis pensado en las dificultades materiales de semejante viaje, aun para las personas que cuentan con medios suficientes? ¿Por dónde pensais ir?

— Por Moscow, señor.

— Y despues?

— Despues no sé... pero yo preguntaré... No sé mas sino que Tobolsk está al Este.

—Mirad, dijo el emperador desdoblando el mapa de su inmenso imperio sobre una mesa.

—Luisa se acercó.

—Aqui está Moscow; lo que es hasta aqui, todo irá bien; luego Perm; pero despues de Perm están los montes Ourals; esto es, el límite de Europa. Aun hallareis una ciudad, perpetua centinela que guarda las fronteras del Asia; esa ciudad se llama Ekaterynbourg; pero pasada esta ciudad ya no podéis contar con nada, y sin embargo, aun os faltarán trescientas leguas que recorrer. Mirad algunos pueblos; pero mirad á qué distancia se hallan; mirad la anchura de estos ríos; no hay posadas en los caminos ni puentes en los ríos, y todo lleno de precipicios, que es preciso conocer para evitar una muerte segura.

—Señor, respondió Luisa con la mayor tranquilidad; cuando llegue á esos ríos ya estarán helados, pues me han dicho que en aquel país el invierno se adelanta mucho mas que en San Petersburgo.

—Pero qué, ¿pensais marchar ahora? ¿Pensais reuniros con él durante el invierno?

—Durante el invierno, su soledad debe ser mas cruel.

—Pero eso no es posible; habeis perdido el juicio.

—Será imposible si V. M. lo quiere, porque nadie puede desobedecer á V. M.

—No; el obstáculo no vendrá de mí, sino de vos, de vuestra razon; el obstáculo serán las dificultades inateriales de semejante proyecto.

—Entonces, señor, partiré mañana mismo.

—Pero ¿y si moris en medio del camino?

—Si muero, señor, el conde ignorará siempre que he muerto al ir á reunirme con él, y creerá que no le amaba; si sucumbo, no perderé nada, porque yo no soy ni su hermano, ni su madre, ni su hijo; no habrá perdido más que una querida, esto es, una mujer á quien la sociedad no concede derechos ningunos, y que debe dar gracias al mundo cuando el mundo se muestra indiferente hacia ella. Pero si consigo llegar hasta donde él está, seré para él todo: madre, hermana, familia; seré más que una esposa, seré un ángel bajado del cielo: entonces seremos dos para sufrir, y estaremos desterrados á medias. Ya veis, señor, que es preciso que yo marche, y que marche lo mas pronto que me sea posible.

—Sí, teneis razon, dijo el emperador mirándola, y ya no me opongo á vuestro viaje. Solamente que en cuanto esté de mi parte, velaré sobre vos durante el camino: ¿me lo permitireis?

—¡Ah! señor; os doy gracias de rodillas:

El emperador tiró del cordón de una campanilla, y se presentó un ayudante de campo.

—¿Han dado orden á Ivan para que se presente?

—Hace dos horas que espera las órdenes de V. M., respondió el ayudante.

—Haced que pase adelante.

El ayudante de campo se inclinó profundamente,

y salió; cinco minutos despues la puerta se volvió á abrir, é Ivan, nuestro antiguo conocido, dió un paso en la real habitacion; despues se quedó inmóvil, con la mano izquierda apoyada en la costura del pantalon, y la derecha en su chacó.

—Acércate, le dijo el emperador con voz severa.

Ivan dió cuatro pasos mas, y volvió á tomar su posicion.

—Mas aun.

Ivan dió otros cuatro pasos, y se halló separado del emperador solamente por la mesa de trabajo.

—¿Eres tu el sargento de brigada Ivan?

—Sí, señor.

—¿Mandabas la escolta de la sesta sección?

—Sí, señor.

—¿Habrás recibido orden de no permitir que los presos comunicasen con nadie?

El brigadier quiso responder; pero solo pudo balbucear algunas palabras: el emperador apparentó no advertirlo, y continuó:

—¿Iba en tu sección el conde Alejo Waninkoff?

Ivan palideció, é hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Pues bien, á pesar de la prohibicion que tenias, le has permitido ver á su madre y á sus hermanas, una vez entre Mo-Yoga é Iraslow, y otra entre Iraslow y Kostroma.

Luisa hizo un ademan para acudir al socorro del

pobre sargento, pero el emperador le mandó con un gesto que se callase. Ivan se vió obligado á apoyarse en la mesa.

El emperador guardó un momento de silencio, y despues continuó:

—Al desobedecer á mis órdenes, ¿sabias tú á lo que te esponías?

El sargento no podia contestar. Luisa se compadeció de él, y á despecho de disgustar al emperador, juntó las manos diciendo:

—En nombre del cielo, tened piedad de él, señor!

—Bien, dijo el emperador; te perdonó.

El sargento dilató su pecho con un profundo suspiro. Luisa dió un grito de alegría.

—Te perdonó por la intercesion de esta señora, continuó el emperador indicando á Luisa; pero con una condicion.

—¿Cuál, señor? exclamó Ivan.

—A dónde has conducido al conde Alejo Wanin-koff?

—A Koslowo.

—Vas inmediatamente á volver á emprender el mismo viaje que acabas de hacer, y conducirás al lado del conde á esta señora.

—¡Ah, señor! exclamó Luisa, que empezaba á comprender la fingida severidad del emperador.

—La obedecerás en todo, menos cuando se trate de su seguridad.

—Así lo haré, señor.

—Aqui tienes una orden, dijo el emperador, fir-

mando un papel escrito de antemano , y que tenia el sello de sus armas : esta órden pone á tu disposicion hombres , caballos y carruajes ; ahora tú respondes con tu cabeza de esta señora.

—Está bien , señor .

—Y cuando vuelvas , si me traes una carta suya en que me diga que ha llegado sin novedad , y que esta satisfecha de tu comportamiento , te nombraré sposentador .

Ivan se hincó de rodillas , y olvidando la disciplina del soldado por su lenguaje de hombre del pueblo :

—Gracias , padre , le dijo .

Y el emperador le dió á besar su mano , como tenia costumbre de hacerlo .

Luisa hizo un movimiento para ponerse tambien de rodillas y besarle la mano , pero el emperador la detuvo .

—Basta , le dijo ; sois una santa y digna mujer . He hecho por vos cuanto he podido . Ahora que el Señor vele sobre vos .

—¡Ah , señor ! esclamó Luisa ; sois para mi una segunda Providencia . Pero yo ; cómo podré agradecerlo ?

—Cuando oreis por vuestro hijo , dijo el emperador , orad al mismo tiempo por los míos .

Y haciéndole una señal de despedida con la mano , salió de la habitacion .

Al volver á su casa , Luisa halló una cajita que le habian llevado de parte de la emperatriz .

Esta caja contenia treinta mil rublos .

— 1 —

and the other two were the same as the first. The last was a small, dark, irregular mass, which I could not identify. The first three were all very similar in size and shape, and were about 10 mm. long by 5 mm. wide. They were smooth, rounded, and had a slightly granular surface. The color was a mottled brownish-green, with darker spots and streaks. The texture was somewhat like that of a dried leaf or a piece of dried fruit. The last one was smaller and more irregular, and had a more granular surface. It was also mottled brownish-green, but with fewer and smaller spots and streaks. The texture was more like that of a dried seed or a piece of dried fruit. The first three were all very similar in size and shape, and were about 10 mm. long by 5 mm. wide. They were smooth, rounded, and had a slightly granular surface. The color was a mottled brownish-green, with darker spots and streaks. The texture was somewhat like that of a dried leaf or a piece of dried fruit. The last one was smaller and more irregular, and had a more granular surface. It was also mottled brownish-green, but with fewer and smaller spots and streaks. The texture was more like that of a dried seed or a piece of dried fruit.

V

Quedó decidido que Luisa partiese al dia siguiente para Moscow, en cuya ciudad debia entregar á su hijo en manos de la condesa Waninkoff y de sus hijas. Yo obtuve tambien el permiso de acompañarla hasta esta segunda capital de Rusia, que hacia mucho tiempo deseaba visitar. Luisa dió orden á Ivan de que se procurase un carroaje para el dia siguiente á las ocho de la mañana.

El carroaje no faltó á la hora indicada, y esto me dió una alta idea de la puntualidad de Ivan. En cuanto vi aquel coche, me sorprendió su construcción, sólida y ligera al mismo tiempo; pero cesó mi asombro cuando reconocí en uno de sus costados la marca de las caballerizas imperiales. Ivan, usando del derecho que le concedía la orden del emperador,

habia tomado el mejor carroaje de camino que encontró.

Luisa no se hizo esperar: Estaba radiante de alegría; para ella habian desaparecido todos los peligros y todos los temores.

El dia anterior se hallaba decidida á emprender el viaje sin recurso ninguno, y si era preciso á pie: hoy llevaba á cabo su proyecto con todas las comodidades posibles, y bajo la proteccion del emperador. El carroaje estaba enteramente forrado de pieles, porque aunque no hubiese llegado aun la temporada de las nieves, hacia ya mucho frio, sobre todo por la noche. Luisa y yo nos instalamos dentro del coche; Ivan se colocó al lado del postillon, y a una señal suya partimos á todo el correr de los caballos.

El que no haya viajado por Rusia no puede tener una idea de lo que es viajar aprisa. De San Petersburgo á Moscow hay unas ciento setenta leguas francesas; y gratificando regularmente á los postillones, se recorren en cuarenta horas. Ahora espliquemos esta gratificacion:

El precio de cada caballo es de cinco céntimos por cuarto de legua, lo que viene á ser siete ó ocho sueldos de Francia por cada posta. Esto en cuanto á los dueños de los caballos, cosa de que no teníamos que ocuparnos, pues viajábamos á expensas del emperador.

Respecto á los postillones, se les gratifica á voluntad de los viajeros; ochenta kopecks por cada

seis ó siete leguas son suficientes para que grite al llegar á la parada :

— ¡Alerta ; alerta ; llevo águilas contigo !

Lo cual quiere decir que deben ir con la rapidez del ave con cuyo nombre designa á sus espléndidos viajeros. Si, por el contrario, los que conduce no le gratifican, ó le gratifican poco, da á entender con un expresivo ademan, y la llegada á la parada al trote corto, que en vez de águilas conduce cuervos.

Quince ó veinte aldeanos, cuyos caballos están á toda hora dispuestos á marchar, están siempre en cada parada, acechando la llegada de una silla de posta ó de un trineo, y jugando entre tanto, porque el aldeano ruso es muy aficionado al juego, pero aficionado como lo son los niños, por divertirse, y no por ganar. Apenas se presenta una silla de posta, el juego se suspende, y si conduce águilas, todos se disputan la vez; desenganchan los caballos antes de que hayan parado; apodéransen del tirante derecho, que es una cuerda; cada uno va agarrándose á ella en dos ó tres veces, y aquel cuya mano ha tocado la extremidad de ella, es el designado para conducir el carruaje desde aquella parada á la siguiente. Al momento corre á buscar sus caballos en medio de las felicitaciones de sus compañeros, que le ayudan á enganchar, y en un momento se vuelve á poner el carruaje en marcha. Si, por el contrario, los que llegan son cuervos, todo pasa de un modo mas tranquilo, aunque de la misma manera; solamente que el que debe conducirlos es el que pierde; cada

uno se vale de sus mañas para coger la cuerda de modo que no le toque la mala suerte, y el que tiene aquella desgracia, se aleja con la cabeza baja á buscar los caballos, en medio de las reclistas de sus compañeros, y sale al trote corto.

Pero una vez en el camino, sea cual fuere la generosidad del viajero, el cochero se anima hablando con sus caballos, á quienes nunca castiga, y que se apresuran ó se detienen á su voz. Verdad es que nada hay mas lisonjero que sus elegias, como tampoco hay cosa mas humillante que sus recriminaciones: si marchan bien sus caballos, son golondrinas, palomas, les llama hermanos tuyos, sus queridos, sus pichones; si marchan mal, son tortugas, caracoles, y les promete un mal carro en el otro mundo; amenaza que les hace generalmente mucho efecto, y que les vuelve ligeros como el viento.

Lanzado una vez en la carrera, nada detiene al cochero reso; su carrera es una carrera de campanario: fosos, elevaciones, árboles derribados, todo le salva: si el carruaje vuelca, se levanta sin inquietarse del daño propio; se asoma á la ventanilla con su risueño semblante, y su primera palabra es *Ni chevaz* (eso no vale nada), y la segunda *Nebos* (no tengais miedo): La fórmula no cambia en nada, cualquiera que sea la categoría del viajero, y por grave que sea el daño que se haya hecho, la fisonomía que se presenta á la ventanilla es siempre la misma, siempre risueña.

Si el accidente es de poca gravedad, queda repa-

rado en el momento: si se ha roto un eje, derriba el primer árbol que encuentra con la pequeña hacha que los paisanos rusos llevan casi siempre consigo, y que reemplaza para ellos á casi todas las herramientas. A los pocos momentos el árbol queda cortado, adelgazado y dispuesto á reemplazar al eje roto. Si un tirante se rompe de manera que no se puede anudar, le bastan al cochero ruso muy pocos momentos para tejer una cuerda mas sólida que la primera, con la corteza del álamo blanco, y los caballos, vueltos á enganchar, parten nuevamente.

El cochero hace tal ruido con sus exclamaciones y sus cantos, se ocupa tan poco del carroaje que está detras de él, que no nota á veces que el juego delantero se separa de él, y sigue corriendo hasta la parada próxima, donde advirtiendo que se le dejado atrás á sus viajeros, vuelve á buscarlos con el buen humor que forma el carácter principal, y se acerca á ellos diciéndoles:

—*Eso no vale nada.*

Después repará la averia, y continua su camino añadiendo:

—*No tengais cuidado.*

Aunque, como ya supondrá el lector, nosotros estábamos clasificados entre los *agujas*, nuestro carroaje, gracias á la previsión de Ivan, era tan sólido, que no nos sucedió ningún accidente de ese género, y aquella misma noche llegamos á Novgorod, la vieja y poderosa ciudad que había tomado por divisa el

proverbio ruso: «¡Nadie puede resistir á los dioses y á la gran Novgorod!»

Novgorod, cuna en otro tiempo de la monarquía rusa, y cuyas sesenta iglesias bastaban apenas para su immensea población, es hoy, con sus desmanteladas murallas, unas pocas ruinas de calles desiertas, y se eleva sobre el camino como la sombra de una capital muerta entre San Petersburgo y Moscow, que son dos capitales modernas.

Solamente nos detuvimos el tiempo preciso para cenar, y nos volvimos á poner en camino. De trecho en trecho hallábamos en el camino grandes hogueras, y alrededor de sus llamas diez ó doce hombres de largas barbas: junto á ellos, y á un lado del camisno, veiase una fila de carretas. Estos hombres eran arrieros del pais, que á falta de pueblos, y por lo tanto de posadas, acampaban en los caminos durmiendo sobre sus capas y poniéndose en marcha al dia siguiente tan alegres y tan ágiles como si hubiesen pasado la mejor noche en la mejor cama del mundo. En tanto que duermen, los caballos sueltos pastan en los prados: por la mañana los carreteros los llaman con sus silbidos, y vienen á colocarse en sus respectivos puestos.

El dia siguiente nos amaneció en lo que se llama la Suiza rusa. En medio de aquellas eternas llanuras y de aquellos inmensos bosques de abetos, se presenta un pais delicioso cortado por lagos, por valles y montañas. Waldai, ciudad situada á unas noventa leguas de San Petersburgo, es el centro y la capital

de aquella Helvecia septentrional. Apenas llegó allí nuestro carroje, nos hallamos rodeados de una multitud de vendedores de rosquillas, que nos recordaron á los vendedores de Paris. Solamente que en lugar de los industrioso paisanos que esplotan los alrededores de las Tullerías, en Waldai se veuno asaltado por un ejército de muchachas de sayas cortas, de las que sospecho que ejercen un comercio ilícito, oculto bajo su comercio ostensible.

Despues de Waldai vino Torschok, célebre por su comercio de tafiletes bordados con que se hacen botas elegantes y chinelas de señora de un gusto esquisito. Luego se presentó Twer, cabeza de partido, donde se atraviesa el Volga sobre un puente de seiscientos pies de longitud.

Este río gigantesco toma su origen en el lago Scliguer, y va á perderse en el mar Caspio, despues de haber cruzado la Rusia en toda su anchura, es decir, en un espacio de setecientas leguas. A unas seis leguas de esta ciudad nos cogió la noche, y cuando llegó el dia, divisamos los dorados campanarios de Moscow.

Su vista me causó una profunda impresion. Tenia ante mis ojos la inmensa tumba en que la Francia había enterrado su fortuna. Me estremeci sin poderlo remediar, y me pareció que la sombra de Napoleon iba á aparecerseme, como la de Adamastor, y á contarme su derrota con lágrimas de sangre.

Al entrar en la ciudad busqué por todas partes las

chuelas de nuestro paso en 1812, y reconoció algunas. De vez en cuando inmensas ruinas, tristes pruebas del salvaje patriotismo de Rostopchin, se ofrecían á nuestra vista, ennegrecidas aun por las llamas. Hallábame dispuesto á detener el coche, y antes de bajar en la fonda, antes de ir á ninguna parte á tomar el camino de Kremblin, impaciente por visitar el sombrío palacio que cistieron una mañana los rusos con un cinturon de llamas, formada con la ciudad entera; pero no me hallaba solo; y tuve que dejar mi visita para otra ocasión. Deje á Ivan que nos condujese, y este nos hizo cruzar una parte de la ciudad, haciendo parar el carruaje delante de una fonda cerca del puente de los Mariscales, y que pertenecía á un francés. La casualidad hizo que aquella fonda estuviese próxima á la casa que habitaba la condesa Wanikoff.

Luisa se hallaba muy fatigada del viaje, durante el cual no había dejado un momento de los brazos á su hijo; pero aunque yo la insté para que se acostase al momento, ella empezó por escribir una carta á la condesa, en que le anunciaba su llegada á Moscú y le pedía el permiso de presentarse en su casa.

Preguntamos por una persona que se encargara de llevar esta carta á su destino; cuando nos acordamos de nuestro buen Ivan. Conocíamos que la carta sería mejor recibida de sus manos que de las de nadie, y él aceptó con sumo placer la comisión.

Diez minutos después, y apenas me había yo retirado á mi cuarto, oí un carruaje que se detuvo á

la puerta de la fonda. Este carroaje conducia á la condesa y á sus hijas, que no queriendo esperar hasta la visita de Luisa, venian á buscarla. Conocian la nobleza de aquel corazon; sabian con qué objeto viajaba, y no querian que durante el corto tiempo que permaneciese en Moscovy habitase otra casa que la suya.

Como mi cuarto estaba al lado del de Luisa, fui en cierto modo testigo de la esfuerzo con que la pobre madre se arrojó en los brazos de la que iba á ser compañera de su hijo. Como lo habíamos previsto, la visita de Ivor había causado gran placer á toda la familia, pues por él la condesa había tenido noticias recientes de Waninkoff, sabiendo que había llegado á Koslowo en tan buen estado de salud como lo permitia su situacion. Ademas, era ya una satisfaccion para la condesa y sus hijas el saber el punto en que se hallaba.

Luisa apartó las cortinas de su cama, y les enseñó á su hijo, que dormia: antes de que ella les indicase su intencion de dejarle al cuidado de aquella familia, las dos hermanas se apoderaron del niño y le presentaron á su madre, que le cubrió de besos.

Llegome á mí la vez. Supieron que había yo acompañado á Luisa, y que yo era maestro de esgrima del conde Afejo: entonces las tres mujeres quisieron verme, y Luisa me envió á decir que preguntaban por mi: como ya lo había previsto, había tenido el tiempo necesario para reparar el desorden que dos días y dos noches de viaje habian producido en mi traje.

Hiciéronme mil preguntas: había vivido mucho tiempo en la intimidad del conde, y así pude satisfacerlas, amándole demasiado para que me cansase el hablar de él. De aquí resultó que aquellas buenas señoras se aficionaron de tal modo á mí, que querían decididamente que me fuese con Luisa á su casa; pero como yo no tenía derecho alguno á aquella honorífica hospitalidad, me negué á admitirla.

Ademas de que, sin contar la indiscreción que hubiera sido el admitir sus ofertas, tenía yo mas libertad en la fonda, y como yo no pensaba permanecer en Moscow mas tiempo que el que Luisa estuviese, deseaba aprovechar el tiempo para visitar la ciudad santa.

Luisa refirió su entrevista con el emperador, así como todo cuánto había hecho este en su favor, y la condesa lloró de agradecimiento, porque esperaba que el emperador no sería generoso á medias, y consumaría el destierro perpetuo en un destierro temporal, como había comprobado la pena de muerte en la de destierro...

La condesa quiso al menos hospedar en su casa á Ivan, pero yo le reclamé para mí, pues pensaba que me sirviese de cicerone. Ivan había hecho la campaña de 1812: nos persiguió en nuestra retirada, y puede comprenderse que me era demasiado precioso para que yo consintiese en separarme de él.

Luisa y su hijo subieron al coche con la condesa Wéninkoff y sus hijas, y yo me quedé en la fonda

con Ivan, aunque tuve que prometer el ir á comer aquél dia á casa de la condesa.

Un cuarto de hora despues nos pusimos en marcha, y di principio á mis investigaciones.

卷之三
唐宋八大家文选

.VI.

El 14 de setiembre de 1812 á las dos de la tarde, el ejército francés descubrió desde la cima del monte Salut la ciudad santa. En el mismo momento, y como había sucedido quince años antes al descubrir las pirámides, ciento veinte mil hombres gritaron llenos de entusiasmo: *Moscow! Moscow!* Despues de una larga navegacion en aquel océano de llanuras, descubrían por fin la tierra. Al ver las doradas cúpulas de la ciudad, todo quedó olvidado, hasta la misma terrible y sangrienta victoria de la Moskowa, que había afectado al ejército tanto como una derrota. Despues de haber tocado con una mano el Océano Indio, iba por fin la Francia á tocar con la otra los mares del polo. Nada había sido bastante á detenerla, ni el desierto de arenas, ni el desierto de nieves. Era verdaderamente la reina del

mundo, que iba haciéndose consagrar en todas las capitales.

Al oír los gritos de su ejército, que rompe las filas y da estrepitosas palmadas, Napoleon llega: su primer sentimiento es el de una indecible alegría, que ilumina su frente con una aureola de gloria; él, lo mismo que sus soldados, esclama, alzándose sobre los estribos:

—¡Moscow! ¡Moscow!

Pero en el mismo momento su frente se anubla, y dejándose caer sobre la silla, continúa:

—Ya era tiempo.

El ejército hace alto, porque Napoleon espera que de alguna de las puertas, que en vano intenta penetrar su recelosa mirada, debe salir de un momento á otro una diputación de boyardos de larga barba, y de muchachas cargadas de flores, trayéndole las llaves de oro de la ciudad santa. Pero todo permanece en silencio y solitario, como si la ciudad estuviese dormida: ningún vapor se eleva de las chimeneas, y únicamente alguna bandada de cuervos, revoloteando alrededor del Kremlin, se dejan caer de cuando en cuando sobre alguna cúpula, cuyo dorado desaparece como bajo un negro crespon.

...Pero, al otro lado de Moscow, y como si saliese por la puerta opuesta á la que se presentaba á vista, parecía verse mover un ejército. Aquel día, como siempre, el enemigo inabordable que se nos había escapado de entre las manos desde el Ni-

men hasta la Moskowa, y que se replegaba hacia el Oriente.

En aquel momento, como si el ejército francés, semejante á un águila, hubiese desplegado sus dos alas, Eugenio y Poniatowski se estienden por la derecha para rodear la ciudad, mientras que Murat, á quien Napoleon sigue con la vista con una inquietud siempre creciente, llega hasta los arrabales, sin que se le presente diputacion ninguna.

Entonces sus mariscales se agrupan á su alrededor alarmados por su inquietud: Napoleon examina todas aquellas frentes sombrías y todas aquellas miradas fijas; adivina que su pensamiento es el pensamiento de todos, y exclama maquinalmente.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! Esas gentes son tan salvajes, que no saben ni aun rendirse.

Entre tanto Murat penetra dentro de la ciudad. Napoleon envia tras él á Gourgaud, quien atraviesa el terreno á todo el galope de su caballo, entra en la ciudad, y se reune á Murat en el momento en que un oficial de Milarodowich anuncia al rey de Nápoles que el general ruso está resuelto á poner fuego á la ciudad si no dan el tiempo suficiente á su retaguardia para retirarse. Gourgaud vuelve á galope, y comunica esta noticia á Napoleon.

Dejadlos marchar, dice Napoleon; necesito á Moscow integro, desde su mas rico palacio hasta su mas pobre cabaña.

Gourgaud lleva esta respuesta á Murat, á quien encuentra rodeado de cosacos que miran con asom-

lro los bordados de su rica polaina y las plumas ondulantes de su sombrero. Murat les trasmite la noticia del armisticio, da su reloj á uno de sus jefes, sus joyas á otros, y cuando ya no tiene nada que dar, pide á sus ayudantes de campo sus relojes y sus sortijas.

Entre tanto, y á favor de aquel convenio verbal, el ejército ruso continuó evacuando á Moscow.

Napoleón se detiene á las puertas, esperando siempre que los habitantes saldrían de la ciudad encantada. Pero nadie parece, y cada oficial que vuelve le repite estas palabras:

—Moscow está desierta.

Pero él no lo cree aun ; mira, escucha; pero aquello es la soledad del desierto, el silencio de la muerte: se halla á las puertas de la ciudad de las tumbas, de Pompeya ó Necrópolis.

Sin embargo, espera aun que, como Brennus, hará al ejército en el Capitolio ó á los senadores en sus sillas curules. Para que no salgan de Moscow sino los que tenían derecho para salir, mandó rodear la ciudad do un lado por el príncipe Eugenio, y del otro por el príncipe Poniatowski; los dos ejércitos se adelantan y circuyen á Moscow; después se adelanta el duque de Dantzig con su tropa para penetrar en la ciudad. Por último, después de haber retardado quanto le fue posible el entrar él, como si quisiese aun dudar del testimonio de sus propios ojos, se decide á atravesar la barra de Doregomitoff, manda llamar al secretario in-

Intérprete Letorguet que conoce á Moscow, le manda que permanezca al lado suyo, y adelantándose en medio de aquel silencio, que solo es interrumpido por el ruido de sus pasos, le interroga sobre cada uno de aquellos monumentos desiertos, sobre aquellos vacíos palacios y sobre aquellas casas abandonadas. Luego, como temiendo aventurarse en aquella Tóbas moderna, se detiene, baja de su caballo, y toma un alojamiento provisional en una gran posada, abandonada como el resto de la ciudad.

Así se instala en ella; se suceden sin intermisión las órdenes, como si acabase de colocar su tienda sobre un campo de batalla. Tiene necesidad de combatir aquel silencio y aquella soledad, mas terrible para él que la presencia y el estrépito de un ejército. El duque de Treviso queda nombrado gobernador de la provincia; el duque de Dantzig ocupará el Kremlin, y se encargará del arreglo de este barrio; el rey de Nápoles perseguirá al enemigo, sin perderle de vista, y cogera prisioneros á los rezagados para enviárselos á Napoleon.

Llega la noche, y á medida que se aproxima, Napoleon se oscurece como ella: hacia la puerta de Kolomna se oyen algunos tiros: es Murat, que, después de haber recorrido nuevecientas leguas y dado sesenta batallas, atraviesa á Moscow, la ciudad de los czares, como hubiera atravesado una aldea, y alcanza á los cosacos en el camino de Uladimir. Anuncian á Napoleon que unos cuantos franceses vienen á pedir clemencia á su emperador. Napoleon

los hace entrar, y los interroga, dándoles gracias por haberlo ido á dar algunas noticias. Pero á las pocas respuestas frunce las cejas. Le refieren cosas extrañas, y segun ellos, Moscow está sentenciado á las llamas, condenado por los mismos rusos, por sus propios hijos: esto se le hace imposible.

A las dos de la madrugada se sabe que ha estallado un incendio en el palacio del Comercio; esto es, en el mas hermoso barrio de la ciudad. La amenaza de Rostopchin se realiza; pero Napoleon duda todavía; la imprudencia de algun soldado habrá sido la causa de aquél incendio, y da órden sobre órden y envia correo sobre correo. Llega el dia sin que se haya podido apagar el fuego, porque, ¡cosa singular! en ninguna parte se han encontrado bombas. Entonces Napoleon, no pudiendo contener su impaciencia, acude al sitio del desastre, echa la culpa á Mortier, á la guardia. Pero Mortier señala con la mano á Napoleon una casa cerrada que se inflama por si sola y como por magia. Napoleon suspira tristemente, y sube con la cabeza baja los escalones que conducen al Kremlin.

Por fin ha llegado al término tan deseado: delante de él se ostenta la antigua morada de los caesares; á su derecha, la iglesia que encierra sus sepulturas; á la izquierda, el palacio del senado; luego en segundo término el alto campanario de Ivan Weli-koi, cuya cruz dorada, que ha sido desde luego destinada á reemplazar á la de los Inválidos, domina todas las cúpulas de Moscow.

Entra en el palacio, y ni su arquitectura, que recuerda la de Venecia, ni las ricas y espaciosas habitaciones que atraviesa, ni la magnifica perspectiva de sus ventanas sobre la Moskowa, sobre aquel mundo de casas de mil colores diferentes, sobre aquellas cúpulas de oro y de plata, sobre aquellos techos de bronce, nada puede arrancarle de su sombría meditacion. No es Moscow aquello; es su sombra, su espectro, su fantasma: ¡ quién le ha muerto?

En aquel momento le anuncian que el fuego se ha acabado, y levanta la cabeza. Aquel es un nuevo enemigo vencido; su fortuna sigue siendo siempre la fortuna de César, y realmente, si se exceptúa la soledad y el fuego, todo lo demás ha sucedido como había calculado de antemano Napoleon.

Llegan noticias de todas partes. El arsenal de Etemalia encierra cuarenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, un centenar de cañones, lanzas, sables, armaduras y trofeos arrebatados á los turcos y á los persas. En el barrio de los alemanes se ha descubierto en barcos aislados una gran cantidad de pólvora y de salitre. La nobleza había abandonado sus quinientos palacios; pero estos palacios estaban abiertos y amueblados, y se destinaban á los jefes superiores del ejército. Se mandan abrir algunas casas que se creían desiertas y que pertenecían á los habitantes de la clase media. Nos seguían doscientos cincuenta mil hombres, y podíamos poblar la ciudad y esperar el invierno; el navío de la Francia, que vogaba á la conquista de los mares del Nor-

te, apaciguará durante seis meses en los hielos del polo. Con la primavera vendrá la guerra, y con la guerra la victoria.

Así es que Napoleon se duerme mecido por el flujo y refljo de sus temores y de sus esperanzas.

A media noche se volvieron á oír de nuevo los gritos de ¡fuego!

El viento sopla del Norte, y en el Norte es donde se ha presentado el incendio.

Así es que la casualidad ayuda á las llamas; el viento las impele y las lleva en dirección al Kremlin como un río de fuego. Ya las llamas vuelan sobre los techos del palacio, y caen sobre el parque de artillería, colocado bajo las murallas. Cuando el viento se muda al Oeste, las llamas cambian de dirección, y se estienden, pero alejándose.

De pronto otro nuevo incendio se manifiesta en el Oeste, y toma pábulo como el anterior: diríase que el punto de reunión del fuego era en Kremlin, y que, aliado inteligente de los rusos, camina de recho hacia Napoleon. Ya no cabe duda: es un plan de destrucción adoptado por el enemigo, y la evidencia, á que Napoleon se ha negado por tanto tiempo, se apodera de su corazón.

Pronto de trecho en trecho se elevan nuevos torbellinos de humo, por los que se abren, pasan las llamas como lanzas ardientes: como el viento es constante de Norte á Oeste, el incendio se adelanta, semejante á una serpiente que se arrastra. Por todos lados se cruzan surcos de fuego, envolviendo el

Kremlin, y en los cuales parecen correr arroyos de lava. A cada momento, de estos arroyos corren torrentes que van ensanchándose en su marcha; diríase que la tierra se abre y vomita fuego. Aquello no es un incendio, es un mar, y la inmensa marea, subiendo constantemente, se aproxima rugiendo, e invade las murallas del Kremlin.

Toda la noche la pasa Napoleón contemplando, con espanto aquella tempestad de fuego; allí se extrella el poder de su genio, pues hay un demonio oculto que alimenta aquellas llamas, y como Scipión, mirando abrasarse á Cartago, él se estremece pensando en Roma;

El sol se levanta sobre aquella hoguera, y el día viene á iluminar los desastres de la noche. El fuego ha completado su círculo inmenso, arrollando á los trabajadores que se van acercando al Kremlin. Se reciben noticias de varios puntos, y se empieza á descubrir á los incendiarios.

En la noche del 14 al 15, esto es, en la misma noche de la ocupación de la ciudad, un globo de fuego, semejante á una bomba, cae sobre el palacio del príncipe Troubetskoi y le prende fuego; sin duda aquella era la señal, porque en el mismo momento, estalla el incendio en la bolsa y en dos, ó tres, puntos más. En las chimeneas se habían enterrado bombas, y los soldados franceses, al echar fuego en ellas para calentarse, las han hecho reventar; de suerte que aquellas bombas, doblemente supuestas, han puesto á los franceses á incendiado las casas,

Los soldados pasan la noche buyendo de casa en casa, y viendo el alojamiento que abandonan ó el que van á elegir incendiarse espontáneamente. Moscow, como las ciudades malditas de la Biblia, está condenada á la destrucción, solamente que el fuego, en vez de caer del cielo, parece salir de la tierra.

Napoleón entonces se ve obligado á rendirse, y conoce que estos incendios, que se presentan á un mismo tiempo en mil puntos diferentes, son la obra de una misma voluntad, si no la de la misma mano. Pasa la mano por su frente, y dando un suspiro:

—Hé ahí, dice, cómo hacen la guerra. La civilización de San Petersburgo nos ha engañado; y los rusos modernos son siempre los antiguos scitas.

Dá órden de prender, juzgar y fusilar á todo el que se encuentre incendiando ó atizando las llamas: la antigua guardia, que ocupaba el Kremlin, se pondrá sobre las armas; se cargarán los caballos, y se tendrán dispuestos los carroajes; por último, se hallarán preparados á abandonar una ciudad que han venido á buscar de tan lejos, y sobre la que tantos proyectos habían formado.

Al cabo de una hora fueron á anunciar al emperador que sus órdenes estaban ejecutadas. Veinte incendiarios habían sido presos, interrogados y fusilados: en el interrogatorio habían confesado que eran nuevecientos, y que antes de evacuar á Moscow, Rostopchin, el gobernador, les mandó ocultarse en las cuevas para que prendiesen fuego á todos los barrios, y todos le habían fielmente obedecido.

cido. Entre tanto el suego había hecho nuevos progresos, y Kremlin parecía una isla en medio de un mar de llamas; la atmósfera estaba cargada de vapores abrasadores; los cristales de Kremlin, cuyas ventanas estaban cerradas, estallaron en mil pedazos; se respira un aire lleno de cenizas.

En aquel momento se oye un nuevo grito: el suego había estallado en el mismo Kremlin. Napoleon palideció de cólera. El antiguo palacio, el viejo Kremlin, la morada de los caíres, no es sagrada para aquellos erostratos políticos; pero al menos han cogido al autor del incendio, y lo conducen ante el emperador.

Era este un soldado de la policía rusa; Napoleon le interroga él mismo, y repite lo que hemos dicho: cada cual había recibido su encargo; él y ocho de sus compañeros habían sido encargados del Kremlin: Napoleon le arroja indignado de su presencia, y le fusilan en el mismo patio del edificio.

Entonces dicen al emperador que es preciso que abandone el palacio donde el suego le persigue; pero se encierra dentro de su voluntad, y ni rehusa, ni acepta: permanece sordo, inerte, abatido; repentinamente circula á su alrededor un sordo murmullo: Kremlin está minado.

Oyense los gritos de los granaderos que le llaman, pues aquella noticia había llegado hasta ellos; piden á su emperador; necesitan á su emperador, y si tarda un momento, irán á buscarle.

Napoleon se decide al fin; ¡pero cómo salir! Han

esperado tanto, que ya no hay salida posible. El emperador envia á Gourgaud y al príncipe Néouzebatel sobre el terrado del Kremlin para tratar de descubrir un paso, y al mismo tiempo manda á muchos oficiales que recorran el palacio con el mismo objeto: todos se apresuran á obedecer; los oficiales reconocen todas las escaleras; Berthier y Gourgaud suben al terrado.

Apenas llegan á él, cuando se ven obligados á agarrarse uno á otro: la violencia del viento y la rarefacción del aire producen tan terrible tormenta, que un torbellino continuo ameaza llevárselos tras si. Ademas, desde el punto que ocupan es imposible ver nada más que un océano de llamas sin salida y sin fin.

Vuelven á bajar, y anuncian esta noticia al emperador.

Entonces Napoleón, sin vacilar, y á riesgo de caer sobre las llamas, baja precipitadamente la escalera del Norte, sobre cuyos escalones han sido degollados los Strelitz. Pero al llegar al patio no halla salida ninguna; las llamas invaden todas las puertas: han esperado mucho, y ya es demasiado tarde para salir.

En aquel momento llega un oficial casi sin atiempo, corriendo el sudor por su frente y con el pelo quemado á decir que había hallado una salida; que era una poterna cerrada que debía dar sobre la Moskowa. Cuatro zapadores se precipitan sobre ella, y la puerta viene abajo á los golpes del ha-

abat Napoleón se adelanta, y sus oficiales y su guardia le siguen: si hubiera tenido que volver atrás, la cosa hubiera sido imposible, y no les quedó otro remedio que seguir adelante.

El oficial se había equivocado, pues la poterna no daba al río, sino á una callejuela invadida enteramente por las llamas; pero, aun cuando aquella callejuela condujese al infierno, era preciso seguirla: Napoleón da el ejemplo, y se lanza el primero bajo una bóveda de fuego; todos lo siguen, y nadie busca su salvación sino á su lado. Si él muere, morirán con él.

—No hay ni camino, ni guía, ni estrellas: se adelantan á la ventura en medio del rugido de las llamas, del chisporroteo de aquellas hogueras y del estridido de las bóvedas. Todas las casas son presas del incendio, y de las que aun están en pie se lanzan las llamas por las puertas y por las ventanas, como para perseguir á los fugitivos; las vigas se desploman, y corre por los arroyos el plomo fundido: todo es de fuego, el aire, las paredes, el cielo: algunos fugitivos perecen, asfixiados por la falta de oxígeno, ó aplastados por los escombros.

En aquel momento, los soldados del primer cuadro del ejército, que buscan al emperador, aparecen en medio de las llamas; le reconocen, y mientras que diez ó doce de entre ellos le rodean, cómo si tratasen de defenderle contra un enemigo cualquiera, los demás marchan detrás, gritando:

—Por aquí! Por aquí!

Napoleón se entrega á ellos con la misma confianza que ellos se abandonaban á él en otras ocasiones, y cinco minutos despues se halló en seguridad, entre los escombros de un barrio que había ardido durante aquella mañana.

Adelántase el emperador por entre una doble fila de carruajes, y pregunta qué significaban aquellos saetones; respondeñle que son los bagajes del primer cuerpo de ejército que habian logrado salvar: cada uno de aquellos carruajes contenia una gran cantidad de pólvora, en tanto que bajo de sus ruedas ardian aun los pedazos de madera.

Napoleón da órden de tomar el camino de Petroskoi: era este un palacio real situado fuera de la ciudad á una media legua de la barrera de San Petersburgo, en medio del acantonamiento del príncipe Eugenio; aquel será el cuartel imperial.

Por espacio de dos dias y dos noches sigue el incendio en Moscou; pero por fin, en la mañana del tercer dia, las llamas desaparecen, y á traves del humo que la envuelve como una espesa niebla, Napoleón ve dibujarse el esqueleto ennegrecido y carbonizado de la ciudad santa.

A excepcion de algunas ligeras huellas del incendio, que parecen haber sido dejadas expresamente como un sombrío recuerdo de aquella terrible catástrofe, Moscou ha renacido enteramente de sus cenizas, mas espléndido, mas magnífico y mas dorado que lo había estado antes. Solamente el Kremlin, quedando de pie como un antiguo e indestructible tes-

tigo de lo pasado, ha conservado su carácter bizantino, que le asemeja á primera vista al palacio de los Dux de Venecia. Mi primera visita, al llegar, fue para aquel edificio, y de las cinco puertas practicadas en las altas murallas almenadas elegí la puerta de Spaskoi, ó la puerta Santa, y entré, segun costumbre, con la cabeza descubierta, en el antiguo palacio, en cuyos alrededores se ha agrupado la historia de la antigua Moscova.

El Kremlin, segun dicen, toma su nombre de la palabra *Kremle*, que significa Pedro. El contiene el senado, el arsenal, la iglesia de la Anunciacion, la catedral de la Asuncion, en que se verifica la ceremonia de la coronacion y donde efectivamente el emperador Nicolas acababa de ser coronado; la iglesia de San Miguel, en que se ven las tumbas de los primeros soberanos del imperio; el palacio de los patriarcas y el palacio de los antiguos czares. En aquel nido de granito fue donde nació Pedro I.

Gracias á Ivan, que para todo hacia valer la orden del emperador, ante la cual todos se inclinaban, pude visitar el palacio con toda minuciosidad. Primero hice que me enseñasen la pequeña poterna por donde salió Napoleon; despues la habitacion que había ocupado, y en la que por espacio de un dia y una noche, cruzado de brazos y asomado á una ventana, había visto adelantarse hacia él un nuevo enemigo, desconocido, irresistible, indomable, que le había hecho perder paso á paso el terreno de su conquista. Desde esta habitacion subí al

terrado, desde donde Gourgaud y Berthier habian estado á punto de ser derribados, y desde alli descubri á Moscow, no espirante y entregado á una agonía de llamas, sino jóven, alegre, risueña, sembrada de verdes jardines y resplandeciente con sus doradas cúpulas.

Moscow data de mediados del siglo XIII, lo que no es una gran antigüedad, y su edad apenas hubiera sido suficiente á una nobleza del tiempo de Luis XIV para tener asiento en el carroaje del rey. Tal vez existia mucho tiempo antes, pobre e ignorada: pero solo desde aquella época fue elevada al rango de principado, y gobernada por Miguel el Bravo, hermano de Alejandro Newski, el mismo que habiendo tomado el cilicio, hacia el fin de su vida, fue canonizado, y ha llegado á ser uno de los patronos mas milagrosos de San Petersburgo.

El origen del nombre de Moscow no suscita las mismas dudas que el del Kremlin. Su madrina es la Moskowa, pobre y humilde rio cenagoso, que toma su origen en Giath, y se pierde en el Oka, mas arriba de Riacan, admirado de haber servido de cinturon por espacio de algunas horas á una poderosa reina.

El Kremlin está situado en el centro de Moscow y en la parte mas elevada, de manera que desde el terrado del palacio se domina toda la ciudad. Desde aquel punto de vista la irregularidad de Moscow, que se asemeja á una de las caprichosas y fantásticas ciudades de las *Mil y una noches*, aparece en

toda su admirable variedad con su mosaico de tejados, sus minaretes bizantinos, sus pagodas chinas, sus azoteas italianas, sus kioscos indios y sus casas de campo holandesas. Desde allí es desde donde se ven agruparse en los tres grandes barrios que la dividen, y sobre todo en el Kitai-Gorod, ó barrio del comercio, los enviados de todos los pueblos de la tierra; el turco con su turbante, el armenio con su largo sobretodo, el mongol con su gorro puntiagudo, el moujick con su blusa de tela, y el francés con su lacónico frac. En cuanto á las calles, son tan tortuosas como el río que las atraviesa, y cuyo nombre toma origen, segun dicen, de una palabra sarmata, que significa serpiente, pero tienen la ventaja de estar abrigadas del viento y del sol, y de no ofrecer nunca á la vista asustada del transeunte esas intensas perspectivas que parecen imposibles de cruzarse.

Despues de bajar del terrado, donde permanecí mas de una hora sin cansarme de contemplar aquel magnifico panorama, pasé al senado, edificio immenseo edificado en el reinado de Catalina, y en el que sobre los cuatro lados del cubo que hay sobre su cúpula se lee en gruesos caracteres rusos la palabra *ley*. Como la sala de sesiones me ofrecía poco interes, y como por otra parte estaban contadas las horas de mi permanencia en Moscow, me dirigí hacia el arsenal, edificio colosal empezado en 1702 bajo el reinado de Pedro I. Minado en 1812 en el momento de retirarse el ejército francés, el arsenal

conserva aun las huellas de la terrible explosión que le derribó en gran parte sin romper un espejo que se hallaba delante de la imagen de San Nicolás, lo cual fue atribuido á un milagro del santo, segun consta de una inscripción grabada debajo. Otra prueba de un milagro no menos grande, y cuyo autor es el invierno, santo mucho mas poderoso aun que San Alejandro Newski, son las ochocientas setenta piezas de artillería cogidas á los franceses y á sus aliados y halladas en los caminos, en las orillas de los ríos y en el fondo de los precipicios del camino de Moscow á Vilna. Estas piezas están colocadas delante de la fachada del edificio. Todas ellas, aun que prisioneras, conservan aun el orgulloso nombre con que las bautizó el fundidor en su ignorancia del porvenir, ya el Invencible, el Vengador ó el Inexpugnable. El sitio que ocupan basta á probar que no es únicamente sobre las columnas y sobre las tumbas donde el bronce se ha acostumbrado á mentir.

Delante de una de las fachadas laterales, está la famosa pieza de artillería fundida en 1694, cuyo peso es de noventa y seis mil libras y trece onzas, cuya longitud es de diez y siete pies, y cuyo diámetro es de cuatro pies y tres pulgadas: está rodeada de otras muchas piezas turcas y persas, semejantes a una abuela entre sus nietecillos, aunque la más pequeña de estas, aisladamente, aparecería de un tamaño enorme. Todas ellas están sobre cargadas de adornos orientales, extraños pero muy bien trabajados, y en cada una de ellas, como prueba de su fuerza,

se lee el número de libras que pesa. Comparada con la mas pequeña de estas piezas, la mayor de las nuestras parece un juguete.

Teníamos delante de nosotros el campanario de Ivan Velikoi, construido para perpetuar la memoria de un hambre que desoló á Moscow hacia el año 1600. La forma del campanario es octógona, y su cúpula está cubierta, segun nos aseguraron, de una chapa de oro de ducados. La cruz que coronaba la iglesia fue arrancada en la retirada de Napoleon, quien la destinaba al edificio de los Inválidos, y los encargados de su custodia la arrojaron al Beresina, no pudiéndola llevar mas lejos. Los rusos la han reemplazado por una cruz de madera cubierta de una boja de cobre dorado.

Al pie de esta iglesia, en una cavidad circular cubierta de tablas, yace la famosa campana eterna, trasportada de Norgorod á Moscow para ser la reina de las treinta y seis campanas de la iglesia de Ivan el Grande. Por espacio de algun tiempo reinó efectivamente sobre ellas, tanto por sus dimensiones, como por su ruido; pero llegó un dia en que, rompiendo sus lazos, cayó, hundiéndose muchos pies bajo la superficie del suelo. Bajamos por una trampa, y por una escalera de veinte peldanos, guardada por un centinela, al pie de la montaña de bronce, á la cual dimos la vuelta, siguiendo una pequeña muralla de ladrillo construida con el objeto de sostenerla.

La circunferencia de la campana es de sesenta y

siete pies y cuatro pulgadas, lo que da un diámetro de veinte y dos pies, cuatro pulgadas y un tercio de pulgada : su altura es de veinte y un pies y cuatro pulgadas y media; su espesor en el sitio en que trabajaba el badajo, de veinte y tres pulgadas, y su peso de cuatrocientas cuarenta y tres mil setecientas setenta y dos libras, lo que, apreciado en el valor solo del metal, esto es, de tres francos, quince sueldos la libra, representa aproximadamente un valor de sesenta y seis mil quinientos luises. Pero este valor se aumenta mas de tres veces, sabiendo que cuando se fundió, los nobles y el pueblo acudieron á porfia á arrojar su oro, su plata y sus vajillas en ella. Así, pues, se hallan enterrados en aquella cueva sin utilidad ninguna cuatro millones seteciento cuarenta y dos mil francos.

En ciertos días del año, el pueblo visita esta campana con gran devoción, y hacen la señal de la cruz á cada escalón que bajan ó que suben.

Como yo deseaba terminar de una vez mi visita á Kremlin, entré en la iglesia de la Asuncion, en que había tenido lugar seis semanas antes la coronación del emperador. Es un edificio bastante pequeño y de forma cuadrada, fundado en 1325, que se hundió en 1474, y que fue reedificado al año siguiente por arquitectos italianos que Ivan III mandó venir de Florencia. Esta iglesia, que podrá contener unas quinientas personas, encierra los sepulcros de los patriarcas y el trono de los czares. Antes del año 1812 estaba iluminado por una araña de plata que

pesaba mas de tres mil setecientas libras, la que desapareció en la invasion francesa; pero, en cambio, la que le ha sustituido fue fundida con la plata que nos cogieron durante nuestra retirada. Verdad es que la iglesia ha perdido en esta restitucion forzosa, pues la que hay hoy dia no pesa mas que seis-cientas sesenta libras.

Hubiera yo deseado poder visitar aquel mismo dia á Petroskoi; pero el convite de la condesa Wannikoff no me daba tiempo para ello; así es que me contenté con dirigir, al pasar, una mirada sobre el cadalso de piedra en que el sangriento civilizador de la Rusia ejecutó mas de una vez la sentencia de muerte con la misma mano que la había firmado, y rogué á Ivan que me condujese á la iglesia de la Protección de la Virgen, llamada por los rusos *Vassili Blajennoi*, y que es la mas curiosa de las doscientas sesenta y tres que encierran los muros de la capital.

Este monumento, que fue construido en 1554, bajo el reinado de Ivan el Terrible, en conmemoración de la toma de Kasau, es obra de un arquitecto italiano, que, trasportado del seno de la mas espléndida civilización en medio de un pueblo bárbaro, trató de hacer una cosa que satisficiese por su singularidad el salvaje capricho del czar. Diez y siete cúpulas se elevan del cuerpo del edificio de Vassili Blajennoi, y cada una es de forma y de color diferentes. Gracias á esta heterogénea colección, Ivan el Terrible quedó muy satisfecho, y esta satisfacción

fue tal, que en el momento en que el arquitecto fué á despedirse de él para reclamar sus salarios y volverse á Italia, le hizo entregar una suma doble de la estipulada, y le mandó sacar los ojos, temiendo que alguna vez se le ocurriera dotar la ciudad de los Médicis con un edificio semejante al que poseía Moscow.

Llegó por fin la hora de dirigirme á casa de la condesa de Waninkoff, en la que hallé ya instalada á Luisa, de la que no habían podido obtener que permaneciera en Moscow mas de dos días. En cuanto al niño, había llegado á ser el amo de casa: al menor quejido que daba, todos acudían presurosos á su lado, y vi á la nodriza vestida con un magnífico traje nacional que le habían regalado las hijas de la condesa.

Puede adivinarse que la conversación giró constantemente sobre el destierro de Waninkoff y el sacrificio de Luisa. Todos ignoraban cómo se hallaba en el fondo de la Siberia, si libre ó encarcelado, y el invierno que se iba aproximando, y durante el cual el frío de aquellos países septentrionales llega hasta cuarenta y cuarenta y cinco grados, inspiraba la mas cruel inquietud, pues habían acostumbrado al jóven Alejo á todos los goces y comodidades que proporcionan las riquezas. Así es que bajo pretexto de aliviar en algun modo el destierro de Waninkoff, habían ofrecido á Luisa una verdadera fortuna, pero excepto algunas pieles, se negó esta á aceptar cosa alguna, diciendo que Waninkoff, mas que

de todo lo demás, tenía necesidad de amor y de cuidados, y que ella le llevaba un tesoro de ambas cosas.

No dejé yo de tener parte en los ofrecimientos, que tambien me negué á admitir, y únicamente acepté un sable turco que había pertenecido al conde, y que era mas precioso por su buen temple que por su empuñadura.

Por fatigados que nos hallásemos despues de dos días y dos noches de viaje , aquella pobre familia, que creia ver en nosotros algo de lo que había perdido , nos detuvo hasta las doce de la noche. Pero por fin á esta hora obtuve el permiso de retirarme. En cuanto á Luisa, había quedado resuelto que no volvería á la fonda, y la habian alojado en la mejor habitacion de la casa.

Antes de separarme de Ivan le dije que al dia siguiente pensaba ir á almorzar á Petroskoi; de modo que á las siete de la mañana se hallaba esperándome á la puerta con un droschki. Esta era una peregrinación nacional que yo me imponía el deber de llevar á cabo. A Petroskoi fue donde Napoleon se retiró durante los tres días que duró el incendio de Moscow.

Tres cuartos de hora despues nos hallábamos en el palacio que da su nombre á un lindo pueblo, compuesto esclusivamente de sumtuosas casas de campo de los ricos señores de Moscow.

Es este un edificio de forma extraña , que por su singularidad moderna parece querer imitar el estilo

de sus antiguos palacios tárteros. Antes de llegar á él crucé un pequeño bosque, donde, en medio de los negros abetos, saludé con alegría algunas encinas verdes, que me recordaron nuestras magníficas selvas de Francia.

Al salir del palacio, Ivan, que me había dejado solo algunos minutos para ir á mandar disponer el almuerzo á una posada, volvió á decirme muy contento que, gracias á una feliz casualidad, los bohemios habían elegido aquel año por domicilio á Petroskoi. Sabía yo el entusiasmo de los grandes señores por estos *tsiganes*, que son para ellos lo que los *almees* (1) para los egipcios, y lo que las bayaderas para los indios; de modo que, después de haber reconocido mis fondos, me decidi á tratarme como un príncipe durante mi almuerzo. Así es que encargué á Ivan que me condujese á la habitación de los bohemios, deseoso de ver en su propia casa á los descendientes de los Coptos y de los Nubianos.

Ivan se detuvo delante de una de las más hermosas casas del pueblo: allí era donde nuestros *tsiganes* vivían; pero habiendo sido llamados durante la noche, no habían vuelto aun. Esta respuesta nos la dió una criada maltesa que se hallaba á su servicio, y que hablaba un poco el italiano. Yo le pregunté si habría inconveniente en dejarnos ver la casa en ausencia de sus dueños, y habiéndome contestado

(1) Nombre dado en Oriente á los bailarines y caudillos.

que no lo habia , me abrio la puerta de aquel suntuario.

La habitacion en que fui introducido , que era la alcoba comun , tendria unos treinta pies de larga por veinte de ancha. A los lados y en toda su longitud veianse dos filas de camas , con colchones , mantas y sabanas muy buenas , y mucho mas limpias que lo son en general las camas rusas. Estas camas se representan algo del origen oriental de los que las ocupaban , pues sobre algunas conté hasta seis ó ocho almohadones de distintas formas , y algunos de ellos del tamaño de los que usan las francesas para calentarse los pies. A la cabecera de cada cama se hallaban suspendidos los instrumentos , las armas ó las joyas de aquell ó de aquella á quien pertenecia .

Despues de haber recorrido dos ó tres veces aquel vasto dormitorio , viendo que los tsiganes no volvian , expresé á la criada mi deseo de que me acompañasen cuatro ó cinco bohemios durante mi almuerzo , temiendo que se hallasen muy fatigados por haber pasado la noche fuera de su casa. Pero aquella joven me tranquilizó , diciéndome que contase con los primeros que volvieran , y que por fatigados que estuviesen dejarian el dormir para mas tarde.

El dueño de la posada en que Ivan habia mandado disponer el almuerzo , era un francés que se habia quedado en el pais despues de nuestra retirada , y que habiendo entrado como cocinero en la casa del principe de Neufchatel , pensó en utilizar su talento .

En Rusia los cocineros y los maestros se hallan seguros de no estar mucho tiempo sin colocacion; así fue que en cuanto se anunció entró al servicio de un principe ruso. La casa era excelente, y al cabo de siete ó ocho años salió de ella con algun dinero, poniendo aquella especie de fonda, en que le iba perfectamente. El digno cocinero, sabiendo que se trataba de un compatriota, me trató como tal, y me encontré con un magnifico almuerzo, servido en el mejor cuarto del establecimiento.

Este lujo me hizo temblar por mis fondos; pero estaba decidido que había de pasar una mañana de principe, y que Ivan participaría de mi fastuosa prodigalidad.

Nos hallábamos ya en los postres, y ya empezaba á perder las esperanzas de ver á nuestros bohemios, cuando nuestro huésped subió á avisarnos de que se hallaban esperando en el piso bajo. Di órden de que fueran introducidos al momento, y vi entrar á dos hombres y tres mujeres.

Al principio tuve algun trabajo en comprender la pasion de los rusos hacia aquellas singulares criaturas, entre las cuales el famoso conde Tolstoy y el principe Gagarin habian elegido sus esposas legítimas. Dos de ellas no me parecieron nada bonitas; la tercera, que se presentó con la confianza que presta la superioridad de la belleza ó del talento, me hizo mas bien el efecto, como sus compañeras, de una especie de animal salvaje con formas humanas, que el de una mujer. En efecto, sus negros ojos, en los

que se leia la fatiga, tenian la ferosa expresion de los de la gaula medie dormida, en tanto que su piel cobriza se asemejaba en algun modo á la piel de una serpiente. En cambio, bajo sus labios lívidos brillaban unos dientes blancos como perlas, y bajo un ancho pantalon á la turca se veian asomar dos piecitos de niña, tan delgados y pequeños, que me causaron grande admiracion.

Pero aquellos hombres y aquellas mujeres parecian tan estenuados de cansancio, que temí que el deseo de ganar dinero hubiese sobrepujado á sus fuerzas, y empecé á sentir que en vez de acostarse mas tarde no se hubiesen acostado mas temprano.

El de mas edad de los dos hombres, que parecia ejercer una autoridad patriarcal sobre aquella tropa, se sentó con la guitarra entre sus manos, y mientras hacia resonar su guitarra con algunos monótonos aires, las dos mujeres se acurrucaron á sus pies. La mas linda y la mas elegante se quedó sola y de pie con las rodillas ligeramente dobladas, y la cabeza algo inclinada sobre uno de sus hombros, como un ave que busca el abrigo de su ala para dormir.

Bien pronto aquellos sonidos inciertos se cambiaron en un acorde, y despues de este, y sin preludio ninguno, el guitarrista entonó una cancion viva y animada, que al poco tiempo acompañaron con sus voces las dos mujeres, en tanto que la bohemia que se habia quedado de pie parecia despertar de su letargo, moviendo suavemente la cabeza

coro para marcar el compás. Luego que hubo concluido el coro, ella hizo nacer, si así puede decirse, de aquel laberinto de notas un cántico dulce, elegante y sentido, que terminó desbordándose en una oleada de notas agudas y limpias, que tenían un encanto irresistible: entonces el coro volvió á empezar de nuevo, y sobre el coro volvió ella á ejecutar su suave y melodiosa improvisación. Por último, después de haber sido interrumpida por segunda vez por el coro, cantó por tercera vez con la misma cadencia y la misma suavidad, como si quisiera formar un ramillete con aquellas tres flores de perfumes y coloridos diferentes, y á su vez el coro volvió por tercera vez á dejarse oír, y concluyó *smorzando*: hubiérase dicho que las fuerzas de los cantores se habían estinguido en la última nota, triste como el postrer suspiro.

Yo no puedo esptesar la impresion acre y profunda que prodeja en mí aquel canto, á la vez tan salvaje y tan melodioso: podriase comparar en algun modo á la que produciría en uno de nuestros jardines habituados á los suaves trinos del ruiseñor y de la alondra un ave de los países virgenes de la América, que canta, no para los hombres, sino para Dios y para el desierto. Habiame quedado inmóvil, con los ojos fijos sobre la cantante, sin atreverme á respirar, y con el corazon oprimido como bajo el peso de un dolor. Repentinamente la guitarra redobla sus sonidos bajo los dedos del anciano bohemio con acordes trémulos; las mujeres y el hombre que

estaban agrupados, saltaron de sus puestos y cayeron á sus pies: un compás lleno de melodiosa energía dió la señal del baile, y cogiéndose de la mano los tres bohemios, empezaron una especie de baile alrededor de la bailarina, encerrándola entre sus brazos como en un círculo, mientras que ella se balanceaba á uno y otro lado y parecía animarse cada vez mas, hasta que al fin, deteniéndose los otros, rompió la cadena que habían formado, y empezó á bailar á su vez.

La especie de paso que ejecutaba la bohemia era al principio una pantomima mas bien que un baile; al modo que una mariposa que sale de su crisálida, y que ve por la vez primera el espacio abierto á sus alas, parecía volar incierta y pronta á detenerse sobre todos los objetos: con sus menudos pies hacia tan ligeros y difíciles pasos, que se la habría creido sostenida por algún hilo, como nuestras silfides de la Opera. Entre tanto, sus miembros, que había yo creido agobiados por la fatiga, recobraron la ligereza y la fuerza de los de una gaula; sus ojos, que parecían adormecidos, se reanimaron, y arrojaban llamas; sus labios, que apenas tenian antes la fuerza necesaria para separarse, se levantaban lascivamente en los dos ángulos de la boca, y dejaban ver, como un bordado de perlas, dos filas de magníficos dientes: la mariposa había llegado á ser mujer, y la mujer se había hecho bacante.

Entonces, como arrebatado por las vibraciones de

la guitarra , y arrastrado hacia la bohemia , el hombre se lanzó á su vez , y la tocó con sus labios en la espalda; la jóven salvaje dió un salto, arrojando un grito, como si un hierro candente le hubiese tocado; en seguida empezaron una especie de paso circular, en que la mujer parecía perder poco á poco su deseo de huir : en fin , se detuvo , hizo frente á su pareja, y empezó una especie de baile, que participaba de la *pirrikia griega*, del *jaleo español* y de la *chica americana* : era á un mismo tiempo una fuga y una provocacion, una lucha en la que la mujer escapa como una culebra y el hombre persigue como un tigre : durante este tiempo seguía la música siendo cada vez mas animada ; las otras dos mujeres gritaban y saltaban como dos hienas enamoradas, herían el suelo con sus pies y daban sonoras palmadas. Por ultimo , cantantes y cantarinas, pareciendo haber llegado al ultimo término de las fuerzas humanas, arrojaron un agudo grito de espanto , de rabia y de amor ; las dos mujeres y el hombre cayeron sobre el pavimento , y la hermosa bohemia , dando un ultimo salto , se arrojó sobre mis rodillas en el momento en que yo menos lo esperaba , y enlazándose con sus brazos como una doble serpiente , apoyó sobre mis labios los suyos , perfumados por no sé que yerba del Oriente.

Este era un modo de pedir el pago de su trabajo y del espectáculo milagroso que acababa de proporcionarme. Desocupo mis bolsillos sobre la mesa , y fui muy dichoso por no tener mas que doscientos ó

trescientos rublos, pues le hubiese dado del mismo modo todo quanto poseia.

Entonces comprendí la pasión de los rusos por los bohemios.

C
Mar-
deci
que
sign
fico
Ha.
rigi
los
los
pre
de;
jer
de

Opere de la Divinitate de omni et de la morte
et de la resurrectione Christi. Et de la
restitutione regni eius. Et de la vita
et morte de Ihesu Christo. Et de la
resurrectione de Ihesu Christo.

VII.

Cuanto mas se aproximaba el momento de la marcha de Luisa, tanto mas se ofrecia, si asi puede decirse, á mi corazon y á mi conciencia una idea que se habia presentado ya muchas veces á mi imaginacion. Me habia informado en Moscow de las dificultades que presentaba el viaje á Tobolsk en aquella época del año, y todos aquellos á quienes me dirigí me respondieron que no eran solo dificultades las que Luisa tendria que vencer, sino peligros reales los que tenia que arrostrar. Como debe comprenderse, me atormentaba la idea de abandonar de aquel modo á sus solas fuerzas á una pobre mujer á ochocientas leguas de su pais, cuando iba á alejarse nuevecientas leguas mas, sin familia, sin

parientes y sin otro amigo que yo. La parte que había yo tomado en sus alegrías y en sus dolores en los ocho meses que había yo estado en San Petersburgo; la protección que por recomendación suya me había concedido el conde Alejo, á la cual debia la plaza que el emperador se había dignado concederme, y, en fin, mas que todo, la voz interior, que dicta al hombre su deber en las circunstancias importantes de la vida en que su interes combate su conciencia, todo me decia que debia acompañar á Luisa hasta el término de su viaje, y entregarla en manos de Alejo. Por otra parte, conocia que si la abandonaba en Moscow y le sucedia alguna desgracia en el camino, no seria solo un dolor para mi, sino mas bien un remordimiento. Así, pues, resolví, teniendo en cuenta los inconvenientes que tenia para mi semejante viaje, de que no había pedido permiso al emperador, que seria tal vez mal interpretado, hacer cuanto estuviera de mi parte para obtener de Luisa que retardase su viaje hasta la primavera, y si persistia en su resolución, marcharme con ella; no tardó en presentarse ocasión de hacer el ultimo esfuerzo para retener á Luisa; aquella misma noche, estando sentadas la condesa, sus dos hijas, Luisa y yo alrededor de un velador, donde tomábamos el té, la condesa la cogió de las manos, y refiriéndole quanto la habian captado de los peligros del camino, la dije que por grandes que fuesen sus deseos de que su hijo tuviese á su lado una persona que le consolase, le regaba que pasase el invierno

en Moscow con ella y con sus hijas. Yo aproveché esta ocasión, y reuni mis instancias á las suyas; pero Luisa me respondía con su dulce y melancólica sonrisa:

—No tengais cuidado; yo llegaré.

Le suplicamos que esperase al menos á que pudiesen correr los trineos; pero contestaba moviendo la cabeza:

—Eso sería demasiado esperar.

Y con efecto, el otoño era húmedo y lluvioso; de manera que no se podía juzgar en qué época empezarían los fríos. Conocí que aquella era una resolución irrevocable, y no insistí más por mi parte.

Luisa debía partir al día siguiente á las diez, después del desayuno á que estábamos convocados en casa de la condesa. Me levanté muy temprano, y me fui á comprar una levita, una gorra y unas botas forradas de pieles, ademas de una carabina y un par de pistolas. Encargué á Ivan que colocara todo esto en el carroaje, que era como he dicho una excelente silla de posta que tendríamos que abandonar después, pero de la que queríamos aprovechárnos en tanto que lo permitiesen la estación y los caminos. Escribí al emperador que en el momento de ver subir al carroaje para emprender tan largo y peligroso viaje á la mujer á quien se había dignado conceder su protección, yo, su compatriota y amigo, no había tenido el valor suficiente para dejarla marchar sola, y que por lo tanto suplicaba á S. M. se dignase excusar una resolución para la que me había sido

imposible pedirle su consentimiento; despues de esto, me dirigi á casa de la condesa.

El desayuno fue triste, como no podia menos de serlo. Luisa únicamente estaba radiante de alegría; tenia al aproximarse al peligro y al pensar en la recompensa de él una especie de inspiracion religiosa, semejante á la de los antiguos cristianos, prontos á bajar al Circo, detras del cual se abria para ellos el cielo. Ademas esta serenidad reaccionaba sobre mí, y, como ella, me hallaba lleno de esperanza y de fe en Dios.

La condesa y sus hijas acompañaron á Luisa hasta el patio, donde la esperaba el carroaje. Allí se renovaron las despedidas, mas tiernas y mas dolorosas por una parte, y mas resignadas aun por parte de Luisa. Luego me llegó á mi la vez; ella me alargó la mano, y la conduje hasta el carroaje.

—Y qué, me dijo, ¿no os despedís de mí?

—Y para qué? la contesté.

—¿Cómo para qué? Porque me marchó.

—Yo tambien.

—¿Cómo, vos tambien!

—Sin duda: ya conoceis la piedra del poeta, que no era la flor, pero que había vivido al lado de ella.

—¿Y qué?

—Nada, que la gratitud ha podido mas que todo, y me marchó con vos. Os entregare al conde sana y salva, y volveré á San Petersburgo.

Luisa hizo un ademan como para detenerme; pero despues de un momento de silencio:

—No tengo, dijo, el derecho de impediros que hagais una buena acción; si tenéis, como yo, confianza en Dios; si, como yo, estais resuelto á venir, venid.

En aquel momento sentí que me cogían la otra mano para besarla. Era la pobre madre; las hijas lloraban á mas no poder.

—Tranquilizaos, sahá por mí que si yes no habéis venido es porque no podíais hacerlo.

—Oh! si, decidle, exclamó la madre; decidle que nosotras habíamos pedido la gracia de poderle acompañar; pero que nos contestaron que no había ejemplo de haber sido concedida semejante gracia; decidle que si nos lo hubieran permitido, hubiéramos ido á reunirnos con él, aunque fuese á pie y pidiendo limosna por los caminos.

—Le diremos todo lo que ya sabe; que vos tenéis un verdadero corazón de madre, y nada mas.

—Acercadme á mi hijo, exclamó Luisa, que había permanecido tranquila hasta aquel momento, pero que al decir estas palabras prorrumpió en sollozos, traedme á mi hijo, para que le abrace por última vez.

Este fue el momento mas cruel; lleváronla el niño, á quien cubrió de besos, hasta que logré arrancarle de sus brazos, y le puse en manos de la confesión; en seguida salte al carruaje, cerrando la portezuela, y gritando: —¡Vamos! Ivan se había ya colocado en la delantera, y el postillon, sin hacérselo repetir, partió al galope: en medio del ruido que

hacia el carroaje pudimos aun oír los adioses de la familia, último grito de separación, último deseo de su viaje feliz. Diez minutos después nos hallábamos fuera de Moscow.

Había de antemano prevenido á Ivan de nuestra intención de no detenernos ni de noche ni de dia, y en esta ocasión la impaciencia de Luisa se hallaba en armonia con la prudencia, porque, como ya lo he dicho, el otoño había tomado un aspecto lluvioso y tal vez sería posible que llegásemos á Tobolsk antes de las primeras nieves, lo que hacia desaparecer los peligros de nuestro viaje, permitiéndonos hacerlo en quince días. Pasamos con esa rapidez peculiar de los viajeros rusos á Pokrow, Vladimiro y Kourow, y dos días después por la noche llegamos á Nijni-Novgorod. Allí fui yo el primero en exigir de Luisa qué tomase algunas horas de reposo; de que temía gran necesidad, pues aun no se hallaba enteramente restablecida su salud. No nos detuvimos á ver las curiosidades que encierra aquella ciudad y á las ocho de la mañana nos pusimos en marcha con la misma rapidez, de manera que aquella misma noche llegamos á Kosmodemiansk. Hasta entonces todo había salido á medida de nuestros deseos, y no podíamos figurarnos que nos hallásemos en el camino de la Siberia. Los pueblos eran hermosos, y en todos ellos había muchas cervezas⁽¹⁾; sus habitantes parecían felices; sus casas eran excelentes y sus

(1) Nombre que se da á las iglesias en Rusia.

mamente limpias, y en todas ellas hallamos hasta sala de baño y un gabinete para servir el té. En todas partes nos recibían con el mayor agasajo; y esto no por la orden del emperador, de que aun no habíamos necesitado hacer uso, sino por la hospitalidad inmejorable de los paisanos rusos.

Pero las lluvias habían cesado; algunas ráfagas de un viento frío, que parecían venir del mar Glacial, pasaban de vez en cuando sobre nuestras cabezas y nos hacían estremecer: el cielo se asemejaba á una inmensa superficie de estadio, y Kasan, adonde llegamos muy pronto, no fue bastante, á pesar de su vieja fisonomía tárara, á detenernos más de dos horas. En cualquiera otra circunstancia hubiera tenido grandes deseos de levantar alguno de aquellos espesos velos que cubrían á las mujeres de Kasan, quétan ponderadas són por su belleza, pero no era aquella ocasión oportuna para entregarme á investigaciones de este género; el aspecto del cielo se hacia cada vez mas amenazador, y nosotros no oímos la voz de Ivan sino para repetir á cada nuevo postillón: *¡Pascare, pascare!* (mas aprisa, mas aprisa!) lo cual hacia que volásemos sobre aquella inmensa llanura en que no hay desnivel ninguno, que detenga á los carruajes. Era conocido que el deseo de nuestro conductor era el de atravesar los montes Ourales antes de la caída de las nieves, y que la prisa que se daba no tenía otro objeto que éste.

Sin embargo, al llegar á Perm, Luisa se hallaba tan fatigada, que nos fue preciso pedir á Ivan una

noche de descanso; estuvo indeciso antes de contestar; pero dirigiendo una mirada al cielo, mas amenazador y mas cargado que lo había estado hasta entonces:

—Si, dijo: descansad; la nieve no puebla menos de caer de un momento á otro, y vale mas que nos coja aquí que en medio de un camino.

Por poco halagüeño que fuese aquel pronóstico, no dejé, sin embargo, de dormir perfectamente aquella noche; pero al despertarme oí que se había cumplido la predicción de Ivan, y los tejados de las casas y las calles de Perm estaban cubiertos de mas de dos pies de nieve.

Me vestí apresuradamente, y bajé al piso bajo para convenir con Ivan sobre el partido que deberíamos adoptar. Le hallé muy inquieto, pues la nieve había caído con tal abundancia, que todos los caminos habían debido desaparecer y llenarse todos los barrancos: no hacia aun bastante frío para poder caminar en trineo, y para que la ligera capa de hielo que cubría los ríos fuese bastante sólida para soportar el peso de los carruajes. Ivan nos aconsejó que esperásemos en Perm á que se formaran los hielos; pero yo le contesté que estaba seguro de que Luisa no tomaría su consejo.

Y con efecto, un instante después bajó Luisa, bastante inquieta también: nos haló discutiendo sobre el mejor partido que podíamos tomar, y se mezcló en la conversación para tomar una resolución definitiva, diciendo que quería partir; entonces le hici-

mos presentes todas las dificultades que podian oponerse á la ejecucion de aquel proyecto, y despues de haberme escuchado:

—Os concedo dos dias, dijo; Dios, que nos ha protegido hasta aqui, no nos abandonará.

Temi aparecer yo mas timido que una mujer, y conociendo que los deseos de Luisa eran una orden, le repetí á Ivan que esperaríamos dos dias, durante los cuales se ocuparía en los preparativos de nuestro nuevo método de viajar.

Estos preparativos consistian en dejar alli nuestra berlina, y comprar una especie de carro, que mas adelante debiamos cambiar por un trineo montado sobre patines. Quedó hecha la compra aquel mismo dia, y se trasportaron al nuevo carruaje todos nuestros efectos. Ivan, como buen ruso, había obedecido sin hacer la mas pequena observacion.

En Perm empezamos á encontrar desterrados; estos eran los polacos que habian tomado alguna parte en la conspiracion, y que, semejante á aquellas almas que el Dante halló á la entrada del infierno, no habian sido dignas de habitar con los verdaderos culpables.

Aquel destierro, si se exceptúa la perdida de la patria y la separacion de la familia, era todo lo tolerable que puede ser un destierro. Perm debe ser en verano un hermoso pais, y en el invierno el frio, no pasa generalmente de los treinta y seis ó treinta y ocho grados, mientras que en Tobolsk se citan ejemplos de haber llegado á cincuenta.

A los dos días nos pusimos en camino en nuestro carro: al salir de Perm, el triste aspecto que había tomado el paisaje nos oprimió el corazón. Bajo el blanco sudario, estendido por la mano de Dios, todo había desaparecido, sendas, caminos, ríos; aquello era un mar inmenso, en el que, a no ser por algunos árboles aislados que servían de guía a nuestros postillones, hubiera sido preciso usar de la brújula. De tiempo en tiempo una sombría selva de abetos, con las ramas franjeadas de diamantes, aparecía como una pequeña isla y nos indicaba el camino. Anduvimos de este modo unas cincuenta leguas, internándonos en un país que nos parecía cada vez más salvaje. A medida que nos adelantábamos, las paradas estaban a mayor distancia, hasta el punto de hallarse a ocho leguas unas de otras. Al llegar a aquellas paradas no nos esperaban, como en el camino de San Petersburgo a Moscow, los postillones, siempre alegres, y, por el contrario, todo era soledad y sombrío silencio. En aquellas cabañas, en que había siempre una gran estufa, inútil e indispensable aún en las mas miserables chozas, había solamente dos hombres. Al oír aproximarse un carroje, uno de ellos montaba en un caballo en pelo, armado de una larga vara, y se internaba en alguna de las espesas selvas de abetos de los alrededores, saliendo al poco rato guiando unos cuantos caballos salvajes. Entonces Ivan y yo nos veíamos precisados a ayudar a los postillones a enganchar los caballos, sujetándolos por las crines, y luego

partiamos con la velocidad del rayo; pero bien pronto aquella velocidad disminuia, pues como no habia aun helado, se hundian los caballos hasta el pecho, y se fatigaban al momento, de modo que entre parada y parada empleabamos una hora mas de lo regular; añadise á esto que ademas teniamos el retraso de veinte y cinco ó treinta minutos, que era menester emplear en enganchar nuevos caballos. Así, atravesamos todo el pais que riegan el Silwa y el Oujá, cuyas aguas, arrastrando partículas de oro, plata, platina y malaquitas, han indicado la presencia de estos, ricos metales y de estas piedras preciosas. En tanto que nos hallamos en medio del pais esplotado, aquella comarca nos parecia volver á recobrar alguna vida, gracias á los pueblos donde vivian las familias de los mineros; pero pronto le dejamos atrás, y empezamos á descubrir el horizonte como una muralla de nieve coronada de algunas puntas negras, que eran los montes Ourales, barrera inmensa que la naturaleza ha interpuso entre la Europa y el Asia.

A medida que nos aproximábamos, notaba ya con alegría que el frío se hacia cada vez mayor, lo cual nos daba esperanza de que el hielo tomase la consistencia necesaria para caminar en trineo: llegamos por fin al pie de los montes Ourales, y nos detuvimos en un miserable pueblo que tendria apenas una veintena de casas, en el que no hallamos otra posada que la misma posta. Lo que sobre todo nos determinó á detenernos en aquel punto, fue que el

trío era ya tal, que nos permitía cambiar nuestro carro por un trineo. Así, pues, Luisa se decidió á pasar en aquel miserable albergue el tiempo que fuese preciso para que los hielos adquiriesen la consistencia necesaria y para encontrar un trineo; por lo tanto, entramos en lo que nuestro postillón llamaba descaradamente una posada.

Para dar una idea de la miseria de aquella casa, baste decir que no hallamos en ella la estufa de costumbre, y en su lugar ardía, en medio de la habitación, una gran hoguera, cuyo humo se escapaba por un agujero practicado en el techo. Sin embargo, nos acercamos á tomar sitio alrededor de aquella hoguera, que hallamos ya ocupado por una docena de trágineros, que, teniendo que pasar, como nosotros, los montes Ourales, esperaban á que se hallase practicable aquella travesía. Al principio no hicieron alto en nosotros; pero así que me quité la capa, mi uniforme me conquistó un buen sitio; separáronse respetuosamente, y nos dejaron libre á Luisa y á mí la mitad del circulo.

Lo que mas prisa nos corría era el calentarnos, y solo pensamos en hacerlo; pero después me ocupé de otro punto no menos importante, que era el de cenar. Llamé al posadero de aquel miserable zaquianit, y le di á entender mi deseo; cosa que le debió parecer muy singular, pues manifestó la mayor admiración, y me trajo medio pan negro, diciéndonos que aquello era lo único que podía ofrecernos. Dirigi una mirada á Luisa, quien con una sonrisa

Hlena de resignacion alargaba ya la mano para coger el pan; pero yo la detuve, insistiendo con el posadero para que nos proporcionase alguna cosa mejor; pero aquel pobre diablo, conociendo por mis ademanes que yo no me hallaba satisfecho, y que deseaba otra cosa, me enseñó las alacenas, cofres y cajas que había en su posada: efectivamente, vimos á los tragineros que cada uno sacaba de su morral un pedazo de pan, que untaba con un poco de tocino; despues de cuya operación, volvia á guardar el tocino con el mayor cuidado. Hallábame ya decidido á pedir un poco á los tragineros, cuando vi entrar á Ivan, que, conociendo el apuro en que nos debíramos hallar sobre comestibles, se había procurado pan algo mas blanco y dos pollos que había mnerlo antes de entrar en la posada, para ahorrar á nuestra sensibilidad el disgusto de presenciar su muerte. Entonces me llegó á mí la vez de reírme de los tragineros, que parecian divertirse con nuestro apuro, y que se veian deslumbrados por el lujo de nuestra cena.

Nos dimos buena prisa, porque el apetito, detenido por un momento con la perspectiva del pan negro y del tocino, se volvió á presentar con una espantosa rapidez: Ivan descolgó una olla que él postillón limpió perfectamente, en tanto que Luisa y yo desplumábamos los pollos, y que Ivan confecionaba un asador.

Ya tranquilos respecto á la cena, nos ocupamos del arreglo de nuestro viaje. Habia sido imposible

encontrar un trineo, pero Ivan había obviado la dificultad haciendo quitar las ruedas á nuestro carro, y mandándole montar sobre patines. El maestro carretero estaba ya ocupándose de esta operación, y en cuanto al tiempo, parecía que prometía una buena helada; de modo que teníamos esperanzas de poder partir el siguiente dia por la mañana: esta buena noticia redobló nuestro apetito: mucho tiempo hacía que no había comido tan bien.

En cuanto á camas, ya se presupondrá que no nos informamos siquiera de si las había; pero teníamos tan buenas pieles, que podíamos suplir muy bien su falta. Envolvímonos en ellas y en nuestras capas, y nos dormimos haciendo votos por que el tiempo se mantuviese en las buenas disposiciones en que se hallaba.

A eso de las tres de la mañana me despertaron unos picotazos que sentí en el rostro. Incorporeme, y á la luz de un resto de llama que había aun en el hogar, vi una gallina que se había guardado bien de mostrarse el dia antes, y que, habiendo penetrado en nuestro cuarto, se adjudicaba los restos de nuestra comida. En la duda de si al siguiente dia sería Ivan tan feliz como en la tarde anterior, e instruido por experiencia de lo que podíamos esperar de las posadas del camino, me guardé bien de asustar al estimable volátil, y me volví á acostar, dejándole en plena libertad de continuar sus pesquisas gastronómicas. En efecto, apenas volví á caer en mi inmovilidad, cuando, animada el ave por la impuni-

dad de su primera tentativa, volvió con una amable familiaridad á saltar de mis pies á mis rodillas y de mis rodillas á mi pecho; pero allí detuvo su viaje: la cogí con una mano de las patas, y con la otra de la cabeza, y antes de que hubiese tenido tiempo de arrojar un grito, le había ya retorcido el cuello.

Fácil es de presumir que despues de una operacion semejante, que exigia la aplicacion de todas las facultades de mi alma, me hallaba poco dispuesto á volverme á dormir. Por lo demas, aun cuando hubiera querido, no me habria sido posible, merced á dos gallos que se pusieron á saludar de minuto en minuto la vuelta de la mañana en tono diferente. En su consecuencia, me levanté y fui á consultar el estado de la atmósfera: este era tal como podiamos esperar, y la nieve habia adquirido ya bastante dureza para que pudiesen correr sobre ella los patines del trineo.

Al volver junto al hogar, vi que no era yo el único á quien el canto del gallo habia despertado. Luisa estaba sentada, envuelta en sus pieles, risueña como si hubiese pasado la noche en la mas mullida cama; y no parecia pensar siquiera en los peligros que nos aguardaban probablemente en las gargantas de los montes Ourales: en cuanto á los carreteros, principiaban ya á dar señales de vida. Ivan dormia como un bienaventurado. Aunque en las circunstancias ordinarias tengo el mayor respeto á la religion del sueño, la situacion era demasiado grave para respe-

tar el suyo. Los carreteros se habian ido reuniendo en el umbral de la puerta, y se consultaban entre si: yo veia que habia discusion su pro y en contra de la marcha; y en su consecuencia, desperte á Ivan para que tomara parte en la deliberacion, y se ilustrase con la experienzia de aquellos hombres, cuyo oficio era ir y volver, sin cesar, de Europa á Asia, y hacer, así en invierno como en verano, el camino que teniamos que seguir.

No me habia engañado: habia division en los pareceres. Algunos, y de este numero eran los mas viejos y esperimentados, querian permanecer toda vía un dia ó dos: los otros, que eran los mas jóvenes y emprendedores, querian partir, y Luisa, que entendia algunas palabras de su jerga, era del parecer de los últimos.

Ora fuese que Ivan se mostrara accesible á los deseos que le manifestaba una linda boca, ó que efectivamente le pareciese que el tiempo ofrecia seguridad, ello fúe que se puso del lado de los que estaban por la marcha; y sin duda por el ascendiente que ejercia naturalmente su traje militar en un pais donde el uniforme es el todo, atrajo á su opinion á varios de los que antes la tenian opuesta; de consiguiente, como la mayoria hacia la ley, empezaron todos sus preparativos. La verdad era que Ivan temia que cualquiera que fuese la resolucion de los carruajeros, no por eso dejariamos nosotros de hacer nuestro gusto, y queria mas hacer el viaje en compagnia que solo.

Como era Ivan el que arreglaba nuestras cuentas, le encargué que añadiese al total que se presentara nuestro hostalero el valor de su gallina, y se la entregué como parte para nuestra comida, rogándole que añadiese alguna otra provision, y sobre todo, si era posible, pan algo menos moreno que el que habíamos tenido que comer la víspera. Emprendió sus pesquisas, y á poco rato volvió con otra gallina, un jamón crudo, pan regular, y algunas botellas de un aguardiente encarnado que creo se hace de corteza de álamo blanco.

Entre tanto los carruajeros enganchaban sus caballos, y yo mismo fui á la cuadra para elegir los nuestros; pero, segun costumbre, estaban en el bosque vecino. Nuestro hostalero despertó entonces a un muchacho de doce á quince años, que dormía en un rincón, y le mandó que saliese á cazar. El pobre diablillo se levantó sin murmurar y con la obediencia pasiva del campesino ruso cogió una larga vara, montó en uno de los caballos de los carruajeros, y partió al galope. Los conductores tenian que elegir un guia encargado de tomar el mando de la caravana: una vez elegido el guia, todos debian entregarse á su experiencia y valor, y obedecerle como un soldado á su general: la elección recayó en un carruajero llamado Jorge.

Era este un viejo de setenta á setenta y cinco años, a quien nadie supondria arriba de cuarenta y cinco, de miembros herculeos, de ojos negros, coronados por pobladas cejas cenicientas, y de larga

barba blanquecina. Estaba vestido con una camisa de lana ajustada al cuerpo por un ceñidor de cuero, con unos pantalones de muletón rayado y con un gorro forrado de piel de carnero, cuya lana estaba por la parte interior. Llevaba colgados á un lado de su cintura dos ó tres bocados de caballo, que iban dándose unos con otros, una cuchara y un tenedor de estaño, y un largo cuchillo que era un término medio entre puñal y cuchillo de monte: al otro lado llevaba un hacha de mango corto y una bolsa, en la que estaban revueltos un destornillador, una barrena, una pipa, tabaco, yesca, un eslabón, dos piedras de chispa, clavos, alicates y dinero.

El traje de los demás carruajeros era el mismo, con corta diferencia.

Apenas se halló Jorge investido del cargo de jefe, principió á ejercerlo, mandando á todos que enganchasen sin demora, á fin de poder llegar á dormir á una especie de cabaña, situada á una tercera parte del pasaje; pero á pesar de su prisa por ponerse en camino, le rogué que aguardara á que llegasen nuestros caballos para que pudiésemos partir todos juntos. Accedió á mi deseo con la mayor cortesía. Volvieron á entrar los carruajeros, y habiendo arrojado nuestro hostalero algunas ramas de abeto y álamo blanco en el hogar, se encendió una llamarada, cuyo valor apreciamos más en el momento de tener que separarnos de ella. Apenas nos hallamos colocados alrededor del fuego, oímos el galope de los caballos que volvían del bos-

que: al mismo tiempo se abrió la puerta, y el pobre niño que había ido á buscarlos se precipitó en el cuarto, dando gritos agudos e inarticulados: en seguida, abriéndose paso entre el círculo, fue á arrojarse de rodillas delante de nuestra hoguera; con los brazos estendidos casi sobre la misma llama, como si quisiera devorarla. Entonces parecieron dilatarse todas las facultades de su ser, bajo la impresión de bienestar que recibía. Permaneció así por un instante, inmóvil, silencioso, ávido, hasta que al fin sus ojos se cerraron, se sentó sobre sus pies, dió un gemido, y cayó. Quise levantarle, y le cogí de la mano, pero advertí con horror que mis dedos entraban en su carne, como si estuviese cocida. Lancé un grito, y Luisa quiso coger al muchacho en sus brazos, pero yo la detuve. Entonces Jorge se inclinó sobre él, le miró, y dijo con frialdad:

—Está perdido.

No podía yo creer que así fuese; el muchacho estaba visiblemente lleno de vida, pues había vuelto á abrir los ojos, y nos miraba. Pedi á gritos un médico; pero nadie respondía. Sin embargo, mediante un billete de cinco rublos, uno de los presentes se decidió á ir á buscar á la aldea á un especie de veterinario que curaba á la vez hombres y caballos. Entre tanto Luisa y yo desnudamos al enfermo, hicimos calentar una piel de carnero al fuego, y le envolvimos dentro; el muchacho tartamudeaba palabras en acción de gracias; pero no se movía, y pa-

recia tener todos sus miembros paralizados. En cuanto á los carruajeros, habian vuelto á sus caballos, y se disponian á partir. Soplqué á Jorge que aguardase un momento á que el médico hubiese llegado; pero Jorge me respondió:

—Perded cuidado, que no marcharemos hasta dentro de un cuarto de hora, y antes de ese tiempo el muchacho habrá muerto.

Volví al lado del enfermo, á quien había dejado al cuidado de Luisa, y que habiendo hecho un movimiento para acercarse al fuego, nos dió algunas esperanzas de salvacion. En aquel momento entró el médico, é Ivan le esplicé el objeto con que había sido llamado. El médico menos la cabeza, se acercó al fuego, y desenvolvió la piel de carnero; el muchacho estaba muerto.

Luisa preguntó dónde estaban los parientes de aquel infeliz muchacho, á fin de dejarles un centenar de rublos; pero el hostalero contestó que no los tenía, y que era un huérfano, á quien mantenía por caridad.

—¿Y qué harás con él? — preguntó Luisa.
— No sé — respondió el hostalero —, pero lo mejor es que lo enterráis vosotros mismos, porque yo no tengo ni fuerza ni ganas de hacerlo.

VIII.

Los presagios no eran felices: sin embargo, era ya muy tarde para retroceder. Jorge nos apremiaba; los carruajes estaban en fila á la puerta de la posada, y Jorge á la cabeza de la caravana, en medio de la cual iba nuestro carro tirado por tres caballos. Subimos en él: Ivan se instaló con el postillon en un banco adaptado en el sitio del pescante, que desapareció en la metamorfosis de nuestro tren, y al sonido prolongado de un pito, nos pusimos en camino.

Nos hallábamos ya á alguna distancia de la aldea, cuando apareció el dia: delante de nosotros, y como si pudiésemos tocarlos con la mano, estaban los montes Ourales, en los que íbamos á internarnos; pero antes de ir mas lejos tomó Jorge la altura, como

pudiera hacer un capitán de navio, y reconoció en la situación de los árboles que nos hallábamos en camino. Continuámoslo, pues, tomando precauciones para no separarnos de él, y en menos de una hora llegamos á la vertiente occidental. Allí se reconoció que la pendiente era muy rápida y la nieve estaba aun demasiado poco consolidada para que los carroajes pudiesen subir con los ocho caballos que los tiraban. Jorge decidió que solo subieran á la vez dos carroajes, y que á esos dos carroajes se engaucharan todos los caballos de la caravana: luego que llegasen aquellos dos carroajes, volverían los caballos para conducir otros dos, y así sucesivamente hasta que los diez trenes de que se componía nuestra caravana estuviesen reunidos con el primero. Habíanse reservado dos caballos para ser enganchados en ballesta á nuestro trineo. Nuestros compañeros de viaje nos trataban como á hermanos, y todo eso se hacia sin que tuviésemos necesidad de presentar una sola vez la orden del emperador.

En este punto cambiaron las disposiciones. Como nuestro tren era el mas ligero, pasamos del centro á la cabeza, precediéndonos dos hombres armados de largas picas para tantear el terreno. Jorge cogió á nuestro primer caballo de la brida, y nos siguieron dos hombres que iban picando con su bacha la nieve detrás del trineo, á fin de dejar en los sitios por donde habían pasado las ruedas huellas que pudiesen ser seguidas por un segundo y tercer carroaje: coléqueme entre el trineo y el precipicio.

gezoso de tener aquella ocasión de caminar un poco á pie , y principiamos á subir seguidos por dos carroajes.

A la hora y media de subida, sin que ocurriese el menor accidente, llegamos á una especie de plataforma coronada de algunos árboles. El sitio se creyó favorable para hacer alto. Quedaban otros ocho carroajes, que debían subir de dos en dos, como los primeros ; de consiguiente era asunto de ocho horas, sin contar el tiempo que los caballos empleasen en volver, lo cual apetía nos hacia esperar que pudiésemos estar todos reunidos antes de la noche.

Todos los carruajeros, menos dos, que se quedaron para custodiar los bagajes , habían subido con nosotros á fin de examinar el terreno, y todos habían reconocido que nos hallábamos en el camino verdadero. Como no había más que seguir las huellas practicadas, volvieron con los caballos, quedándose cuatro de ellos con Jorge, Ivan y yo para construir una barraca.

Luisa estaba en el trineo envuelta en pieles y sin tener nada que temer del frío: dejamosla allí que aguardase tranquilamente á que fuese tiempo de salir, y nos pusimos á derribar con hachas los árboles que nos rodeaban, á excepción de cuatro, destinados á ser los pilares angulares del edificio. Entonces, tanto para calentarnos como para formarnos un abrigo, nos pusimos á construir una cabaña que, al cabo de media hora, merced á la maravillo-

sa destreza de nuestros arquitectos improvisados, quedó terminada. Al punto se cavó en la nieve interiormente, hasta hallar el suelo; con esa nieve se tapó el exterior de la cabaña, y luego, con las ramas inútiles, se encendió una hoguera, cuyo humo salió, como de costumbre, por la abertura practicada en medio del techo.

Estaba concluida la cabaña, Luisa sentada ya delante del fuego, la gallina pelada y colgada de una cuerda, dando vueltas á izquierda y derecha, cuando llegó el segundo convoy.

A las cinco de la tarde estaban todos los carroajes en la plataforma, y los caballos, desenganchados, tomaban su pienso de maíz; en cuanto á los hombres, hacían cocer en una gran marmita una especie de polenta, que con el tocino crudo que restregaron en su pan y la botella de aguardiente que les dimos, formó toda su comida.

Terminada esta, nos colocamos lo mejor que pudimos: los carruajeros querían dejarnos la cabaña, y dormir al aire libre entre sus caballos; pero nosotros exigimos terminantemente que se aprovecharan del abrigo que habían construido: únicamente se convino en que permaneciese uno de centinela, armado con mi carabina, por miedo á los lobos y á los osos, y el cual sería relevado de hora en hora: en vano hicimos Iván y yo las mas vivas instancias para no quedar exceptuados de hacer centinela.

Como se ve, nuestra posición hasta entonces era muy tolerable; así fue que nos dormimos sin que

nos molestara demasiado el frío, gracias á las pieles que nos había procurado en abundancia la condesa de Waninkoff. Nos hallábamos en lo mejor de nuestro sueño, cuando nos despertó un tiro de carabina.

Púsemel al momento en pie, y tomando una pistola en cada mano, me lancé hacia la puerta con Ivan; en cuanto á los carruajeros, se contentaron con levantar la cabeza preguntando lo que era, y aun hubo dos ó tres que ni siquiera se despertaron.

Era Jorge, que acababa de disparar á un oso: atrayendo el animal por la curiosidad, se había acercado á unos veinte pasos de la cabaña, y llegado allí, para ver mejor, sin duda, lo que pasaba entre nosotros, se había levantado sobre sus patas traseras: entonces Jorge aprovechó la coyuntura para enviarle una bala, y se hallaba cargando de nuevo su carabina, por temor de una sorpresa, cuando llegó á su lado. Pregúntele si creía haberle tocado, y me respondió que estaba seguro de ello.

Desde el momento en que los que habían preguntado supieron que se trataba de un oso, su apatía hizo lugar al deseo de perseguir al animal; pero como en efecto el oso estaba herido, lo que era fácil reconocer en las largas huellas de sangre que dejaba sobre la nieve, solo Jorge tenía derecho á ellos. En su consecuencia, su hijo, que era un joven de veinte y cinco á veinte y seis años, llamado David, le pidió permiso para seguir la huella, y concedido este, se alejó en la dirección de la sangre: llamele para ofrecerle mi carabina, pero él me hizo señas

de que llevaba su cuchillo y su hacha, y de que esas dos armas le bastaban.

Seguile con la vista hasta la distancia de unos cincuenta pasos, y le vi bajar á un barranco, internándose en la oscuridad, en la que marchó encorvado por no perder de vista los vestigios ensangrentados. Los carruajeros se volvieron á la caballos. Jorge continué su cantinela, que aun no estaba terminada, y como yo me había despertado en términos de no poderme volver á dormir en algun tiempo, me quedé á su lado. A los pocos momentos me pareció oír en la dirección en que había desaparecido el hijo de Jorge un rugido sordo: su padre lo oyó, tambien, porque sin decirme nada me cogió del brazo y me lo apretó con toda su fuerza. Al cabo de algunos segundos se oyó un nuevo rugido, y sentí los dedos de bierto de Jorge crisparse aun mas; despues hubo un rato de silencio, seguido de un grito humano: Jorge respiró, soltó mi brazo, y volviéndose hacia mí:

—Mañana, dijo, tendremos mejor comida que hoy: el oso ha muerto.

—¡Oh, Dios mio! exclamó una voz dulce detrás de nosotros, ¿cómo habeis permitido á vuestro hijo que persiguiera solo y sin armas á semejante animal?

—Mi buena señora, dijo Jorge con una sonrisa de orgullo: ya nos conocen los osos; yo solo he muerto mas de cincuenta, y nunca he recibido en esta caza mas daño que algunos arañazos que no valen la pena.

na de que se hable de ellos: ¿por qué mi hijo habia de ser mas desgraciado que yo?

—Con todo, le dije, hace poco no estabais tan tranquilo como en este momento: testigo si no mi brazo, que he temido me lo rompiérais.

—Abi me dijo Jorge, es que en el rugido del oso habia yo conocido que mi hijo luchaba con el cuerpo á cuerpo. Es una debilidad, escelencia; pero ¿qué quereis? un padre siempre es padre.

En aquel momento el cazador volvió á aparecer en el mismo sitio en que le habia perdido de vista, porque para volver, lo mismo que para ir, habia seguido las huellas de la sangre. Como para darnos una prueba de que su debilidad habia desaparecido enteramente, Jorge se abstuvo de adelantarse á recibir á David, y yo solo salí al encuentro del jóven:

Traia este las cuatro patas del animal, que estaban destinadas á nosotros: lo demas del cuerpo no lo habia podido traer, pues pesaba lo menos quinientas libras.

Todos los trágneros que dormian se despertaron ofreciéndose á ir á buscar el oso. Entre tanto David se quitaba su piel de carnero, descubriendo sus hombros; habia recibido un arañazo de su terrible antagonista, que casi le habia puesto el hueso al descubierto. Sin embargo, habia perdido poca sangre pues que se habia helado esta en el momento de salir. Luisa quiso lavar la herida con agua tibia y vendarla con su pañuelo, pero el herido, sacudiendo la cabeza, respondió, que ya estaba seca, y despues de

haber frotado su hombro con un poco de tocino por único remedio, volvió á cubrirlo con la piel. Su padre le prohibió que saliese de la cabana, y los seis trágineros elegidos por Jorge se dirigieron en busca del oso.

Habiendo concluido Jorge su facción, fue á sentarse al lado de su hijo, y entonces este contó al anciano todos los pormenores del combate. Durante esta narración los ojos de Jorge brillaron como carbones encendidos. Así que concluyó, Luisa ofreció al herido algunas de nuestras pieles para que se abrigase; pero él se negó á aceptar sus ofertas, y apoyando su cabeza sobre el hombro del anciano, se quedó dormido.

Nos hallábamos todos tan fatigados, que no tardamos en hacer entre tanto, despertándonos como á eso de las cinco de la mañana, sin que ningún nuevo accidente viciase á turbar nuestro sueño.

Nuestros guías habían ya enganchado una mitad de los caballos y preparado nuestro trineo. Como la cuesta era mucho menos rápida que el dia anterior, esperaban no tener que hacer mas que dos viajes. Jorge tomó, como siempre, la brida de nuestro primer caballo, y condujo la caravana; su hijo y otro tráginero iban delante de él, armados de una especie de lanzas para sondear el camino. A las doce del dia llegamos al punto mas elevado, no de la montaña, sino del cañón. Ya era tiempo de hacer alto, si el resto de los carruajes nos había de alcanzar aquella noche. Recorrimos los alrededores para ver

si encontrábenlos algunos árboles, como el dia anterior; pero toda la montaña estaba deshuda en todo el espacio que se descubria á nuestros ojos: así, pues, quedó convenido que el segundo convoy traeria una carga de madera, suficiente para preparar la cena y para tener lumbre toda la noche.

Nosotros sentíamos no haber tomado esta precaucion desde un principio, y nos preparamos á hacer una especie de tienda como mejor pudiéramos, con cuatro picas clavadas en tierra y cubiertas con la tela de uno de los carruajes, cuando vimos volver al hijo de Jorge con dos caballos cargados de leña. Aquellas pobres gentes habian pensado en nosotros, y temiendo que sufriésemos demasiado con el frío, nos enviaban combustibles. La tienda estaba ya concluida: habíamos escarbado en la nieve, y el hijo de Jorge socavó en tierra un agujero cuadrado de un pie de profundidad, é hizo lumbre dentro de él. Así que estuvo bien encendido, metió entre la brasa dos de las patas del oso que mató el dia anterior. Como se hace con las patatas y las castañas, despues colocó otra capa de lumbre, y al cabo de dos horas solo se veian un monton de cenizas y de ascuas.

Sin embargo, al mismo tiempo que se ocupaba de nuestra cena, el cocinero iba y venia muchas veces á la puerta de nuestra tienda, para mirar al cielo con inquietud; en efecto, el cielo se cubria de nubes, y el triste silencio que reinaba en la atmósfera indicaba algun próximo cambio: cualquier cambio en nuestra situación, no podia menos de

sernos perjudicial; así es que cuando llegó el segundo convoy, los tragineros se reunieron para deliberar, examinando el cielo y observando si el viento se fijaba de un modo constante: el resultado debió ser muy poco satisfactorio, porque vinieron á sentarse de muy mal humor junto al fuego. Como yo no quería demostrar mi inquietud delante de Luisa, encargué á Ivan que se informase de la causa de sus temores; Ivan volvió un momento después á decirme que se preparaban nuevas nevadas: temían por lo tanto para el dia siguiente, no solo las tempestades y las avalanchas, sino el no poder seguir con certidumbre su camino; y como este se hallaba en toda su pendiente rodeado de precipicios, el menor estravio podía llegar á ser mortal. Este era precisamente el peligro que yo me temía, y así, la noticia me cogió preparado.

Por inquietos que se hallaran nuestros compañeros de viaje, el hambre no perdía sin embargo sus derechos, y en cuanto se instalaron alrededor de la lumbre, empezaron á cortar pedazos del lomo del oso que estendieron sobre las brasas. Para nosotros estaban dispuestas las patas del oso. Cuando nuestro cocinero creyó que estaban ya en su punto, apartó con precaución las brasas que las envolvían, y las sacó del horno.

Aquella vez, lo confieso, la primera impresión fue poco halagüeña; las patas eran desmesuradamente gruesas, y presentaban una masa informe y poco apetitosa; después de haberlas colocado hu-

meando sobre un trocito de abeto que sus compañeros habían serrado la víspera para hacernos una especie de mesa, el cocinero empezó á levantar con un cuchillo la corteza que la cubría: á medida que lo hacia, un olor de los mas suculentos se dejaba sentir, y no tardé en volver á mi anterior opinión, tanto mas, cuanto que no había comido desde por la mañana mas que un poco de pan y jamón crudo; así es que tenía un hambre devoradora. Pero Luisa miró todos estos preparativos con una marcada repugnancia, y dijo que solo comería pan.

Por desgracia, así que la comida estuvo dispuesta, faltó poco para que la vista me hiciese perder el apetito que había excitado en mí el olfato: las patas del oso, despojadas de su piel, me hacían el efecto de dos manos de gigante. Permanecí, con gran asombro de los circunstantes, indeciso por un momento, atraído por el olor y repulsado por la forma, y muy deseoso de encontrar un compañero á quien repugnase aquél manjar tan generalmente apreciado; me volví hacia Ivan, que con visible ansiedad deseaba tomar su parte de asado, y le hice señal de que lo probara. No se lo hizo repetir, tomó el tenedor y el cuchillo primero que halló á mano, y con visible satisfacción trinchó una de las dos patas. Como él mostró tanto placer al probarlo, yo le imité; y al primer bocado me fue preciso confesar que Ivan tenía razon.

En cuanto á Luisa, ni nuestro ejemplo, ni nuestros ruegos pudieron convencerla, y se contentó con

comer un poco de pan y jamón asado. No queriendo beber aguardiente, apagó su sed con la nieve.

Entre tanto llegó la noche, y la oscuridad, siempre en aumento, indicaba que el tiempo se nublaba cada vez más; los caballos se agrupaban con una instintiva inquietud, y de tiempo en tiempo cruzaban ráfagas de viento que habían arrancado nuestra tienda, si nuestros previsores compañeros no hubiesen tenido cuidado de apoyarla contra una roca. No por eso dejamos de tomar nuestras disposiciones para dormir, y lo hubiéramos hecho si la cosa hubiese sido posible. Como la tienda ofrecía un abrigo poco seguro para una mujer, Luisa entró en su trineo, que cubrió con la piel del oso muerto el día anterior, y yo volví á instalarme bajo la tienda que nuestros compañeros nos habían dejado diciendo que ellos se acomodarían bajo sus carros. Efectivamente, la tienda era demasiado pequeña para todos; pero no dejamos de insistir en que una mitad de ellos, al menos, durmiese con nosotros, á lo que se negaron obstinadamente, y solo el hijo de Jorge se quedó en nuestra compañía por mandato de su padre, pues aun le incomodaba la herida del dia anterior. Los demás se colocaron, como habían dicho, debajo de sus carruajes, á excepción de Jorge, que, despreciando este sibaritismo, se acostó sobre el suelo envuelto en sus pieles de carnero y con la cabeza apoyada sobre una roca: uno de los tragineros quedó de centinela, como la víspera, á la puerta de la tienda.

Al volverme, despues de haberme hecho cargo de todas estas disposiciones esteriores, advertí una que no había notado hasta entonces; era un gran monton de ramas colocado enmedio del camino, y al cual se disponian á prender fuego. Esta segunda hoguera, que no debia servir para calentar á nadie, me pareció enteramente inútil. Pregunté su objeto, y el hijo de Jorge me contestó que era para abuyentar á los lobos que, atraidos por el olor de nuestro asado, no dejarian de aproximársenos. La razon me convenció, y la precaucion me pareció muy oportuna; el centinela se hallaba encargado de alimentar el fuego de nuestra tienda y del camino.

Nos envolvimos en nuestras pieles, y esperamos, si no con tranquilidad, al menos con resignacion, á los dos enemigos que nos amedazaban: la nieve y los lobos; no tuvimos que esperar mucho, pues apenas habria pasado media hora, cuando vi caer la una y oí los ahullidos de los lobos; pero me hallaba tan fatigado, que cuando vi al cabo de veinte minutos que estos ahullidos (mas temibles para mi que la nieve) no se aproximaban, me dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo habria pasado entregado á aquel sueño, cuando sentí sobre mi un cuerpo pesado; me desperté sobresaltado, y estendi maquinalmente los brazos; pero tropecé con un obstáculo. Quise gritar, pero mi voz se ahogó; en el primer momento no pude darme cuenta de dónde estaba; pero luego, coordinando mis ideas, creí que la

:

montaña se había desplomado sobre nosotros, y redoblé mis esfuerzos. En los sacudimientos que la conmovían conocí que no era yo el único encelado enterrado vivo bajo aquel nuevo Etua; alargué la mano hacia mi compañero de infortunio, quien me asió del brazo arrastrándome hacia él. Cedi á aquel impulso, y pude sacar la cabeza. La cubierta de nuestra tienda, cargada de nieve, había caído sobre nosotros, envolviéndonos enteramente; pero el hijo de Jorge, en tanto que yo buscaba una salida imposible de hallar, la había desgarrado con su puñal, y cogiéndome de una mano e Ivan con la otra, me sacó por la abertura practicada.

No había ya que pensar en dormir durante el resto de la noche: la nieve caía en copos tan espesos, que nuestros carruajes habían enteramente desaparecido bajo la capa que los cubría, y parecían montecillos adheridos á la montaña. En cuanto á Jorge, una pequeña elevación del terreno indicaba solo el sitio en que se había acostado. Nos sentamos á calentarnos los pies, y esperamos la llegada del dia.

A eso de las seis de la mañana cesó de caer la nieve, y con todo, á pesar de la proximidad del dia, el cielo permanecía oscuro. Al primer rayo de luz que apareció hacia el Oriente, llamamos á Jorge, que asomó al punto la cabeza á través de su manta de nieve; pero esto fue cuanto pudo hacer; su piel de carnero estaba adherida á la nieve solidificada, y la retenía inmóvil. Tuvo que hacer un esfuerzo

violento, mediante el cual logró desasirse, hecho lo cual despertó á sus compañeros.

Vimos á estos pasar su cabeza á través del cortinaje de nieve que, cubriendo los carruajes, había formado bajo de ellos una especie de alcoba cerrada. La primera mirada se dirigió hacia el Oriente. Una luz pálida y triste luchaba con la noche, sin poder vencerla; el aspecto del cielo debia ser muy poco satisfactorio, pues que los tragineros se reunieron para pensar en el partide que deberian adoptar.

Habia estado nevando toda la noche, y á cada paso que se daba en aquella nueva capa de nieve se hundia uno hasta las rodillas. Habia desaparecido toda huella de camino, y las ráfagas de viento habian sido tan violentas, que debian haber llenado todos los barrancos, haciendo imposible el evitarlos. Por otra parte, no podiamos permanecer allí, careciendo de todo lo necesario; sin leña, sin provisiones y sin abrigo; el volver atras presentaba tantas dificultades como seguir adelante, y ademas, aun cuando fuese ésta la resolucion de nuestros compañeros, nosotros nos hallábamos decididos á no adoptarla.

En medio de todas estas dudas, Luisa sacó la cabeza de su trineo, y me llamó. Hablé con ella, y la hallé, como siempre, tranquila, y firme en su resolucion de seguir adelante.

Continuaba la discusion entre tanto, y pude conocer en los ademanes de Jorge que sostenia una opi-

nion que no querian adoptar sus compaños. Jorge decia que podia continuar nevando uno ó dos días, como sucede muy á menudo, y aun una semana, sin llegar á tomar consistencia. Entonces la caravana no podria ni avanzar ni retroceder, y seria enterrada bajo la nieve, y que por lo tanto debian seguir adelante y ponerse en camino al momento, mientras que no habia mas que dos pies de nieve blanda, pudiendo tal vez llegar al siguiente dia por la mañana á un pueblo que distaba quince leguas de Ekater-yubourg.

Esta resolucion, á pesar de ser la mia, preciso es confesar que era muy peligrosa. El viento continua ba soplando con violencia, y las avalanchas son muy frecuentes en aquellas montañas. Así es que hubo gran oposicion por parte de los demas á continuar el viaje, y esta oposicion degeneró en una abierta insurreccion. Como la autoridad de que se hallaba investido Jorge era solo una concesion voluntaria, los que se la habian dado podian quitársela, y efectivamente le dijeron que podia continuar su camino con su hijo y su carroaje si queria; pero Ivan, que habia consultado con nosotros, lleno de confianza en la experiencia del anciano guia, se adelantó y dió orden de que enganchasen; esta orden causó estraneza en un principio, y escitó luego murmullos entre los carreteros; pero sacando Ivan del bolsillo un papel y desdoblándolo, dijo:

—¡Orden del emperador!

Ninguno de ellos sabia leer, pero todos conocian el

sello imperial, y sin informarse del motivo que había puesto en manos de Ivan aquella orden, sin discutir si debían ó no someterse á ella, se dirigieron á buscar los caballos, y al cabo de diez minutos la caravana estaba dispuesta á ponerse en marcha.

El hijo de Jorge marchó delante para sondear el terreno, y el mismo Jorge, con su carruaje, se puso al frente de la caravana: nuestro trineo caminaba detrás de él, de modo que, en el caso de que el carruaje de Jorge se hundiese en algún barranco, nosotros con el nuestro, que era ligero, podíamos evitarlo fácilmente. Los demás venían en una sola linea, porque á la sazon podíamos marchar todos juntos. Como he dicho, habíamos llegado á la plataforma mas elevada de la montaña, y no teníamos mas que bajar.

Al cabo de un momento oímos un grito, y vimos hundirse á nuestro guia. Corrimos al sitio en que había desaparecido, y hallamos un agujero de unos quince pies de profundidad, en el fondo del cual se agitaba la nieve, y luego una mano que todavía sobresalía. En aquel momento acudió el pobre padre con una larga cuerda en la mano, á fin de que se la atara al cuerpo y pudiera así bajar y salvar á su hijo; pero se presentó un carretero diciendo que Jorge temía que conservarse para conducir la caravana, y que á él le correspondía bajar. Pasósele la cuerda por bajo de los brazos; Luisa le alargó un bolso que él se guardó haciendo una señal con la cabeza sin informarse de lo que había dentro, y co-

gimos entre seis y ocho la cuadra que fuimos saltando con rapidez, de suerte que el suspendido llegó en el momento en que la mano principiaba á desaparecer. Entonces, cogiendo al infeliz por la muñeca al mismo tiempo que nosotros tirábamos de él hacia arriba, logró arrancarle de la capa de nieve que le cubría, y le tomó desmayado en sus brazos; al punto redoblaron nuestros esfuerzos, y en un momento uno y otro fueron colocados en un terreno sólido.

El pobre padre no sabía á quién debia abrazar primero, si á su hijo ó al que había ido á sacarle del fondo del barranco; pero como David estaba desmayado, de él fue de quien se ocupó primeramente. El desmayo provenía evidentemente del frío; así fue que Jorge hizo tragar á su hijo unas cuantas gotas de aguardiente que le reanimaron: en seguida le estendieron sobre unas pieles, le des Sudaron, le frotaron con nieve todo el cuerpo hasta que la piel tomó un color de sangre, y entonces David, como ya podían mover brazos y piernas, y no había peligro, rogó que continuara el viaje, diciendo que se sentía en disposición de andar; pero Luisa no quiso consentir en ello; lo hizo colocar á su lado en el carroje, y le reemplazó otro carretero. Nuestro postillón subió en uno de sus caballos; yo me coloqué junto á Ivan en el pescante, y volvimos á ponernos en camino.

Volvía este hacia la izquierda formando tajos en los costados de la montaña: á la derecha se extendía el barranco en que había caído el hijo de Jorge, bar-

rancos cuya profundidad era imposible medir, porque, segun todas las probabilidades, David no habia rodado hasta el fondo, sino que se habia detenido en algun accidente de terreno que le habia retenido afortunadamente. Lo mejor que de consiguiente podia hacerse era aproximarse todo lo posible á la pared de roca, á la que sin duda alguna estaba pegado el camino.

Esta maniobra nos salio bien, y caminamos asi por espacio de dos horas, poco mas ó menos, sin ningun accidente. Durante esas dos horas la bajada era sensible, aunque no rapida; y habiamos llegado á un grupo de arboles parecido á aquel bajo el cual nos detuvimos durante la primera noche. Ninguno de nosotros habia comido aun, y resolvimos hacer una parada de una hora para que descansasen los caballos, almorzar y encender lumbre.

Si duda por una prevision misericordiosa: coloco Dios en medio de las nieves esos arboles resinosos, tan dispuestos á inflamarse: asi fue que nos bastó echar abajo un abeto y sacudir la nieve que pendia en hilos de sus ramas para hacer una magnifica hoguera, alrededor de la qual nos agrupamos todos, y cuyo calor acabó de responer á David. Deseaba yo ardientemente una tercera pata de oso; pero no teniamos bastante tiempo para preparar la borsalla necesaria para cocerla. Tuve, pues, que contentarme con una lonja asada sobre ascoas, lonja que, por lo demás, me pareció excelente. Solo bonitosos carnes,

tpues el pan era sobrado precioso, y no nos quedaban mas que unas cuantas libras.

Aquella parada, sin embargo de lo corta que fue, habia hecho gran bien á todo el mundo; y hombres y animales estaban dispuestos á marchar con nuevo valor, cuando se notó que las ruedas no daban vueltas: durante nuestra parada los ejes se habian obstruido con una espesa capa de hielo, que fue preciso romper á martillazos para que las ruedas pudieran girar. Esta operacion nos ocupó media hora mas, y era ya el mediodia cuando echamos á andar.

Caminamos tres horas sin accidente, de suerte que debiamos llevar andadas desde nuestra primera partida cerca de siete leguas, cuando oimos una especie de chasquido seguido de un ruido semejante al que haria un trueno repetido de eco en eco. Al mismo tiempo sentimos pasar un torbellino de viento, y vimos oscurecerse el aire con un polvo de nieve. A aquel ruido se detuvo Jorge.

— ¡Un alud! gritó: y todos se quedaron medos, inmóviles y en espera. Luego, pasado un momento, cesó el ruido, se aclaró la atmósfera, y la ráfaga, como una tromba, continuó su camino barriendo la nieve y derribando dos abetos que crecían sobre una roca á quinientos pasos mas abajo de nosotros. Todos los carreteros lanzaron un grito de alegría, porque si hubiésemos avanzado un poco mas el viaje habriamos sido arrebatados por el huracan ó sepultados por el alud: en efecto, un poco mas allá en-

contramos sobre el camino enormes montones de nieve.

No era aquél, á la verdad, un obstáculo imprevisto, pues desde que se observó la tromba me había manifestado Jorge el temor de que nos dejara esa huella de su paso. Como aquella nieve era ligera y quebradiza, tratamos de pasar por entre ella, y echamos los caballos por encima; pero estos retrocedieron como si hubiesen tropezado contra una pared: apicamoslos con nuestras lanzas para obligarles á avanzar, y se encabritaron: dejaron caer luego las manos sobre la nieve, la cual, sacudiéndole los ojos y nártices, los puso furiosos y los hizo retroceder. Era inútil tratar de forzar el paso, y no había mas remedio que practicar un camino.

Tres carreteros subieron sobre el carroje más alto, y otros se subió sobre los miembros de aquellos, á fin de dominar el obstáculo. La muralla de nieve podia tener unos veinte pies de grosor; de consiguiente el mal era menor de lo que pudimos creer en un principio: perdiéndonos todos á trahajar temiamos para dos ó tres horas.

El cielo estaba tan encapotado que aunque eran apenas las cuatro de la tarde, se venia encima la noche rápida y amenazadora. Aquella vez no teníamos ni aun el tiempo de construir el débil abrigo de una tienda, y ademas no teníamos medio ninguno para procurarnos fuego, puesto que tan lejos como la vista podía estenderse no divisábamos árbol ninguno. Paramos, pues, al momento: colocamos

los carruajes en semicírculo contra la pared de nieve, y dentro encerramos los caballos y nuestro carroaje. Todas aquellas pruebas se tomaron contra los lobos, á quienes no podíamos tener á distancia por falta de fuego. Apenas habíamos terminado aquellos preparativos, nos hallamos en una oscuridad completa.

No había medio de pensar en comer: sin embargo, nuestros carruajeros se comieron cada uno un pedazo de oso, pareciéndoles este manjar tan bueno crudo como cocido. En cuanto á mí, por mucha hambre que tenía, no pude dominar el disgusto que me inspiraba aquella carne cruda: contentéme, pues, con dividir un pan con Luisa, y después ofrecí mi última botella de aguardiente; pero Jorge la rehusó en nombre de todos sus camaradas, diciendo que era preciso conservarla para los trabajadores.

Entonces Luisa, con su presencia de ánimo ordinaria, me recordó que en nuestra berlina de posta había dos linternas que encargué á Ivan pusiera en el carroaje. Llámelo para preguntarle si habría seguido mis instrucciones en ese punto, y supo con placer que las dos linternas estaban en el cofre. Saquélas inmediatamente, y las encontré provistas de velas.

Ivan participó á nuestros compañeros el tesoro que habíamos descubierto, y la noticia fue recibida con gritos de júbilo. No era una hoguera que pudiera alejar de nosotros á los animales de preta; pero sí una lira á beneficio de la qual podíamos almor-

nos divisar cuando se acercaban. Las dos linternas fueron colocadas al extremo de dos palos clavados sólidamente en la nieve: en seguida se encendieron y vimos con placer que su luz, no obstante lo pálida que era, bastaba, merced á la blancura de la nieve, para alumbrar en una circunferencia de unos cincuenta pasos los alrededores de nuestro campamento.

Eramos en todo diez hombres: dos se colocaron de centinelas en los carruajes, y ocho se pusieron á trabajar para taladrar la pared de nieve. Desde las dos de la tarde el frío había recobrado toda su intensidad, de suerte que la nieve presentaba ya bastante solidez para poder abrir en ella un pasaje, aunque no estaba bastante compacta para hacer ese trabajo tan fatigoso como lo habría sido dos días después. Yo había preferido ser del número de los trabajadores, porque obligado á estar en continuo movimiento, me molestaria menos el frío.

Por espacio de tres ó cuatro horas trabajamos bastante tranquilamente, y entonces fue cuando mi aguardiente, economizado por Jorge, hizo maravillas. Pero á eso de las once de la noche oímos un abullido tan prolongado y cercano, que todos nos paramos: al mismo tiempo oímos la voz del viejo Jorge, á quien habíamos puesto de centinela, y que nos llamaba. Dejamos nuestro trabajo, terminado en sus tres cuartas partes, y corrimos á los carruajes, á los cuales subimos. Hacia ya más de una hora que estaban á la vista unos doce lobos; pero de-

tumidos por la lez de nuestras linternas, no se atrevieron á acercarse, y se les veia errar como sombras en los límites de aquella claridad, pasando alternativamente de la luz á las tinieblas. Al fin uno de ellos se acercó tanto, y Jorge en su ahullido comprendió tan perfectamente que no tardaría en acercarse mas, que eso le movió á llamarnos.

Confieso que en el primer momento no las tuve todas connigo, al ver á aquellos animales monstruosos que me parecian de doble tamaño al menos que los de Europa. No por eso mostré mal talante, asegurándome de que mi carabina, que llevaba en la mano, y mis pistolas, que pendian de mi cinturon, estaban bien cebadas. Todo estaba en orden, y sin embargo, á pesar del frío, sentí que por el rostro me corría un sudor tibio.

Nuestros ocho carruajes, como he dicho ya, formaban el recinto semicircular en donde estaban encerrados nuestros caballos, el carroaje nuestro y Luisa: ese recinto estaba protegido, á un lado, por la pared de la montaña, cortada perpendicularmente á mas de ochenta pies, y al otro, por el montón de nieve que formaba á nuestras espaldas una especie de baluarte natural. En cuanto á la linea de carruajes, estaba guarneida como las almenas de una ciudad sitiada: cada hombre tenía su pica, su hacha y su cuchillo, y ademas, Ivan y yo teníamos cada uno una carabina y un par de pistolas.

Permanecimos así por espacio de una media hora,

ocupados por ambos lados en medir nuestras fuerzas. Los lobos, como ya he dicho, avanzaban de vez en cuando en la claridad como para animarse, y sin embargo, esas tentativas tenian un carácter visible de vacilacion. Aquella táctica, de parte suya, tenia de bueno que nos familiarizaba con el peligro: en cuanto á mi, á mi primer temor sucedió una especie de fiebre que me hacia impacientar de aquella situación, que hacia mucho tiempo era el peligro, sin llegar á ser el combate. Al fin, uno de los lobos se acercó tanto á nosotros, que pregunté á Jorge si seria conveniente enviarle una bala.

—Si, me dijo, si estais seguro de dejarle en el sitio.

—¿Y por qué?

—Porque si le matais del tiro sus camaradas se entretendrán en comérselo, como hacen los perros en la perrera; verdad es tambien, murmuró entre dientes, que cuando hayan probado sangre estarán como demonios.

—A sé mia, repliqué, se me pone tan á tiro, que estoy casi seguro de no errarle.

—Pues disparad, dijo Jorge, porque de todos modos es preciso que esto concluya de una manera ó de otra.

—No habia acabado de hablar, cuando descerrajé el tiro, y el lobo cayó revolcándose en la nieve.

Al mismo tiempo, segun lo habia previsto Jorge, se precipitaron en el círculo de luz cinco ó seis lobos, á quienes solo divisábamos como sombras, co-

gieron al sonido, y arrastrándolo consigo, volvieron á la oscuridad en menos tiempo del que se necesita para contarla.

Pero aunque los lobos estuviesen fuera del alcance de la vista, no por eso atestiguaban menos su presencia sus feroces abullidos; y aun estos aumentaban de tal suerte, que se conocía que la manada crecía en número. En efecto, era aquello una especie de llamada á comer, y cuantos lobos había en dos leguas á la redonda se hallaban reunidos delante de nosotros: al fin cesaron los abullidos.

—¿Oís á nuestros caballos? me dijo Jorge.

—¿Qué hacen?

—Patear y relinchar, lo cual quiere decir que estamos sobre aviso.

—Pues yo creía que los lobos se hubiesen marchado; ya no abullan.

—No; han concluido, y se están relamiendo. Mírad, ahí vienen: ¡alerta, muchachos!

En efecto, ocho ó diez lobos, que en la oscuridad nos parecían del tamaño de borricos, entraron de repente en el círculo de luz que nos rodeaba, y en seguida, sin vacilar y sin abullir, vinieron derechos á nosotros, y en vez de intentar pasar por bajo de nuestros carruajes, saltaron encima para atacarnos de frente. Aquel ataque fue rápido como el pensamiento, pues apenas había tenido tiempo para verlos, cuando ya estaban encima; con todo, fuése casualidad ó que ellos hubiesen visto el punto de donde había salido el tiro, ninguno atacó mi carruaje, de

saberte que pude juzgar del combate mejor que si hubiese tomado en él una parte directa.

«A mi derecha, el carruaje defendido por Jorge, había sido atacado por tres lobos: uno de ellos había sido atravesado por la pica del anciano, y otro muerto de un tiro que yo le dirigí: quedaba el tercero, y como vi á Jorge levantar sobre él su hacha, no me inquieté, y me volví hacia el carruaje que se hallaba á mi izquierda, sobre el cual se hallaba David.»

En aquél punto la lucha ofrecía más peligro, aunque no tenía que habérselas mas que con dos lobos; pero David se hallaba herido. Sin embargo, dirigió su pica contra uno de ellos; pero no habiéndole herido bien, el lobo mordió y quebró la pica, de manera que David se halló sin mas defensa que un palo: en aquél momento, otro lobo se lanzó, y se preparaba á subir adonde se hallaba David. Salté desde mi puesto al lado de este, y en el momento en que sacaba su cuchillo, disparé un pistoletazo contra su antagonista; el otro se revolvía sobre la nieve, dando espantosos rugidos, y sin poderse arrancar el trozo de pica de la herida, que sobresalía de ella unas seis ó ocho pulgadas.

Entre tanto Ivan hacía prodigios: había oido hacia su lado tres tiros, que me dieron á entender que nuestros enemigos eran tan bien recibidos en el ala izquierda como en la derecha: en efecto, al cabo de pocos momentos cuatro lobos cruzaron el espacio iluminado, pero para huir, y cosa estranña! dos ó

tres de los que creímos muertos ó heridos mortalmente, se levantaron, y despues, arrastrándose y dejando tras si una huella de sangre, siguieron á sus compasieros, y desaparecieron con ellos, de modo que en último resultado solo quedaron tres enemigos sobre el campo de batalla.

Me volví hacia Jorge, al pie de cuyo carroaje había dos lobos; el que había traspasado él con su pica, y el que yo había muerto de un tiro.

—Volved á cargar al momento, me dijo; los conozco muy bien, y sé sus costumbres; volved á cargar, porque aun no hemos concluido.

—¡Cómo! le dije yo, poniendo en el mismo momento en ejecucion su consejo: ¿creeis que aun no nos hemos librado de ellos?

—Escuchad, respondió Jorge, como se llaman unos á otros: esperad, esperad; y tendió la mano hacia el horizonte.

En efecto, á los ahullidos cercanos contestaban á lo lejos otros ahullidos, de modo que no me cupo duda de que el experimentado carretero tenía razon, y que este primer ataque no había sido mas que un choque con la vanguardia.

En aquel momento me volví, y vi relucir, semejantes á dos antorchas, los dos ojos de un lobo, que, llegando á la cresta de una montaña, se internaba en nuestro campo. Yo le apunté; pero, en el momento en que salía el tiro, se lanzó enmedio de los caballos, y se abalanzó al cuello de uno de ellos: al mismo tiempo, dos ó tres de nuestros compaú-

ros saltaron a tierra; pero se dejó oír la voz del anciano Jorge.

—Aquí no hay más que un lobo, dijo, y no hace falta más que un hombre. Los demás, cada uno á su puesto. Y vos, añadió dirigiéndose hacia mí, volved á cargar pronto, y no tireis sino á golpe seguro.

Dos hombres subieron sobre los carruajes, y el tercero se deslizó, agachándose y con el cuchillo en la mano, por entre los pies de los caballos, que patteaban aterrorizados, y se arrojaban como locos contra los carruajes que los cercaban: en aquel mismo momento vi lucir la hoja de un cuchillo, que desapareció en seguida: entonces el lobo soltó su presa y se encabritó todo ensangrentado, mientras que sobre el suelo se veía agitarse una masa informe, sin que pudiese en ella distinguirse al lobo del hombre: aquello era horrible. Despues de un momento, el hombre se levantó, y arrojamos todos un grito de alegría.

—David, dijo el vencedor, ayúdame á quitar de aquí este fardo: en tanto que esté ahí no habrá medio de hacer carrera de los caballos.

David se acercó á él, arrastró al lobo hasta el carruaje en que estaba su padre, y le levantó ayudado de su compañero. Jorge entonces le cogió por las patas de atrás como hubiera podido hacerlo con una liebre, y le arrojó fuera del circulo, al lado de los otros dos ó tres que yacían en tierra: despues,

viéndose hacia el traghinero que se había sentado en tanto que David subía á su carruaje:

—Y bien, Nicolás, le dijo: ¿no vuelves á tu puesto?

—No, Jorge, no, dijo el traghinero, meneando la cabeza; ya tengo bastante.

—Pues qué, jestais herido! exclamó Luisa sacando el cuerpo fuera del trineo.

—No podré asegurároslo, mi buena señora, respondió Nicolás; lo único que puedo deciros es que tengo ya lo que necesito.

—Eugenio, Eugenio, me gritó Luisa; venid y ayudadme á curar á este pobre hombre, que se está desangrando.

Entregué á Jorge mi carabina, y saltando de mi carruaje, me dirigi al herido.

Este tenía efectivamente destrozada una parte de la mandíbula inferior, y de su cuello corría la sangre en abundancia. Temí que la herida hubiese interesado toda la cara, y aplique sobre la herida un puñado de nieve, sin saber si hacía bien ó mal. El paciente, estremecido por el frío, dió un grito, y se desmayó! Creí que había muerto.

—Oh, Dios mío! exclamó Luisa; perdóbadme, porque yo soy quien tengo la culpa de todo.

—Venid, excelencia, venid! gritó Jorge: lleve aquí los lobos.

Dejé al herido al cuidado de Luisa, y subí sobre mi carruaje.

Aquella vez no pude estar en los detalles, por-

que tuve, bastó para que, sin detenerme, sin ocuparme de los demás. Habíamos sido atacados por más de veinte lobos; descargué una, después de otra mis dos pistolas, así que, estuvieron a tiro, y, después me apoderé de mi baza, que me alargaba: Jaque, pues mis pistolas, descargadas, no me servían de nada. Las coloqué en mi cintura, y me puse a mandar del mejor modo que pude el arma que tenía en las manos.

El combate duró cerca de un cuarto de hora; pero en aquel cuarto de hora, cualquiera que hubiese presenciado esta lucha, habría visto que los más terribles espectáculos. Por si en toda la linea un grito de victoria; hice el último esfuerzo: uno de los lobos trataba de encaramarse sobre mi carruaje para llegar hasta mí; le descargué sobre la cabeza un terrible golpe, y aunque el bache se clavó sobre el hueso del cráneo, le hice una herida tan profunda en el hombro, que se desprendió y cayó hacia atrás... Entonces, lo mismo que la vez primera, y como retirarse a los lobos, pasé abullando el espacio iluminado, y desaparecer en las tinieblas para no volver más.

Cada uno de nosotros arrojó á su alrededor una mirada triste y silenciosa: tres de nuestros hombres habían sido heridos, y siendo diez lobos, quedaron siete en tierra; era, pues, evidente que sin la precaución que habíamos tomado de iluminar el campo de batalla, todos hubiéramos sido devorados.

El mismo peligro que acabábamos de correr nos

facia desechar ardientemente el llegar á la llanura. ¿Quién podía prever los peligros de otra noche, si nos veíamos obligados á pasarla en la montaña. Colocamos, por lo tanto, á los heridos como sentinelas sobre los carruajes, después de haber vendado sus heridas, porque aunque fuese probable, como lo anuncian los habitados de los lobos que se alejan cada vez más, que no volverían, hubiera sido imprudente no estar alerta.

Tomada esta precaución, nos pusimos á trabajar para abrir la galería que nos debía dar paso.

Al amanecer estaba ya enteramente concluida.

Entonces Jorge dió orden de que engancharan. Cuatro de nuestros carreteros se ocuparon de ello, mientras que los otros cuatro desollaban á los lobos, cuyas pieles, en la situación en que nos encontrábamos, tenían gran valor; pero en el momento de matarlos se echó de ver que el caballo herido estaba inútil.

Entonces el dueño de él tomó una de mis pistolas, y apartándole un poco, le disparó un tiro en la cabeza.

Hecho esto nos pusimos en camino silenciosamente. Nicolás se hallaba en un estado que daba muy pocas esperanzas; y Luisa, que le había tomado bajo su protección, le hizo colocar en el trineo: los demás heridos iban acostados en los carruajes; nosotros caminábamos á pie.

Al cabo de unas cuatro horas de inarcha, en que veinte veces estuvimos á punto de sumergirnos en la

nieve, llegamos á un bosquecillo que los trágineros reconocieron con la mayor alegría, pues distaba solo unos tres cuartos de legua del primer pueblo que se halla sobre la pendiente asiática del Oural, y nos detuvimos á descansar, pues que todos nos hallábamos muy fatigados.

En diez minutos se desengancharon los caballos, se derribaron tres ó cuatro abetos, y se encendió lumbre. Tambien aquella vez el oso nos suministró alimento; pero como había buena lumbre donde asarlo, todos comieron de él, hasta la misma Luisa.

En seguida, como todo el mundo estaba deseoso de salir cuanto antes de aquellas malditas montañas, nos volvimos á poner en marcha en cuanto concluimos de comer. Despues de hora y media, divisamos al otro lado de una pequeña colina algunas columnas de humo que parecían salir de debajo de tierra; aquello era el pueblo tan deseado al que nunca creímos poder llegar, y en el que entramos á eso de las cuatro de la tarde.

No había en todo él mas que una mala posada que en cualquiera otra circunstancia no hubiera creido buena para mis perros, pero que entonces me pareció un palacio.

Al siguiente día, al marchar, dimos á Jorge quinientos rublos para que los repartiera con sus compañeros.

As a result, the first step in the development of a new plant variety is to identify the traits that are desired and to determine the best way to achieve them.

Highly skilled workers, qualified to perform difficult
and dangerous work, are highly paid.

so far as the author is concerned, is that the author
regards the theory of evolution as a hypothesis which
as yet has not been proved, and that it is not the
same as the theory of creation.

Desde aquel momento todo fue bien; porque nos hallábamos en esas inmensas llanuras de la Siberia que se extiende hasta el mar Glacial, sin que se halle una elevación que merezca el nombre de colina. Gracias á la orden de que Ivan era portador, eran para nosotros los mejores caballos; por la noche, temiendo peligros semejantes á los que habíamos corrido, nos acompañaba una escolta de diez ó doce hombres, que caminaba á los lados de nuestro trineo. La noche pasó sin accidente, y al amanecer
De este modo pasamos por Chateryabourg sin detenernos en sus magníficos almacenes de pedrerías que la hacen brillar como una ciudad encantada, y que nos parecían tanto más fabulosos, cuanto que salímos de un desierto de nieve, en que durante tres días no habíamos hallado ni una cabaña; después pasamos por Tionmen, en que empieza la ver-

dadera Siberia, y en fin, entramos en el valle de Tobolsk: siete días después de haber salido de los montes Ourales entramos por la noche en la capital de la Siberia.

Estábamos agobiados de fatiga, y sin embargo, Luisa, sostenida por las fuerzas de su cariño, que iba en aumento á medida que se aproximaba al objeto de él, no quiso detenerse más tiempo que el preciso para tomar un baño. A las dos de la madrugada salimos para Koslowo, pequeña ciudad situada sobre el Irtrich, y que había sido señalada para su residencia á unos veinte presos, en cuyo número se contaba el conde Alejo.

Nos apeamos en la casa del capitán, comandante de aquella ciudad, y allí, como en todas partes, la órden del emperador produjo su efecto. Pedimos noticias del conde; seguía en Koslowo, y el estado de su salud era tan bueno como se podía desechar. Convivimos Luisa y yo en que me presentaría primero á él para participarle nuestra llegada, y pedir un permiso al gobernador, que me fue concedido al momento. Como yo no sabía dónde residía el conde, y como no hablaba el idioma del país, me acompañó un cosaco.

Llegamos á un barrio de la ciudad cercado por una alta empalizada, cuyas salidas estaban custodiadas por centinelas, y que se componía de unas veinte casas. El cosaco se detuvo delante de una de ellas, y me dijo que allí vivía el conde. Llamé á la puerta

con una agitación difícil de pintar, y oí la voz de Alejo que me respondía:

—Entrad.

Abri la puerta, y le hallé acostado en la cama; pero vestido, y con un libro en la mano.

Permanecí un momento en el dintel de aquella puerta, mirándole y alargándole los brazos, mientras que él se levantaba lleno de asombro y dudando aun de quien yo era.

—¡Yo soy! le dije.

—¡Cómo! ¡Vos... vos!

Y dando un salto desde la cama, me echó los brazos al cuello; después, retrocediendo con una especie de terror:

—¡Gran Dios! exclamó: ¡tambien venis desterrado? Y sería yo causa de...

—Tranquilizaos, le interrumpí; vengo como maestro aficionado.

El conde sonrió amargamente.

—Como aficionado á la Siberia, á nuevecientas leguas de San Petersburgo! Esplicadme cómo es eso... pero antes de todo, dadme noticias de Luisa.

—Os las daré muy recientes, pues acabo de dejarla.

—Os habeis visto hace un mes?

—Hace cinco minutos.

—¡Dios mío! exclamó Alejo palideciendo; ¡qué me decis?

—La verdad.

— ¡Luisa!...

— Está aquí.

— ¡Oh! ¡Santo corazón de mujer! exclamó el conde levantando al cielo sus manos, mientras que dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Después de un momento de silencio, durante el qual parecía dar gracias á Dios, continuó:

— Pero donde está?

— En casa del gobernador,

— Vamos allá; ¡pero estoy loco! olvidaba que me hallo preso, y que no puedo salir sin permiso del brigadier. Mi querido amigo, id á buscar á Luisa; quiero verla, estrecharla entre mis brazos. Y si no, quedaos, este hombre irá á buscarla. Entre tanto hablaremos de ella.

Y después dijo algunas palabras al cosaco, quien salió al momento.

Durante este tiempo conté á Alejo todo lo que había pasado desde su prisión: la resolución de Luisa, cómo lo había vendido todo, de qué modo la habían robado el dinero, su entrevista con el emperador, las bondades de este, nuestra salida de San Petersburgo, nuestra llegada á Moscow, cómo habíamos sido recibidos por su madre y sus hermanas que se habían encargado de su hijo: luego, nuestro viaje, nuestros peligros, el paso de los montes Ourales, y últimamente, nuestra llegada á Tobolsk y á Kostjovo. El conde escuchó esta narración como si fuese un cuento fabuloso. Cogiéndome de vez en cuando de las manos para asegurarse de que era yo quien

le hablaba, luego se levantaba impaciente, abría la puerta, y no viendo venir á nadie, se volvía á sentar, piéndome nuevos detalles, que yo no me cansaba de repetir ni él de oír. Por fin la puerta se abrió y el cosaco se presentó solo.

—¿Y bien? le preguntó el conde pálideciendo.

—El gobernador nos ha dicho que ya conociais la prohibición hecha á los prisioneros.

—¿Cuál?

—La de recibir mujeres.

—El conde se pasó la mano por la frente, y volvió á caer sobre el sillón. Yo empecé á temer á mí vez, y miraba al conde, cuyo rostro expresaba los crueles dolores de su alma. Al cabo de un momento de silencio se volvió al cosaco, y le dijo:

—Podré hablar al brigadier?

—Está en casa del gobernador,

—Pues hacedme el favor de esperarle á la puerta, y le rogaréis tenga la bondad de venir á verme;

—El cosaco se inclinó, y volvió á salir.

—Estas gentes obedecen como estatuas, dije al conde.

—Sí, por costumbre; pero no veis lo que me sucede? Luisa está á cien pasos de mí; ha andado por verme ~~cuatrocientas~~ leguas, y ahora nos lo impiden.

—Pero eso será sin duda algun error, alguna consigna mal-interpretada.

Alejo se sonrió tristemente.

—De todos modos, continúé yo, nos dirigiremos al emperador.

—Si, y la respuesta llegará dentro de tres meses, y durante este tiempo... ¡oh, vos no sabeis lo que es este país!...

Pintábase en los ojos del conde una desesperación que me asustó.

—Y bien; si es preciso, yo os haré compañía durante estos tres meses; hablaremos de ella, y esto os hará esperar más resignadamente; ademas, el gobernador se blandará, y cerrará los ojos.

Alejo me miró sorprendido.

—Aquí, me dijo, no hay que contar con nada de eso. Aquí todo es hielo. Si hay una orden, será cumplida, y no la veré.

—¡Pero eso es horrible!

En aquel momento entró el brigadier.

—¡Señor! exclamó Alejo, adelantándose hacia él; una mujer sublime, generosa, ha abandonado á San Petersburgo por venirme á ver; acaba de llegar, y me dicen que no puedo verla... Sin duda se han equivocado.

—No, caballero, repuso friamente el brigadier; ya sabeis que los presos no pueden comunicar con ninguna mujer.

—Pero el príncipe Troubetskoi ha obtenido el permiso que á mí me niegan; ¡será porque él es príncipe?

—No, caballero, respondió el brigadier, sino porque la princesa es su esposa.

—Y si Luisa fuese mi esposa, ¿no se opondrian á que la viese?

—No, señor.

—¡Oh! exclamó el conde como aliviado de un gran peso. Y despues de un momento, prosiguió:

—Señor brigadier, ¿permitireis al capellan que venga á verme?

—Se le avisará al momento.

—Y vos, amigo mio, añadió dirigiéndose á mí; despues de haber servido á Luisa de amigo y defensor, ¿querreis servirle de testigo y de padre?

Yo me arrojé en sus brazos, sin poder pronunciar una palabra.

Pues entonces, repuso el conde, id á buscarla, y decidele que mañana nos veremos.

En efecto, al dia siguiente á las diez de la mañana, Luisa, acompañada por el gobernador y por mí, y el conde Alejo, seguido del principe Troubetskoi, entraban cada uno por su puerta en la pequeña iglesia de Koslowo, y arrodillándose ante el altar, cambiaron la primera palabra.

Aquella palabra era el sí solemne que los unía para siempre.

El emperador, por medio de una carta particular dirigida al gobernador, y que Ivan le había entregado sin saberlo nosotros, mandaba que el conde no viese á Luisa sino siendo esposa suya.

El conde, como hemos visto, se había anticipado á los deseos del emperador.

and the author's name, and the date of publication.

—*London, 1888.*

—*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

—*London, 1888.* —*London, 1888.* —*London, 1888.*

Conclusion.

Al volver á San Petersburgo hallé cartas que exigian imperiosamente mi presencia en Francia.

Era en el mes de febrero, y de consiguiente, el mar estaba helado; pero estando perfectamente montado el servicio de trineos, no titubeé en marchar por esa vía.

Me decidi con tanta mayor facilidad á abandonar la ciudad de Pedro el Grande, cuanto que, aun dado caso de que el emperador, á pesar de mi ausencia sin permiso, hubiese tenido la bondad de no hacerme reemplazar en mi cuerpo, había yo perdido, por efecto de la conspiración, una parte de mis discípulos, y no podía menos de sentir la desgracia de esos jóvenes, por culpables que fuesen.

Tomo III.

11

Volví, pues, á tomar el camino que traje al venir diez y ocho meses antes, y crucé de nuevo, aunque ahora sobre una vasta sábana de nieve, la antigua Moscovia y una parte de la Polonia.

No hacia mas que acabar de entrar en los estados de S. M. el rey de Prusia, cuando al sacar mi nariz fuera del trineo, divisé con gran sorpresa mia á un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, enjuto, con casaca, chaleco y calzon negros, calzado con zapatos de hebilla, cubierta la cabeza con un clac, un violin de bolsillo bajo el brazo izquierdo, y volteando con la mano derecha el arco como pudiera hacer con un junquillo. El traje me parecia tan extraño y el sitio tan singular para pasearse sobre la nieve con un frio de veinte y cinco á treinta grados, que, figurándoseme ademas que el desconocido me había señas, me detuve para aguardarle. Apenas me vié parado, alargó el paso, pero sin precipitarse y con cierta dignidad no exenta de gracia. Conforme se iba acercando, me parecia reconocer al pobre diablo, y muy pronto pude convencerme de que no me habia equivocado. Era el compatriota á quien encontre á pie en el camino real al llegar á San Petersburgo, y á quien volvia hallar en el mismo tren, pero en circunstancias mucho mas graves. Luego que estuvo á dos pasos de mi trineo, se detuvo, puso sus pies en tercera, pesó su arco por debajo de las cuerdas de su violin, y cogiendo con tres dedos la cuspide de su clac:

—Caballero, me dijo, saludandome con todas los

reglas del arte coreográfico; ¿podría preguntaros sin indiscrección, en qué parte del mundo me en-
contraré?

—Caballero, le contesté; os hallais un poco mas
allá del Niemen, a unas treinta leguas de Königs-
berg: tieneis á vuestra izquierda el Friedland, y á
vuestra derecha el Báltico.

—Oh, oh! exclamo mi interlocutor, visiblemente

satisfecho de mi respuesta, que recibía en país ci-
vilizado.

—Pero, ¿podré á mi vez, caballero, preguntaros
sin indiscrección, cómo es que os halláis aquí á pie,
con medias de seda negra, el dia en la cabeza y el
violín bajo el brazo, á treinta leguas de poblado, y
con un frío como el que hace?

—Si que es original, ¿no es cierto? Pues ved aquí
la cosa. Ante todo, ¡me aseguráis que me hallo fuera
del imperio de S. M. el czar de todas las Rusias?

—Estais en los dominios del rey Federico Gui-
llermo.

—Pues bien; debo deciros, caballero, que yo ten-
nia la desgracia de dar lecciones de baile á casi to-
dos los infortunados jóvenes que traían la infamia
de conspirar contra la vida de S. M. Como para el
ejercicio de mi profesion iba yo regularmente de
las casas de unos á las de otros, esos imprudentes
me encargaban de cartas criminales que yo entregá-
ba, es lo aseguro bajo mi palabra de honor, con la
misma inocencia que si fuesean invitaciones á comen-
zó á algun baile: la conspiración estalló, como sa-

breis sin duda. (Yo hice con la cabeza una señal afirmativa.) Se supo, no sé cómo, el papel que yo había hecho en ella, y, como era consiguiente, me prendieron. El caso era grave, porque yo era cómplice de no revelación. Verdad es que nada sabía, y por consiguiente nada podía revelar. Esto es claro: ¿no es cierto? (Hice con la cabeza señal de que era de su misma opinión.) Pues bien; ello fue, caballero, que en el momento en que esperaba ser ahorcado, me pusieron en un trineo cerrado, en donde estaba perfectamente, á la verdad; pero del que no salía sino dos veces al día para mis necesidades naturales, tales como dormir y comer. (Hice con la cabeza señal de que comprendía perfectamente.) En una palabra, caballero: hace un cuarto de hora que el trineo, después de dejarme en esta llanura, volvió á marchar al galope; si, señor, al galope, sin que nadie me dijera palabra, lo cual no me pareció nada cortés; pero también sin pedirme propina, lo cual era una galantería. En fin, yo me creía en Tobolsk, mas allá de los montes Ourales... ¡Conoceis á Tobolsk? (Hice con la cabeza una señal afirmativa.) Pero veo que no, que estoy en país católico; quiero decir, luterano, porque no ignorareis, caballero, que los prusianos profesan el dogma de Lutero. (Hice una señal de que mis conocimientos alcanzaban eso también:) Ahora solo me falta pediros perdón por haberlos incomodado, y preguntaros qué medios hay de trasporte en este bienaventurado país.

—¿A qué parte os dirigís?

—Deseo ir á Francia. Me han dejado mi dinero, y esto os lo digo porque no tenéis trazas de ladrón. Me han dejado, pues, mi dinero; y como no tengo mas que una fortuna muy módica, unas mil doscientas libras de renta, no da de sí para gastar carruaje; pero con un poco de economía hay para vivir. De consiguiente, desearía volver á Francia para comerme tranquilamente mis mil y doscientas libras; apartado de todas las vicisitudes humanas, y sustraído á los ojos de los gobiernos. De consiguiente, me atrevo á preguntaros cuáles son los medios de trasporte menos... dispendiosos para volver á Francia, para regresar á mi patria.

—A Su misa, querido Vestris, le dije cambiando de tono, porque principiaba ya á inspirarme compasión aquel pobre diablo, que sin perder su sonrisa ni su posición coreográfica empezaba á tiritar de pies á cabeza; en punto á medios de trasporte, tengo uno bien sencillo y fácil, si quereis.

—¿Cuál, caballero?

—Yo vuelvo tambien á Francia, mi patria. Subid conmigo á mi trineo, y os dejaré en llegando á París en el bulevard de Bonne-Nouvelle, como os dejé al llegar á San Petersburgo en la fonda de Inglaterra.

—Pues qué, ¿sois vos, caballero Grisier?

—Yo mismo, para serviros; pero no perdamos tiempo. Vos tenéis prisa, y yo tambien: aquí tenéis la mitad de mis pieles de abrigo. Procurad calentáros.

—La verdad es que principiaba ya á enfriarme... ¡Ah!

—Poned vuestro violin en cualquier parte, que sitio hay.

—No, gracias; si me lo permitís, lo llevare bajo el brazo.

—Como gusteis... ¡Postillón, adelante!

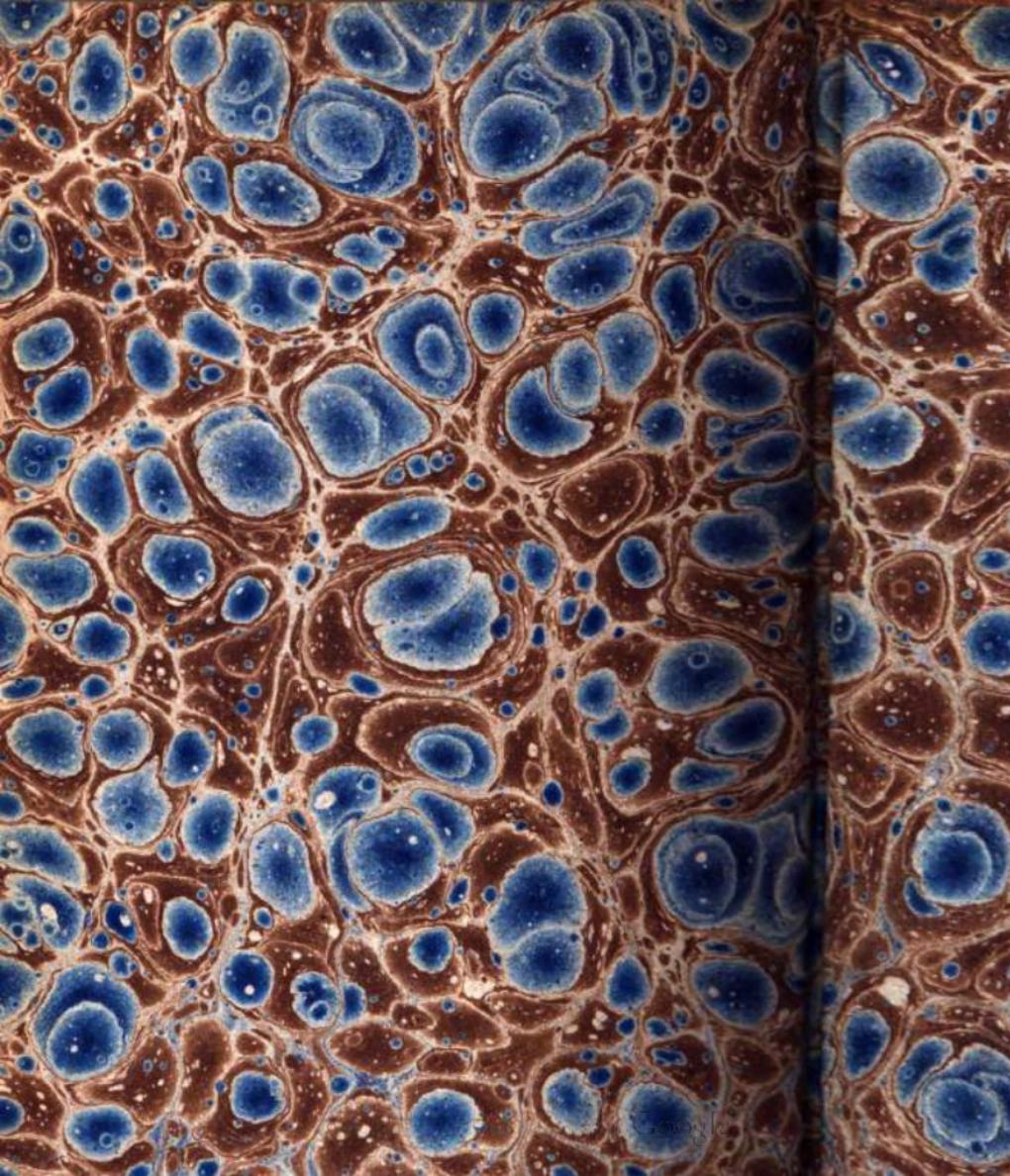
Y partimos al galope.

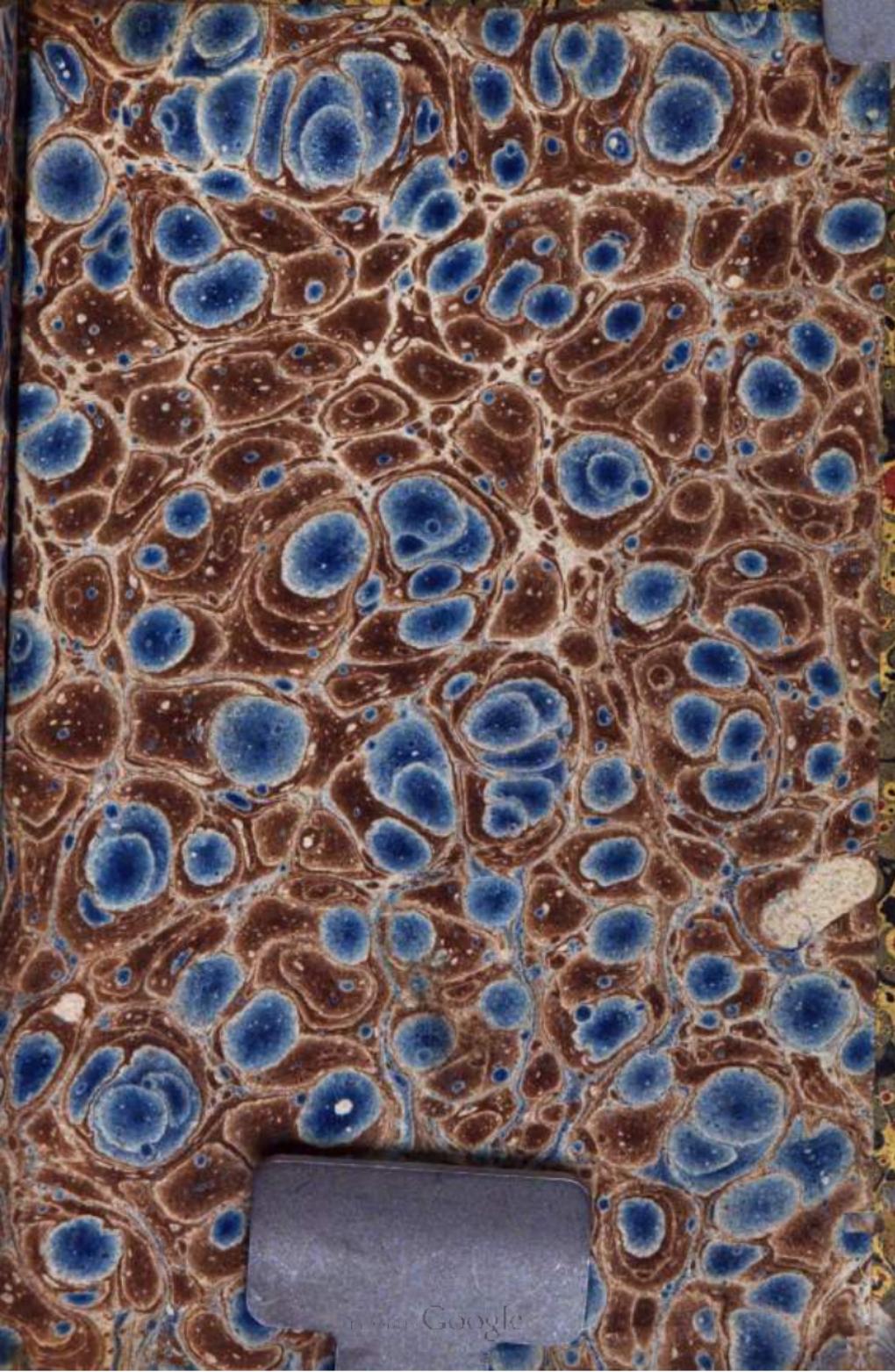
Nueve días despues, hora por hora, dejaba yo á mi compañero de viaje frente al pasaje de la Opera. No le he vuelto á ver despues.

En cuanto á mí, como no había tenido el talento de hacer mi fortuna, continué dando lecciones. Dios ha bendecido mi arte, y tengo una porcion de discípulos, de los que ninguno ha sido muerto en duelo. La cual es la mayor felicidad que puede esperar un maestro de armas.

FIN.







Digitized by Google

